

josé carlos mariátegui



LASKE

I
FIGURAS
Y ASPECTOS
DE LA
VIDA MUNDIAL

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

I
FIGURAS
Y ASPECTOS
DE LA
VIDA MUNDIAL

16

Ediciones Bandera Roja
mayo 2020

ÍNDICE

1923	7
HERR HUGO STINNES	7
POINCARÉ Y LA POLÍTICA FRANCESA	13
HILFERDING Y LA SOCIAL-DEMOCRACIA ALEMANA	18
CAILLAUX	24
EL DIRECTORIO ESPAÑOL	28
GRECIA, REPÚBLICA	34
1924	39
LA REVOLUCIÓN Y LA REACCIÓN EN BULGARIA	39
TCHITCHERIN Y LA POLÍTICA EXTERIOR DE LOS SOVIETS	43
EL FASCISMO Y EL MONARQUISMO EN ALEMANIA	49
LAS ELECCIONES ITALIANAS Y LA DECADENCIA DEL LIBERALISMO	53
LA NUEVA FASE DEL PROBLEMA DE LAS REPARACIONES	58
HERRIOT Y EL BLOC DE IZQUIERDA	63
PROYECCIONES DEL PROCESO MATTEOTTI	69
LA REVOLUCIÓN CHINA	72
IRLANDA E INGLATERRA	78
LA LIBERTAD Y EL EGIPTO	82
GIOLITTI Y LA CRISIS DEL FASCISMO	87
LA CRISIS DEL RÉGIMEN FASCISTA	92
MILLERAND Y LAS DERECHAS	96
POLÍTICA ALEMANA	101
LA BATALLA LIBERAL EN ITALIA	106
EL PARTIDO BOLCHEVIQUE Y TROTSKY	112
EL PROCESO DEL DIRECTORIO	117
ROMANONES Y EL FRENTE CONSTITUCIONAL EN ESPAÑA	121
SUN YAT SEN	126
CAILLAUX Y LA ACTUALIDAD POLÍTICA FRANCESA	130
POLÍTICA FRANCESA	135
EL SECTOR SOCIALISTA	135
LA CRISIS MINISTERIAL	136
EL MINISTERIO PAINLEVÉ	143
EL SECTOR COMUNISTA	147
LA ELECCIÓN DE HINDENBURG	148
LA ESCENA HÚNGARA	153
FRIDTJOF NANSEN, EL CABALLERO ANDANTE DE LA PAZ	160
LA ESCENA CHECOESLOVACA	164
EL IMPERIALISMO Y LA CHINA	169
EL TERROR EN BULGARIA	173
WILLIAM J. BRYAN	176

EL IMPERIALISMO Y MARRUECOS	179
LA ESCENA YUGOESLAVA.....	183
LA ESCENA RUMANA	187
RENE VIVIANI.....	191
LA ESCENA POLACA.....	194
POLÍTICA Y ECONOMÍA EN FRANCIA	198
LA PAZ EN LOCARNO Y LA GUERRA EN LOS BALKANES	203
EL GABINETE BRIAND.....	207
PABLO IGLESIAS Y EL SOCIALISMO ESPAÑOL	210
POLÍTICA ESPAÑOLA.....	213

1923

HERR HUGO STINNES*

Herr Hugo Stinnes es actualmente la figura central de la política alemana. El ministerio de Stressemann tiene como bases sustantivas, como bases primarias, a los populistas y a los socialistas. El partido populista (**Volkspartei**) es el partido de Stinnes. Stressemann, **leader** populista, representa en el gobierno a Stinnes y a la alta industria. (Hilferding representa al proletariado socialdemocrático). El jefe del gobierno resulta, en una palabra, un apoderado, un intermediario del gran industrial rhenano. Alemania, por esto, sigue atentamente la carrera cotidiana de la **limousine** de Hugo Stinnes.

¿Quién es este magnate que suena en la Alemania contemporánea más que la **relativitaetstheorie**? La potencia de Hugo Stinnes, como la desvalorización del marco, es un eco, un reflejo de la guerra. Ambos fenómenos han tenido un proceso paralelo y sincrónico. A medida que el valor del marco ha disminuido, el valor de Stinnes ha aumentado. A medida que el marco ha bajado, Stinnes ha subido. Hoy la cotización del marco alcanza una cifra astronómica como decía Rakovsky de la cotización del rublo. Y la figura de Hugo Stinnes domina la economía de Alemania sobre un mastodóntico pedestal de papel moneda.

Este Stinnes, hipertrofiado y tentacular, es un producto de la crisis europea. Antes de la guerra, Stinnes era un capitalista de proporciones normales, comunes. Era ya uno de los grandes productores de carbón de Alemania. Pero estaba distante todavía de la jerarquía plutocrática de Rockefeller, de Morgan, de Vanderbilt. Alemania se transformó, con la guerra, en una inmensa usina siderúrgica. Stinnes alimentó con su hulla westphaliana los hornos de la siderurgia tedesca. Fue uno de los generalísimos, uno de los

* Publicado en **Varietades**, Lima, 29 de setiembre de 1923.

dictadores, uno de los **leaders** de la guerra siderúrgica. Durante la guerra, sus dominios se ensancharon, se extendieron, se multiplicaron. Más tarde, las consecuencias económicas de la guerra favorecieron este crecimiento, esta hipertrofia de Stinnes y de otros industriales de su tipo. La crisis del cambio, como es sabido, ha empobrecido, en beneficio de los grandes industriales, a innumerables capitalistas de tipo medio y tipo ínfimo. Los tenedores de deuda pública, por ejemplo, han sufrido la disolución progresiva de su capital. Los tenedores de propiedad urbana, a su vez, han sufrido la evaporación de su renta. El Estado, en Alemania, ha llegado a las fronteras de la socialización de la propiedad urbana: la tarifa fiscal ha aniquilado los alquileres. Una casa que, antes de la guerra, redituaba quinientos marcos oro mensuales a su propietario, no le redituía ahora sino una cantidad flotante de billetes del Reichsbank equivalente a dos o tres marcos oro. Además, la industria media y pequeña, desprovistas de crédito y materias primas, han ido enrareciendo y pereciendo. Su actividad y su campo han sido absorbidos por los **trusts** verticales y horizontales. Se ha operado, en suma, una vertiginosa concentración capitalista. Millares de antiguos rentistas han sido tragados por el torbellino de la baja del cambio. Y una modernísima categoría capitalista de nuevos ricos, de especuladores felices de la Bolsa y de proveedores voraces del Estado, ha salido a flote. Sobre los escombros y las ruinas de la guerra y la paz, algunos grandes industriales han construido gigantescas empresas, heteróclitos edificios capitalistas. Entre estos industriales, Hugo Stinnes es el más osado, el más genial, el más técnico.

Stinnes ha creado un nuevo tipo de **trust**: el **trust** vertical. El tipo clásico de **trust** es el **trust** horizontal que enlaza a industrias de la misma familia. Crece, así, horizontalmente. El **trust** vertical asocia, escalonadamente, a todas las industrias destinadas a una misma producción. Crece, por tanto, verticalmente. Stinnes, verbigracia, ha reunido en un trust minas de carbón y hierro, altos hornos, usinas metalúrgicas y eléctricas. Y, una vez tejida esta compleja malla minera y metalúrgica, ha penetrado en otras in-

dustrias desorganizadas o anémicas: ha adquirido diarios, imprentas, hoteles, bosques, fábricas diversas. A través de sus capitales bancarios, Stinnes influencia todo el movimiento económico alemán. A través de su prensa y sus editoriales, influencia extensos sectores de la opinión pública. Sus periodistas y sus publicistas provocan los estados de ánimo convenientes a sus intentos. Sus millares de dependientes, tributarios y colaboradores, su vasta claqué electoral, son otros tantos gérmenes de difusión y de propaganda de sus ideas. Y su actividad comercial no se detiene en los confines nacionales. Stinnes ha incorporado en su feudo una parte de la industria metalúrgica austríaca, ha comprado acciones de la industria metalúrgica italiana y ha diseminado sus agentes y sus raíces en toda la Europa central.

Estos hechos explican la posición singular de Stinnes en la política alemana. Stinnes es el **leader** de la plutocracia industrial de Alemania. En el nombre de esta plutocracia industrial, Stinnes negocia con los **leaders** del proletariado social-democrático. La clase media, la pequeña burguesía, desmonetizadas y pauperizadas por la crisis, insurgen instintivamente contra estos pactos. Y se concentran en la derecha reaccionaria y nacionalista, cuyo núcleo central son los latifundistas, los terratenientes, los **Junkers**. Capitalistas agrarios y rentistas medios, sienten desamparados sus intereses bajo un gobierno de coalición industrial-socialista. A expensas de ellos, populistas y socialistas coordinan dos puntos de su programa de gobierno: requisición de las monedas extranjeras necesarias para el saneamiento del marco y fiscalización de los precios de la alimentación popular. Esta política contraría a latifundistas y rentistas. Aviva en ellos la nostalgia de la monarquía. Y los empuja a la reacción.

Veamos el programa económico y político de Stinnes y de su **Volkspartei**. Stinnes piensa que el remedio de la crisis alemana está en el aumento de la producción industrial. Propugna una política que estimule y proteja este aumento. Y aconseja las siguientes medidas: supresión de la jornada de ocho horas, cesión al ca-

pital privado de los ferrocarriles y bosques del Estado, simplificación del mecanismo del Estado, exonerándolo de toda función de empresario, de industrial y de gerente de los servicios públicos. El punto de vista de Stinnes es típica y peculiarmente el punto de vista simplista de una industrial. Stinnes considera y resuelve la crisis alemana con un criterio característico de gerente de **trust** vertical. Para Stinnes, la salud y la potencia de sus consorcios y de sus **carteles** son la salud y la potencia de Alemania. Y, por eso, Stinnes no tiende sino a anexar a sus negocios la explotación de los ferrocarriles y los bosques demaniales, a intensificar el trabajo y sus rendimientos y a eliminar del mercado del trabajo la concurrencia del Estado empresario. El trabajo es hoy una mercadería, un valor que se adquiere y se vende y que está, por ende, subordinado a la ley de oferta y demanda. El Estado, a fin de evitar la desocupación, emplea en las obras públicas a numerosos trabajadores. La industria alemana quiere que cese esta competencia del Estado y disminuya la demanda de trabajadores, para que los salarios no encarezcan. Stinnes desea convertir a Alemania en una gran fábrica colocada bajo su gerencia. Tiene plena fe en su capacidad, en su imaginación y en su pericia de gerente. Esta fe lo induce a creer que la fábrica andaría bien y haría buenos negocios. Stinnes está seguro de que conseguiría la solución de todos los problemas administrativos y el financiamiento de todas las operaciones necesarias para el acrecentamiento de la producción. Los expertos de economía le objetan respetuosamente: Herr Stinnes, ¿a quiénes vendería, a dónde exportaría Alemania este exceso de producción? No se trata tan sólo de acumular enormes **stocks**. Se trata, principalmente, de encontrar mercados capaces de absorberlos. Y bien ¿Toleraría Francia, toleraría Inglaterra, sobre todo, que Alemania inundase de mercaderías el mundo? Herr Stinnes, cazarraamente risueño, calla. Pero, recónditamente, razona sin duda así: Está bien, Inglaterra y Francia no consentirán, naturalmente, un gran crecimiento industrial y comercial de Alemania. El tratado de Versailles, además, las provee de armas eficaces para impedirlo. Pero existe una solución. La solución reside, precisamente, en asociar a Francia o a Inglaterra,

o a las dos conjuntamente, a la colosal empresa Stinnes. ¡Qué Francia o Inglaterra tengan participación en nuestros negocios! ¡Que Francia o Inglaterra sean nuestro socio comanditario! Preferible sería, por supuesto, un entendimiento con Francia. 1º- Porque Francia tiene en sus manos los instrumentos de extorsión y de tortura de Alemania y en su ánimo la tendencia a usarlos. 2º- Porque Inglaterra, país hullero, metalúrgico y manufacturero, tendría que subordinar la actividad de la industria alemana a los intereses de su industria nacional.

¿Aceptaría Francia esta cooperación franco-alemana? Entre industriales franceses y alemanes hubo, antes de la ocupación del Ruhr, conversaciones preliminares. El convenio Loucheur-Rathenau y el convenio Stinnes-Lubersac abrieron la vía del compromiso, de la **entente**. Pero, probablemente, una y otra parte encontraron recíprocamente excesivas sus pretensiones. Sobrevino la ocupación del Ruhr. Guerrera y dramáticamente, los industriales alemanes opusieron a esta operación militar una actitud de resistencia y de desafío. Bajo su orden, las minas y las fábricas del Ruhr cesaron de producir. Tyssen y Krupp, en represalia, fueron juzgados por los tribunales marciales de Francia. Al mundo le parecía asistir a un duelo a muerte. Pero los duelos a muerte eran cosa de la Edad Media. Poco a poco, los industriales alemanes se han fatigado de resistir. Los socialistas han pedido la suspensión de los subsidios al Ruhr, porque empobrecen la desangrada economía alemana. Finalmente Stresseman ha anunciado el abandono de la resistencia pasiva. Tras de Stresseman anda Stinnes que planea, probablemente, un entendimiento con Francia. Esta política solivianta a la derecha reaccionaria y pangermanista que aprovecha de su número en Baviera, donde domina la burguesía agraria, para amenazar a Stresseman con una actitud secesionista. Y, al mismo tiempo, arrecian los asaltos revolucionarios de los comunistas. El gobierno es atacado, simultáneamente, por el fascismo y el bolchevismo. La derecha trama un **putsch**; la izquierda organiza la revolución. Contra una y otra agresión. Stinnes y la social-democracia movilizan todos sus elementos de persuasión y

de propaganda, su prensa, su mayoría parlamentaria. Un frente único periodístico, que comienza en la "Deutsche Allgemeine Zeitung", órgano de Stinnes, y termina en el "Vorwaerts", órgano oficial socialista, explica a Alemania la necesidad de la suspensión de la resistencia pasiva.

¿Durará esta **entente** entre los industriales y los socialistas? Provisoriamente, los socialistas transigen con los industriales, sobre la base de una acción contra el hambre y la miseria. Pero, más tarde, Stinnes reclamará la abolición de la jornada de ocho horas y la entrega de los ferrocarriles a un **trust** privado. Los **leaders** de la social-democracia no podrán avenirse a estas medidas, sin riesgo de que las masas, descontentas y disgustadas, se pasen al comunismo. Stinnes tendría, entonces, que entenderse apresuradamente con la derecha. Pero, probablemente, tratará a toda costa de encontrar una nueva vía de compromiso con la social-democracia. Y logrará, tal vez, conducir a Alemania a una política de cooperación con Francia. Estos grandes señores de la industria son, momentáneamente, los orientadores de la política europea. Cailleaux los equipara a los burgraves de la Edad Media. Y agrega que Europa parece en vísperas de caer en un período de feudalismo anárquico.

Stinnes tiene abolengo y blasón de hullero, de burgués y de industrial. Su padre fue también un minero. Bruno, recio, sólido, Stinnes es un hombre forjado en hulla westphaliana. Posee, como un fragmento de carbón de piedra, una ingente cantidad potencial de energía. Es un gran creador, un gran constructor de riqueza. Es un representante típico de la civilización capitalista. Vive dentro de un mundo fantástico y extraño de telefonemas, de cotizaciones, de estenogramas y de cifras bursátiles. Ignora el ocio sensual y el ocio intelectual de los magnates de la Edad Antigua y de la Edad Media que se rodeaban de artistas, de estatuas, de musas, de música, de literatura, de voluptuosidad y de filosofía. Stinnes se rodea de estenógrafos, de financistas y de ingenieros. Carece de toda actividad teórica y de toda curiosidad metafísica. Adriano

Tilgher observa, con suma exactitud, que los multimillonarios de este tipo, absorbidos por un trabajo febril, no conducen una vida grandemente diversa de la de uno de sus altos empleados. Y, definiendo la civilización capitalista como "la civilización de la actividad absoluta" dice de ella que "ama la riqueza por la riqueza, independientemente de las satisfacciones que puede dar, de los placeres que permite procurarse". Stinnes se viste como cualquiera de sus ingenieros. Y, como cualquiera de sus ingenieros, no entiende las estatuas de Archipenko, ni ama la música de Strauss, ni le importan las pinturas de Franz Mark, ni le preocupa Einstein ni le interesa Vaihingher.

POINCARÉ Y LA POLÍTICA FRANCESA*

Europa continúa movilizada, conflagrada, beligerante. El régimen, las disciplinas y la atmósfera de la guerra pugnan por sobrevivir. Los ejércitos han sido desmovilizados; los espíritus, no. De la prolongación psicológica de la guerra brotan las dictaduras marciales de Mussolini, de Horthy, de Primo de Rivera. El estadista europeo Francesco Saverio Nitti nos describía, hace dos años, esta **Europa senza pace**. Su resonante libro nos demuestra que la paz no ha sido pactada todavía. El tratado de Versailles no es sino una reglamentación provisoria de la rendición de Alemania. Varias conferencias europeas —Spa, Génova, La Haya— han intentado ser una verdadera conferencia de paz. Pero ninguna de ellas ha conseguido elaborar una paz válida, una paz definitiva. Subsiste, por esto, en Europa una situación guerrera.

La ocupación del Ruhr es un acto de guerra. Francia la titula una sanción. Pero todas las invasiones de la historia se han atribuido una intención punitiva. Un pueblo que ha vejado o extorsionado a otro pueblo, no ha confesado nunca la arbitrariedad ni la injusticia de su acto.

* Publicado en **Variedades**, Lima, 6 de octubre de 1923.

Esta política francesa significa una persistencia del estado de ánimo del período bélico. Mr. Raymond Poincaré ha sido uno de los artífices, uno de los creadores de ese estado de ánimo. Y cuatro años febriles de guerra lo han desadaptado para las labores de la paz. Tal como los instrumentos de guerra no pueden transformarse automáticamente en instrumentos de paz, los conductores de una guerra moderna no pueden transformarse tampoco en conductores de la paz. La guerra los inficiona, los satura de agresividad y de beligerancia. Y habitúa sus espíritus a una porfiada y tenaz actitud de combate. Este es el caso de Poincaré. Poincaré se ha sistematizado en la arenga y en la proclama. Su voz suena como un clarín. Su frase tiene un ritmo marcial. En su oratoria —entrenada hebdomadariamente en la inauguración de algún nuevo monumento a los caídos de la guerra— late la exultación de la victoria y la voluptuosidad de la represalia.

Y la situación espiritual del parlamento francés corresponde a la situación espiritual de Poincaré. Este parlamento fue elegido en 1919 en una época de excitación y de hiperestesia nacionalistas. Su elección constituyó un número solemne del programa de festejos de la victoria. Una apoteosis de la **unión sacrée**. Y, por tanto, la mayoría, cayó en poder de los grupos de derecha y de centro que componían el **bloc** nacional. Algunos hombres del radicalismo, algunos hombres de izquierda, que se filtraron en este parlamento, tuvieron que esconder o atenuar su filiación y enmascararse de chauvinismo. El sector socialista de la cámara quedó reducido y aislado. La nueva cámara proclamó la infalibilidad y la intangibilidad del tratado de Versailles. Más aún, algunos diputados incandescentemente extremistas lo declararon blando y tímido e insuficiente como instrumento de tortura de Alemania. Y, primero el gabinete de Leygues, después el gabinete de Briand, vacilantes o tardíos en la aplicación severa y rígida del Tratado, fueron abatidos por los votos del **bloc** nacional, que encontró su **leader** en Poincaré. Poincaré, desde las crónicas políticas de "La Revue des Deux Mondes", denunciaba entonces la debilidad y la abulia de la política de Briand. Poincaré era el "gran lorenés" y

era el "presidente de la victoria". Poincaré resultaba el caudillo natural del **bloc**. Inicialmente, la política de Poincaré, pareció, sin embargo, demasiado contemporizadora y suave a Andrés Tardieu, **leader** clemencista, y a otros diputados de la derecha. Pero, muy pronto, Poincaré, acalló todos los descontentos, adoptando ante Alemania una actitud implacable, polemizando briosamente con Inglaterra y acometiendo la aventura del Ruhr. Tardieu y los suyos se han visto obligados a reconocer en los rumbos de Poincaré sus propios rumbos. Poincaré se ha asegurado, indefinidamente, la confianza unánime del **bloc** nacional y los sectores afines. El pequeño y pálido grupo radical, dirigido por Herriot, es el único grupo burgués ausente de su mayoría parlamentaria.

Pero esta cámara representa un estado de ánimo contingente y pretérito de la gran nación francesa. Representa el estado de la opinión en 1919. De entonces a hoy, los ardimientos nacionalistas se han atenuado mucho, malgrado la intensa y perseverante acción tóxica de una prensa **chauvine**. Todas las elecciones parciales, posteriores a 1919, han favorecido a las izquierdas. En julio último, en las elecciones de Seineet Oise, las izquierdas infligieron una bulliciosa derrota al **bloc** nacional. Hubo cuatro juegos de candidatos: ministerial, radical, socialista y comunista. La primera votación no dio mayoría suficiente a ningún bando. Los candidatos de Poincaré, batidos por los radicales, desistieron a favor de éstos. Los socialistas, igualmente faltos de **chance**, se retiraron también. En la segunda votación alcanzaron 77,000 votos Franklin-Bouillon y Goust, candidatos radicales, y 54,000 votos Marty y Paquereaux, candidatos comunistas. Estos resultados electorales, en una circunscripción de acentuada filiación nacionalista, son un síntoma de que el estado de ánimo del país no es ya el mismo de 1919. El **bloc** nacional lo advierte. De aquí que sus ministerios no hayan convocado a nuevas elecciones generales. Y de aquí que hayan resuelto el funcionamiento de esta cámara hasta la extinción de su duración máxima de cinco años.

Poincaré, rigurosamente, no personifica a la actual opinión francesa. Es el **leader** del sector más saturado de chauvinismo, más intoxicado de belicosidad. Su gobierno se apoya, primeramente, sobre los grupos, obsesionados por el miedo a la revancha enemiga, que tienden a la mutilación y al aniquilamiento de Alemania. Se apoya, luego, sobre las masas de contribuyentes, fuertemente interesadas en que las deudas de guerra no graven su bolsa y honestamente convencidas de la necesidad de que Francia constriña a pagar a Alemania o se apodere de sus valores negociables. Y se apoya, finalmente, en el grupo plutocrático que aspira a la posesión de las minas de carbón alemanas y a la hegemonía metalúrgica en Europa. Este grupo plutocrático es el que ha discutido con Stinnes y la industria alemana las bases de una cooperación industrial franco-alemana. Si la vía de esta cooperación se allanase, la plutocracia metalúrgica francesa reclamaría a otros hombres en el gobierno. Ni Poincaré ni Tardieu podrían dirigir la nueva política. La actuación de ésta podría ser confiada, en cambio, a los radicales, a las izquierdas. La plutocracia industrial dispone de la mayor parte de los grandes rotativos. Todos estos instrumentos de propaganda serían puestos al servicio electoral del **bloc** de izquierdas. Y serían empleados en la destrucción, en el socavamiento de la vitalidad del **bloc** nacional. Sin embargo, no en vano toda la prensa francesa, con las solas excepciones de "L'Oeuvre", "L'Ere Nouvelle" y los periódicos socialistas, ha predicado la extorsión de Alemania. Esta predicación constante ha alimentado en el espíritu del pueblo francés innumerables gérmenes nacionalistas. La plutocracia metalúrgica podría encontrar, pues, en la opinión, muchas resistencias a un compromiso con Alemania forjadas por sus propios instrumentos de orientamiento y seducción del público. Pero, de toda suerte, de las elecciones generales del año próximo saldrá un nuevo gobierno. Hasta entonces, hasta octubre o noviembre, durará probablemente la política de Poincaré. ¿Cuáles serán las consecuencias de un año más de esta política? Alemania extenuada y agotada por los subsidios a la población del Ruhr, ha abandonado la resistencia pasiva. Pero no ha renunciado a la lucha. Antes bien, Stresseman ha usado reitera-

damente un lenguaje arrogante. Y ha dicho que, en caso necesario, la resistencia pasiva puede trocarse en resistencia activa. Los últimos cablegramas anuncian la ruptura de Stressemann con los socialistas y la posibilidad de que reorganice el gobierno con la colaboración de los pangermanistas. El gobierno alemán asimilaría, así, una buena dosis de la intransigencia de la extrema derecha. Francia, en este caso, se instalaría en el Ruhr. Pero esto no constituiría sustancialmente una situación nueva. Francia ha declarado su intención de no moverse del Ruhr mientras Alemania no le pague. ¿Y cómo no podría Alemania, con un presupuesto deficitario, una balanza comercial deficitaria también y una moneda totalmente desvalorizada, obligarse a ingentes pagos inmediatos?

Poincaré explica su política en un lenguaje forense. Francia es un acreedor que protesta las letras vencidas de Alemania y traba embargo de sus bienes. Esta dialéctica es muy propia de la psicología y de la mentalidad del **leader** lorenés, Poincaré usa en la política métodos de abogado, ideas de jurista. Su técnica verbal y su técnica conceptual son las de un abogado. En este capítulo de la historia humana, Poincaré da la sensación de un abogado, de un jurista, intransigente en la aplicación del viejo derecho y de los viejos códigos. La política y la economía del mundo han cambiado. La paz ha revelado la solidaridad y la interdependencia de las naciones occidentales. La paz ha bosquejado las direcciones de un derecho nuevo. Poincaré, desdeñoso de las notificaciones de la realidad nueva, sigue esgrimiendo su jurisprudencia tradicionalista y rígida. Y juzga posible, en estos tiempos, una política napoleónica, una política bismarkiana. Poincaré es integralmente reaccionario. Pero no es un reaccionario tempestuoso, tumultuario y violento del tipo de Mussolini. No es un reaccionario místico y despótico sino un reaccionario burocrático y republicano. Moviliza, como elementos de reacción, el parlamento, la burocracia, los tribunales, las leyes. Acaso, por esto, su tramonto es inevitable. Porque, si Europa se pacifica, si se inaugura una política de cooperación internacional, una política de reforma y de compro-

miso, Poincaré no podrá volver al poder. Y si, por el contrario, se acentúa en Europa una política reaccionaria y guerrera, tampoco podrá conservarlo. Lo reemplazará, entonces, un reaccionario ultraísta, un reaccionario exento de sus prejuicios de abogado y de funcionario de la Tercera República Francesa. Lo reemplazará un **camelot du roi**, un caudillo de arnés medioeval. O, para estar más a tono con la moda, un caudillo de masa.

HILFERDING Y LA SOCIAL-DEMOCRACIA ALEMANA*

Mala fortuna tienen, en esta época, las ententes. La **Entente** anglo-franco-italiana, desavenida y descompaginada, cruje periódica y ruidosamente. La **entente** entre Stinnes y la socialdemocracia alemana resulta también una unión morganática frágil y quebradiza. Las relaciones entre los populistas y los socialistas alemanes son corteses en la mañana, contenciosas en la tarde. A consecuencia de estos malos humores consuetudinarios se desplomó dramáticamente el ministerio Stresseman-Hilferding.

A la crónica de esa crisis ministerial —de la cual ha salido galvanizada y remendada la híbrida coalición industrial-socialista— está muy vinculado el nombre de Rudolph Hilferding, uno de los **leaders** primarios, uno de los conductores sustantivos de la socialdemocracia alemana. La figura de Hilferding, agriamente contrastada durante la crisis ministerial, tiene así contornos de actualidad y relieves de moda. Su presentación en este proscenio hebdomadario de personajes y escenas mundiales es oportuna, además, para enfocar a la socialdemocracia en una postura difícil de su historia.

La política de Hilferding en el ministerio de finanzas obedecía a la necesidad de apaciguar la agitación y la miseria de las masas. Tendía, por esto, a revalorizar el marco y a fiscalizar los precios

* Publicado en **Varietades**, Lima. 20 de octubre de 1923.

de la alimentación popular. Hilferding proyectaba que el Estado se incautase de todas las divisas extranjeras existentes en Alemania. Decretó la declaración forzosa de estos valores por sus propietarios. Y amenazó a los remisos con severos castigos. Esta política fiscal atacaba el interés de los rentistas, de los agricultores y de otros acaparadores habituales de monedas extranjeras. Una gran parte de la burguesía alemana ululó contra la demagogia financiera del ministro socialista. No se trataba, en verdad, de un caso de demagogia personal. Hilferding actuaba conminado por las masas, desconfiadas y malcontentas del entendimiento con Stinnes, defensoras vigilantes de la jornada de ocho horas. Pero las críticas eran inevitablemente nominativas. Y apuntaban contra Hilferding. Vino la fractura del bloque populista-socialista. Se predijo la imposibilidad de soldarlo y la inminencia de que brotara de la crisis una dictadura. Un frente único de todos los partidos burgueses —pangermanistas, populistas, católicos y demócratas— bajo el auspicio y la dirección de Stressemann. Pero los católicos y los demócratas —tendencialmente centristas y transaccionales— opinaron por la reconstrucción de un gobierno parlamentario emanado de la mayoría del Reichstag. Estas sugerencias centristas coincidieron con recíprocas concesiones de populistas y socialistas y promovieron la reconstitución del antiguo bloque mixto. Surgió así el actual gabinete Stressemann. La estructura parlamentaria de este gabinete es la misma del gabinete anterior; pero su personal es un poco diverso. Hilferding, por ejemplo, no ha vuelto al ministerio de finanzas.

Hilferding es uno de los economistas máximos de la socialdemocracia. (El viejo Berstein marcha hacia su jubilación). El grupo socialista del Reichstag considera a Hilferding su mejor experto, su mejor técnico de finanzas. Una tarde, en el Reichstag, conversando con Breischeidt —otro **leader** de la socialdemocracia actualmente candidato al ministerio de negocios extranjeros— quise de él algunos esclarecimientos concretos sobre el programa financiero del grupo socialista. Olvidaba la tendencia de los alemanes a la especialización, al tecnicismo, al encasilla-

miento. Breischeidt, especialista en cuestiones extranjeras, no se reconocía capacidad para hablar de cuestiones económicas. Y me remitió al especialista, al perito: Vea usted a Hilferding. Hilferding le expondrá nuestros puntos de vista. Presentado por Breischeidt, conocí a Hilferding. El marco —era el mes de noviembre del año último— caía vertiginosamente. Seguía la vía de la corona austríaca y del rublo moscovita. Hilferding estudiaba los medios de estabilizarlo. Nuestra conversación, inactual ahora, versó, sobre este tópico.

Antiguo estudioso de economía, Hilferding es un exegeta original y hondo de las tesis económicas de Marx. Es autor de un libro notable, **El Capital Financiero**, dedicado al examen de los fenómenos de la concentración capitalista. Hilferding observa en este libro que la concentración capitalista está cumplida en los países de economía desarrollada. En Alemania, por ejemplo, la producción se encuentra casi totalmente controlada por los grandes bancos. Y por consiguiente, la simple socialización de éstos sería la inauguración del régimen colectivista. **Das Finanzkapital** interesó mucho a la crítica marxista. Y colocó a Hilferding en los rangos más conspicuos de la socialdemocracia.

La posición de Hilferding en el socialismo alemán ha sido, en un tiempo, una posición de izquierda y de vanguardia. Pero Hilferding no ha jugado nunca un rol tribunicio ni tumultuario. Se ha comportado siempre exclusivamente como un hombre de estado mayor. Ha sido invariablemente un estadista científico, terso, gélido, cerebral; no ha sido un tipo de conductor ni de caudillo. Durante la guerra, el grupo socialista del Reichstag se cisionó. Una minoría, acaudillada por Liebnecht, Dittmann, Hilferding, Crispian, Haase, declaró su oposición a los créditos bélicos. Y asumió una actitud hostil a la guerra. La mayoría expulsó de las filas de la social-democracia a los diputados disidentes. Entonces la minoría fundó un hogar aparte: el partido socialista independiente. En 1918, emergió de la revolución alemana una tercera agrupación socialista: los comunistas o espartaquistas de Karl

Liebnecht y Rosa Luxemburgo. Los socialistas independientes ocuparon una posición centrista e intermedia. Diferenciaron su rumbo del de los socialistas mayoritarios y del de los comunistas. Hilferding dirigía el órgano de la facción: "Die Freiheit". En 1920, los socialistas independientes tuvieron en Halle su congreso histórico. Deliberaron sobre las condiciones de adhesión a la Tercera Internacional y de unión a los comunistas. Una fracción, encabezada por Hoffmann, Stoecker y Daumig propugnaba la aceptación de las condiciones de Moscú; otra fracción, encabezada por Hilferding, Crispian y Ledebour, la combatía. Zinoviev, a nombre de la Tercera Internacional, asistió al congreso. Hilferding, orador oficial de la fracción esquiva y secesionista, polemizó con el **leader** bolchevique. El congreso produjo el cisma. La mayoría de los delegados votó por la adhesión a Moscú. Trescientos mil afiliados abandonaron los rangos del partido socialista independiente para sumarse a los comunistas. El resto de la agrupación reafirmó su autonomía y su centrismo. Pero aligerado de su lastre revolucionario, empezó muy pronto a sentir la atracción del viejo hogar social-democrático. En el proletariado no existen sino dos intensos campos de gravitación: la revolución y la reforma. Los núcleos desprendidos de la revolución están destinados, después de un intervalo errante, a ser atraídos y absorbidos por la reforma. Esto le aconteció a los socialistas independientes de Alemania. En octubre del año pasado reingresaron en los rangos de la social-democracia y del "Vorwaerts". Y extinguieron la cismática "Freiheit". Únicamente Ledebour y otros socialistas, bizarramente secesionistas y centrífugos, se resistieron a la unificación.

Hilferding está clasificado, dentro del socialismo europeo, como uno de los representantes de la ideología democrática y reformista. En la polémica, en la controversia entre bolchevismo y menchevismo, entre la Segunda y la Tercera Internacional, la posición de Hilferding no ha sido rigurosamente la misma de Kautsky. Hilferding ha tratado de conservar una actitud virtualmente revolucionaria. Ha impugnado la táctica **putschista** e insurreccional

de los comunistas; pero no ha impugnado su ideología. Ha disentido de la praxis de la Tercera Internacional: pero, no ha disentido explícitamente de su teoría. Ha dicho que era necesario crear las condiciones psicológicas, morales, ambientales de la revolución. Que no bastaba la existencia de las condiciones económicas. Que era elemental y primario el orientamiento espiritual de las masas. Pero esta dialéctica no era sino formal y exteriormente revolucionaria. Malgrado sus reservas mentales, Hilferding es un social-democrático, un social-evolucionista; no es un revolucionario. Su localización en la social-democracia no es arbitraria ni es casual.

Zinoviev, en su prosa beligerante, polémica y agresiva, define así al autor de **Das Finanzkapital**: "Hilferding es una especie de subrogado de Kautsky. Y el Hilferding enmascarado es más aceptable que el Kautsky tontamente sincero. Sus relaciones con banqueros y agentes de bolsa han desarrollado en Hilferding una elasticidad que no posee su maestro Kaustky. Hilferding esquivo con una facilidad extraordinaria las cuestiones difíciles. Sabe callar ahí donde Kautsky profiere abiertamente insultos contrarrevolucionarios. En una palabra, es adaptable, elástico y prudente".

Pero este Hilferding, mordazmente excomulgado y descalificado por la extrema izquierda, resulta, naturalmente, un peligroso y disolvente demagogo para la extrema derecha. Su caída del ministerio de finanzas, por ejemplo, es un efecto de la incandescente ojeriza reaccionaria y conservadora. El compromiso, la transacción entre la alta industria y la socialdemocracia, se basaron sobre el interés precariamente común de una política de saneamiento del marco y de mitigamiento del hambre y la miseria. La requisición de valores extranjeros de propiedad particular y la fiscalización de los precios de los granos y las legumbres no molestaban a Stinnes ni a la alta industria. Pero herían intensamente a las varias jerarquías de agricultores, de comerciantes, de intermediarios y de especuladores, interesados en sustraer sus divisas extranjeras y sus precios al control del Estado. Y la social-democracia, en tan-

to, no podía renunciar a estas medidas elementales. Al mismo tiempo, no podía avenirse pasivamente a la abolición de la jornada de ocho horas ni al abandono de los ferrocarriles ni de los bosques demaniales a un **trust** privado. Aquí comenzó el choque, el conflicto entre los socialistas y los populistas. Este choque, este conflicto reaparecen en la cuestión de la emisión de una nueva moneda. A este respecto, los puntos de vista de la industria y de la agricultura, de los populistas y de los pangermanistas, casi coinciden y convergen. Helferich, **leader** del partido de los **Junkers** y los terratenientes, propone la creación de un banco privado que emita una moneda estable respaldada con cereales y oro por la agricultura y la industria. Los industriales planean un banco de emisión con un capital de quinientos millones de marcos oro cubierto con suscripciones de la industria y del capital extranjero. Ambos proyectos trasladan del Estado a los particulares la función de emitir moneda. Esta es su característica esencial. Ahora bien. Los socialistas quieren absolutamente que la emisión de una moneda estable sea efectuada por el Estado a base de enérgicas imposiciones a la gran propiedad. Un compromiso, un acuerdo resultan, por tanto, asaz difíciles y problemáticos. El capitalismo alemán intenta asumir directamente las funciones económicas del Estado. Pretende, en suma, separar el Estado económico del Estado político. La crisis del Estado contemporáneo, del Estado democrático se dibuja aquí en sus contornos sustanciales. El capitalismo alemán dice que, si no es independizada del Estado, la emisión del marco estará sujeta a nuevos exorbitantes inflamientos. Los ingresos del Estado no alcanzan a cubrir ni un quince por ciento de los egresos. El Estado, por consiguiente no dispone de otro recurso que la impresión constante, vertiginosa, desenfrenada de papel moneda. Estas observaciones descubren, indirectamente, la intención de los capitalistas. Despojados de la función de emitir moneda, subordinados a los auxilios voluntarios de los capitalistas, el Estado caería en la bancarrota, en la falencia, en la miseria. Tendría que reducir al límite más modesto sus servicios y sus actividades. Tendría que licenciar a un inmenso ejército de funcionarios, empleados y trabajadores. La industria privada se

libraría de la concurrencia del Estado empresario en el mercado del trabajo. Los acreedores de Alemania —Francia, etc. — no pudiendo negociar ni pactar con el Estado insolvente y mendigo, negociarían y pactarían directamente con los **trusts** verticales.

Los **leaders** de la social-democracia no pueden aceptar esta política plutocrática. La burguesía alemana tiende, por eso, a una dictadura de las derechas. Y su actitud estimula en el proletariado la idea de una dictadura de las izquierdas. El gabinete de Stressemann puede ser muy bien el último gabinete parlamentario de Alemania. La tendencia histórica contemporánea es la tendencia al gobierno de clase. La situación del mundo se opone a que prospere la política de la transacción, de la reforma y del compromiso. Y la crisis de esta política, que es la crisis de la democracia, condena al ostracismo del poder y de la popularidad a los hombres de filiación democrática y reformista.

CAILLAUX*

La ola reaccionaria ha desalojado del poder a los estadistas de la democracia, a los **leaders** de la política de "reconstrucción europea". Y ha agravado así la crisis de la desocupación y del **chômage**. Mas esos estadistas, esos **leaders** no aceptan pasivamente la condición de desocupados. Invierten su tiempo en la propaganda, en la **réclame** de sus ideas y su táctica. Y como la reacción es un fenómeno internacional, no la combaten sólo en sus países respectivos: la combaten sobre todo, en el mundo. No intentan únicamente la conquista de la opinión nacional: intentan la conquista de la opinión mundial. Lloyd George, reemplazado en el gobierno de Inglaterra por los conservadores, efectúa en Estados Unidos un estruendoso desembarco de su dialéctica y su ideología. Francesco S. Nitti, destituido de influencia en los rumbos de Italia por los fascistas, flirtea con la democracia norteamericana y con la democracia tedesca. Joseph Caillaux, desterrado

* Publicado en **Varietades**, Lima, 3 de noviembre de 1923.

de Francia por el **bloc** nacional, emplea su exilio en una viva actividad teórica.

Pero Caillaux está más lejos de recuperar su influencia en Francia, que Lloyd George, que Nitti la suya en Inglaterra y en Italia. La victoria de los radicales y los socialistas no llevaría a Caillaux al gobierno. Sobre Caillaux pesa todavía una condena. Los **leaders** presentes del **bloc** de izquierdas son Herriot, Boncour, Painlevé. A ellos les tocaría ocupar los puestos de Poincaré, de Tardieu, de Aragón y de los conductores del **bloc** nacional. Ellos, además, una vez instalados en el poder, tendrían que dosificar su radicalismo al estado de la opinión francesa, en la cual la intoxicación actual dejaría tantos sedimentos reaccionarios y nacionalistas. Caillaux no es, por consiguiente, un candidato al gobierno. Es apenas un candidato a la rehabilitación y a la amnistía francesas.

Hace cinco años Caillaux era un acusado. Era el protagonista de un dramático proceso de alta traición. Ahora no es sino un exiliado político. El mundo está unánimemente convencido de que el proceso de Caillaux fue un proceso político. Algo así como un accidente del trabajo. La guerra dio a la clase conservadora, a la alta burguesía francesa, una ocasión de represalia contra Caillaux. Esa clase conservadora, esa alta burguesía, detestaban a Caillaux por su radicalismo. Durante la época de hegemonía en la política francesa del radicalismo y de sus mayores figuras —Waldeck-Rousseau, Combes, Caillaux— esa clase conservadora y esa alta burguesía almacenaron en su ánimo acendrados rencores contra la izquierda y sus hombres. La guerra produjo en Francia la unión sagrada. Y la unión sagrada, que creaba un estado de ánimo nacionalista y guerrero, produjo el resurgimiento de las derechas, ávidas de castigar la "demagogia financiera" de Caillaux y de deshacerse de un adversario potente. Caillaux, de otro lado, no era un adherente incondicional y delirante de la unión sagrada. No tenía puesta la mirada únicamente en las batallas; la tenía puesta, más bien, en el porvenir y en la paz. Preveía que la re-

construcción de Europa, desbastada y desangrada por la guerra, obligaría a Francia y a Alemania a la solidaridad y a la cooperación. Pensar así era entonces pensar heréticamente. Y Caillaux era, por tanto, un sospechoso de herejía en aquellos días de inquisición patriótica. Clemenceau, disidente del radicalismo, conductor, animador y prisionero de la corriente reaccionaria, no retrocedió ante una acusación de inteligencia con el enemigo. Y, esgrimiendo esta acusación, mandó a Caillaux a la cárcel. El proceso vino después de la victoria, en un instante de apoteosis y de erección nacional. En un instante en que persistía agudamente la atmósfera marcial de la guerra. La acusación contra Caillaux no exhibió ninguna prueba. Se fundó en sospechas, en conjeturas, en presunciones. Explotó los contactos casuales de Caillaux con personajes sospechosos o equívocos en Italia, en la Argentina y en Francia. El fallo, impregnado del convencimiento de la inculpabilidad de Caillaux, tuvo, sin embargo, que concluir con una sentencia. Caillaux salió del proceso absuelto y condenado al mismo tiempo.

Después, las cosas han cambiado gradualmente. A medida que el ambiente francés se ha descargado de irritación bélica, la figura de Caillaux ha recobrado su verdadero contorno moral. Los radicales-socialistas, que temieron solidarizarse demasiado con su **leader** en los días de la acusación, han anunciado su voluntad de conseguir la revisión del proceso.

Caillaux aguarda en el exilio esta revisión. Pero no ha gastado su actividad en una actitud de vindicación y de defensa de su personalidad y de su historia. Ha escrito un libro, **Mes Prisons**, denunciando la trastienda íntima de su persecución y de su condena. Y no ha vuelto a insistir sobre este tópico personal y autobiográfico. En su libro posterior, **¿Oú va la France? ¿Oú va l'Europe?**, ha ocupado de nuevo su posición de polémica y de combate ideológicos.

En este libro, que tanto ha resonado en el mundo, estudia Caillaux, preliminarmente, el proceso de incubación de la guerra. Sostiene que los gobernantes europeos de 1914 no defendieron suficientemente la paz. Y describe luego las condiciones actuales de Europa. Su descripción de la crisis europea no es menos panorámica y emocionante que la de Nitti. Y es, tal vez, más profunda y más técnica. Caillaux, enfoca, uno tras otro, los aspectos esenciales de la crisis. Los déficits, las deudas, el pasivo de la guerra que arroja sobre las espaldas de varias generaciones europeas una carga abrumadora. La marejada campesina, la ola agraria, los intereses rurales que en la Europa central tienden a aislar al campo de la industria urbana y a restablecer una economía medioeval superada y anacrónica. La baja del cambio, la desvalorización de la moneda que arruina a una extensa categoría de pequeños y medianos rentistas y que proletariza a la clase media. La hipertrofia, el crecimiento de los **trusts** gigantescos y de los carteles mastodónticos, construidos sobre ruinas y escombros, que confieren a unos cuantos grandes capitalistas una influencia desmesurada en la suerte de los pueblos. Las corrientes nacionalistas que se oponen a una política de cooperación y asistencia internacionales y enemistan y separan a las naciones. Los intereses plutocráticos que obstruyen la vía del compromiso y de la transacción entre la idea individualista y la idea socialista.

¿A dónde va Francia? ¿A dónde va Europa? Caillaux no admite el comunismo. Su resistencia al comunismo no es de orden ideológico sino de orden técnico. Caillaux piensa que el comunismo no puede reorganizar eficientemente la producción europea. El comunismo centraliza en el Estado todos los resortes de la producción. Entrega, por ende, la solución de todas las cuestiones económicas e industriales a una burocracia política, omnipotente y dogmática. Y bien. Caillaux considera aún necesaria la acción del interés privado en el funcionamiento de la producción. Sus objeciones al comunismo son objeciones de financista. Caillaux no discute la ética del comunismo. Discute su eficacia, su utilidad, su oportunidad. Pero Caillaux, que no acepta la revolución,

tampoco acepta la reacción. Con mayor énfasis que las soluciones de la extrema izquierda, rechaza las soluciones de la extrema derecha. Quiere que se pacte con las masas a fin de restaurar su voluntad de trabajo y de cooperación y de desviarlas de la atracción comunista. Advierte el envejecimiento del Estado individualista y el tramonto de la democracia jacobina. Y propone la reconstrucción del Estado sobre la base de una transacción entre la democracia occidental y el soviétismo ruso. Pero, deteniéndose ante la concepción de Rathenau del Estado profesional, afirma que el Estado económico debe estar subordinado al Estado político. Según Caillaux hay "una gran cuestión que supera en mucho a la del comunismo y el capitalismo"; la cuestión de la ciencia y de sus relaciones con la economía del mundo. La ciencia crea la inestabilidad económica y por consiguiente, la inestabilidad política. Actualmente las grandes usinas metalúrgicas se agrupan al lado de los yacimientos de hulla que abastecen los altos hornos. Más se predice la invención de un sistema nuevo de fabricación del acero. Y esta sola invención puede transformar la geografía económica de Europa.

Caillaux propugna la cooperación entre las naciones y la cooperación entre las clases. Afirma su adhesión a la idea democrática. Niega la eficacia de la revolución y de la reacción. Señala los grandes problemas, las grandes incertidumbres contemporáneas. Busca una solución utilitaria, una solución técnica. Desecha toda solución dogmática. Pero su palabra intelectual, vacilante, escrupulosa y científica, no emociona a las muchedumbres actuales, que sienten una necesidad mística de fe, de fanatismo y de mito.

EL DIRECTORIO ESPAÑOL*

La dictadura del general Primo de Rivera es un episodio, un capítulo, un trance de la revolución española. En España existe desde hace varios años un estado revolucionario. Desde hace varios

* Publicado en **Varietades**, Lima, 9 de diciembre de 1923.

años se constata la descomposición del viejo régimen y se advierte el anquilosamiento de la burocrática y exangüe democracia nacional. El parlamento, que en pueblos de más arraigada y honda democracia conserva todavía residuos de vitalidad, hacía tiempo que en España era un órgano entorpecido, atrofiado, impotente. El proletariado, que en otros pueblos europeos no vive ausente del parlamento, en España tendía a recogerse y concentrarse agriamente bajo las banderas de un sindicalismo abstencionista y sorelliano. España era el país de la acción directa. (Un libro muy actual, aunque un poco retórico, de Ortega Gasset, **España Invertebrada**, retrata nítidamente este aspecto de la crisis española). Los partidos españoles, a causa de su superada ideología y su antigua arquitectura, creían estar situados por encima de los intereses en contraste y de las clases en guerra. Consiguientemente, sus rangos se vaciaban, se reducían. La lucha política se transformaba de lucha de partidos en lucha de categorías, de corporaciones, de sindicatos. A causa de la escisión mundial del socialismo, el partido socialista español no podía atraer a sus filas a toda la clase trabajadora. Una parte de sus adherentes lo abandonaba para constituir un partido comunista. Los sindicatos barceloneses seguían ligados a sus viejos mitos libertarios. El panorama político de España era un confuso y caótico panorama de escaramuzas entre las clases y las categorías sociales. Las asociaciones patronales de Barcelona oponían su acción directa a la acción directa de los sindicatos obreros.

Como era lógico dentro de este ambiente, en la oficialidad española se desarrolló también una acentuada conciencia gremial. Los oficiales se organizaron en sindicatos, cual los patrones y cual los obreros, para defender sus intereses de corporación y de casta. Nacieron las juntas militares. La aparición de estas juntas fue una de las expresiones históricas más peculiares de la decadencia y de la debilidad del régimen español. Esas juntas no habrían germinado nunca frente a un Estado vigoroso. Pero en un período en que todas las categorías sociales libraban sus combates y pactaban sus treguas, al margen del Estado, era fatal que la

oficialidad se colocase igualmente sobre el terreno de la acción directa. Acontecía, además, que en España la oficialidad tenía típicos intereses gremiales. España es un país de industrialismo limitado, de agricultura feudal, de economía un tanto rezagada. El ejército absorbe, por esto, a un número crecido de nobles y burgueses. Esta razón económica engendra una hipertrofia de la burocracia militar. El número de oficiales españoles es de veinticinco mil. Se calcula que existe un oficial por cada trece soldados. El sostenimiento de la numerosa burocracia militar, ocupada principalmente en la guerra marroquí, es una pesada carga fiscal. Los estadistas miraban en este pliego del presupuesto, un gasto excesivo y desproporcionado a la capacidad económica del Estado español. Y esto estimulaba e incitaba a los oficiales a sindicarse y mancomunarse vigilante y estrechamente.

La historia de las juntas militares es la historia de la dictadura de Primo de Rivera. Las juntas militares no brotaron de la aspiración de conquistar el poder; pero si de la intención de rebelarse contra él si un acto suyo atacaba un interés corporativo de la oficialidad. Las juntas trajeron abajo varios ministerios. El gobierno español, desprovisto de autoridad para disolverlas, tenía que capitular ante ellas. Más de un decreto gubernamental, amparado por la regia firma, fue vetado y repudiado por las juntas que insurgían así contra el Estado y la dinastía. La continua capitulación del Estado, cada vez más flaco y anémico, generó en las juntas la voluntad de enseñorearse de él. El poder civil o las juntas militares debían, por tanto, sucumbir. Contra el poder civil conspiraba su falta de vitalidad que se traducía en falta de sugestión y de ascendiente sobre la muchedumbre. En favor de las juntas militares obraba, en cambio, la desorientación mental de la clase media, invenciblemente propensa a simpatizar con una insurrección que barriese del gobierno a la desacreditada y desvalorizada burocracia política. Las viejas y arterioesclerosas facciones liberales y conservadoras se alternaban en el gobierno cada vez más acosadas y presionadas por la ofensiva sorda o clamorosa de las juntas.

Así llegó España al gobierno liberal de García Prieto. Ese gobierno representaba toda la gama liberal. Se apoyaba sobre una coalición parlamentaria en la cual se aglutinaban íntegramente las izquierdas dinásticas: García Prieto y Romanones, Alba y Melquiades Álvarez. Significaba una tentativa solidaria del liberalismo y del reformismo por revalorizar el parlamento y galvanizar el régimen. Era, históricamente, la última carta de la democracia hispana. El régimen parlamentario, mal aclimatado en tierra española, había llegado a una etapa decisiva de su crisis, a un instante agudo de su descomposición. El pronunciamiento militar, en incubación desde el nacimiento de las juntas, encontró en esta situación sus estímulos y su motor.

¿Cuál es la semejanza, cuál es el parentesco entre la marcha a Roma del fascismo y la marcha a Madrid del general Primo de Rivera? Externamente, ambos movimientos son disímiles. Los fascistas se apoderaron del poder después de cuatro años de tendentes campañas de prensa, de alalás y de aceite de ricino. Las juntas militares han arribado al gobierno repentinamente, en virtud de un pronunciamiento. Su actividad no estaba públicamente dirigida a la asunción del poder. Pero toda esta diferencia es formal y adjetiva. Está en la superficie; no en la entraña. Está en el **cómo**; no en el **por qué**. Sustancialmente, espiritualmente, el fenómeno es el mismo. Uno y otro son regímenes de fuerza que desgarran la democracia para resistir más ágilmente el ataque de la revolución. Son la contraofensiva violenta y marcial de la idea conservadora que responde a la ofensiva tempestuosa de la idea revolucionaria. La democracia no se halla en crisis únicamente en España. Se halla en crisis en Europa y en el mundo. La clase dominante no se siente ya suficientemente defendida por sus instituciones. El parlamento y el sufragio universal le estorban. Clemenceau ha definido así la posición de la clase conservadora ante la clase revolucionaria: "Entre ellos y nosotros es una cuestión de fuerza".

Algunos cronistas localizan la revolución española en la inauguración de la dictadura militar de Primo de Rivera. Ahora bien. Este régimen representa una insurrección, un pronunciamiento, un **putsch**. Es un fenómeno reaccionario. No es la revolución sino su antítesis. Es la contrarrevolución. Es la reacción, que, en todos los pueblos, se organiza al son de una música demagógica y subversiva. (Los fascistas bávaros se titulan "socialistas nacionales". El fascismo usó abundantemente, durante el **training** tumultuario, una prosa anticapitalista, anticlerical y aún antidinástica).

La buena fe de las muchedumbres reaccionarias es indiscutible. Los propios condotieros de la contrarrevolución no son siempre protagonistas conscientes de ella. Sus fautores, sus prosélitos, creen honestamente que su gesta es renovadora, revolucionaria. No perciben que la clase conservadora se adueña de su movimiento. En España es un dato histórico muy claro la adhesión dada al directorio por la extrema derecha. La insurrección de noviembre ha reflatado a las más olvidadas y arcaicas figuras de la política española; a los polvorientos y medioevales hierofantes del jaimismo. En los somatenes se han enrolado entusiastas los marqueses y los condes y otros desocupados de la aristocracia. Toda la extrema derecha siente su consanguineidad con el directorio. Otras facciones conservadoras se irán fusionando poco a poco con la facción militar. Maura, La Cierva no tardarán tal vez en aprovechar la coyuntura de exhumar su ideología arqueológica.

Pasemos a otro tópico. Examinemos la capacidad del directorio para reorganizar la política y la economía españolas. Primo de Rivera ha pedido modestamente tres meses para encarrilar a España hacia la felicidad. Los tres meses van a vencerse. El directorio no ha anotado hasta ahora en su activo sino algunas medidas disciplinarias y correccionales. Ha mandado a la cárcel a varios alcaldes deshonestos; ha podado ligeramente algunas ramas del árbol burocrático; ha reclamado implacable la observancia puntual de los horarios de los ministerios. Pero los grandes proble-

mas de España están intactos. Veamos, por ejemplo, la posición del directorio ante dos cuestiones urgentes: la guerra marroquí y el déficit fiscal.

España quiere la liquidación de la aventura bélica de Marruecos. Pero el ejército español, naturalmente, no es de la misma opinión. El abandono de Marruecos traería una crisis de desocupación militar. El directorio, que es una emanación de las juntas militares, no puede, pues, renunciar a la guerra de Marruecos. La psicología de todo gobierno militar es, de otro lado, una psicología conquistadora y guerrera. España e Italia acaban de tener un diálogo sintomáticamente imperialista. Han considerado la necesidad de desenvolver juntas una política que acreciente su influencia moral y económica en América. Esta tendencia, discreta y moderada hoy, crecerá mañana en otras direcciones. España sentirá la nostalgia de su antiguo rango en la política europea. Y entonces consideraciones de prestigio internacional se opondrán más que nunca al abandono de Marruecos.

El problema financiero es solidario del problema de Marruecos. El déficit español ascendió en el último ejercicio a mil millones de pesetas. Ese déficit proviene principalmente de los gastos bélicos. Por consiguiente, si la guerra continúa, continuará el déficit. ¿De dónde va a extraer el directorio recursos extraordinarios? La industria española, malgrado el proteccionismo de las tarifas, es una industria embrionaria y lánguida. La balanza comercial de España está gravemente desequilibrada. Las importaciones, son exorbitantemente superiores a las exportaciones. La peseta anda mal cotizada. ¿Cómo van a resolver estos problemas complejamente técnicos los generales del directorio y sus oráculos jaimistas? La puntualidad en las oficinas y la punición de funcionarios prevaricadores no bastan para conferir autoridad y capacidad a un gobierno.

El insulso y sandio José María Salaverría anuncia que la insurrección de setiembre ha sido festejada por toda la prensa de Londres,

de París, de Berlín, etc. Salaverría, probablemente, no está enterado sino de la existencia de la prensa reaccionaria. Y la prensa reaccionaria, lógicamente, se ha regocijado del **putsch** de Primo de Rivera. No en vano la reacción es un fenómeno mundial. Pero aún se edita en Londres, París, Berlín, etc., prensa revolucionaria y prensa democrática. Y así, ante la dictadura de Primo de Rivera, mientras "L'Action Française" exulta, el "Berliner Tageblatt" se consterna. Un órgano sagaz de la plutocracia italiana "Il Corriere della Sera", ha publicado varios artículos de Filippo Saschi tan adversos al directorio que ha sido advertido por los fascistas milaneses con la colocación de un petardo en su imprenta de que no debe perseverar en esa actitud.

El fascismo saluda con sus alalás a los somatenes, León Daudet, Charles Maurras, Hitler, Luddendorff, Horthy miran con ternura la reacción española. Pero Lloyd George, Nitti, Paul Boncour, Teodoro Wolf, los políticos y los fautores de la democracia y del reformismo, la consideran una escena, un sector, un episodio de la tragedia de Europa.

GRECIA, REPÚBLICA*

¿Cómo ha llegado Grecia al umbral del régimen republicano? La guerra mundial precipitó la decadencia de la monarquía helénica. El Rey Constantino vivía bajo la influencia alemana. Su actitud ante la guerra estuvo ligada a esta influencia. La suerte de su dinastía se solidarizó así con la suerte militar de Alemania. La derrota de Alemania, que causó la condena inmediata de las monarquías responsables de los Hohenzollern y los Hapsburgo, socavó mortalmente a las monarquías mancomunadas o comprometidas con ellas. Sucesivamente, se han desplomado, por eso, las dinastías turca y griega. La dinastía búlgara anda tambaleante. Grecia no pudo como Bulgaria y como Turquía entrar en la guerra al lado de Alemania y Austria. Existía en Grecia una densa y cauda-

* Publicado en **Varietades**, Lima. 29 de diciembre de 1923.

losa corriente aliadófila. Venizelos, perspicaz y avisado, presentía la victoria de los aliados. Y veía que a ella estaba vinculada su fortuna política. Pugnaba, pues, por desviar a Grecia de Alemania y por empujarla al séquito de la Entente. La Entente, impaciente, intervino sin ningún recato en la política griega a favor del bando venizelista. Grecia fue marcialmente constreñida por la Entente a desembarazarse del Rey Constantino y a adherirse a la causa aliada. El sector republicano quiso aprovechar la ocasión para desalojar definitivamente de Grecia a la monarquía. La Entente agitaba demagógicamente a los pueblos contra Alemania en nombre de la Democracia y de la Libertad. Pero no le pareció prudente consentir la defunción definitiva de una dinastía. El radicalismo griego fue inducido a aceptar la subsistencia del régimen monárquico. El príncipe heredero de Grecia no era persona grata a los aliados. Se colocó, por esto, la corona sobre la cabeza de otro hijo de Constantino que se avino a reinar con Venizelos y para la Entente. Grecia, timoneada por Venizelos, se incorporó, finalmente, en los rangos aliados.

Pero los métodos usados por la Entente en Grecia habían sido demasiados duros. Y habían perjudicado políticamente al partido aliadófilo. El pueblo griego se había sentido tratado como una colonia por los representantes de la Entente. La altanería y la acritud de la coacción aliada habían engendrado una reacción del ánimo griego. Ganada la guerra, Grecia tuvo, gracias a Venizelos, una gruesa participación en el botín de la victoria. La Entente, obedeciendo las sugerencias de Inglaterra, impuso a Turquía en Sevres un tratado de paz que la expoliaba y desvalijaba en beneficio de Grecia. Grecia recibía, en virtud de ese tratado, varios valiosos presentes territoriales. El tratado le daba Smirna y otros territorios en el Asia Menor. Fue ese un período de fáciles éxitos de la política internacional de Venizelos. Sin embargo, el gobierno de Venizelos no consiguió consolidarse a la sombra de esos éxitos. La oposición a Venizelos aumentaba día a día. Venizelos recurría a la fuerza para sostenerse. Los **leaders** constantinistas fueron expulsados o encarcelados. Los **leaders** socialistas

y sindicales se atrajeron, a causa de su propaganda pacifista, las mismas o peores persecuciones. Los venizelistas asaltaron y destruyeron las oficinas del diario socialista "Rizospastis".

Esta política venizelista arrojó a Italia a gran número de personajes griegos. Gounaris, por ejemplo, se refugió en Italia. Y en Italia, en el verano de 1920, trabé amistad con uno de sus mayores tenientes el ex-ministro Aristides Protopadakis, sensacionalmente fusilado dos años después, junto con Gounaris y otros cuatro ministros del Rey Constantino, bajo el régimen militar de Plastiras y Gonatas. Protopadakis y su familia veraneaban en Vallombrosa en el mismo hotel en que veraneaba yo. Su amistad me inició en la intimidad y la trastienda de la política griega. Era Protopadakis un viejo ingeniero, afable y cortés. Un hombre **ancien régime** de mentalidad política acendradamente conservadora y burguesa; pero de una bonhomía y una mundanidad atrayentes y risueñas. Juntos discurrimos muchas veces bajo la fronda de los abetos de Vallombrosa. Casi juntos abandonamos Vallombrosa y nos trasladamos a Florencia, él para marchar a Berlín, yo para explorar curiosa y detenidamente la ciudad de Giovanni Papini. Protopadakis preveía la pronta caída de Venizelos. Temeroso a su resultado, Venizelos veía aplazando la convocatoria a elecciones políticas. Pero tenía que arrastrarla de grado o de fuerza. Hacía cinco años que no se renovaba el parlamento griego. Las elecciones no podrían ser diferidas indefinidamente. Y su realización tendría que traer aparejada la caída del gobierno venizelista.

Así fue efectivamente. La previsión de Protopadakis se cumplió con rapidez. Venizelos no quiso ni pudo postergar la convocatoria por más tiempo. Y en noviembre de 1920 se efectuaron las elecciones. Aparentemente la coyuntura era propicia para el **leader** griego. Su ideal de reconstruir una gran Grecia parecía en marcha. Pero el pueblo griego, disgustado y fatigado por la guerra, tendía a una política de paz. Adivinaba probablemente la imposibilidad de que Grecia se asimilase todas las poblaciones y los territorios que el tratado de Sevres le asignaba. El engrandeci-

miento territorial de Grecia era un engrandecimiento artificial. Constituía una aventura grávida de peligros y de incertidumbres. Turquía, en vez de someterse pasivamente al tratado de Sevres, lo desconocía y lo repudiaba. La firma del gobierno de Constantinopla era una firma sin autoridad y sin validez. Acaudillado por Mustafá Kemal, el pueblo turco se disponía a oponerse con todas sus fuerzas a la vejatoria paz de Sevres. Smirna se convertía en un bocado excesivo para la capacidad digestiva de Grecia. El regreso del Rey Constantino significaba para el pueblo griego, en esa situación, el regreso a una política de paz. El Rey Constantino simbolizaba, sobre todo, la condenación de una política de servidumbre a los aliados. Estas circunstancias decretaron la derrota electoral de Venizelos. Y dieron la victoria a los constantinistas. El Rey Constantino volvió a ocupar su trono. Venizelos fue desalojado del poder por Gounaris.

Mas el Rey Constantino y sus consejeros no eran dueños de adoptar una orientación internacional nueva. Vencida Alemania, destruida la Triple Alianza, todas las pequeñas potencias europeas tenían que caer en el campo de gravitación de las potencias aliadas. Grecia era, en virtud de los compromisos aceptados y suscritos por Venizelos, un peón de Inglaterra en el tablero de la política oriental. El Rey Constantino heredó, por consiguiente, todas las responsabilidades y obligaciones de Venizelos. Y su política no pudo ser una política de paz. Grecia continuó, bajo el Rey Constantino y Gounaris, su aventura bélica contra Turquía.

La historia de esta aventura es conocida. Mustafá Kemal organizó vigorosamente la resistencia turca. Varios hechos lo auxiliaron y sostuvieron. Rusia se esforzaba en rebelar contra el capitalismo británico a los pueblos orientales. Francia tenía intereses diferentes de los de Inglaterra en el Asia Menor. Italia estaba celosa del crecimiento territorial y político de Grecia. El gobierno ruso estimulaba francamente a la lucha al gobierno de Mustafá Kemal. París y Roma coqueteaban con Angora. Todas estas simpatías

ayudaron a Mustafá Kemal a arrojar a las tropas griegas, minadas por el descontento, de las tierras de Asia Menor.

El desastre militar excitó el humor revolucionario que desde hacía tiempo se propagaba en Grecia. Una insurrección militar, dirigida por Plasziras y Gonatas, expulsó del poder al partido de Constantino y Gounaris. El Rey Constantino tuvo que retirarse de Grecia. Y esta vez para siempre. Un tribunal militar, acremente revolucionario, condenó a muerte a Gounaris, Protopadakis y cuatro ministros más. La ejecución siguió a la sentencia. El proceso revolucionario de Turquía se apresuró con estos acontecimientos. Más tarde, murió el Rey Constantino y la dinastía quedó sin cabeza. La posición del hijo de Constantino se tornó cada vez más débil.

Presenciamos hoy el último episodio de la decadencia de la monarquía griega. El Rey Jorge y su consorte han sido expulsados de Grecia. En el nuevo parlamento griego prevalece la tendencia a reemplazar la monarquía con la república. Grecia, pues, tendrá pronto una nueva carta constitucional que será una carta republicana. Los venezelistas, reforzados y reorganizados, llaman a Grecia a su viejo **leader**. Venizelos, oportunista y redomado, colaborará en la organización republicana de Grecia. Pero el proceso revolucionario de Grecia no se detendrá ahí. La revolución no sólo fermenta en Grecia. Fermenta en toda Europa, fermenta en todo el mundo. Su manifestación, su intensidad, sus síntomas varían según los climas y las latitudes políticas. Pero una sola es su raíz, una sola es su esencia y una sola es su historia.

1924

LA REVOLUCIÓN Y LA REACCIÓN EN BULGARIA*

Bulgaria es el país más conflagrado de los Balkanes. La derrota ha sido en Europa un poderoso agente revolucionario. En toda Europa existe actualmente un estado revolucionario; pero es en los países vencidos donde ese estado revolucionario tiene un grado más intenso de desarrollo y fermentación. Los Balkanes son una prueba de tal fenómeno político. Mientras en Rumania y Serbia, engrandecidas territorialmente, el viejo régimen cuenta con numerosos sostenes, en Bulgaria reposa sobre bases cada día más minadas, exiguas: e inciertas.

El Zar Fernando de Bulgaria fue, más acentuadamente que el Rey Constantino de Grecia, un cliente de los Hohenzollern y de los Hapsburgo. El Rey Constantino se limitó a la defensa de la neutralidad de Grecia. El Zar Fernando condujo a su pueblo a la intervención a favor de los imperios centrales. La adhirió y se asoció plenamente a la causa alemana. Esta política, en Bulgaria, como en Grecia, originó la destitución del monarca germanófilo y aceleró la decadencia de su dinastía. Fernando de Bulgaria es hoy un monarca desocupado, un zar **chômeur**. El trono de su sucesor Boris, desprovisto de toda autoridad, ha estado a punto, en setiembre último, de ser barrido por el oleaje revolucionario.

En Bulgaria, más aguadamente aún que en Grecia, la crisis no es de gobierno sino de régimen. No es una crisis de la dinastía sino del Estado. Stamboulinski, derrocado y asesinado por la insurrección de junio, que instaló en el poder a Zankov y su coalición, presidía un gobierno de extensas raíces sociales. Era el **leader** de la Unión Agraria, partido en el cual se confundían terratenientes y campesinos pobres. Representaba en Bulgaria ese movimiento campesino que tan trascendente y vigorosa fisonomía tiene en toda la Europa Central. En un país agrícola como Bulgaria la

* Publicado en **Variedades**, Lima, 12 de enero de 1924.

Unión Agraria constituía, naturalmente, el más sólido y numeroso sector político y social. Los socialistas de izquierda, a causa de su política pacifista, se habían atraído un vasto proselitismo popular. Habían formado un fuerte partido comunista, adherente ortodoxo de la Tercera Internacional seguido por la mayoría del proletariado urbano y algunos núcleos rurales. Pero las masas campesinas se agrupaban, en su mayor parte, en los rangos del partido agrario. Stamboulinsky ejercitaba sobre ellas una gran sugestión. Su gobierno era, por tanto, inmensamente popular en el campo. En las elecciones de noviembre de 1922, Stamboulinsky obtuvo una estruendosa victoria. La burguesía y la pequeña burguesía urbanas, representadas por las facciones coaligadas actualmente alrededor de Zankov, fueron batidas sensacionalmente. A favor de los agrarios y de los comunistas votó el setenta y cinco por ciento de los electores.

Mas, empezó entonces a incubarse el golpe de mano de Zankov, estimulado por la lección del fascismo que enseñó a todos los partidos reaccionarios a conquistar el poder insurreccionalmente. Stamboulinsky había perseguido y hostilizado a los comunistas. Había enemistado con su gobierno a los trabajadores urbanos. Y no había, en tanto, desarmado a la burguesía urbana que acechaba la ocasión de atacarlo y derribarlo. Estas circunstancias prepararon el triunfo de la coalición que gobierna presentemente Bulgaria. Derrocado y muerto Stamboulinsky, las masas rurales se encontraron sin caudillo y sin programa. Su fe en el estado mayor de la Unión Agraria estaba quebrantada y debilitada. Su aproximación al comunismo se iniciaba apenas. Además, los comunistas, paralizados por su enojo contra Stamboulinsky, no supieron reaccionar inmediatamente contra el golpe de Estado. Zankov consiguió así dispersar a las bandas campesinas de Stamboulinsky y afirmarse en el poder.

Pronto, sin embargo, comenzaron a entenderse y concertarse los comunistas y los agrarios y a amenazar la estabilidad del nuevo gobierno. Los comunistas se entregaron a un activo trabajo de

organización revolucionaria que halló entusiasta apoyo en las masas aldeanas. La elección de una nueva cámara se acercaba. Esta elección significaba para los comunistas una gran ocasión de agitación y propaganda. El gobierno de Zankov se sintió gravemente amenazado por la ofensiva revolucionaria y se resolvió a echar mano de recursos marciales y extremos contra los comunistas. Varios **leaders** del comunismo, Kolarov entre ellos, fueron apresados. Las autoridades anunciaron el descubrimiento de una conspiración comunista y el propósito gubernamental de reprimirla severamente. Se inauguró un período de persecución del comunismo. A estas medidas respondieron espontáneamente las masas trabajadoras y campesinas con violentas protestas. Las masas manifestaron una resuelta voluntad de combate. El Partido Comunista y la Unión Agraria pensaron que era indispensable empeñar una batalla decisiva. Y se colocaron a la cabeza de la insurrección campesina. La lucha armada entre el gobierno y los comunistas duró varios días. Hubo un instante en que los revolucionarios dominaron una gran parte del territorio búlgaro. La república fue proclamada en innumerables localidades rurales. Pero, finalmente, la revolución resultó vencida. El gobierno, dueño del control de las ciudades, reclutó en la burguesía y en la clase media urbanas legiones de voluntarios bien armados y abastecidos. Movilizó contra los revolucionarios al ejército del general ruso Wrangel asilado en Bulgaria desde que fue derrotado y expulsado de Rusia por los bolcheviques. Y usó también contra la revolución a varias tropas macedonias. Favoreció su victoria, sobre todo, la circunstancia de que la insurrección, propagada principalmente en el campo, tuvo escaso éxito urbano. Los revolucionarios no pudieron, por esto, proveerse de armas y municiones. No dispusieron sino del escaso parque colectado en el campo y en las aldeas.

Ahogada la insurrección, el gobierno reaccionario de Zankov ha encarcelado a innumerable militantes del comunismo y de la Unión Agraria. Millares de comunistas se han visto obligados a

refugiarse en los países limítrofes para escapar a la represión. Kolarov y Dimitrov se han asilado en territorio yugoeslavo.

Dentro de esta situación, se ha efectuado en noviembre último, las elecciones. Sus resultados han sido, por supuesto, favorables a la coalición acaudillada por Zankov. Los agrarios y los comunistas, procesados y perseguidos, no han podido acudir organizada y numerosamente a la votación. Sin embargo, veintiocho agrarios y nueve comunistas han sido elegidos diputados. Y en Sofía, malgrado la intensidad de la persecución, los comunistas han alcanzado varios millares de sufragios.

Los resultados de las elecciones no resuelven, por supuesto, ni aun parcialmente la crisis política búlgara. Las facciones revolucionarias han sufrido una cruenta y dolorosa derrota, pero no han capitulado. Los comunistas invitan a las masas rurales y urbanas a concentrarse en torno de un programa común. Propugnan arduamente la constitución de un gobierno obrero y campesino. La Unión Agraria y el Partido Comunista tiende a soldarse cada vez más. Saben que no conquistarán el poder parlamentariamente. Y se preparan metódicamente para la acción violenta. (En estos tiempos, el parlamento no conserva alguna vitalidad sino en los países, como Inglaterra y Alemania, de arraigada y profunda democracia. En las naciones de democracia superficial y tenue es una institución atrofiada).

Y en Bulgaria, como en el resto de Europa la reacción no elimina ni debilita el mayor factor revolucionario: el malestar económico y social. El gobierno de Zankov, del cual acaba de separarse un grupo de la derecha, los liberales nacionales, subordina su política a los intereses de la burguesía urbana. Y bien. Esta política no cura ni mejora las heridas abiertas por la guerra en la economía búlgara. Deja intactas las causas de descontento y de mal humor.

Se constata en Bulgaria, como en las demás naciones de Europa, la impotencia técnica de la reacción para resolver los problemas

de la paz. La reacción consigue exterminar a muchos fautores de la revolución, establecer regímenes de fuerza, abolir la autoridad del parlamento. Pero no consigue normalizar el cambio, equilibrar los presupuestos, disminuir los tributos ni aumentar las exportaciones. Antes bien produce, fatalmente, un agravamiento de los problemas económicos que estimulan y excitan la revolución.

TCHITCHERIN Y LA POLÍTICA EXTERIOR DE LOS SOVIETS*

Rusia ha sido readmitida formalmente, después de siete años de ostracismo, en la sociedad internacional. Inglaterra, Italia, Noruega; han reconocido **de Jure**, al gobierno de los soviets. Otras declaraciones de reconocimiento vendrán tras de éstas. Caerán en breve del todo las últimas murallas del cerco dentro del cual las potencias capitalistas intentaron encerrar y asfixiar al sovietismo. ¡Qué lejano y qué inverosímil parece ahora el eco de aquel obcecado **¡Jamais!** con que respondiera Clemenceau en la cámara francesa a todos cuantos lo invitaban a tratar con Rusia! Francia se encamina hoy, poco a poco, a la reanudación de sus relaciones con Moscú. Ha dado ya, en esta vía, varios pasos iniciales. Una delegación de la Bolsa de París ha visitado Rusia con el objeto de averiguar las posibilidades de negocios que ahí existen. El senador De Monzie se ha hecho propugnador ardoroso de un arreglo franco-ruso. Rusia ha sido invitada a la feria de Lyon. Charles Gide ha representado a los cooperatistas franceses en el reciente Jubileo de las cooperativas rusas y ha regresado a Paris lleno de simpatía por el Estado sovieta.

La política exterior de los soviets rusos ha tenido, en suma, varios éxitos sensacionales. Estos éxitos renuevan la confluencia de la curiosidad mundial alrededor de la figura del comisario de negocios extranjeros de Rusia.

* Publicado en Variedades, Lima, 23 de febrero de 1924.

Ningún personaje de la diplomacia contemporánea es tan interesante y tan singular como Tchitcherin. Su método, su procedimiento, son característicamente revolucionarios e insólitos. Durante mucho tiempo los mensajes de Tchitcherin han sido los documentos más desconcertantes y estruendosos de la vida internacional. Sobre todo en los días de la gran ofensiva europea contra los soviets, la prosa de esos documentos era una prosa polémica, cáustica, agresiva. El gobierno ruso carecía de órganos de comunicación oficial con los demás gobiernos. Se encontraba rigurosamente aislado, bloqueado. Tchitcherin, consiguientemente, se dirigía a los gobiernos y a los pueblos no por medio de notas sino por medio de radiogramas. El ministerio de negocios extranjeros de Rusia funcionaba en una estación de telegrafía sin hilos. La diplomacia secreta, condenada teóricamente por Wilson, era prácticamente abolida por Tchitcherin. El ministro de negocios extranjeros de Rusia dialogaba con el mundo en voz alta, sin reservas, sin eufemismos, sin protocolo. Y no sólo el lenguaje de la diplomacia bolchevique tenía este carácter. Toda su técnica, todos sus sistemas, eran radicalmente nuevos, peculiarmente revolucionarios. Un día publicaban los soviets los papeles secretos de la diplomacia zarista y revelaban los tratados y los planes imperialistas de Rusia y de sus aliados. Otro día alentaban a los pueblos coloniales a la revuelta contra las potencias de Occidente. El director de esta política exterior iconoclasta y bolchevique no era, sin embargo, un advenedizo de la diplomacia, un individuo sin entrenamiento ni antecedentes diplomáticos. Tchitcherin es — dato notorio— un diplomático de carrera. Antes de 1908, antes de que su filiación ideológica lo obligara a dejar la mullida vida mundana y a entregarse a la tumultuosa vida revolucionaria, Tchitcherin sirvió en la diplomacia rusa. Además, aristócrata de nacimiento, es un individuo de prestancia y educación mundanas. El bolchevismo de su diplomacia resulta, por tanto, un fenómeno muy espontáneo, muy sincero, muy original.

La historia de la política exterior de los soviets se divide en dos capítulos. El primero es breve. Corresponde al paso de Trotsky

por el comisariato de negocios extranjeros. Y se cierra con la resistencia de Trotsky a la aceptación por Rusia de las condiciones de paz del militarismo alemán. Trotsky quiso entonces que Rusia asumiera ante Alemania una actitud tolstoyana: que rasgase el tratado marcialmente dictado por los generales de Alemania y que desafiase románticamente la invasión de su territorio. Lenin, con ese sagaz y vidente sentido del deber histórico de la revolución que casi todos sus críticos le reconocen, sostuvo la necesidad dolorosa e inevitable de capitular. Trotsky se trasladó en esa ocasión a un escenario más adecuado a su temperamento y a su capacidad organizadora: el ministerio de guerra. Y Tchitcherin se encargó del ministerio de negocios extranjeros. Timoneada por Tchitcherin, la política exterior de Rusia ha seguido, sin desviación y sin impaciencia, una dirección al mismo tiempo realista y rectilínea. La actitud de los soviets ante los estados capitalistas, durante estos cinco años de debate diplomático, no se ha modificado sustancialmente en ningún momento. Tchitcherin la definía y la explicaba así en julio de 1921: "Los fundamentos de nuestra política económica actual fueron establecidos desde el primer año de nuestra existencia. Esta idea de relaciones económicas ha sido siempre nuestra idea favorita. No hemos sido nosotros quienes hemos inventado el alambre con púas del cerco económico. El heroísmo del ejército rojo ha hecho caer esta barrera y, por consiguiente, el sistema contenido en el fondo de nuestro pensamiento, y que nosotros habíamos expresado varias veces en nuestras notas y declaraciones, vuelve a ser, del modo más natural, una realidad inmediata, la política misma de nuestros enemigos ha contribuido a este resultado. Los hombres de Estado más clarividentes del mundo capitalista, o sea los de Inglaterra, han comprendido desde hace largo tiempo que no conseguirían aplastarnos por la fuerza de las armas. Esperan domesticarnos por el comercio. Esta es la táctica oficialmente confesada por Lloyd George. Nosotros no tenemos sino que prestarnos a ella, puesto que desde un principio hemos querido relaciones comerciales. Hemos mordido voluntariamente el cebo. Nuestra vía se ha confundido con la de Lloyd George. Ambos queremos comercio. Queremos, como dicen los

ingleses, **peace and trade**. Son únicamente las perspectivas del porvenir las que difieren. Nosotros aguardamos la disgregación del sistema capitalista. Lloyd George aguarda nuestro amansamiento. ¿Qué les importa a los ingleses que nuestras esperanzas sean otras, si prácticamente nosotros queremos la misma cosa que ellos? Comerciemos juntos, como unos y otros deseamos, que en cuanto al buen fundamento de nuestras esperanzas el porvenir decidirá".

Rusia ha conseguido hoy su reconocimiento por Inglaterra en condiciones mejores todavía de las que habría aceptado en 1919 o 1921. Los términos del reconocimiento de Inglaterra no comportan para el gobierno de los soviets ningún sacrificio, ninguna obligación onerosa. Ramsay Mac Donald ha adoptado la siguiente fórmula: primero, el restablecimiento de las relaciones diplomáticas; después el arreglo de las cuestiones pendientes. El reconocimiento del gobierno comunista no ha sido el precio de especiales concesiones de Rusia a Inglaterra. Y en la primera cláusula del tratado ítalo-ruso, Italia declara que reconoce ampliamente al gobierno de los soviets, sin que las demás cláusulas le aseguren en Rusia ventajas contrarias a la constitución comunista.

Estos hechos son trascendentes porque el conflicto entre los estados capitalistas y la Rusia de los Soviets nace del carácter de la constitución rusa. Los soviets representan un régimen antagónico y opuesto en su esencia al régimen capitalista. Constituyen la actuación del socialismo y de su doctrina sobre la propiedad. Los motivos concretos y sustantivos de la resistencia de los Estados capitalistas a la admisión de la Rusia soviética en la sociedad internacional son, precisamente, estos dos: el repudio ruso de la deuda externa del zarismo y la socialización de las tierras y de las fábricas sin indemnización a los propietarios extranjeros.

Conviene, acaso, recordar algunos aspectos de la beligerancia entre Rusia y la Entente. Aparentemente esta ruptura, o mejor dicho su violencia, fue efecto de la defección de Rusia de la lucha

contra Alemania. Mas la verdad es que los bolcheviques suscribieron el tratado de paz empujados por la actitud de la Entente respecto a su gobierno. Durante los primeros meses de la revolución, los soviets se mostraron dispuestos a llegar a un acuerdo con la Entente; pero demandaron, naturalmente, que la Entente declarase su programa de paz y que este programa estuviese exento de toda intención imperialista. La diplomacia aliada se negó a toda discusión de estos tópicos. Sus embajadas se quedaron en Rusia no para tratar con los soviets sino para sabotearlos y socavarlos, rehusando toda colaboración con ellos y alentando todos los complots reaccionarios de la aristocracia y de la burguesía rusas. Únicamente el capitán Jacques Sadoul, adjunto de la embajada francesa, y algún otro diplomático aliado trabajaron lealmente por una inteligencia entre la Entente y los soviets. Los demás miembros de las embajadas miraban en los bolcheviques unos detentadores transitorios, anecdóticos y bizarros del gobierno de Rusia.

La actitud aliada ante los soviets, en suma, estuvo dictada, integralmente, por razones políticas. Las democracias inglesa y francesa que no habían tenido inconveniente en aliarse con la autocracia zarista, se resistían a aceptar su sustitución por una dictadura proletaria. Ensayaron, por esto, todos los medios posibles para sofocar la revolución rusa. Abastecieron de armas y de dinero todas las tentativas revolucionarias. Movilizaron contra los soviets ejércitos polacos y tcheco-eslavos. Francia no tuvo reparo en reconocer como gobierno legítimo de Rusia el del general Wrangel que, poco tiempo después de ese espaldarazo solemne, liquidó ridículamente su aventura reaccionaria.

Sólo el fracaso sucesivo de todas estas expediciones y del bloqueo concebido por la imaginación felina de Clemenceau, indujo, poco a poco, a las potencias aliadas a negociar y transigir con los bolcheviques. Inglaterra e Italia fueron las primeras en propugnar esta nueva política, cuya manifestación inaugural fue la invitación de Rusia a la conferencia de Génova. La conferencia de Gé-

nova, una vez eliminada de su programa la cuestión de las reparaciones, resultó entera aunque baldíamente destinada a la cuestión rusa. Francia se opuso ahí obstinadamente a todo arreglo con Rusia que no reposase sobre una rendición total de los soviets. Pero, al margen de la conferencia, se produjo un acontecimiento importante. Alemania suscribió en Rapallo un tratado de paz y de amistad con Rusia. Ese tratado era el primer reconocimiento de los soviets por un Estado capitalista. Frustraba el frente único del régimen capitalista contra el bolchevismo. Luego, la conferencia de Génova tuvo como epílogo la reunión de La Haya, donde la esperanza de un acuerdo conjunto de Europa con Rusia se desvaneció totalmente. Inglaterra anunció entonces su voluntad de entrar en negociaciones separadas con los soviets. La misma idea se abrió paso en Italia. Los estados capitalistas, convencidos de la solidez del nuevo régimen, sintieron crecientemente la necesidad de entenderse con él. Rusia es un inmenso depósito de materias primas y productos alimenticios y un rico mercado para los productos de la industria occidental. En el comercio con Rusia, la industria inglesa y la industria italiana miran, un remedio para su crisis y su **chômage**.

El factor principal de la nueva política de Europa ante los soviets rusos reside, así, en los intereses de la industria y del comercio europeos. Pero no es un factor negligible la presión socialista y democrática. Al sentimiento conservador le ha repugnado invariablemente el reconocimiento de Rusia, aunque haya advertido su necesidad y su conveniencia. Ese acto no ha podido ser cumplido cómodamente por estadistas educados en el antiguo concepto jurídico de la propiedad. Acabamos de ver que Baldwin, en la cámara de los comunes, ha criticado a Mac Donald por el reconocimiento de Rusia. Lloyd George y Asquith habrían llegado al reconocimiento; pero después de algunos rodeos y con no pocas reservas. El Labour Party, en cambio, no ha tenido ningún embarazo mental ni doctrinario para tender la mano a Rusia porque, cualesquiera que sean su oportunismo, y su minimalismo, es un

partido socialista, en cuyo programa, entre otras cosas, está inscrita la nacionalización de las minas y de los ferrocarriles.

La trayectoria de la Revolución Rusa se asemeja, desde este y otros puntos de vista, a la trayectoria de la Revolución francesa. Pero el proceso de esta revolución es más acelerado. La Revolución Rusa ha pasado ya el episodio de la Santa Alianza. Concluye su jornada guerrera. Y entra en un período en que los estados conservadores se avienen a una convivencia pacífica con los estados revolucionarios.

EL FASCISMO Y EL MONARQUISMO EN ALEMANIA*

El proceso de Hitler y Luddendorf no es sólo el proceso del fascismo bávaro. Es, sobre todo, el proceso de la segunda ofensiva monarquista y reaccionaria en Alemania. Esta segunda ofensiva ha sido, en apariencia, menos extensa y dramática que la primera. Kapp y Lutwitz consiguieron, en marzo de 1920, apoderarse de Berlín. Impusieron a una parte de la nación alemana una dictadura de cuatro días. Fueron vencidos por la resistencia enérgica y disciplinada de todos los elementos republicanos, coaligados en un compacto frente único. Hitler y Luddendorf, en noviembre de 1923, no llegaron, en cambio, a dominar Múnich. Su tentativa — anécdota de opereta, conjuración de cervecería— abortó espontáneamente. La frustraron dos reaccionarios, dos monarquistas, Von Kahr y Von Lossow, con cuya cooperación o neutralidad contaban los conjurados. Las audiencias de Múnich han sido, con este motivo, una monótona querrela de Hitler y Luddendorf contra Von Kahr y Von Lossow.

Pero no se puede comprender ni juzgar la insurrección de Múnich escindiéndola y aislándola de los acontecimientos que la antecedieron y circundaron. Esa insurrección constituyó el episodio final de un emocionante capítulo de la historia alemana inaugurado por ocupación del Ruhr. Fue el epílogo de la batalla librada en

* Publicado en Variedades, Lima, 29 de marzo de 1924.

Alemania durante tal período, entre las fuerzas de la Revolución y las fuerzas de la Reacción.

La ocupación del Ruhr creó en Alemania un estado de ánimo agudamente nacionalista. Favoreció, por consiguiente, el desarrollo de las facciones fascistas que, desde hacía tiempo, excitaban contra la república alemana, y contra sus capitulaciones ante Francia, a los elementos accesibles a una propaganda **Jingoísta** y guerrera. La carestía, el **chômage**, la escasez, la ruina del marco exasperaron, al mismo tiempo, la lucha de clases. Los comunistas trataron de empujar al proletariado a la Revolución.

Baviera era el foco de la agitación reaccionaria y monárquica. Las derechas tenían ahí el gobierno. Von Kahr ejercía el poder civil y Von Lossow el poder militar. A ambos les confirió el gobierno imperial una autoridad extraordinaria y dictatorial. Y ambos la usaron, para rebelarse más de una vez contra el gobierno de Berlín, acusado por las derechas bávaras de excesiva subordinación a las influencias socialistas. El gobierno del imperio decretó, por ejemplo, la suspensión del diario de Hitler "Des Voelkische Beobachter", dedicado a una propaganda desembozadamente insurreccional. Kahr y Lossow desobedecieron esta orden. Mientras sometían a los socialistas y comunistas bávaros a los rigores del estado de sitio, consentían la actividad subversiva de Hitler que incitaba y organizaba a sus brigadas fascistas para la marcha sobre Berlín.

Turinghia y Sajonia, en tanto, eran dos focos contiguos de agitación revolucionaria y comunista. El poder estaba en ambos Estados alemanes en manos de los obreros. Los antiguos ministerios social-democráticos fueron reemplazados por ministerios socialistas-comunistas. En Sajonia la cartera de gobierno fue entregada a un comunista. Y todos los ministros comunistas empezaron a usar sus posiciones en el gobierno como bases de operaciones revolucionarias.

Alemania parecía próxima a la guerra civil. Baviera clamaba contra la rebelión de Turinghia y Sajonia. Turinghia y Sajonia clamaban contra la desobediencia de Baviera. En Baviera se organizaba públicamente la reacción. En Turinghia y Sajonia se organizaba públicamente la revolución. Prusia, social-democrática y centrista, decidió entonces contener, ante todo, la ola comunista. El gobierno imperial de Berlín sometió a Sajonia y Turinghia a la autoridad extraordinaria de un dictador militar. Y exigió la destitución de los ministros comunistas. El partido comunista contó sus fuerzas, compulsó sus probabilidades, amenazó con la insurrección. Pero solicitó inútilmente la solidaridad de los socialistas. Y prefirió replegarse, sin combatir, a sus posiciones defensivas. Juzgó inmadura la situación para desencadenar una decisiva ofensiva revolucionaria.

Hitler y Luddendorf, en tanto, vieron en la retirada comunista una coyuntura propicia para acometer la conquista de Alemania. Pensaron que, abortada la tentativa revolucionaria, nada obstruiría el camino de una tentativa reaccionaria. Mas a sus planes se oponían las rivalidades y las ambiciones que dividen en dos bandos a las derechas bávaras. Hitler y Luddendorf trabajan por la restauración de un Hohcnzollern en el trono del imperio. Von Kahr y sus secuaces aspiran a la sustitución de la dinastía prusiana de los Hohenzollern por la dinastía bávara de los Wittelsbach. Su candidato es Rupprecht de Baviera.

Hitler y Luddendorf han descubierto, en suma, la falta de cohesión en las derechas alemanas. El movimiento reaccionario alemán carece aún de unidad. Sus adherentes se reparten entre varias sectas y varios capitanes. El fascismo, en Baviera, se apodema magógicamente "partido nacional-socialista", y sigue como jefe a Hitler. En el resto de Alemania, la mayor facción reaccionaria es el partido pangermanista, uno de cuyos principales **leaders** es Helferich, parlamentario profesional. Los **Junkers**, los terratenientes, se agrupan en este partido tradicional y agresivamente antisemita. Los industriales se concentran en el partido populista,

representando ahora en el gobierno por Stressemann, uno de sus estadistas de más jerarquía. De los rangos del partido populista no están proscritos los judíos, ni de su programa, más o menos oportunista y flexible, que acepta la república sin renegar la monarquía, ni están excluidos los compromisos ni los pactos con la social-democracia.

Las peripecias de la política alemana conducen a algunos de sus observadores a la adopción de un prejuicio vulgar. Se duda obstinadamente del republicanismo de los alemanes. Se les supone espiritual y orgánicamente conformados al dominio de un monarca militar. Alemania, sin embargo, es una de las naciones más educadas y adaptadas a la democracia. El fenómeno fascista y monárquico ha sido alimentado ahí, en gran parte, por las consecuencias del tratado de Versalles y de la política opresora y guerrera de Poincaré. Las facciones reaccionarias reclutan sus adeptos en la clase media afligida por los rigores de una miseria insólita, desprovista de una ideología de una consciencia y propensa, por ende, a la nostalgia del antiguo régimen. Además la amenaza creciente de la revolución proletaria ha empujado a mucha gente incolora a una posición de extrema derecha. La polarización de las masas a derecha y a izquierda, en Alemania, como en los demás países de avanzado proceso revolucionario, se cumple a expensas de los partidos centristas. Y, con todo, las fuerzas del centro y de la democracia son aún en Alemania lo suficientemente numerosas para conservar el poder. El ministerio actual es un ministerio centrista. Y, aunque las balas nacionalistas han abatido a algunos de los más robustos **leaders** de la democracia. — Erzberger, Rathenau—, la mayoría de la burguesía alemana persiste todavía en resistir a la revolución con los sistemas sagaces de una política oportunista y transaccional y no con los sistemas marciales de una política reaccionaria

LAS ELECCIONES ITALIANAS Y LA DECADENCIA DEL LIBERALISMO*

La hora es de fiesta para los fautores y admiradores de Mussolini y las "camisas negras". Los filo-fascistas de todos los climas y todas las latitudes recogen, exultantes, los ecos fragmentarios de las elecciones italianas que, exultante también, les trae el cable. Aclaman estruendosa y delirantemente la victoria del fascismo. El júbilo de los reaccionarios es natural y es lícito. No hay interés en contrastarlo. No hay interés en remarcarlo siquiera. Pero ocurre que en este coro filo-fascista se mezclan y confunden con los secuaces de la reacción muchos adherentes de la democracia. Una buena parte del centro se asocia al regocijo de la derecha. Y esta actitud si es acreedora de atención y estudio. Sus raíces y sus orígenes son muy interesantes.

El liberalismo y la democracia han renegado, ante el fascismo, su teoría y su praxis. Su capitulación ha sido plena. Su apostasía ha sido total. El liberalismo y la democracia se han dejado desalojar, dominar y absorber por el fascismo. El fascismo, en sus métodos, en su programa y en su función, es esencialmente anti-democrático. Los extremistas del fascismo propugnan abiertamente el absolutismo y la dictadura. Mussolini se ha apoderado del poder mediante la violencia y ha anunciado su intención de conservarlo sin cuidarse de la voluntad del parlamento ni del sufragio. Y los partidos de la democracia, sin embargo, no le han negado ni le han regateado casi su adhesión. Se han entregado incondicional y rendidamente al dictador. La mayoría de la cámara extinta era liberal-democrática. Mussolini la tuvo, no obstante esto, a sus órdenes. Consiguió de ella los poderes extraordinarios que necesitaba para gobernar dictatorialmente, la sanción de los desmanes y desbordes de su política represora y reaccionaria y una ley electoral adecuada a la formación de un parlamento fascista. Y obtuvo del liberalismo y de la democracia la misma obediencia en todas partes. La prensa liberal, seducida o asustada por

* Publicado en **Varietades**, lima, 12 de abril de 1924.

los fascistas, cayó, poco a poco, en la más categórica retractación de su ideario. Apenas si "Il Corriere della Sera" de Milán, "Il Mondo" de Roma y algún otro órgano del liberalismo opusieron alguna resistencia al régimen fascista.

La actitud de los liberales y demócratas de fuera de Italia coincide, pues, con la de los liberales y demócratas de dentro. El liberalismo y la democracia tienen el mismo gesto ante la fuerza y el bastón fascistas, tanto si sufren como si no sufren la coacción de sus amenazas y de sus golpes.

Las elecciones italianas, en verdad, significan, más que una derrota de la revolución, una derrota del liberalismo y la democracia. Constituyen una fecha de su decadencia, un instante de su tramonto. Marcan una rendición explícita de los liberales italianos al fascismo. Los partidos liberal-democráticos han concurrido a estas elecciones uncidos mansa y resignadamente al carro de la dictadura fascista. Orlando, después de algunas coqueterías y reservas, ha figurado en la lista de candidatos ministeriales. Una parte de los demócratas cristianos ha desertado de las filas de Don Sturzo para enrolarse en las de Mussolini. Giolitti, con su sólita astucia, ha querido diferenciar su candidatura de las del fascismo, presentándose con sus amigos piemonteses en una lista independiente: pero ha hecho plenas protestas de su confianza en el régimen fascista. La oposición liberal ha estado representada únicamente por Bonomi, **leader** de un pequeño grupo reformista y Amendola, uno de los tenientes de Nitti. Nitti se ha abstenido de intervenir en las elecciones.

La victoria fascista, aparece, pues, en primer lugar, como una consecuencia de la descomposición y la abdicación del liberalismo. Los liberales italianos no sólo no han sabido ni han querido distinguirse en las elecciones de los fascistas sino que, como estos, se han uniformado de "camisa negra". Su proselitismo, por consiguiente, se ha desbandado o se ha confundido con el del régimen fascista. La mayoría de aquellos electores antiguos y

habituales clientes de la democracia se ha sentido inclinada a dar su voto al fascismo. El liberalismo se ha presentado esta vez a sus ojos como una doctrina exangüe, superada, vacilante.

Pero este no ha sido sino uno de los elementos de la victoria fascista. Otro elemento principal ha sido la nueva ley de elecciones. Las elecciones de 1919 y 1921 efectuaron en Italia conforme al régimen proporcional. Este régimen asegura a cada partido en el parlamento una posición que refleja matemáticamente su posición en la masa electoral. El fascismo lo consideró contrario a sus intereses. Y, en la nueva ley electoral, tornó Italia al antiguo sistema, que garantiza a la mayoría un predominio aplastante en el parlamento.

Las elecciones, además, se han realizado dentro de un ambiente preparado por varios años de coacción y de violencia. Antes de la "marcha a Roma" los fascistas destruyeron una gran parte de las cooperativas, periódicos, sindicatos y demás instrumentos de propaganda socialista. Inaugurada su dictadura, usaron y abusaron de todos los resortes del poder para sofocar esa propaganda. El fascismo, por ejemplo, ha puesto la libertad de la prensa en manos de sus prefectos. La libertad de opinión en general ha tenido los límites que le han fijado el bastón y el aceite de ricino abundantemente empleados por los fascistas contra sus adversarios. Mientras el fascismo ha movilizad para estas elecciones todas sus fuerzas legales y extra-legales, la oposición casi no ha dispuesto de medios de organización ni de propaganda.

Por consiguiente, tiene mucho valor el hecho de que, en este período de retirada y retroceso revolucionarios, los socialistas hayan conquistado sesenta y cinco asientos en la cámara (Veintiséis asientos han sido ganados por los socialistas maximalistas y diecisiete por los comunistas). Los tres partidos socialistas han alcanzado, en total, un millón cien mil votos. Trescientos mil de estos votos pertenecen a los comunistas que en la nueva cámara tienen uno o dos puestos más que en la vieja. Mas disminuida que

la representación socialista ha salido la representación católica. Los socialistas, en conjunto, eran 136 en la cámara vieja; son 65 en la cámara nueva. Los católicos eran 109 en la cámara vieja; en la cámara nueva no son sino 39 Y los grupos liberal-democráticos no incorporados en el bloque ministerial han conquistado una representación menor todavía. Además, tanto estos grupos como la democracia cristiana de Don Sturzo, no son verdaderos partidos de oposición. En la democracia cristiana, sólo la fracción de izquierda Mauri-Miglioli tiene un tinte acentuadamente anti-fascista.

Las fuerzas de la democracia y del liberalismo italianos resultan, así, plegadas y rendidas al fascismo. Pero el fascismo se encuentra sometido al trabajo de digerirlas y assimilarlas. Y la absorción de los liberales y demócratas no es para los fascistas una función fácil ni inocua. Los fascistas, que en sus días de ardimiento demagógico, proclamaban su propósito de desalojar radicalmente del gobierno a los políticos del antiguo régimen, no se atreven ahora a prescindir de su colaboración. Acontece, a este respecto, en Italia, algo de lo que acontece en España. La dictadura ha anunciado estruendosamente, en un principio, el ostracismo, la segregación definitiva de los viejos políticos; pero ha concluido, después, por recurrir a los más fosilizados y arcaicos de ellos. Los fascistas, en las elecciones recientes, no han querido ni han podido formular una lista de candidatos neta y exclusivamente fascista. Han tenido que incluir entre sus candidatos a muchos liberales, demócratas y católicos. La lista vencedora es una lista ministerial; pero no es íntegramente una lista fascista. Ciento veinte de los cuatrocientos diputados de la mayoría fascista no están afiliados al fascismo. A todos estos diputados el fascismo les ha impuesto sus tesis reaccionarias; pero no puede incorporarlos en su cortejo sin adquirir y sin contagiarse de algunos de sus hábitos mentales. La asimilación de la burocracia liberal y democrática modificará la estructura y la actitud del fascismo. Se advierte, desde hace algún tiempo, en el fascismo, la existencia de una tendencia acentuadamente revisionista. Esta tendencia ha sido, en los primeros

momentos, excomulgada por el estado mayor fascista. Pero ha aparecido tácitamente amparada por el propio Mussolini. El caso de Massimo Rocca es el incidente más notorio de este proceso revisionista. Massimo Rocca, ex-anarquista, conspicuo teniente de Mussolini, publicó algunos artículos que preconizaban la vuelta a la legalidad y condenaban la persistencia en el fascismo de un humor beligerante y demagógico. El directorio fascista censuró y expulsó del fascismo a Massimo Rocca; pero bajo la presión de Mussolini tuvo que reconsiderar su acuerdo. La tendencia revisionista, posteriormente, se ha acentuado. El fascismo tiende cada día más a adaptarse a las formas que antes quiso romper. Y si hoy exulta es, en parte, porque siente que estas elecciones legalizan, regularizan su ascensión al poder. Se habla, actualmente, de que el fascismo va cediendo el puesto al mussolinismo. Y de que el actual gobierno de Italia es más mussolinista que fascista.

Este rumbo de la política fascista era fatal. El fascismo no es una doctrina; es un movimiento. Por más esfuerzos que ha hecho, no ha conseguido trazarse un programa ni una vía netamente fascistas. No hay ni puede haber una ideario fascista. Los fascistas, naturalmente, creen que el fascismo contiene no sólo una nueva concepción política sino hasta una nueva concepción filosófica. (La marcha a Roma tiene para ellos una importancia cósmica). Mas una opinión tan autorizada para el fascismo, como la de Benedetto Croce, se ha burlado exquisitamente de esa pretensión. Interrogado por un órgano fascista "Il Corriere Italiano", Benedetto Croce ha declarado: "En verdad, no me parece que se haya presentado hasta aquí otra cosa que algunas vagas indicaciones de designios políticos y de constituciones nuevas. Lo que existe es más bien la fórmula genérica del Estado fascista y el deseo de llenarla con un contenido adecuado. Yo he oído hablar del pensamiento nuevo, de la nueva filosofía que estaría implícitamente contenida en el fascismo. Y bien, yo he tratado, por simple curiosidad intelectual, de deducir de los actos del fascismo la filosofía o la tendencia filosófica que, según se dice, deberían encerrar; y aunque yo tengo algún hábito y alguna habilidad en estos análisis

y estas síntesis lógicas, en este arte de encontrar y formular principios, confieso que no he logrado mi objeto. Temo que esa filosofía no exista y que no exista porque no puede existir".

La dictadura fascista, por ende, tendrá una fisonomía menos característicamente fascista cada día. Sostenida por la sólida mayoría parlamentaria que ha ganado en las elecciones últimas, adquirirá un perfil análogo al de otras dictaduras de esta Italia de la Unidad y de la dinastía de Saboya. Crispi, Pelloux, el propio Giolitti gobernaron Italia dictatorialmente. Sus dictaduras estuvieron desprovistas de todo gesto demagógico y se conformaron con un rol y un carácter burocráticos. Y bien, la dictadura de Mussolini, estruendosa, retórica, olímpica y d'annunciana en sus orígenes, como conviene en esta época tempestuosa, acabará por contentarse con las modestas proporciones de una dictadura burocrática. Perderá poco a poco su énfasis heroico y su acento épico. Empleará para conservar el poder los recursos y expedientes oportunistas de la vieja democracia. (Ya Mussolini ha invitado a colaborar en su gobierno a la Confederación General del Trabajo y a los **leaders** reformistas)

A las "camisas negras" les aguarda, en suma, la misma suerte que a las "camisas rojas" de Garibaldi. Dejarán de ser una prenda de moda aún entre los fascistas. Y su ocaso será, en verdad, el ocaso del fascismo. Porque este estrepitoso estremecimiento político no significa, realmente, para la **Terza Italia**, un cambio de doctrina sino apenas un cambio de camisa

LA NUEVA FASE DEL PROBLEMA DE LAS REPARACIONES*

El debate del problema de las reparaciones entra, aparentemente, en un período decisivo la comisión de reparaciones, casi olvidada durante más de un año desde que la ocupación del Ruhr causó en

* Publicado en **Variedades**, Lima, 26 de abril de 1924.

su seno un agudo desacuerdo, vuelve a atraer la atención mundial. Torna a encenderse ahí la discusión sobre cuánto y cómo debe pagar Alemania a los aliados. Las bases del debate son, en parte, nuevas.

Hace pocos meses, en diciembre, la comisión de reparaciones encargó a dos comités de expertos el examen de la capacidad económica de Alemania. El primer comité ha estudiado los medios de equilibrar el presupuesto y sanear la moneda de Alemania. El segundo ha tenido a su cargo una investigación sobre los capitales alemanes emigrados al extranjero. Los expertos han estado en Berlín; se han informado abundantemente sobre las cuestiones sometidas a su investigación; han escuchado al Reichsbank y a otros órganos de la economía germana; han explorado la opinión de los grandes **trusts** internacionales; y han emitido, finalmente, un dictamen universalmente notorio, que propone varias medidas dirigidas a la reorganización económica de Alemania. Alemania, a juicio de los expertos, necesita ante todo de la asistencia y la ayuda internacionales. El capital extranjero debe proporcionarle los recursos indispensables para la emisión de una moneda estable. Estos préstamos y estas inversiones tendrían naturalmente serias garantías. Los ferrocarriles alemanes serían administrados por un consorcio internacional. El estado alemán reduciría sus gastos. Licenciaría a una parte de su burocracia.

Los rasgos esenciales del plan acusan la mentalidad característicamente plutocrática y capitalista de sus autores. Los expertos comienzan por trasladar del Estado a las empresas privadas la emisión de la moneda y la explotación de las líneas férreas. Y, en todos los capítulos de su programa, se muestran preocupados casi exclusivamente de crear seguridad y confianza para la inversión de capitales en Alemania.

Alemania y Francia han declarado que aceptan las conclusiones del dictamen como base de un arreglo. Mas esta aceptación no

aproxima todavía sus encontradas tesis ni sus antagónicos intereses. Los expertos se han movido dentro de una órbita limitada. No han tocado, por ende, sino algunos aspectos de la cuestión de las reparaciones. Su programa deja intactas todas las dificultades políticas: la controversia sobre la ocupación militar del Ruhr, por ejemplo. A este respecto los puntos de vista francés y alemán permanecen inconciliables y antitéticos. Ningún gobierno alemán renunciara a reclamar la evacuación del territorio del Ruhr. Ningún probable gobierno francés, sucesor del de Poincaré, podrá, dentro del estado de ánimo creado por éste, decidirse fácilmente al abandono del Ruhr.

El plan de los expertos no fija, de otro lado, el monto de las reparaciones. Y también a este respecto un acuerdo es muy difícil. El ultimátum de mayo de 1921 —cuyas conclusiones, que parecieron entonces muy moderadas a la prensa francesa, no han podido actuarse— establecía en 138,000 millones de marcos oro el total de la indemnización alemana. Pero esta suma, según las más autorizadas previsiones, es superior a la capacidad económica de Alemania. El gobierno alemán dijo hace poco más de un año que 30,000 millones eran el límite de sus recursos posibles. Keynes sostiene que Alemania no puede ni debe pagar más de 36.000 millones y que de esta suma hay que descontar todo lo que los aliados han recibido o se han cobrado ya. Nitti indica, como una suma prudente y justa, 40,000 millones, agregando que Alemania tiene pagado al menos veinte mil. El desacuerdo no depende, además, de una diferente estimación de la capacidad de pago de Alemania, sino de un diverso concepto de los daños que Alemania está obligada a reparar. Los gobiernos aliados confirman, en el **ultimátum** de Londres, que a Alemania le toca reembolsar a los aliados no sólo la restauración de los territorios desbastados sino también las pensiones y subsidios de guerra. Keynes, en sus libros, rechaza vigorosamente esta tesis. Demuestra que, dentro de una honesta interpretación de las condiciones de paz solemnemente ofrecidas por Wilson a Alemania, no cabe sino la reparación de los daños sufridos por las poblaciones civiles, cuyo

costo, largamente calculado, no excede de treinta mil millones. El gobierno francés en fin, considera la cuestión de las reparaciones ligada a la cuestión de las deudas interaliadas. A su juicio, ninguna reducción de la indemnización alemana es admisible si no la acompaña una reducción proporcional de los créditos de guerra de Estados Unidos e Inglaterra. Y el gobierno italiano es, naturalmente, solidario con este punto de vista.

El dictamen de los expertos constituye, sin embargo, un progreso en la discusión. Antes de la ocupación del Ruhr, la diplomacia francesa negaba obstinadamente la incapacidad de Alemania para satisfacer sus obligaciones pecuniarias. Francia regateaba terca-mente a Alemania, en la comisión de reparaciones, la más mínima moratoria. Ahora los expertos preconizan una moratoria dilata-da. Su dictamen reconoce que Alemania, en sus condiciones actuales, no puede absolutamente amortizar su deuda a los alia-dos. Que es necesario ayudarle a ordenar sus finanzas. Y que es indispensable, asimismo, respetar su unidad territorial y econó-mica.

Otro progreso importante es la colaboración de Estados Unidos. El partido republicano, como es sabido, condujo a Estados Uni-dos a una política de abstención ante las cuestiones europeas. Estados Unidos parecía desinteresarse de la crisis de Europa. Al menos esquivaba su concurso para una solución. Hoy Estados Unidos cambia de actitud. Es que percibe que a la bancarrota eu-ropea seguiría su propia bancarrota. Es que siente la conexión, la interdependencia de su vida económica y la vida económica eu-ropea. La crisis invade Norte América. Su fisonomía es ahí diversa que en Europa: pero sus raíces y su sentido histórico son los mismos. La mayor parte de los países de Europa padecen de falta de oro y de la consiguiente desvalorización del papel moneda. Estados Unidos, en cambio, sufre una congestión de oro. A sus arcas ha ido a parar la mitad del stock total de oro del mundo. Y, como sus exportaciones son mayores que sus importaciones, Es-tados Unidos continúa drenando el oro de los otros países. Las

consecuencias de esta abundancia son el abaratamiento del dinero y el encarecimiento de la vida. Si Europa está amenazada por la anemia, Estados Unidos corre el riesgo de una apoplejía. El empobrecimiento de considerables mercados europeos no puede, de otra parte, ser indiferente a Estados Unidos. Afecta sus intereses y sus perspectivas industriales y agrícolas. Significa el peligro de una nueva crisis de desocupación con todos sus reflejos sociales. Estados Unidos, en suma, se siente empujado de nuevo hacia Europa. Su interés le aconseja colocar una parte de su oro en los países europeos. Alemania es, entre estos países, el que más se presta a fuertes inversiones. Le urgen préstamos de oro y créditos alimenticios y de materias primas. Pero Estados Unidos no puede conceder estos préstamos ni estos créditos a una Alemania oprimida y perseguida por sus acreedores europeos. Y trata, por eso, de que Alemania y los aliados se entiendan, advirtiéndoles que únicamente a este precio obtendrán su cooperación en la obra de la reconstrucción europea.

Los móviles y los rumbos de la política norteamericana coinciden con los de la política inglesa. También Inglaterra posee una buena moneda, un presupuesto equilibrado, etc.; pero también la prosperidad de su industria está subordinada a la extensión de sus mercados exteriores. Los conservadores propugnan una política proteccionista que concentre la actividad económica de Inglaterra dentro de sus dominios. Pero esta tesis resultó batida en las elecciones últimas. Los laboristas y los liberales creen que Inglaterra debe buscar la solución de los problemas de su producción y de su comercio en el restablecimiento en Europa de una vida normal.

La actitud actual de Francia y de Alemania ante el dictamen de los expertos es, finalmente, una actitud interina. Francia y Alemania se hallan en vísperas de elecciones políticas. En Alemania, probablemente, esas elecciones darán la razón a los partidos representados en el gobierno centrista de Marx. En Francia, en tanto, los escrutinios, casi seguramente, serán adversos a Poincaré. Y, en ese caso, el próximo gobierno francés, en el cual influirán

intensamente las izquierdas, será más asequible a un arreglo. Se nota en Francia una acentuada tendencia a considerar con un criterio comercial y práctico la cuestión de las reparaciones. El diputado Paul Reynaud dijo en diciembre en la cámara francesa: "El problema para nosotros consiste en obtener siete millones de toneladas de carbón a un precio bastante ventajoso para que nuestra industria metalúrgica pueda sostener la concurrencia con las industrias inglesa y alemana".

El debate de las reparaciones resulta así, en su fase presente, un debate de negocios. No hablan hoy los políticos; hablan los banqueros, los **trusts**, la plutocracia. Se oye, con este motivo, un lenguaje comercial. Y se contempla sólo planes y diseños comerciales. El programa de los expertos se inspira, sustancialmente, en la idea de asociar a todos los grandes países capitalistas a la reorganización económica de Alemania. Tiende a que cada uno de estos países tenga una participación proporcional en tal empresa. Quiere que en el reactivamiento de la industria alemana esté interesada toda la finanza internacional. Pero la finanza internacional se halla dividida en varios grupos rivales, antagónicos, enemigos. Y cada uno de estos grupos es más sensible a la voz de sus intereses particulares que a la voz del interés general.

HERRIOT Y EL BLOC DE IZQUIERDA*

Este año inaugura un período de política social-democrática. Vuelven al poder, después de un largo exilio, radicales y radicaloides de todos los tintes. La marea reaccionaria declina en toda Europa. En los tres mayores países de Europa occidental — Inglaterra, Alemania y Francia—dominan hombres y tendencias liberales. La burguesía no ha encontrado en el experimento fascista, en la praxis conservadora, la solución de sus problemas. En

* Publicado en **Variedades**, Lima, 20 de setiembre de 1924. Superada la grave crisis de su enfermedad, entre mayo y agosto de 1924, reanudó J.C.M. su sec- [sigue al pie de la página siguiente]

cambio, se ha cansado de la difícil postura guerrera a que se ha sentido obligada. Torna, por eso, de buena gana, a una posición centrista, oportunista y democrática. La vieja democracia, más o menos guarnecida de socialismo, desaloja del poder a la reacción y sus tartarines. Sobreviven aún las dictaduras de Mussolini y Primo de Rivera, pero una y otra están también condenadas a una próxima caída.

El método reaccionario prevaleció a continuación de una agresiva y tumultuosa ofensiva revolucionaria. Se impuso a la turbada consciencia de Europa en una hora de miedo y desconcierto. El ensayo ha sido breve. Los capitanes de la reacción no han sabido restaurar el orden viejo ni reorganizar la economía capitalista. Han agravado, al contrario, la crisis. Hoy la burguesía, desencantada de las tudentes armas reaccionarias, desiste poco a poco de su empleo. Al mismo tiempo renace en la pequeña y media burguesía la antigua y decaída fe democrática.

La ascensión de Herriot y del **bloc** de izquierdas al gobierno de Francia forma parte de este extenso fenómeno político. El éxito de las elecciones de mayo estaba previsto. Era evidente un nuevo orientamiento de la mayoría de la opinión francesa. Curada parcialmente de la intoxicación y las ilusiones de la victoria esa mayoría de pequeños burgueses deseaba la organización de un gobierno ponderado y razonable. El programa de Herriot merecía, por ende, su adhesión su confianza. Herriot era además, para una

ción "Figuras y Aspectos de la Vida Mundial". **Varietades** saludó con la siguiente nota de encabezamiento este hecho: "Tras de largo interregno, impuesto por tremenda dolencia, reanuda su interesante colaboración nuestro querido compañero José Carlos Mariátegui. Ha salido Mariátegui de la dura prueba tras de intensa lucha en que fueron factores decisivos tanto la eficacia de la ciencia médica como la admirable entereza de su espíritu. Siempre activo y optimista, se reintegra, con el mismo entusiasmo de otros días, a sus labores periodísticas, ofreciéndonos esta serena y concisa apreciación de la actualidad política francesa, que nuestros lectores han de leer con el vivo interés que inspira tan distinguido escritor". (N. de los E.)

parte de las masas electoras, un **leader** nuevo, un estadista no probado ni usado aún en el gobierno, contra quien no existía, por consiguiente, prejuicio ninguno.

La pequeña burguesía francesa espera de Herriot —pequeño burgués típico— una administración discreta y práctica que disminuya las cargas del contribuyente, que modere los gastos militares, que obtenga de Alemania garantías y pagos seguros y que reconcilie a Francia con Rusia salve los ahorros franceses invertidos en empréstitos rusos. Se pide a Herriot una administración prudente que se guarde de las aventuras marciales de Poincaré, aunque se engalane, en cambio, de algunos ideales generosos e inocuos

Con Herriot se ha operado en la escena política francesa un vasto cambio de decoración de actores y de argumento. El gobierno del alcalde de Lyon es, en verdad, renacimiento de la Francia radical y laica de Waldeck-Rousseau, de Combes y de Caillaux. La actualidad francesa ofrece diversas señales de tal mudanza. Mientras de un lado se constata una disminución de la retórica chauvinista, de otro lado se ve a Herriot inaugurar, lleno de respeto, el monumento a Zola. El Eliseo suspende de nuevo sus relaciones con el Vaticano reanudadas por el **bloc** nacional después de la guerra. Se reclama el traslado de los restos del tribuno socialista Jaurés, víctima de una bala reaccionaria, al panteón de los grandes hombres. Y, sobre todo, Francia rectifica su actitud ante Alemania y concede una adhesión real y fervorosa a la Sociedad de las Naciones, en la cual desea colaborar con los pueblos vencidos y con la república bolchevique.

El programa del **leader** del **bloc** de izquierdas hace, ciertamente, muchas concesiones al nacionalismo poincarista. Con este motivo, una parte de la opinión internacional ha creído ver en Herriot casi un continuador de la política del **bloc** nacional frente a Alemania. Pero esto no es exacto. El gobierno del **bloc** de izquierdas, por su mentalidad y su composición, no puede abandonar súbitamente ninguna de las reivindicaciones esenciales de Poincaré.

Más aún, depende en mucho de los mismos prejuicios y compromisos que el conservadurismo. Y tiene que acomodar sus movimientos a su situación en las cámaras. Las bases parlamentarias del ministerio de Herriot no son muy anchas ni homogéneas. El **bloc** nacional tiene todavía una numerosa representación parlamentaria en la cámara de diputados; en el Senado persiste un humor chauvinista. Herriot necesita, tanto en las cuestiones internas como en las externas, graduar su radicalismo a la temperatura parlamentaria. Finalmente, no puede olvidar que la plutocracia es dueña de una poderosa prensa experta en el arte de impresionar y excitar a la opinión pública.

Pero, con todo, los fines de Herriot son fundamentalmente distintos de los de Poincaré y las derechas. Herriot aspira lealmente a una cooperación, a una inteligencia franco-alemana. Poincaré, en cambio, se proponía la expoliación y la opresión sistemáticas de Alemania. Recientemente, en una conversación con el escritor Norman Angell, publicada en la revista "The New Leader", Herriot ha anunciado categóricamente y explícitamente su intención de asociar a Alemania a un amplio pacto de garantía y asistencia que asegure la paz europea.

Ante Rusia, la posición de Herriot es análoga. Herriot es autor de un honrado libro, **La Russie Nouvelle**, en el cual ha reunido las impresiones de su visita de hace dos años a la república de los soviets. Este libro —que es uno de los testimonios burgueses de la solidez y la probidad del régimen bolchevique y de su obra— se preocupa de demostrar la necesidad económica francesa de comerciar con Rusia. Contiene también algunas opiniones sobre el comunismo, al cual se opone Herriot no desde puntos de vista técnicos como Caillaux, sino, más bien, desde puntos de vista filosóficos. Su condición de buen Francés, ortodoxamente patriota, lo induce a preferir Jaurés a Marx. Y su condición de hombre de letras nutrido de clacisismo, lo lleva a preferir el comunismo de Platón al comunismo marxista.

La política democrática, la política de la reforma y del compromiso, está así puesta a prueba en Francia y en otros países de Europa. Cuenta con la adhesión de un extenso y activo sector social. Su porvenir, sin embargo, aparece muy incierto y oscuro. Este método de gobierno vive de transacciones y compromisos con dos bandos inconciliables. Sufre los asaltos y las presiones de los reaccionarios y de los revolucionarios. Los ministerios de Herriot, de Mac Donald y de Marx deben guardar un difícil y angustioso equilibrio parlamentario. En cualquier instante, un paso atrevido, una actitud aventurada, pueden causar su caída. Esta situación constriñe a los **leaders** democráticos a abstenerse de una política verdaderamente propia. Les toca, en realidad, actuar la política que les consienten los altos intereses financieros e industriales. Los resultados de la conferencia de Londres no son debidos estrictamente al pacifismo de Mac Donald y Herriot. Han sido posibles por su concomitancia con urgentes necesidades y propósitos de la finanza y la industria. El pacifismo y la democracia prosperan actualmente porque el capitalismo ha menester de la cooperación internacional. La teoría y la práctica nacionalistas aíslan medioevalmente a los pueblos, contrariamente a lo que conviene a la expansión y a la circulación del capital.

Cuando Herriot supone actuar su propia política realiza, en verdad, la del capital financiero anglo-franco-americano. El plan Dawes, por ejemplo, no es formalmente siquiera una concepción de políticos. Lo han elaborado directamente banqueros y negociantes. A los políticos no les ha sido acordada sino la función de adoptar sus conclusiones. La democracia, sin el estruendo ni la brutalidad de la reacción, continúa haciendo, en suma, la política de la clase capitalista. No es exagerada, por consiguiente, la previsión de que acabará por desacreditarse totalmente a los ojos de la clase proletaria. A la pacificación social no podría llegarse, democráticamente, sino a través de una colaboración verdadera. Y, como dice Mussolini, que ama las frases lapalissianas, **per la colaborazione bisogna essere in due.**

Herriot, naturalmente, trata de servir sus propios fines democráticos mediante estos compromisos y transacciones. Sus palabras son, generalmente, las de un político de criterio y método realistas. A Normann Angell le ha dicho entre otras cosas: "Un pacifismo simplemente abstracto no basta". Los argumentos que ha usado en su campaña eleccionaria han sido idénticamente los de un hombre práctico y, por tanto, los más apropiados para ganarse el favor de los electores prudentes y utilitarios. Hombre del pueblo, hay que creerlo provisto del tradicional buen sentido popular. Sus ideales mismos no lo embarazan nunca demasiado. Son los ideales cautos y modestos de un pequeño-burgués. Herriot quiere sentirse a igual distancia de la reacción y de la revolución. Es, a la manera pre-bélica, un enamorado y un fautor sincero del progreso, de la democracia, de la civilización y de los "inmortales Principios" de la Revolución Francesa. Teme los saltos violentos y las transiciones rápidas y no tiene el gusto de la aventura ni del peligro.

Todo en Herriot rebosa **bon sens**. Mas es el caso que el buen sentido no basta en estos tiempos. Se trata, según todos los síntomas, de tiempos de excepción que reclaman hombres de excepción. Herriot es un hombre de talento pero de un talento un poco provinciano y pasado de moda. Spengler diría tal vez de Herriot que no es el hombre de la Urbe sino el hombre de la Ciudad. En efecto, Herriot no tiene el temperamento complejo de la Urbe. Su cara gorda, redonda y risueña es más la del alcalde de Lyon que la de un primer ministro de la Francia contemporánea. Es la cara de un ciudadano liberal, pacifista, obeso y republicano. ¿Estas simples, honestas y simpáticas condiciones, serán suficientes para reorganizar una nación y un continente cuyo destino ha arrancado a Caillaux una interrogación tan angustiada y dramática?

PROYECCIONES DEL PROCESO MATTEOTTI*

El fascismo no quiere que el proceso de los asesinos de Matteotti se convierta en el proceso de toda la gesta fascista. Contra el espontáneo desarrollo de este proceso, el fascismo moviliza sus brigadas de "camisas negras" y su poder gubernamental. El hecho judicial —dice— no debe transformarse en un hecho político. Y ha dado, con el propósito principal de impedir "indiscreciones" sobre el crimen y sus actores, un decreto-ley que reglamenta marcialmente la libertad de la prensa.

Pero no se gobierna la Historia. El propio fascismo —movimiento romántico, antihistórico, voluntarista— tiene sus raíces vitales en la Historia y no en la ideología ni en la acción de sus creadores y animadores. Es un producto de esa Historia que pretende negar o torcer a golpes de cachiporra. El asesinato de Matteotti ha sido la culminación de una política de terror. Es por eso que, al reaccionar contra tal crimen, la opinión italiana ha reaccionado contra todo el sistema que lo ha engendrado. El desenlace judicial no importa nada. La cuestión moral y política no era de la competencia de los magistrados. Ha tenido, por ende, un fuero especial, un fuero superior. Y de su juicio sumario han salido condenados el fascismo, su método y sus armas.

* Publicado en **Mundial**, Lima. 26 de setiembre de 1924. Con este artículo comenzó J.C.M. sus colaboraciones en **Mundial**, con la siguiente nota de encabezamiento de esa revista: "Comenzamos desde este número a publicar las colaboraciones del distinguido escritor nacional don José Carlos Mariátegui. La singular condición literaria de este intelectual, su brillante manera y su bien ganado prestigio de capacidad para apreciar las incidencias de la alta política europea van a tener desde nuestras columnas una oportunidad más de revelarse con beneficio para el afianzamiento de su personalidad intelectual y con beneficio mayor todavía para el público lector. El primer artículo de José Carlos Mariátegui analiza las proyecciones del proceso seguido en Italia por el asesinato del diputado socialista Matteotti y está lleno de esa justeza de apreciación que ha hecho del ilustre periodista un caso ejemplar de sinceridad de crítica", (N. de los E.)

Cuando en la cámara italiana se denunció la desaparición del diputado socialista, Mussolini, inquietado por el viento de fronda que soplaba, sintió la necesidad de decir con su acostumbrado tono dramático: **"Giustizia sarà fatta sino in fondo"**. Esta frase aparece ahora como una intuición histórica. En la intención del caudillo fascista era una promesa de que los jueces castigarían austeramente a los culpables. Pero ha adquirido luego una realidad superior y adversa a la voluntad fascista. La historia se ha apoderado de ella y la ha hecho suya. Se hará justicia plenamente; pero no sólo contra los asesinos materiales, sino contra la política en que el crimen se ha incubado. Como ha dicho Mussolini, **giustizia sarà fatta sino in fondo**.

Veamos por qué el fascismo resulta tan comprometido en este proceso. Hay razones inmediatas. Los ejecutores del crimen eran hombres de confianza del estado mayor fascista. Uno de ellos, Dumini, delincuente orgánico, gozaba del favor de los más altos funcionarios del Estado y del partido, pertenecía al personal del diario fascista "Il Corriere d'Italia" y se titulaba adjunto de la oficina de prensa del jefe del gobierno. Está averiguada una circunstancia a su respecto: el día del delito, Dumine aguardó en el Palacio Viminal, donde funciona el ministerio del interior, al automóvil que debía conducirlo a secuestrar a Matteotti. El crimen fue ordenado, según las investigaciones judiciales, por Rossi y Marinelli, dos fascistas del primer rango y de la primera hora, miembros del cuadrunvirato supremo del partido, y por Filipelli, director de "Il Corriere d'italia". El director de otro diario fascista "Il Nuovo Paese" acaba de ser llamado a Roma por edictos como otro de los responsables. El fascismo, en un principio, cuando le urgía calmar y satisfacer a la opinión pública, se esforzó por aislar la responsabilidad de los acusados. Los entregó a la justicia. Pero, poco a poco, un instinto más poderoso que su consciencia lo ha movido hacia ellas. En algunas demostraciones de los "camisas negras" se ha oído el grito de "Viva Dumini". Y se ha amenazado a la oposición con una segunda marcha a Roma destinada, sin duda, a liberar a los encausados. Finalmente Farinacci, uno de

los mayores lugartenientes de Mussolini, ha asumido la defensa de Dumini y ha intentado, como explicación del asesinato, atribuir a Rossi una conspiración contra Mussolini para reemplazarlo en el poder. (Su tentativa ha tenido tan mala suerte, ha encontrado un público tan incrédulo y hostil, que Farinacci no ha insistido en sus folletinescas revelaciones).

De otro lado el asesinato de Matteotti no es un acto solitario en la historia del fascismo. Es un acto terrorista perfectamente encuadrado dentro de la teoría y la práctica de los "camisas negras".

La gesta fascista está llena de hechos símiles. Matteotti ha sido asesinado por una banda especializada en el delito. Dumini y sus cómplices resultan ahora los autores del asalto a la casa del estadista Nitti y de las agresiones a los diputados Amendola, Mazzolani, Missuri y Forni, fascistas disidentes o cismáticos los dos últimos. Y, sobre todo, los capitanes del fascismo han alimentado siempre en sus brigadas un estado de ánimo agresivo y guerrero y, en algunos casos, han hecho la apología de la violencia.

De este humor bélico, han logrado contagiar hasta a algunas personas tenidas antes por sabias y prudentes. Giovanni Gentile, explicando filosóficamente su fascismo, ha dicho que "toda fuerza es forma moral, cualquiera que sea el argumento empleado: la prédica o el garrote".

En este emocionante proceso acusan, pues, al fascismo muchas circunstancias y muchos testimonios. Sus consecuencias han sido, por eso, instantáneas e inexorables. Las largas masas sociales que, por desconcierto o inconsciencia, o seducidas por su lenguaje quijotesco y megalómano, seguían al fascismo, han empezado a abandonarlo. Las defecciones se multiplican. Las filas filofascistas pierden sus nombres más sonoros: Ricciotti Garibaldi hijo, Sem Benelli, etc. Los grupos liberales que colaboraban con Mussolini le retiran ahora su confianza. "Il Giornale d'Italia" de Roma, "Il Mattino" de Nápoles se aproximan a la oposición. Los

mismos fascistas se dan cuenta de que se van quedando solos. Mussolini, en la última asamblea del consejo nacional fascista, ha recomendado la conquista de las masas. Pero tanto el Duce como sus secuaces cometen cotidianos errores de psicología que aumentan la excitación popular. Además, se constata en todas las capas sociales una mayor sensibilidad moral y política. Antes, los ataques a la libertad, los actos de terror del fascismo eran tolerados o aceptados pasivamente por la mayoría de la población. Hoy, encuentran en ella una repulsa y una condenación enérgicas y vigorosas. Los laureles de la marcha a Roma se han marchitado mucho.

Probablemente los fascistas intentarían sacar del asesinato de su compañero, el diputado Casalini, armas morales defensivas y contraofensivas. Pero este crimen no puede cancelar el que lo ha precedido. La responsabilidad de los hechos es diferente; su proyección tiene que ser lo también. Se trata, en el nuevo caso, de un acto de violencia individual. El asesino ha procedido aisladamente, por su propia cuenta. No es posible filiarlo sino como un exaltado. Tras él no existe una organización terrorista dirigida por **leaders** de la oposición. Los grupos de la oposición han execrado, generalmente, la violencia. Alguno de ellos ha mostrado una mentalidad próxima al gandhismo y casi ha predicado la resistencia pasiva. Gracias, en parte, a esta clase de adversarios, la gesta fascista encontró franca y abierta la vía del gobierno.

LA REVOLUCIÓN CHINA*

Ensayemos una interpretación sumaria de la actualidad china. Del destino de una nación que ocupa un puesto tan principal en el tiempo y en el espacio no es posible desinteresarse. La China pesa demasiado en la historia humana para que no nos atraigan sus hechos y sus hombres.

* Publicado en **Varietades**. Lima. 4 de octubre de 1924.

El tema es extenso y laberíntico. Los acontecimientos se agolpan, en esa vasta escena, tumultuosa y confusamente. Los elementos de estudio y de juicio de que aquí disponemos son escasos, parciales y, a veces, ininteligibles. Este displicente país, tan poco estudioso y atento, no conoce casi de la China sino el **coolie**, algunas hierbas, algunas manufacturas y algunas supersticiones. (Nuestro único caso de chinofilia es, tal vez, don Alberto Carranza). Sin embargo, espiritual y físicamente, la China está mucho más cerca de nosotros que Europa. La psicología de nuestro pueblo es de tinte más asiático que occidental.

En la China se cumple otra de las grandes revoluciones contemporáneas. Desde hace trece años sacude a ese viejo y escéptico imperio una poderosa voluntad de renovación. La revolución no tiene en la China la misma meta ni el mismo programa que en el Occidente. Es una revolución burguesa y liberal. A través de ella, la China se mueve, con ágil paso, hacia la Democracia. Trece años son muy poca cosa. Más de un siglo han necesitado en Europa las instituciones capitalistas y democráticas para llegar a su plenitud.

Hasta sus primeros contactos con la civilización occidental, la China conservó sus antiguas formas políticas y sociales. La civilización china, una de las mayores civilizaciones de la historia, había arribado ya al punto final de su trayectoria. Era una civilización agotada, momificada, parálitica. El espíritu chino, más práctico que religioso, destilaba escepticismo. El contacto con el Occidente fue, más bien que un contacto, un choque. Los europeos entraron en la China con un ánimo brutal y rapaz de depredación y de conquista. Para los chinos era ésta una invasión de bárbaros. Las expoliaciones suscitaron en el alma china una reacción agria y feroz contra la civilización occidental y sus ávidos agentes. Provocaron un sentimiento xenófobo en el cual se incubó el movimiento bóxer que atrajo sobre la China una expedición marcial punitiva de los europeos. Esta beligerancia mantenía y estimulaba la incomprensión recíproca. La China era visitada por

muy pocos occidentales de la categoría de Bertrand Russell y muchos de la categoría del general Waldersee.

Pero la invasión occidental no llevó sólo a la China sus ametralladoras y sus mercaderes sino también sus máquinas, su técnica y otros instrumentos de su civilización. Penetró en la China el industrialismo. A su influjo, la economía y la mentalidad china empezaron a modificarse. Un telar, una locomotora, un banco, contienen implícitamente todos los gérmenes de la democracia y de sus consecuencias. Al mismo tiempo, miles de chinos salían de su país, antes clausurado y huraño, a estudiar en las universidades europeas y americanas. Adquirían ahí ideas, inquietudes y emociones que se apoderaban perdurablemente de su inteligencia y su psicología.

La revolución aparece, así, como un trabajo de adaptación de la política china a una economía y una consciencia nuevas. Las viejas instituciones no correspondían, desde hacía tiempo, a los nuevos métodos de producción y a las nuevas formas de convivencia. La China está ya bastante poblada de fábricas, de bancos, de máquinas, de cosas y de ideas que no se avienen con un régimen patriarcalmente primitivo. La industria y la finanza necesitan para desarrollarse una atmósfera liberal y hasta demagógica. Sus intereses no pueden depender del despotismo asiático ni de la ética budhista, taoísta o confucionista de un mandarín. La economía y la política de un pueblo tienen que funcionar solidariamente.

Actualmente, luchan en la China las corrientes democráticas contra los sedimentos absolutistas. Combaten los intereses de la grande y pequeña burguesía contra los intereses de la clase feudal. Actores de este duelo son caudillos militares, **tuchuns**, como Chang-So-Lin o como el mismo Wu Pei Fu; pero se trata, en verdad, de simples instrumentos de faenas históricas superiores. El escritor chino F. H. Djen remarca a este respecto: "Se puede decir que la manifestación del espíritu popular no ha tenido hasta el presente sino un valor relativo, pues sus tenientes, sus campeones

han sido constantemente jefes militares en los cuales se puede sospechar siempre ambición y sueños de gloria personal. Pero no se debe olvidar que no está lejano el tiempo en que acontecía lo mismo en los grandes Estados occidentales. La personalidad de los actores políticos, las intrigas tejidas por tal o cual potencia extranjera no deben impedir ver la fuerza política decisiva que es la voluntad popular".

Usemos, para ilustrar estos conceptos, un poco de cronología.

La revolución china principió formalmente en octubre de 1911, en la provincia de Hu Pei. La dinastía manchú se encontraba socavada por los ideales liberales de la nueva generación y descalificada, —por su conducta ante la represión europea de la revuelta bóxer—, para seguir representando el sentimiento nacional. No podía, por consiguiente, oponer una resistencia seria a la ola insurreccional. En 1912 fue proclamada la república. Pero la tendencia republicana no era vigorosa sino en la población del sur, donde las condiciones de la propiedad y de la industria favorecían la difusión de las ideas liberales sembradas por el doctor Sun Yat Sen y el partido **Kuo-Ming-tang**. En el norte prevalecían las fuerzas del feudalismo y el mandarinismo. Brotó de esta situación el gobierno de Yuan Shi Kay, republicano en su forma, monárquico y **tuchun** en su esencia. Yuan Shi Kay y sus secuaces procedían de la vieja clientela dinástica. Su política tendía hacia fines reaccionarios. Vino un período de tensión extrema entre ambas bandos. Yuan Shi Kay, finalmente, se proclamó emperador. Mas su imperio resultó muy fugaz. El pueblo insurgió contra su ambición y lo obligó a abdicar.

La historia de la república china fue, después de este episodio, una sucesión de tentativas reaccionarias, prontamente combatidas por la revolución. Los conatos de restauración eran invariablemente frustrados por la persistencia del espíritu revolucionario. Pasaron por el gobierno de Pekín diversos **tuchuns**: Chang Huin, Tuan Ki Chui, etc.

Creció, durante este período, la oposición entre el Norte y el Sur. Se llegó, en fin, a una completa secesión. El Sur se separó del resto del imperio en 1920; y en Cantón, su principal metrópoli, antiguo foco de ideas revolucionarias, constituyose un gobierno republicano presidido por Sun Yat Sen. Cantón, antítesis de Pekín, y donde la vida económica había adquirido un estilo análogo al de Occidente, alojaba las más avanzadas ideas y los más avanzados hombres. Algunos de sus sindicatos obreros permanecían bajo la influencia del partido **Kuo-ming-tang**; pero otros adoptaban la ideología socialista.

En el Norte subsistió la guerra de facciones. El liberalismo continuó en armas contra todo intento de restauración del pasado. El general Wu Pei Fu, caudillo culto, se convirtió en el intérprete y el depositario del vigilante sentimiento republicano y nacionalista del pueblo. Chang So Lin, gobernador militar de la Manchuria, cacique y **tuchun** del viejo estilo, se lanzó a la conquista de Pekín, en cuyo gobierno quería colocar a Liang Shi Y. Pero Wu Pei Fu lo detuvo y le infligió, en los alrededores de Pekín, en mayo de 1922, una tremenda derrota. Este suceso, seguido de la proclamación de la independencia de la Manchuria, le aseguró el dominio de la mayor parte de la China. Propugnador de la unidad de la China, Wu Pei Fu trabajó entonces por realizar esta idea, anudando relaciones con uno de los **leaders** del sur, Chen Chiung Ming. Mientras tanto Sun Yat Sen, acusado de ambiciosos planes, y cuyo liberalismo, en todo caso, parece bastante disminuido, coqueteaba con Chang So Lin.

Hoy luchan, nuevamente, Chang So Lin y Wu Pei Fu. El Japón, que aspira a la hegemonía de un gobierno dócil a sus sugerencias, favorece a Chang. En la penumbra de los acontecimientos chinos los japoneses juegan un papel primario. El Japón se ha apoyado siempre en el partido Anfú y los intereses feudales. La corriente popular y revolucionaria le ha sido adversa. Por consiguiente, la victoria de Chang So Lin no sería sino un nuevo episodio reaccionario que otro episodio no tardaría en cancelar. El impulso

revolucionario no puede declinar sino con la realización de sus fines. Los jefes militares se mueven en la superficie del proceso de la Revolución. Son el síntoma externo de una situación que pugna por producir una forma propia. Empujándolos o contrariándolos, actúan las fuerzas de la historia. Miles de intelectuales y de estudiantes propagan en la China un ideario nuevo. Los estudiantes, agitadores por excelencia, son la levadura de la China naciente.

El proceso de la revolución china, finalmente, está vinculado a la dirección fluctuante de la política occidental. La China necesita para organizarse y desarrollarse un mínimo de libertad internacional. Necesita ser dueña de sus puertos, de sus aduanas, de sus riquezas, de su administración. Hasta hoy depende demasiado de las potencias extranjeras. El Occidente la sojuzga y la oprime. El pacto de Washington, por ejemplo, no ha sido sino un esfuerzo por establecer las fronteras de la influencia y del dominio de cada potencia en la China.

Bertrand Russell, en su **Problem of Chine**, dice que la situación china tiene dos soluciones: la transformación de la China en una potencia militar eficiente para imponerse al respeto del extranjero o la inauguración en el mundo de una era socialista. La primera solución, no sólo es detestable, sino absurda. El poder militar no se improvisa en estos tiempos. Es una consecuencia del poder económico. La segunda solución, en cambio, parece hoy mucho menos lejana que en los días de acre reaccionarismo en que Bertrand Russell escribió su libro. La **chance** del socialismo ha mejorado de entonces a hoy. Basta recordar que los amigos y correligionarios de Bertrand Russell están en el gobierno de Inglaterra. Aunque, realmente, no la gobiernen todavía.

IRLANDA E INGLATERRA*

El problema de Irlanda aún está vivo. De Valera, el caudillo de los **sinn feiners** vuelve a agitar la escena irlandesa. Irlanda no se aquieta. Desde 1922, le ha sido reconocido el derecho de vivir autónomamente dentro de la órbita y los confines morales, militares e internacionales de la Gran Bretaña. Pero no a todos los irlandeses les basta esta independencia. Quieren sentirse libres de toda coerción, de toda tutela británica. No se conforman de tener una administración interna propia; aspiran a tener, también, una política exterior propia. Este sentimiento debe ser muy hondo cuando ni los compromisos ni las derrotas consiguen domesticarlo ni abatirlo. No es posible que un pueblo luche tanto por una ambición arbitraria.

Luis Araquistain escribía una vez que Irlanda, católica y conservadora, fuera de la Gran Bretaña viviría menos democrática y liberalmente. Por consiguiente, reteniéndola dentro de su imperio, y oprimiéndola un poco, Inglaterra servía los intereses de la Democracia y la Libertad. Este juicio paradójico y simplista correspondía muy bien a la mentalidad de un escritor democrático y aliadófilo como Araquistain entonces. Pero un examen atento de las cosas no lo confirmaba; lo contradecía. Las clases ricas y conservadoras de Irlanda se han contentado, generalmente, con un **home rule**. El proletariado, en cambio, se ha declarado siempre Republicano, revolucionario, más o menos "feniano", y ha reclamado la autonomía incondicional del país. Araquistain prejuzgaba la cuestión, antes de ahondar su estudio.

Sin embargo, la alusión a la catolicidad irlandesa, lo colocaba aparentemente en buen camino, aprehendía imprecisamente una parte de la realidad. El conflicto entre el catolicismo y el protestantismo es, efectivamente, algo más que una querrela metafísica, algo más que una secesión religiosa. La Reforma protestante contenta tácitamente la esencia, el germen de la idea liberal. Protes-

* Publicado en **Varietades**, Lima, 25 de octubre de 1924.

tantismo, liberalismo aparecieron sincrónica y solidariamente con los primeros elementos de la economía capitalista. No por un mero azar, el capitalismo y el industrialismo han tenido su principal asiento en pueblos protestantes. La economía capitalista ha llegado a su plenitud sólo en Inglaterra y Alemania. Y dentro de estas naciones, los pueblos de confesión católica han conservado instintivamente gustos y hábitos rurales y medioevales. Baviera, por ejemplo, es campesina. En su suelo se aclimata con dificultad la gran industria. Las naciones católicas han experimentado el mismo fenómeno. Francia —que no puede ser juzgada sólo por el cosmopolitismo de París— es prevalentemente agrícola. Su población es **trés paysanne**. Italia ama la vida del agro. Su demografía la ha empujado por la vía del trabajo industrial. Milán, Turín, Génova, se han convertido, por eso, en grandes centros capitalistas. Pero en la Italia meridional sobreviven algunos residuos de la economía feudal. Y, mientras en las ciudades italianas del norte el movimiento modernista fue una tentativa para rejuvenecer los dogmas católicos, el mediodía italiano no conoció nunca ninguna necesidad heterodoxa, ninguna inquietud herética. El protestantismo aparece, pues, en la historia, como la levadura espiritual del proceso capitalista.

Pero ahora que la economía capitalista, después de haber logrado su plenitud, entra en un período de decadencia, ahora que en su entraña se desarrolla una nueva economía, que pugna por reemplazarla, los elementos espirituales de su crecimiento pierden, poco a poco, su valor histórico y su ánimo beligerante. ¿No es sintomático, no es nuevo, al menos, el hecho de que las diversas iglesias cristianas empiecen a aproximarse? Desde hace algún tiempo se debate la posibilidad de reunir en una sola a todas las iglesias cristianas y se constata que las causas de su enemistad y de su concurrencia se han debilitado. El libre examen asusta a los católicos muchos menos que en los días de la lucha contra la Reforma. Y, al mismo tiempo, el libre examen parece menos combativo, menos cismático que entonces.

No es, por ende, el choque entre el catolicismo y el protestantismo, tan amortiguado por los siglos y las cosas, lo que se opone a la convivencia cordial de Irlanda e Inglaterra. En Irlanda la adhesión al catolicismo tiene un fondo de pasión nacionalista. Para Irlanda su catolicidad, su lengua, son, sobre todo, una parte de su historia, una prueba de su derecho a disponer autónomamente de sus destinos. Irlanda defiende su religión como uno de los hechos que la diferencian de Inglaterra y que atestiguan su propia fisonomía nacional. Por todas estas válidas razones, un espectador objetivo no puede distinguir en este conflicto únicamente una Irlanda reaccionaria y una Inglaterra democrática y evolucionista.

Inglaterra ha usado, sagazmente, sus extensos medios de propaganda para persuadir al mundo de la exageración y de la exorbitancia de la rebeldía irlandesa. Ha inflado artificialmente la cuestión de Ulster con el fin de presentarla como un obstáculo insuperable para la independencia irlandesa. Pero, malgrado sus esfuerzos, —no se mistifica la historia— no ha podido ocultar la evidencia, la realidad de la nación irlandesa, coercitiva y militarmente obligada a vivir conforme a los intereses y a las leyes de la nación británica. Inglaterra ha sido impotente para asimilarse al pueblo irlandés, impotente para soldarlo a su imperio, impotente para domar su acendrado sentimiento nacional. El método marcial que ha empleado para reducir a la obediencia a Irlanda, ha alimentado en el ánimo de ésta una voluntad irreductible de resistencia. La historia de Irlanda, desde la invasión de su territorio por los ingleses, es la historia de una rebeldía pasiva, latente, unas veces; guerrera y violenta otras. En el siglo pasado la dominación británica fue amenazada por tres grandes insurrecciones. Después, hacia el año 1870 Isaac Butt promovió un movimiento dirigido a obtener para Irlanda un **home rule**. Esta tendencia prosperó. Irlanda parecía contentarse con una autonomía discreta y abandonar la reivindicación integral de su libertad. Consiguio así que una parte de la opinión inglesa considerase favorablemente su nueva y moderada reivindicación. El **home rule** de Irlanda adquirió en la Gran Bretaña muchos partidarios. Se convirtió,

finalmente, en un proyecto, en una intención de la mayoría del pueblo inglés. Pero vino la guerra mundial y el **home rule** de Irlanda fue olvidado. El nacionalismo irlandés recobró su carácter insurreccional. Esta situación produjo la tentativa de 1916. Luego, Irlanda, tratada marcialmente por Inglaterra, se aprestó para una batalla definitiva. Los nacionalistas moderados, fautores del **home rule**, perdieron la dirección y el control del movimiento autonomista. Los reemplazaron los **sinn feiners**. La tendencia **sinn feiner** creada por Arthur Griffith, nació en 1906. En sus primeros años tuvo una actividad teórica y literaria; pero, modificada gradualmente por los factores políticos y sociales, atrajo a sus rangos a los soldados más enérgicos de la independencia irlandesa. En las elecciones de 1918, el partido nacionalista no obtuvo sino seis puestos en el parlamento inglés. El partido **sinn feiner** conquistó setenta y tres. Los diputados **sinn feiners** decidieron boycotear la cámara británica y fundaron un parlamento irlandés. Esta es una declaración formal de guerra a Inglaterra. Tornó a flote entonces el proyecto de **home rule** irlandés que, aceptado finalmente por el parlamento británico, concedía a Irlanda la autonomía de un **dominion**. Los **sinn feiners**, sin embargo, siguieron en armas. Dirigido por De Valera, su gran agitador, su gran **leader**, el pueblo irlandés no se contentaba con este **home rule**. Mas con el **home rule** Inglaterra logró dividir la opinión irlandesa. Una escisión comenzó a bosquejarse en el movimiento nacionalista. Inglaterra e Irlanda buscaron, en fin, a fines de 1921, una fórmula de transacción. Triunfaba una vez más en la historia de Inglaterra la tendencia al compromiso. Los autonomistas irlandeses y el gobierno británico llegaron en diciembre de 1921 a un acuerdo que dio a Irlanda su actual constitución. El partido **sinn feiner** se escindió. La mayoría —64 diputados— votó en la cámara irlandesa a favor del compromiso con Inglaterra; la minoría de De Valera —57 diputados— votó en contra. La oposición entre los dos grupos era tan honda que causó una guerra civil. Vencieron los partidarios del pacto con Inglaterra y De Valera fue encerrado en una cárcel. Ahora, en libertad otra vez, vuelve a la empresa de sacudir y emocionar revolucionariamente a su pueblo.

Estos románticos **sinn feiners** no serán vencidos nunca. Representan el persistente anhelo de libertad de Irlanda. La burguesía irlandesa ha capitulado ante Inglaterra; pero una parte de la pequeña burguesía y el proletariado han continuado fieles a sus reivindicaciones nacionales. La lucha contra Inglaterra adquiere así un sentido revolucionario. El sentimiento nacional se confunde, se identifica con un sentimiento clasista. Irlanda continuará combatiendo por su libertad hasta que la conquiste plenamente. Sólo cuando realicen su ideal perderá éste para los irlandeses su actual importancia.

Lo único que podrá, algún día, reconciliar y unir a ingleses e irlandeses es aquello que aparentemente los separan. La historia del mundo está llena de estas paradojas y de estas contradicciones que, en verdad, no son tales contradicciones ni tales paradojas.

LA LIBERTAD Y EL EGIPTO*

Despedida de algunos pueblos de Europa, la Libertad parece haber emigrado a los pueblos de Asia y de África, Renegada por una parte de los hombres blancos, parece haber encontrado nuevos discípulos en los hombres de color. El exilio y el viaje no son nuevos, no son insólitos en su vida. La pobre Libertad es, por naturaleza un poco nómada, un poco vagabunda, un poco viajera. Está ya bastante vieja para los europeos. (Es la Libertad jacobina y democrática, la Libertad del gorro frigio, la Libertad de los derechos del hombre). Y hoy los europeos tienen otros amores. Los burgueses aman a la Reacción, su antigua rival, que reaparece armada del hacha de los lictores y un tanto modernizada, trucada, empolvada, con un tocado a la moda, de gusto italiano. Los obreros han desposado a la igualdad. Algunos políticos y capitanes de la burguesía osan afirmar que la Libertad ha muerto. "A la Dea Libertad —ha dicho Mussolini— la mataron los demagogos". La mayoría de la gente, en todo caso, la supone valetudinaria,

* Publicado en **Varietades**, Lima, 1º noviembre de 1924.

achacosa, domesticada, deprimida. Sus propios escuderos actuales Herriot, Mac Donald, etc., se sienten un poco atraídos por la igualdad, la dea proletaria la nueva dea; y su último caballero, el Presidente Wilson, quiso imponerle una disciplina presbiteriana y un léxico universitario completamente absurdos en una Libertad coqueta y entrada en años.

Probablemente, lo que más que todo resiente a la vieja dama es que los europeos no la consideren ya revolucionaria. El caso es que se propone, ostensiblemente, demostrarles que no es todavía estéril ni inocua. Una gran parte de la humanidad puede aún seguirla. Su seducción resulta vieja en Europa; pero no en los continentes que hasta ahora no la han poseído o que la han gozado incompletamente. Ahí la pobre divorciada encontrará fácilmente quien la despose. ¿No ha sido acaso, en su nombre, que las democracias occidentales han combatido en la gran guerra, contra la gente germana, nibelunga, imperialista y bárbara?

La Libertad jacobina y democrática no se equivoca. Es, en efecto, una Libertad vieja; pero en la guerra las democracias aliadas tuvieron que usarla, valorizarla y rejuvenecerla para agitar y emocionar al mundo contra Alemania. Wilson la llamaba la Nueva Libertad. Ella, musa inagotable y clásica, inspiró los catorces puntos. Y más puntos les hubiera dado a los aliados si más puntos hubiesen necesitado éstos para vencer. Pero sólo catorce, todas variaciones del mismo motivo, —libertad de los mares, libertad de las naciones, libertad de los Dardanelos, etc.— bastaron al presidente Wilson y a las democracias aliadas para ganar la guerra. La libertad, después de alcanzar su máxima apoteosis retórica, comenzó entonces a tramontar. Las democracias aliadas pensaron que la Libertad, tan útil, tan buena en tiempos de guerra, resultaba excesiva e incómoda en tiempos de paz. En la conferencia de Versalles le dieron un asiento muy modesto y, luego, en el tratado intentaron degollarla, tras de algunas fórmulas equívocas y falaces.

Pero la Libertad había huido ya a Egipto. Viajaba por el África, el Asia y parte de América. Agitaba a los hindúes, a los persas, a los turcos, a los árabes. Desterrada del mundo capitalista, se alojaba en el mundo colonial. Su hermana menor, la igualdad, victoriosa en Rusia, la auxiliaba en esta campaña. Los hombres de color la aguardaban desde hacía mucho tiempo. Y, ahora, la amaban apasionadamente. Maltratada en los mayores pueblos de Europa la anciana Libertad volvía a sentirse, como en su juventud, aventurera, conspiradora, carbonaria, demagógica.

Este es uno de los dramas de post-guerra. No sólo acontece que Asia y África, como dice Gorky, han perdido su antiguo, supersticioso respeto a la superioridad de Europa, a la civilización de Occidente. Sucede también que los asiáticos y los africanos han aprendido a usar las armas y los mitos de los europeos. No todos condenan místicamente, como Gandhi, la "satánica civilización europea". Todos, en cambio, adoptan el culto de la Libertad y muchos coquetean con el Socialismo.

Inglaterra es, naturalmente, la nación más damnificada por esta agitación. Pero es, también, la que con más astutos medios defiende su imperio. A veces se desmanda en el uso de métodos marciales, crueles y sangrientos; pero vuelve, invariablemente, a sus métodos sagaces. La vía del compromiso es siempre su vía predilecta. Las colonias inglesas no se llaman hoy colonias; se llaman dominios. Inglaterra les ha concedido toda la autonomía compatible con la unidad imperial. Les ha consentido dejar el imperio como vasallos para volver a él como asociados. Mas no todas las colonias británicas se contentan con esta autonomía. El Egipto, por ejemplo, lucha esforzadamente por reconquistar su independencia. Y no la quiere relativa, aparente, condicionada.

Hace más de cuarenta años que los ingleses se instalaron militarmente en tierra egipcia. Algunos años antes habían desembarcado ya en el Egipto sus funcionarios, su dinero y sus mercaderías. Inglaterra y Francia había impuesto en 1879 a los egipcios su control financiero. Luego, la insurrección de 1882 había sido

aprovechada por Inglaterra para ocupar marcialmente el valle del Nilo.

El Egipto siguió siendo, formalmente, un país tributario de Turquía; pero, prácticamente, se convirtió en una colonia británica. Los funcionarios, las finanzas y los soldados británicos mandaban en su administración, su política y su economía. Cuando vino la guerra, los últimos vínculos formales del Egipto con Turquía quedaron cortados. El khedive fue depuesto. Lo reemplazó un sultán nombrado por Inglaterra. Se inauguró un período de franco y marcial protectorado británico. Conseguida la victoria, Inglaterra negó al Egipto participación en la Paz. Zagloul Pachá debía haber representado a su pueblo en la conferencia; pero Inglaterra no aceptó la fastidiosa presencia de los delegados egipcios. Deportado a la isla de Malta, Zagloul Pachá debió guardar mejor coyuntura y mejores tiempos. El Egipto surgió violentamente contra la Gran Bretaña. Los ingleses reprimieron duramente la insurrección. Mas comprendieron la urgencia de parlamentar con los egipcios. La crisis post-bélica desgarraba Europa. Los vencedores se sentían menos arrogantes y orgullosos que en los días de embriaguez del armisticio. Una misión de funcionarios británicos desembarcó en diciembre de 1919 en el Egipto para estudiar las condiciones de una autonomía compatible con los intereses imperiales. El pueblo egipcio la boycoteó y la aisló. Pero, algunos meses después, llamados a Londres, los representantes del nacionalismo egipcio debatieron con el gobierno británico las bases de un convenio.

Las negociaciones fracasaron. Inglaterra quería conservar el Egipto bajo su control militar. Sus condiciones de paz eran inconciliables con las reivindicaciones egipcias.

Gobernaban entonces el Egipto, acaudillados por Adly Pachá, los nacionalistas moderados, que eran impotentes para dominar la ola insurreccional. Hubo, por esto, una tentativa de entendimiento entre éstos y los nacionalistas integrales de Zagloul Facha. Pero

la colaboración aparecía inasequible. Adly Pachá continuó tratando sólo con los ingleses, sin avanzar en el camino de un acuerdo. La agitación, después de un compás de espera, volvió a hacerse intensa y tumultuosa. Varias explosiones nacionalistas provocaron, otra vez, la represión y Zagloul Pachá, que había regresado al Egipto, aclamado por su pueblo, sufrió una nueva deportación. A principios de 1922 una parte de los nacionalistas egipcios pareció inclinada a adoptar los métodos gandhianos de la no-cooperación. Eran los días de plenitud del gandhismo. Inglaterra insistió, sin éxito, en sus ofrecimientos de paz.

Así arribó el conflicto a las últimas elecciones egipcias, en las cuales una abrumadora mayoría votó por Zagloul Pachá. El sultán tuvo que llamar al gobierno al caudillo nacionalista. Su victoria coincidía, aproximadamente, con la del **Labour Party** en las elecciones inglesas. Y las negociaciones entraron, consecuentemente, en una etapa nueva. Pero esta etapa ha sido demasiado breve. Zagloul Pachá ha estado, recientemente, en Londres, y ha conversado con Mac Donald. El diálogo entre el laborista británico y el nacionalista egipcio no ha podido desembocar en una solución. Se ha efectuado en días en que el gobierno laborista estaba vacilante. Zagloul Pachá ha vuelto, pues, a su país, con las manos vacías. La cuestión sigue integralmente en pie.

No puede predecirse, exactamente, su porvenir. Es probable que, si Zagloul Pachá no consigue prontamente la independencia del Egipto, su ascendiente sobre las masas decaiga. Y que prosperen en el Egipto corrientes más revolucionarias y enérgicas que la suya. El poder ha pasado en el Egipto a tendencias cada vez más avanzadas. Primero lo conquistaron los nacionalistas moderados. Más tarde, tuvieron éstos que cederlo a los nacionalistas de Zagloul Pachá. La última palabra la dirán los obreros y los **fellahs**, en cuyas capas superiores se bosqueja un movimiento clasista.

La suerte del Egipto está vinculada a los acontecimientos políticos de Europa. De un gobierno laborista podrían esperar los egip-

cios concesiones más liberales que de cualquier otro gobierno británico. Pero la posibilidad de que los laboristas gobiernen, plenamente, efectivamente, Inglaterra, no es inmediata. Les queda a los egipcios el camino de la insurrección y la violencia. ¿Elegiré esta vía Zagloul Pachá? Será difícil, ciertamente, que el Egipto se decida a la guerra, antes que Inglaterra a la transacción. Sin embargo, las cosas pueden llegar a un punto en que la transacción resulte imposible. Esto sería una lástima para el clásico método del compromiso. ¿Pero acaso la crisis contemporánea no es una crisis de todo lo clásico?

GIOLITTI Y LA CRISIS DEL FASCISMO*

Desertada por los grupos de oposición constitucional y de oposición revolucionaria —demócratas sociales, demócratas liberales, populares, socialistas, maximalistas y comunistas— la cámara italiana sería monótonamente fascista y facciosa si Giovanni Giolitti y sus amigos se hubiesen retirado también al Aventino. Pero Giolitti ha preferido continuar ocupando su asiento de diputado y asumir en la cámara una actitud opositorista. Ha vuelto así a una función activa de **leader**.

Su presencia en una cámara abandonada por la oposición es, aparentemente, un acto de colaboración con el fascismo. El consenso de un parlamento exclusiva y unánimemente embarazaría mucho a Mussolini. A un gobierno la resistencia de una minoría parlamentaria le sirve, entre otras cosas, para sentirse y saberse en mayoría. Es cierto que el fascismo no gobierna constitucional sino dictatorialmente; pero es cierto, al mismo tiempo, que jamás se ha decidido a romper explícitamente con la constitución. Los diputados de la oposición se han retirado de la cámara, con motivo del asesinato de Matteotti y han declarado que no tornarán a sus puestos mientras el fascismo no disuelva su milicia armada y no renuncie a la violencia. Giolitti no podía solidarizarse con esta

* Publicado en **Varietades**, Lima, 29 de noviembre de 1924.

táctica. Hasta los últimos acontecimientos, Giolitti había concedido al fascismo su confianza y su apoyo. No había querido confundirse con él; pero lo había sostenido. Aunque sus sentimientos respecto al fascismo hubiesen luego mudado, nada lo obligaba, por consiguiente, a seguir a la oposición. Y, en realidad dentro de la cámara, Giolitti constituye para Mussolini un peligro mayor que fuera de ella. Ausente del parlamento, sería Giolitti un supernumerario de la minoría antifascista. Presente en el Parlamento, es el eje de una secesión de la mayoría mussoliniana. Soleri, un lugarteniente de Giolitti, acaba de decir que la mayor parte de la nación italiana no está con el fascismo ni con la oposición. Esta frase equivale a una confesión de que Giolitti y sus amigos aspiran a conquistar esa vasta zona intermedia de la opinión italiana.

La conducta de Giolitti es un síntoma más de la decadencia del fascismo. El viejo estadista piemontés es orgánicamente oportunista. Posee un fino olfato político. Presiente las fluctuaciones de la opinión. Cuando el fascismo contó con el favor de la burguesía y de la pequeña burguesía italianas, Giolitti se mostró filofascista. No se dejó absorber por los "camisas negras"; pero cuidó de vivir en buenas relaciones con ellos. Hoy le parece comprometedora su amistad. Su agudo instinto no lo engaña nunca.

La figura de Giolitti llena enteramente un largo capítulo de la historia de la **Terza Italia**. Giolitti debutó en la izquierda. Combatió la política conservadora. La combatió, sobre todo, por realismo. Los ministerios de la derecha reprimían, con mano ruda, las inquietudes de las masas. Este método romántico era el que menos convenía a la burguesía italiana. Italia necesitaba tranquilidad interna para su desarrollo económico. Y no podía conseguir esa tranquilidad sino en virtud de una política sagaz que no impidiese, en el nombre de viejos principios, la expresión de las reivindicaciones proletarias. El mejor medio de evitar que se difundiese en el proletariado un humor virulentamente subversivo era el de consentir su organización y facilitar su inserción en la política de Italia. Giolitti llevó este programa al gobierno, en los

varios períodos en que le tocó ejercerlo. Los críticos de la **Terza Italia** dicen que su labor en el poder no fue política sino administrativa. Adriano Tilgher escribe que "a través del transformismo de Depretis y de Giolitti la Monarquía logró ahogar la política en la administración, sofocar todo contraste político, toda lucha de partidos, toda batalla ideal e impedir el despertar de la idea liberal y revolucionaria". ¿Fue entonces el gobierno de Giolitti, en sus varios períodos, un gobierno mera y vulgarmente burocrático? Exponiendo y comentando las tesis de un libro reciente de Mario Missiroli —**El golpe de estado**— Tilgher dice: "La monarquía y Giolitti han sabido gobernar según los modos de la civilización occidental un pueblo que continuaba siendo comunal y medioeval en el ánimo. Merced a una obra exclusivamente personal, lo han elevado por encima de su misma consciencia moral y de su atrasada costumbre estimulándolo a ascender hacia la consciencia del Estado moderno, hacia la libertad, contra sus naturales, instintivas tendencias, que lo llevan a negar el Resurgimiento, a volver al municipalismo y al clericalismo. Si el Estado moderno unitario y laico existe todavía en Italia, al menos formalmente, se debe exclusivamente su subsistencia a la monarquía y a sus ministros, cuya política transformista y reformista, lejos de aparecer a Missiroli como el obstáculo principal para la formación de la consciencia moderna de los italianos, se le presenta ahora como la única política que permita, sobre el vivo espíritu medioeval, la lenta formación de esa consciencia".

Giolitti estaba en el poder cuando se produjo la guerra. Su mentalidad y su hábito lo movieron a considerarla con un criterio práctico y realista. Cautó, perspicaz, redomado, Giolitti no podía ver en la causa aliada la causa de la libertad, de la democracia y del derecho. No sentía, por ende, ninguna urgencia, ninguna necesidad de que Italia interviniera en la sangrienta y destructora contienda. Deseaba que Italia reivindicara sus provincias irredentas sin salir de la neutralidad. Pero los tiempos de la guerra no eran tiempos de ordinaria administración. Una minoría elocuente, volitiva, dinámica, insurgió contra el neutralismo giolittiano. Exper-

tos agitadores empujaron a Italia al combate. Una parte del pueblo italiano se contagió del humor bélico de Europa. Esta ola guerrera derribó a Giolitti.

Pasada la guerra, sus exiguos frutos y sus muchos dolores generaron en las masas italianas un sentimiento adverso a los políticos de la intervención. Las elecciones de 1919 fueron ganadas por dos partidos pacifistas: el socialista y el popular. Vino la gran ofensiva revolucionaria. Nitti usaba contra esta ofensiva una política de transacción y de compromiso. Las derechas lo acusaban de debilidad y de derrotismo. La izquierda socialista lo creía "el último ministro de la monarquía". Pugnaba, en consecuencia, por batirlo en una votación parlamentaria. Asaltado por una y otra corriente, Nitti perdió el poder. Volvió entonces a flote Giolitti. La burguesía italiana había menester de un político diestro en el arte de domar las agitaciones populares. Giolitti cedió, al principio, como Nitti, ante las reivindicaciones tumultuosas de las masas. Cuando los obreros metalúrgicos ocuparon las fábricas, Giolitti se negó a emplear contra ellos la fuerza. Flanqueó y quebrantó el movimiento proletario aceptando su reivindicación: el derecho al control de las fábricas. Pero, agotado en ese episodio, el impulso revolucionario del proletariado, escindido el partido socialista en dos corrientes, la burguesía pasó de la defensiva a la ofensiva. Giolitti y la burguesía armaron al fascismo. El fenómeno fascista —efecto y no causa del fracaso de la ofensiva revolucionaria— encontró una atmósfera favorable para su desarrollo. A Giolitti le pareció oportuno el instante para debilitar la fuerza parlamentaria de los socialistas y de los populares, tachados de antinacionales y derrotistas por el fascismo en su prensa y en sus comicios. Disolvió, por esto, la cámara. Mas su resolución fue demasiado apresurada. Los socialistas y los populares conservaban aún casi intactas sus posiciones en la masa electora. Los resultados del escrutinio fueron contrarios a Giolitti. El estadista piamontés había cometido un error de oportunidad que pagó, naturalmente, con la pérdida del poder. Lo sucedieron en el gobierno dos parlamentarios mediocres, amedrentados, pávidos:

Bonomi y Facta. Y, finalmente, el fascismo movilizó sus brigadas sobre Roma. Mussolini inauguró su dictadura. La democracia y el liberalismo italianos abdicaron ante los "camisas negras".

Dos años de experimento fascista, han desencantado a gran parte de la burguesía italiana respecto a las virtudes taumatúrgicas de Mussolini. Después de varios años de tumulto y de tensión, la mayoría de los italianos siente la nostalgia de la paz. La oposición al fascismo es numerosa. La engrosan más cada día nuevos reclutas. Contra Mussolini combaten "Il Corriere della Sera" de Milán, "La Stampa" de Turín, "Il Mondo" de Roma y otros grandes rotativos burgueses. En los rangos del fascismo y del filo-fascismo se propaga la tendencia a la defección. Innumerables grupos, ligas, asociaciones, trabajan "por la normalización". La "normalización" es un anhelo extensamente difundido en todos los sectores de la opinión italiana. Los comunistas predicán la revolución; pero los comunistas están en minoría. La mayoría no es revolucionaria sino "normalizadora". La normalización quiere decir, como es lógico, la vuelta al régimen constitucional. El fascismo no puede, por consiguiente, aceptarla. Mussolini, sin embargo, es demasiado avisado para no darse cuenta de la urgencia de **menager** la opinión pública con algunas concesiones aparentes.

Pero la opinión pública no se deja **menager** fácilmente. Giolitti lo comprende bien. Se apresura, en consecuencia, a diferenciarse categórica y claramente del fascismo y del filo-fascismo. Es probable que no le asuste ni le desagrade la posibilidad de asumir una vez más el gobierno. Italia está habituada a mirar en Giolitti una estadista con derecho vitalicio al gobierno. Se cuenta, a propósito de esto, una anécdota de la visita del Rey de España a Roma. Alfonso XIII pidió al Papa opinión sobre el porvenir del fascismo. El Papa le respondió que el fascismo duraría mucho tiempo en el poder. Tal vez diez años, acaso veinte años. ¿Y después? interrogó Alfonso XIII. ¿Después? —contestó el Papa—. Volverá, como es natural, Giolitti.

Giolitti, octogenario, es aún, pues, un candidato a la presidencia del consejo de ministros de Italia. El fascismo se prometía aniquilar, inutilizar, sustituir a toda la vieja fauna política. Los resultados de su gesta no pueden ser más desfavorable a este propósito de su programa. El aguerrido ejército de los "camisas negras" encuentra, actualmente, en un hombre de ochenta años, a uno de sus más astutos y temibles adversarios.

LA CRISIS DEL RÉGIMEN FASCISTA*

Con su s3lita teatralidad, Mussolini ha aceptado el reto de la oposici3n. Ha sometido al parlamento un proyecto de ley electoral. En la pol3tica italiana, este tr3mite precede invariablemente la disoluci3n de la c3mara y la convocatoria de nuevas elecciones. El acto del fascismo puede parecer un alarde de fuerza; pero en realidad es un s3ntoma de debilidad. M3s que una ofensiva constituye una retirada.

Mussolini se ha visto constreñido a reconocer finalmente que, boycoteada y desertada por la oposici3n, la c3mara no puede funcionar. La c3mara contiene a3n una minor3a. La minor3a que acaudillan Giolitti y Orlando. Pero esta minor3a, compuesta por elementos que hasta hace muy poco conservaron una actitud filofascista, amenaza tambi3n a la c3mara con su defecci3n. Adem3s, es una minor3a min3scula, que si no una fracci3n disidente de la clientela fascista. La oposici3n en masa se ha retirado al Aventino, como, con la obstinada nostalgia de la antigüedad, se dice en el vocabulario pol3tico de la Italia de estos tiempos. Culpa del fascismo que ha resucitado el hacha de los lictores y algunas otras cosas de la historia de Roma.

El fascismo se ha esforzado por atraer a la oposici3n al parlamento. Varias veces ha hablado Mussolini con una rama de olivo en la mano. Otras veces constatada la contumacia de la oposici3n,

* Publicado en **Mundial**, Lima, 25 de diciembre de 1924.

Mussolini y el fascismo, megalómanos y olímpicos, han tenido el aire de desdeñarla. Han sustentado entonces la tesis de que la cámara podía trabajar indiferentemente con o sin los diputados opositores. La imaginación de Mussolini se ha complacido, voluptuosamente, en la befa verbal de la "variopinta" oposición.

Pero el experimento de la tesis no ha correspondido a la esperanza fascista. El fascismo ha comprobado la impotencia y la invalidez del consenso de una cámara facciosa. La oposición, retirándose al Aventino, lo ha obligado a capitular. Ya no habla Mussolini, arrogantemente, de los derechos de la Revolución Fascista. Ya no se declara superior e indiferente a la opinión y al voto de los diputados. En su último discurso en el senado, ha empleado un tono y un lenguaje sagaces. Después, ha sentido la necesidad de intentar una política más o menos normalizadora y de licenciar a la cámara que la oposición esteriliza y descalifica con su ausencia.

Esta cámara nació viciada. Las elecciones de abril se realizaron conforme a una ley electoral forjada especialmente para uso del régimen fascista. Y, sobre todo, envileció marcialmente sus brigadas de "camisas negras" contra los grupos y los candidatos de oposición. Los partidos anti-fascistas carecieron ahí casi absolutamente de toda libertad de propaganda. El fascismo, además, no se presentó en las elecciones con una lista exclusivamente fascista. Solicitó la alianza de varios hombres y grupos no fascistas. Buscó sus principales candidatos en las asociaciones de combatientes y de mutilados de guerra. Malgrado todo esto, los grupos de oposición, cada uno de los cuales concurrió a las elecciones por su propia cuenta, consiguieron una fuerte representación en el parlamento. La heterogénea y pluricolor mayoría fascista se encontró en la cámara frente a una minoría menos numerosa pero más compacta y guerrera que la de la cámara anterior. Matteotti denunció, con dramático acento, en una de las sesiones de abril. La atmósfera de la nueva cámara fue una atmósfera tempestuosa. Se produjo, dentro de esta situación, el asesinato de Matteotti. La

oposición abandonó entonces la cámara. Y declaró su voluntad de no regresar a sus puestos mientras el fascismo no disolviese su milicia armada y no aceptase incondicionalmente la restauración de la legalidad. Las sesiones de la cámara fueron suspendidas. El gobierno fascista esperaba encontrar en los tres o cuatro meses de vacaciones parlamentarias el medio de inducir a la oposición a volver al parlamento.

Pero durante ese plazo, la lucha, en vez de desaparecer, no ha cesado de exasperarse. El fascismo ha intentado amedrentar a la gente adversaria y a la gente neutral con una táctica agresiva. Ha restringido draconianamente la libertad de la prensa. Ha anunciado su intención formal de insertar la revolución fascista en el Estatuto de la nación italiana. Mas esta política ha tenido efectos diversos de los que Mussolini esperaba y necesitaba. El fascismo se ha sentido cada día más aislado y más bloqueado. Muchos de sus antiguos amigos se han negado a seguirlo por la vía de la intransigencia. Giolitti, Orlando, Sem Benelli, han pasado a la oposición. Las asociaciones de combatientes y mutilados de guerra, antes filo-fascistas, han declarado su independencia de toda facción y han reclamado del gobierno una política normalizadora. Los ataques de la prensa al fascismo han arreciado. Varios diarios liberales, que hasta el asesinato de Matteotti observaron una conducta filo-fascista, han cambiado radicalmente de tono. "Il Giornale d'Italia" de Roma, órgano de los liberales de derecha, combate hoy al régimen fascista casi con la misma acidez que "Il Mondo", órgano de Améndola.

Esta crisis del régimen fascista maduraba gradualmente desde mucho tiempo antes del asesinato de Matteotti. El asesinato del diputado socialista no ha hecho sino acelerar su desarrollo y precipitar su desenlace. Esta crisis ha sido, ante todo, una crisis interna. Veamos sus causas. El fascismo no ha podido definirse a sí mismo. Contenía y contiene todavía, elementos antitéticos, humores diversos, animas disimiles. Para conservar la unidad de este movimiento, Mussolini inventaba, sucesivamente, muchas fórmu-

las equívocas y oportunistas. Llenaba con sus abstracciones y su retórica el programa hueco del partido fascista. Esta táctica le ha consentido retener en sus filas durante mucho tiempo a gente que concebía el partido fascista como una especie de partido del patriotismo; pero que no compartía las ideas ni los sentimientos de sus **condottieri** respecto a la necesidad y a la oportunidad de reemplazar íntegramente el Estado demo-liberal con un Estado fascista y de desagradar, para esto, la Constitución de la **Terza Italia**. Por esta razón el fascismo ha sido, en la época de su apogeo, más que un partido político, un movimiento de militares, combatientes y mutilados de guerra. Mussolini ha gustado de rodearse de los héroes de la guerra. Y ha querido siempre ver alineados en el primer rango del fascismo a los combatientes condecorados con la medalla de oro al valor militar. El fascismo ha acaparado, hasta hace poco, casi todas las "medallas de oro" de la guerra. Pero, a medida que ha prevalecido en el partido fascista la tendencia facciosa, a medida que se ha impuesto en su teoría y en su práctica la mentalidad de los **condottieri** y de los agitadores que lo definen como el instrumento de una revolución, las fórmulas vaga y abstractamente nacionalistas no han bastado ya para prolongar la artificial unidad fascista. Las dos almas, las dos mentalidades del fascismo han empezado a diferenciarse y a separarse.

El fascismo ha dejado, poco a poco, de detentar la exclusiva o el privilegio del patriotismo. Los combatientes y los mutilados de filiación o de educación más o menos liberales y democráticas le han retirado su apoyo sin temor a sus excomuniones. La Liga Itálica de San Benelli y la Italia Libera del general Peppino Garibaldi niegan a los fascistas el derecho de acaparar la representación de la italianidad. Ambas ligas reclutan sus prosélitos en las categorías sociales adherentes antes al fascismo. Mussolini ha perdido dos de sus más conspicuas "medallas de oro": los diputados Viola y Ponzio de San Sebastiano. Otra medalla de oro, Raffele Rosetti, no sólo se declara anti-fascista sino además Republicano.

En estas condiciones llega el fascismo al capítulo de su historia. Mussolini juega con la convocatoria a elecciones su última carta. A las elecciones había que apelar tarde o temprano. Mussolini, regador de rápidas decisiones, prefiere que sea temprano y no tarde. Oportunista orgánico, ataca a los partidos de la "variopinta" oposición antes de que tengan tiempo de concertarse y articularse más. Pero la oposición le ha ganado ya la principal batalla, obligándolo a aceptar implícitamente la tesis de la normalización. El fascismo sostenía antes que su permanencia en el poder era una cuestión de fuerza. Ahora la cuestión de fuerza desaparece y se convierte en una cuestión de mayoría electoral y mayoría parlamentaria. Para un partido anti-parlamentario y anti-democrático la capitulación no puede ser sustancial ni más grave.

MILLERAND Y LAS DERECHAS*

Las elecciones de mayo último liquidaron en Francia el bloque nacional. Briand, que desde su caída del gobierno empezó a virar a izquierda, se colocó en mayo al flanco de Herriot. Loucheur, ministro de Poincaré, se sintió también en mayo hombre de izquierda. Todo el sector más o menos intermedio, movedizo, fluctuante, del parlamento francés se apresuró a romper sus vínculos con el bloque nacional.

Por consiguiente, las derechas de la cámara francesa quedaron casi decapitadas. Poincaré maniobraba en el senado. Sobre él recaía, además, oficialmente, la responsabilidad de la derrota. Esto lo descalificaba un poco para conservar el comando del bloque conservador. Tardieu, el lugarteniente de Clemenceau, vencido en las elecciones, como el gordo y virulento León Daudet, después de una tensa jornada electoral, sufría taciturnamente su ostracismo del parlamento. Mr. Alexandre Millerand, arrojado de la presidencia de la república, por la nueva mayoría, resultaba el único **condottiere** disponible. Las derechas tuvieron que saludar-

* Publicado en **Varietades**, Lima, 27 de diciembre de 1924.

lo y reconocerlo como su jefe.

Millerand, ex-socialista, ex-radical, ex-presidente de la república, acecha hoy, a la cabeza de sus eventuales mesnadas, la oportunidad de volver a ser algo, presidente del consejo de ministros, verbigracia. Por ahora se contenta con ser el **leader**, convicto y confeso de la reacción.

A nombre de un heterogéneo conglomerado, en el cual se confunden y combinan residuos del régimen feudal y elementos de la Tercera República, Millerand condena la política socialdemocrática y franc-masona del bloque de izquierdas.

Como Mussolini, Millerand procede de los rangos del socialismo. Pero el caso Millerand no se parece absolutamente al caso Mussolini. Mussolini fue un socialista incandescente; Millerand fue un socialista tibio. Entre ambos hombres hay diferencias de educación, de mentalidad y de temperamento. Mussolini tiene un alma exuberante, explosiva, efervescente; Millerand tiene un alma pacata, linfática, burguesa. Mussolini es un agitador; Millerand es un rábula. Mussolini militó en la extrema izquierda del socialismo; Millerand en su extrema derecha.

La trayectoria política de Millerand carece de oscilaciones violentas. Millerand debutó en el socialismo con prudencia y con mesura. No profesa nunca una fe revolucionaria. En 1893 figuró entre los diputados del policromo socialismo de ese tiempo. Pertenecía al grupo de socialistas independientes. Su escenario, desde esa época, no era el comicio ni el ágora. Era el parlamento o el periódico. Millerand pronunció su máximo discurso en un banquete político. Un discurso en el cual, bajo un socialismo superficial y abstracto, se traslucía un temperamento ministerial y parlamentario. A Millerand no se le puede clasificar, por tanto, entre los socialistas domesticados por el capitalismo. Millerand nació a la vida política perfectamente domesticado.

No representaba Millerand, a la manera de Jaurés, un socialismo idealista y democrático, reacio a la concepción marxista de la lucha de clases. Representaba únicamente un socialismo burocrático y oportunista. A través de Millerand, de Briand y de Viviani, la pequeña burguesía de la Tercera República realizaba un inocuo ejercicio de **dilettantismo** socialista.

En 1899, malgrado el veto de sus principales compañeros del socialismo. Millerand aceptó una cartera en el gabinete de Waldeck-Rousseau. Los radicales franceses sentían la necesidad de teñirse un tanto de socialismo para encontrar apoyo en las masas. Inscribieron, por esto, en su programa, algunas reformas sociales. Y, como una garantía de su voluntad de actuarlas, solicitaron los servicios profesionales de un diputado socialista, en quien su perspicacia les permitía adivinar un candidato latente a un ministerio. No se equivocaban. Las masas concedieron un largo favor al gobierno de Waldeck-Rousseau. La conducta de Millerand tuvo fautores dentro de las propias filas del socialismo. Se calificaba al gobierno radical de entonces como un gobierno de defensa Republicana. Más o menos como se califica al gobierno radical-socialista de ahora. La participación de un socialista en el gobierno era explicada y justificada como una consecuencia de la lucha contra la reacción clerical y conservadora.

Pero vino el congreso de Ámsterdam de la Segunda Internacional. La tesis colaboracionista fue ahí debatida y rechazada. El movimiento socialista francés se orientó hacia una táctica intransigente. Se produjo la fusión de los varios grupos de filiación socialista. Nació el Partido Socialista (S.F.I.O.), síntesis del socialismo marxista de Jules Guesde y del socialismo idealista de Jean Jaurés. Todos los puentes teóricos y prácticos entre Millerand y el socialismo quedaron así cortados. Segregado de las filas de la revolución, Millerand fue definitivamente reabsorbido por las filas de la burguesía. Había paseado por el campo socialista con un pasaje de ida y vuelta. El socialismo no había sido para Millerand una pasión sino, más bien, una aventura.

Eliminado de la extrema izquierda, se mantuvo, durante algún tiempo, a una discreta distancia de la derecha. Conservó su condición de funcionario de la República. Siguió, formalmente, al servicio de su dama, la Democracia. El movimiento de traslación de Mr. Alexandre Millerand del sector revolucionario al sector reaccionario se cumplía lenta, gradual, pausadamente. La guerra consiguió acelerarlo.

La "unión sagrada" borró un poco los confines de los diversos partidos Franceses. El estado de ánimo creado por la contienda favorecía la hegemonía espiritual de los grupos de derecha. A esta corriente reaccionaria no pudieron ser insensibles los políticos que ya habían empezado su aproximación a las ideas y los hombres del conservantismo. Millerand, por ejemplo, se consustanció totalmente con la derecha. La atmósfera tempestuosa de la post-guerra acabó su conversión.

Millerand desarrolló, en la presidencia del consejo de ministros, la misma agresiva política reaccionaria de Clemenceau. Reprimió marcialmente la agitación obrera. Licenció a varios millares de ferroviarios. Trabajó por la disolución de la Confederación General del Trabajo. Armó a Polonia contra la Rusia soviética. Reconoció al general Wrangel, vulgarísimo aventurero, instalado en Crimea, como gobernante de Rusia. Estas fueron las benemerenicias que lo condujeron a la presidencia de la república. El bloque nacional encontró en Mr. Alexandre Millerand su hombre más representativo.

La presidencia de Millerand tenía, además, en la intención de algunos elementos de la derecha, un sentido más preciso. Millerand era un asertor de una tesis adversa a la ortodoxia parlamentaria de la Tercera República. Quería que se atribuyese al presidente de la república mayores poderes. Que se le permitiese ejercer una influencia activa en la política del Estado. Por tanto, Millerand resultaba singularmente indicado para una eventual ofensiva contra el régimen parlamentario y contra el sufragio univer-

sal. Las derechas no se hacían demasiadas ilusiones sobre su posición electoral. Sabían que el éxito de las elecciones tenía que serles contrario. El ejemplo fascista las animaba a pensar en la vía de la violencia. Los hombres de las derechas, sin exceptuar al propio Millerand según notorias acusaciones, tendían al golpe de Estado. Así lo denunciaba inequívocamente su lenguaje. Uno de los amigos más conspicuos de Millerand, Gustave Hervé, director de la "Victoire", escribía en el verano de 1923 al escritor italiano Curzio Suckert, teórico del fascismo, las siguientes líneas: "Yo soy en el fondo un fascista de izquierda. Y, en efecto, pensé en 1918 hacer en Francia, o mejor dicho intentar en Francia, lo que Mussolini ha actuado tan bien en Italia. Las polémicas de "L'Action Française" el equívoco creado por ésta nos obligaron a renunciar a nuestro plan, **o por lo menos a aplazarlo** y a sustituir un movimiento fascista con nuestro movimiento del bloque nacional, del cual he sido, creo, uno de los animadores y uno de los fundadores".

El bloque de izquierdas, triunfador en las elecciones de mayo, no se conformó, por eso, con desalojar del poder a Poincaré y a sus colaboradores. Sintió el deber de echar, además, a Millerand, de la presidencia de la república. Boycoteado por la mayoría parlamentaria, Millerand se vio forzado a dimitir. En medio de una tempestad de invectivas y de clamores, se retiró del Elíseo. Quienes lo creían capaz de un gesto atrevido, tascaron malhumoradamente su agria desilusión.

Ahora, sin embargo, vuelven a rodear a Millerand. La reacción carece en Francia de hombres propios. Se abastece de conductores y de animadores entre los disidentes ancianos de la extrema izquierda o entre los viejos funcionarios de la **Troisième République**. La aserción de los derechos de la victoria está a cargo de un ex-antimilitarista, de un ex-internacionalista como Gustave Hervé. El caso no es único. También la defensa de los derechos de la catolicidad tiene uno de sus más ilustres y sustantivos corifeos en un literato de mentalidad pagana, anticristiana y atea co-

mo Charles Maurras y en un escritor de literatura pornográfica, inverecunda y obscena como León Daudet.

POLÍTICA ALEMANA*

Las elecciones de diciembre no han modificado el problema parlamentario de Alemania. La posición de los partidos en el Reichstag no ha variado fundamentalmente. Vana ha sido esta nueva movilización de fuerzas electorales. El problema sigue planteado casi en los mismos términos que antes. Ningún bando ha vencido. La lucha tiene el fatigante proceso de una guerra de trincheras.

Para comprender esta lucha, conviene recordar previamente la demarcación de los sectores electorales y parlamentarios alemanes. Revistemos rápidamente los partidos y las tendencias.

La extrema derecha está formada por el partido fascista o **Deutsch Voelkish**, que comanda, marcialmente, el generalísimo Ludendorff. Viene luego el partido **Deutsch National** o pangermanista que reúne en sus rangos a los **Junkers**, a los grandes terratenientes y a todos los conservadores de tipo clásico. Militan en esta facción reaccionaria y anti-semita Von Tirpitz y otros monarquistas conspicuos. El plan Dawes dividió a los pangermanistas en dos fracciones. Una fracción se mantuvo fiel a la plataforma electoral del partido, agresivamente adversa a la aceptación del plan Dawes. La otra fracción abandonó esa plataforma intransigente. La derecha termina en el partido populista (**Volks-Partei**) acaudillado actualmente por Stresseman. Este partido es el órgano político de la gran industria. En sus filas maniobra Hugo Stinnes. Programáticamente monarquista, acepta la república como un régimen eventual y transitorio. Una parte de los populistas propugna la coalición con los pangermanistas; otra parte se inclina a la colaboración con los grupos centristas.

* Publicado en **Variedades**, Lima, 17 de enero de 1925.

Constituyen el centro los católicos y los demócratas. En el partido católico se destacan las figuras de los ex-cancilleres Marx y Wirth. La composición social del partido católico es heterogénea. Su cúspide es burguesa; su base, proletaria. Los sindicatos de obreros católicos trabajan por una política social-democrática; la burguesía católica, en tanto, se resiste a romper con las derechas. El partido demócrata es el partido de Bernstoff y del "Berliner Tageblatt". Una bala nacionalista abatió en 1922 a su gran **leader** Walther Rathenau. Los demócratas tienden, en su mayoría, a la colaboración con los socialistas. Católicos y demócratas defienden la república contra la reacción monarquista.

La izquierda es, por antonomasia, el sector de la socialdemocracia. Está constituida por el partido socialista unificado. Los hombres más destacados de su estado mayor son Müller, Scheidemann, Hilferding, Breischeidt, Crispian, Ebert. Los socialistas forman el grupo más fuerte del nuevo Reichstag. En las elecciones de noviembre han conquistado 130 asientos. La extrema izquierda es el sector del comunismo. El partido comunista alemán, que procede del movimiento espartaquista de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, desenvuelve, como es notorio, una política intransigentemente clasista y revolucionaria.

Las elecciones de mayo crearon una complicada situación parlamentaria. Llevaron a la cámara una gruesa patrulla fascista y una más gruesa patrulla comunista. Reforzaron, a expensas de los otros partidos burgueses, al partido pangermanista. Ninguna sólida combinación ministerial era posible dentro de esta situación. El núcleo de un ministerio tenía que ser el centro. Pero este ministerio centrista necesitaba apoyarse, de una parte, en los votos de los populistas y, de otra parte, en los votos de los socialistas. Y un compromiso entre los populistas y los socialistas resultaba cada vez más difícil. Los populistas pugnaban porque el eje del gobierno se desplazase del centro a la derecha. Preconizaban una concentración de los partidos burgueses. Quepan modificar las bases parlamentarias del gobierno, reemplazando a los socialistas

con los pangermanistas. Los católicos y los demócratas se oponían, naturalmente, a esta combinación ministerial destinada a dar el predominio a las derechas. El centro se negaba a dejarse absorber por las derechas cediendo a los populistas su propio papel en el gobierno.

Transitoriamente, la necesidad de negociar con las potencias aliadas respecto al plan Dawes impuso la reorganización del ministerio Marx-Stressemann. El **leader** católico y el **leader** populista representaron a Alemania en la conferencia de Londres. Pactaron y suscribieron las condiciones de la ejecución del plan Dawes. Obtuvieron, luego, su aprobación por el Reichstag. La solución Dawes convenía a los intereses de los populistas y los socialistas. Una momentánea inteligencia sobre este terreno fue, pues, posible. Los propios pan-germanista no pudieron negarle, unánime y compactamente, su voto.

Pero, una vez superada esta situación, el conflicto entre la derecha y el centro reapareció en el ministerio Marx-Stressemann. Los demócratas y los católicos pensaron entonces que únicamente nuevas elecciones podían resolver este conflicto. La hora les parecía, además, propicia para apelar al voto del pueblo. Los primeros efectos económicos del plan Dawes difundían en Alemania la sensación de un retorno a la normalidad. El malestar, el descontento, la exasperación, que habían empujado en mayo a muchas personas a votar por los partidos extremistas, disminuían ahora en intensidad y en extensión. Los socialistas, por su parte, participaban también de estas previsiones.

La convocatoria a nuevas elecciones fue así decidida.

Los demócratas, los católicos y los socialistas movilizaron todas sus energías. Su bandera electoral era la defensa de la república. Esta afirmación Republicana significaba una respuesta a las maniobras de Stressemann y los populistas por llevar al poder a un partido explícita y característicamente monarquista como el par-

tido pangermanista o **deutsch national**. Los partidos Republicanos disponían de los recursos y elementos necesarios para una gran campaña electoral. Su posición en el gobierno les consentía, además, una ilimitada propaganda. Los pangermanistas y los populistas, a su turno, no se encontraban por cierto en condiciones desventajosas. La plutocracia agraria y la plutocracia industrial financiaban, respectivamente, su campaña. Las circunstancias de la lucha aparecían desfavorables únicamente para los fascistas y los comunistas. El fascismo tudesco jugó su única carta en el **putsch** de Múnich. El fracaso de ese golpe de mano, incubado en una cervecería, desacreditó a los **condottieri** fascistas, que la luz de tal episodio exhibió como dos grotescos y mediocres tartarines. Constatado su tramonto, los mecenas del fascismo no tenían ya, de otro lado, el mismo interés de antes en abastecer de fondos a esta facción. El comunismo, por su parte, llegaba a las elecciones encarnizadamente perseguido. La disolución de la cámara había señalado el principio de una vasta y metódica ofensiva policial contra los agitadores y organizadores comunistas. El peculio del partido comunista, finalmente, no había convalecido aún de los gastos de la campaña electoral de mayo.

Realizaba en estas condiciones, la votación de diciembre no ha correspondido a las esperanzas del bloque Republicano. Pero tampoco ha dado la razón a las derechas. La situación parlamentaria no ha cambiado sustancialmente. Los pangermanistas y los populistas, los demócratas y los católicos han ganado unos pocos votos. Los socialistas, que han sido los más favorecidos por los escrutinios, han obtenido treinta asientos más que en mayo. La peor parte ha tocado, como era natural, a los fascistas. El número de sus diputados, que en mayo subió a treintidós, en diciembre ha descendido a catorce. Los comunistas eran sesenta en la cámara de mayo. En la nueva cámara son cuarentaicinco.

Estos resultados electorales, que no resuelven ni definen nada, han causado una de las más enredadas crisis ministeriales. Reclamada por Stressemann la organización de un nuevo ministerio

con el concurso de los pangermanistas, el contraste entre la derecha y el centro ha tenido que exacerbarse y agriarse. Marx no ha podido esta vez combinar un ministerio centrista, tolerado y asistido, a la derecha, por los populistas, y, a la izquierda, por los socialistas. La gastada fórmula centrista no ha conseguido prevalecer. Mas Stressemann y su **Volks-Partei** tampoco han logrado imponer una fórmula derechista. El centro conserva sus antiguas fuerzas frente a las derechas. Los socialistas constituyen, además, una fuerza mayor que antes. No es el caso, por tanto, de pensar en una coalición de partidos burgueses bastante extensa y compacta para rechazar los ataques de los socialistas y los comunistas. Los demócratas y los católicos, al menos en sus estratos populares, no pueden aceptar el papel de comparsas de un ministerio reaccionario y monarquista.

Por esto, un ministerio de administración resulta el único ministerio posible. El doctor Luther ha sido encargado de la ardua fatiga. Pero, cualquiera que sea el éxito de sus gestiones, a un ministerio de administración —ministerio de técnicos y burócratas— no se le puede pronosticar larga vida. Un gobierno de esta índole reposará en una mayoría aleatoria e inestable. Su equilibrio es muy difícil. Un gabinete que vive de consenso de partidos e intereses encontrados es como una nave que navega entre arrecifes. El forcejeo de los partidos ministeriales por acaparar la mayor suma de poder, tiene que fracturar inevitablemente, en el instante menos previsto, la convencional y precaria mayoría que sostenga un sedicente ministerio de administración.

Mientras viva parlamentaria y democráticamente, Alemania no podrá pasar de un gobierno de coalición a un gobierno de partido. En esto, evidentemente, la suerte de la democracia alemana no se diferencia de la suerte de las otras democracias. En la democracia inglesa, cierto, el partido conservador ha conseguido conquistar, —a despecho de la teoría de que los parlamentos no pueden producir hoy sino gobiernos de coalición—, la totalidad del poder. Pero este caso sólo se puede dar en Inglaterra, que, en materia de

partidos, como en todas las cosas, ha sido siempre un país de gustos muy soberbios. En Inglaterra, de otro lado, se ha producido un fenómeno singular de concentración burguesa. Los liberales han sido casi completamente absorbidos por los laboristas. En Alemania a una concentración burguesa se opone el conflicto entre los fautores de la república y los fautores de la monarquía. Alemania tiene que oscilar forzosamente entre un bloque de derechas y un bloque de izquierdas. Y ya vemos cuán difícil aparece, no sólo el prevalecimiento de un bloque sobre otro, sino la misma organización, más o menos duradera, de uno y otro conglomerado. El problema político de Alemania continuará, por mucho tiempo, sin solución. Y es que esta solución, según los más seguros indicios, no puede ser una solución electoral.

LA BATALLA LIBERAL EN ITALIA*

Varias veces me he ocupado de la abdicación del liberalismo y la democracia ante el fascismo. La fortuna política de Mussolini y sus brigadas de "camisas negras" no se explica sino como una consecuencia de esa abdicación. La burguesía armó y financió al fascismo. La prensa demo-liberal le concedió su favor y su ternura. El Estado toleró sus **raids** y sus expediciones anti-proletarias. Luego, cuando el fascismo, convertido en una prepotente facción armada, reclamó el gobierno, la burguesía italiana casi no vaciló en confiárselo.

La marcha sobre Roma encontró muy escasa resistencia en los fautores del ideario liberal y democrático. La burguesía puso a disposición del fascismo sus diarios, sus políticos, su dinero, todos o casi todos sus instrumentos de dominio de la opinión pública. Los diputados fascistas no eran sino treintaicinco. A sus votos se sumaban en la cámara los de los nacionalistas, los agrarios y otros elementos de la extrema derecha; pero, aún con estas adiciones, el fascismo y el filo-fascismo constituían en el parlamento

* Publicado en **Varietades**, Lima, 24 de enero de 1925.

una minoría reducida. Cada uno de los partidos de masas, el socialista y el popular o católico, contaba en la cámara con una representación más numerosa que la de todos los grupos de derecha coaligados. Y los grupos liberales conservaban la mayoría absoluta. El liberalismo no quiso, sin embargo, asumir la defensa de la legalidad. Aceptó y sancionó el golpe de estado mussoliniano. Y decidió con su ejemplo a los populares a acordar también su adhesión al nuevo régimen. Pocos liberales se mantuvieron fieles al programa liberal: Nitti, Améndola, Sforza, Albertini. La gran mayoría, con Orlando, Giolitti y De Nicola a la cabeza, capituló ante el fascismo. (Salandra y sus liberales de derecha marchaban al flanco de Mussolini desde mucho tiempo antes del golpe de estado). Los liberales y los populares dieron toda su colaboración al primer gabinete de Mussolini. Colonna di Cesaró, uno de los **leaders** hoy de la oposición del Aventino, fue uno de los ministros de ese gabinete.

Más tarde, el conflicto entre la mentalidad democrática y la mentalidad fascista, que ningún compromiso podía sofocar, empezó a manifestarse. Los fascistas anunciaban su intención de sustituir el Estado demo-liberal por un Estado fascista. Este Estado fascista no era claramente definido por sus teóricos. Se le asignaba, vagamente, un mecanismo sindical. Pero, en todo caso, se le atribuía un carácter esencialmente antidemocrático y antiparlamentario. Sin embargo, larvada, confusa, caótica, la teoría fascista no impresionaba demasiado a la enervada democracia italiana, más sensible, sin duda, a la praxis fascista, asaz tundente y categórica. La cachiporra, el hacha del lictor y el aceite de ricino extirpaban, más eficaz y precisamente que cualquier argumento, todo equívoco sobre la función y el espíritu del fascismo. El grueso del partido popular, conducido e inspirado por Don Sturzo, se pronunció contra el método fascista. Colonna di Cesaró dejó el gobierno. Mas esta secesión maduraba muy lentamente.

Las elecciones de abril del año pasado encontraron aún indecisa o claudicante a la mayoría de las dispersas fuerzas del liberalismo y

la democracia. Mussolini obtuvo su adhesión a una lista de candidatos ministeriales. Salandra, Orlando, De Nicola, Sem Benelli, figuraron en esta lista, mezclados y confundidos con los más incandescentes "camisas negras". Giolitti, que encabezó en su circunscripción territorial una lista independiente, cuidó de afirmar su independencia de la oposición mucho más que su independencia del fascismo. Solo tres grupos demo-liberales, se enfrentaron al fascismo, regional y separadamente, en las elecciones de abril: el de Colonna di Cesaró en Sicilia, el de Bonomi en la Lombardía y el de Améndola en Nápoles y Salerno. El resto de los liberales no supo ni quiso diferenciarse del fascismo, no obstante que la incompatibilidad de la idea fascista y la idea liberal resultaba cada vez más evidente.

El asesinato de Matteotti mudó la situación. El fascismo, a medida que su responsabilidad se precisaba, perdía a sus aliados de la primera y de la segunda hora. La actitud de la oposición liberal tuvo, además, que acentuarse. Junto con los socialistas y los comunistas abandonaron la cámara los Republicanos, los populares, los demócratas-sociales de Colonna di Cesaró y los demócratas constitucionales de Améndola. Quedó constituido el bloque del Aventino. "Il Corriere della Sera" del senador Albertini, antes opositor tibio, abrió contra el fascismo una acre campaña. "Il Giornale d'Italia", órgano que refleja marcadamente la opinión de la burguesía de la Italia meridional, rompió con el fascismo. Varios otros periódicos cambiaron, igualmente, de rumbo. El gobierno fascista empezó, además, a perder su antigua influencia sobre las asociaciones de combatientes y mutilados de guerra. Ricciotti y Peppino Garibaldi se plegaron a la oposición. Sem Benelli fundó la Liga Itálica específicamente adversa a la violencia fascista. Dos diputados fascistas, condecorados con la "medalla de oro", Viola y Ponzio di San Sebastiano, se separaron del fascismo. Dentro de la cámara, en torno de Giolitti y Orlando, pasados definitivamente a la oposición se formó una nueva minoría. A este bloque parlamentario se ha adherido últimamente Sa-

landra, liberal de derecha, que hasta hace muy poco mantuvo cordialísimas relaciones con Mussolini y los "camisas negras".

El proceso Matteotti ha creado, según el bloque del Aventino, una cuestión moral. Améndola, uno de los **leaders** del Aventino, la define así: "Una cuestión moral, la cual envuelve todo el "régimen", domina la misma cuestión política. Todos entienden el sentido de estas palabras. Nosotros afirmamos que pertenece a la responsabilidad del régimen el haber practicado el delito, el haber cultivado el delito; nosotros rechazamos la justificación revolucionaria (desmentida por la verdad histórica y que el propio Mussolini dejó caer, en un cuarto de oro, ante el cadáver lacerado de Matteotti); nosotros afirmamos la incompatibilidad entre el gobierno del Estado y los hombres que de las responsabilidades criminosas del régimen están más o menos directamente acusados o que de ellas deben responder políticamente. Nosotros afirmamos, además, que el curso de la justicia, que persigue la indagación sobre el delito, es obstaculizado y obstruido por la presencia de tales hombres en el gobierno". Estas palabras han sido pronunciadas en la asamblea celebrada hace mes y medio en Milán por la oposición del Aventino. Precizando y completando más aún su sentido, ha dicho Améndola en este mismo discurso: "Sobre el terreno político es posible avanzar o retroceder; sobre el terreno moral es necesario batirse hasta el extremo".

El programa de la oposición del Aventino se concreta en una sola palabra: Libertad. Cuando se plantea el programa de la libertad política, de la libertad civil, —dicen los grupos del Aventino para explicar su eventual coalición—, todos los demás problemas pasan a segundo término. No es el caso, sin embargo, de hablar de un renacimiento del liberalismo en Italia. Ya hemos visto cómo para el bloque del Aventino la campaña contra el gobierno fascista se funda en una cuestión moral más que en una cuestión política. Se cree inhabilitado y descalificado al fascismo para seguir ejerciendo el poder, no tanto por su método dictatorial y despótico como por la responsabilidad que sobre sus hombres arroja el

asesinato de Matteotti. Si Matteotti no hubiese sido asesinado por una notoria cuadrilla de "camisas negras", el liberalismo no habría reaccionado tan resueltamente contra el fascismo. Lo que enemista a los fascistas y a los liberales más que la teoría y la praxis del fascismo son sus consecuencias y, sobre todo, sus responsabilidades. El fascismo de la marcha sobre Roma no era diferente del fascismo del proceso Matteotti. Sin embargo, el liberalismo, que casi no sintió ninguna necesidad de combatir al primero, siente una urgencia vivísima de combatir el segundo. La mayoría de los liberales y los demócratas, por tanto, no reacciona contra el fascismo; reacciona, más bien, contra su fracaso. Es imposible ver en su actual oposición al fascismo un verdadero renacimiento de la idea liberal y democrática.

Por otra parte, en la oposición del Aventino se confunden burgueses y proletarios. Mussolini la llama la "variopinta oposición" Y el término no es, en verdad, inexacto. Variopinto, pluricolor, heterogéneo, el bloque del Aventino lo es realmente. Contiene grupos y programas diversos y hasta antitéticos: liberales de varios matices ligados por una común adhesión a la monarquía constitucional; Republicanos de ideología mazziniana que trabajan por obtener de la presente crisis un acrecentamiento del proselitismo de la república; populares o católicos a quienes su gran animador Don Sturzo ha dado un programa social-cristiano; socialistas unitarios o reformistas prontos a colaborar en el gobierno; socialistas maximalistas que oscilan entre la táctica colaboracionista y la táctica intransigente. Cada uno de estos grupos afirma, dentro del bloque del Aventino, la independencia de su propio programa.

Pero la batalla política que se libra presentemente en Italia contra el fascismo, no obstante todo esto, es siempre una batalla liberal. Los grupos que combaten a Mussolini formulan este desiderátum común: la normalización. La normalización quiere decir la vuelta a la legalidad. Claro que existen matices y grados en este anhelo. Para unos la legalidad es, sobre todo, un régimen de orden. Para otros la legalidad es, por encima de todas las cosas, un régimen

de libertad. Mas para unos y para otros significa la restauración del Estado demo-liberal. El bloque de la cámara y el bloque del Aventino propugnan, simplemente, una restauración. Por la revolución luchan sólo los comunistas. El partido comunista ha intentado empujar a los grupos del Aventino por una vía revolucionaria. Los ha invitado a funcionar como parlamento del pueblo en oposición al parlamento del fascismo. El bloque del Aventino se ha guardado mucho de escuchar esta invitación. A los intereses que representan Améndola, Colonna Di Cesaró, el senador Albertini y el conde Sforza les interesa mucho que caigan Mussolini y el fascismo; pero les interesa mucho más todavía que su caída no comprometa la suerte de la burguesía. La burguesía torna a la idea liberal porque el experimento fascista la ha persuadido de que las instituciones y las leyes liberales son consustanciales con el desarrollo del capitalismo. El método fascista o reaccionario resucita truncamente la Edad Media con sus **candottieri**, sus jerrarquías y sus corporaciones. Resucita un ambiente histórico que estorba el libre juego de los intereses y las fuerzas de la economía capitalista. Estimula y exaspera en las masas la tendencia revolucionaria. El fascismo, en suma, resulta un arma de dos filos. Al Medio Evo no se puede volver sin grandes peligros y molestias para la burguesía. Preferible es para la burguesía el orden democrático. El orden democrático que, según muchos augures, parece destinado, o mejor dicho condenado, a ceder el paso a un orden nuevo.

Este no es sólo el drama de la burguesía italiana. Es el drama de toda la burguesía europea. Imposibilidad de tornar al pasado imposibilidad de aceptar el porvenir.

EL PARTIDO BOLCHEVIQUE Y TROTSKY*

Nunca la caída de un ministro ha tenido en el mundo una resonancia tan extensa y tan intensa como la caída de Trotsky. El parlamentarismo ha habituado al mundo a las crisis ministeriales. Pero la caída de Trotsky no es una crisis de ministerio sino una crisis de partido. Trotsky representa una fracción o una tendencia derrotadas dentro del bolchevismo. Y varias otras circunstancias concurren, en este caso, a la sonoridad excepcional de la caída. En primer lugar, la calidad del **leader** en desgracia. Trotsky es uno de los personajes más interesantes de la historia contemporánea: **condottiere** de la revolución rusa, organizador y animador del ejército rojo, pensador y crítico brillante del comunismo. Los revolucionarios de todos los países han seguido atentamente la polémica entre Trotsky y el estado mayor bolchevique. Y los reaccionarios no han disimulado su magra esperanza de que la disidencia de Trotsky marque el comienzo de la disolución de la república soviética.

Examinemos el proceso del conflicto.

El debate que ha causado la separación de Trotsky del gobierno de los soviets ha sido el más apasionado y ardoroso de todos los que han agitado al bolchevismo desde 1917. Ha durado más de un año. Fue abierto por una memoria de Trotsky al comité central del partido comunista. En este documento, en octubre de 1923, Trotsky planteó a sus camaradas dos cuestiones urgentes: la necesidad de un "plan de orientación" en la política económica y la necesidad de un régimen de "democracia obrera" en el partido. Sostenía Trotsky que la revolución rusa entraba en una nueva etapa. La política económica debía dirigir sus esfuerzos hacia una

* Publicado en **Variedades**, Lima, 31 de enero de 1925. Véase "Trotsky", en **La Escena Contemporánea**, Vol. I. págs. 92-96, y los artículos "Trotsky y la oposición comunista" y "El exilio de Trotsky", reunidos en el segundo y en el tercer tomos de **Figuras y Aspectos de la Vida Mundial**, Vols. 16 y 19 de esta serie popular de Obras Completas. (N, de los E.)

mejor organización de la producción industrial que restableciese el equilibrio entre los precios agrícolas y los precios industriales. Y debía hacerse efectiva en la vida del partido una verdadera "democracia obrera".

Esta cuestión de la "democracia obrera" que dominaba el conjunto de las opiniones, necesita ser esclarecida y precisada. La defensa de la revolución forzó al partido bolchevique a aceptar una disciplina militar. El partido era gobernado por una jerarquía de funcionarios escogidos entre los elementos más probados y más adoctrinados. Lenin y su estado mayor fueron investidos por las masas de plenos poderes. No era posible defender de otro modo la obra de la revolución contra los asaltos y las acechanzas de sus adversarios. La admisión en el partido tuvo que ser severamente controlada para impedir que se filtrase en sus rangos gente arribista y equívoca. La "vieja guardia" bolchevique, como se denominaba a los bolcheviques de la primera hora, dirigía todas las funciones y todas las actividades del partido. Los comunistas convenían unánimemente en que la situación no permitía otra cosa. Pero, llegada la revolución a su séptimo aniversario, empezó a bosquejarse en el partido bolchevique un movimiento a favor de un régimen de "democracia obrera". Los elementos nuevos reclamaban que se les reconociese el derecho a una participación activa en la elección de los rumbos y los métodos del bolchevismo. Siete años de experimento revolucionario habían preparado una nueva generación. Y en algunos núcleos de la juventud comunista no tardó en fermentar la impaciencia.

Trotsky, apoyando las reivindicaciones de los jóvenes, dijo que la vieja guardia constituía casi una burocracia. Criticaba su tendencia a considerar la cuestión de la educación ideológica y revolucionaria de la juventud desde un punto de vista pedagógico más que desde un punto de vista político. "La inmensa autoridad del grupo de veteranos del partido —decía— es universalmente reconocida. Pero sólo por una colaboración constante con la nueva generación, en el cuadro de la democracia, conservará la vieja

guardia su carácter de factor revolucionario. Si no, puede convertirse insensiblemente en la expresión más acabada del burocratismo. La historia nos ofrece más de un caso de este género. Citemos el ejemplo más reciente e impresionante: el de los jefes de los partidos de la Segunda internacional. Kautsky, Bernstein, Guesde, eran discípulos directos de Marx y de Engels. Sin embargo, en la atmósfera del parlamentarismo y bajo la influencia del desenvolvimiento automático del organismo del partido y de los sindicatos, estos **leaders**, total o parcialmente, cayeron en el oportunismo. En la víspera de la guerra, el formidable mecanismo de la social-democracia, amparado por la autoridad de la antigua generación, se había vuelto el freno más potente del avance revolucionario. Y nosotros, los "viejos" debemos decirnos que nuestra generación, que juega naturalmente el rol dirigente en el partido, no estaría absolutamente premunida contra el debilitamiento del espíritu revolucionario y proletario en su seno, si el partido tolerase el desarrollo de métodos burocráticos".

El estado mayor del bolchevismo no desconocía la necesidad de la democratización del partido; pero rechazó las razones en que Trotsky apoyaba su tesis. Y protestó vivamente contra el lenguaje de Trotsky. La polémica se tornó acre. Zinoviev confrontó los antecedentes de los hombres de la vieja guardia con los antecedentes de Trotsky. Los hombres de la vieja guardia —Zinoviev, Kamenev, Stalin, Rykov, etc.— eran los que, al flanco de Lenin, habían preparado, a través de un trabajo tenaz y coherente de muchos años, la revolución comunista. Trotsky, en cambio, había sido menchevique.

Alrededor de Trotsky se agruparon varios comunistas destacados: Piatakov, Preobrajensky, Sapronov. etc. Karl Radek se declaró propugnador de una conciliación entre los puntos de vista del comité central y los puntos de vista de Trotsky. La "Pravda" dedicó muchas columnas a la polémica. Entre los estudiantes de Moscú las tesis de Trotsky encontraron un entusiasta proselitismo.

Mas el XIII congreso del partido comunista, reunido a principios del año pasado, dio la razón a la vieja guardia que se declaró, en sus conclusiones, favorable a la fórmula de la democratización, anulando consiguientemente la bandera de Trotsky. Solo tres delegados votaron en contra de las conclusiones del comité central. Luego, el congreso de la Tercera Internacional ratificó este voto. Radek perdió su cargo en el comité de la Internacional. La posición del estado mayor leninista se fortaleció, además, a consecuencia del reconocimiento de Rusia por las grandes potencias europeas y del mejoramiento de la situación económica rusa. Trotsky, sin embargo, conservó sus cargos en el comité central del partido comunista y en el consejo de comisarios del pueblo. El comité central expresó su voluntad de seguir colaborando con él. Zinoviev dijo en un discurso que, a despecho de la tensión existente, Trotsky sería mantenido en sus puestos influyentes.

Un hecho nuevo vino a exasperar la situación. Trotsky publicó un libro **1917** sobre el proceso de la revolución de octubre. No conozco aún este libro que hasta ahora no ha sido traducido del ruso. Los últimos documentos polémicos de Trotsky que tengo a la vista son los reunidos en su libro **Curso Nuevo**. Pero parece que **1917** es una requisitoria de Trotsky contra la conducta de los principales **leaders** de la vieja guardia en las jornadas de la insurrección. Un grupo de conspicuos leninistas —Zinoviev, Kamenev, Rykov, Miliutin y otros— discrepó entonces del parecer de Lenin. Y la disensión puso en peligro la unidad del partido bolchevique. Lenin propuso la conquista del poder. Contra esta tesis, aceptada por la mayoría del partido bolchevique, se pronunció dicho grupo. Trotsky, en tanto, sostuvo la tesis de Lenin y colaboró en su actuación. El nuevo libro de Trotsky, en suma, presenta a los actuales **leaders** de la vieja guardia, en las jornadas de octubre, bajo una luz adversa. Trotsky ha querido, sin duda, demostrar que quienes se equivocaron en 1917, en un instante decisivo para el bolchevismo, carecen de derecho para pretenderse depositarios y herederos únicos de la mentalidad y del espíritu leninistas.

Y esta crítica, que ha encendido nuevamente la polémica, ha motivado la ruptura. El estado mayor bolchevique debe haber respondido con una despiadada y agresiva revisión del pasado de Trotsky. Trotsky, como casi nadie ignora, no ha sido nunca un bolchevique ortodoxo. Perteneció al menchevismo hasta la guerra mundial. Únicamente a partir de entonces se acercó al programa y a la táctica leninistas. Y sólo en julio de 1917 se enroló en el bolchevismo. Lenin votó en contra de su admisión en la redacción de "Pravda". El acercamiento de Lenin y Trotsky no quedó ratificado sino por las jornadas de octubre. Y la opinión de Lenin divergió de la opinión de Trotsky respecto a los problemas más graves de la revolución. Trotsky no quiso aceptar la paz de Brest-Litovsk. Lenin comprendió rápidamente que contra la voluntad manifiesta de los campesinos, Rusia no podía prolongar el estado de guerra. Frente a las reivindicaciones de la insurrección de Cronstandt, Trotsky volvió a discrepar de Lenin, que percibió la realidad de la situación con su clarividencia genial. Lenin se dio cuenta de la urgencia de satisfacer las reivindicaciones de los campesinos. Y dictó las medidas que inauguraron la nueva política económica de los soviets. Los leninistas tachan a Trotsky de no haber conseguido asimilarse al bolchevismo. Es evidente, al menos, que Trotsky no ha podido fusionarse ni identificarse con la vieja guardia bolchevique. Mientras la figura de Lenin dominó todo el escenario ruso, la inteligencia y la colaboración entre la vieja guardia y Trotsky estaban aseguradas por una común adhesión a la táctica leninista. Muerto Lenin, ese vínculo se quebraba. Zinoviev acusa a Trotsky de haber intentado con sus fautores el asalto del comando. Atribuye esta intención a toda la campaña de Trotsky por la democratización del partido bolchevique. Afirma que Trotsky ha maniobrado demagógicamente por oponer la nueva a la vieja generación. Trotsky, en todo caso, ha perdido su más grande batalla. Su partido lo ha ex-confesado y le ha retirado su confianza.

Pero los resultados de la polémica no engendrarán un cisma. Los **leaders** de la vieja guardia bolchevique, como Lenin en el episo-

dio de Cronstandt, después de reprimir la insurrección, realizarán sus reivindicaciones. Ya han dado explícitamente su adhesión a la tesis de la necesidad de democratizar el partido.

No es la primera vez que el destino de una revolución quiere que ésta cumpla su trayectoria sin o contra sus caudillos. Lo que prueba, tal vez, que en la historia los grandes hombres juegan un papel más modesto que las grandes ideas.

EL PROCESO DEL DIRECTORIO*

Las maniobras del Conde de Romanones para organizar un frente único de los partidos constitucionales indican claramente que la crisis del régimen reaccionario inaugurado en España en setiembre de 1923 ha entrado en una fase aguda. El redomado conde no daría este paso si no estuviese seguro de su oportunidad. Su cauta ofensiva debe haberse asegurado, previamente, el consenso tácito o explícito de la monarquía. El rey no puede ser extraño a las maniobras del **leader** liberal como no fue extraño al golpe de Primo de Rivera. La aventura del Directorio no ha tenido fortuna. Alfonso XIII siente, por tanto, la urgencia de liquidarla prontamente. Existen indicios inequívocos de que desea desembarazarse de los servicios y de la espada del marqués de la Estrella. La revista "Europe" de Paris, en un artículo sobre el Directorio, cuenta que Alfonso XIII, en agosto último, conversando en una playa del norte de Francia con uno de sus amigos **sportsmen**, tuvo esta frase: "Yo sabía que Primo de Rivera era un hombre muy poco serio, pero yo no lo creía tan estúpido".

Posteriormente, el disgusto del rey debe haberse acentuado. La posición de España en Marruecos, no obstante los exasperados esfuerzos militares del Directorio, ha sufrido un tremendo quebranto. Todos los problemas de la vida española, que el Directorio ofreció resolver taumatúrgicamente en unos pocos meses, se

* Publicado en **Variedades**, Lima, 21 de febrero de 1925.

han exacerbado bajo el nuevo tratamiento. El Directorio se contenta con haberlos eliminado del debate público y, sobre todo, del debate periodístico. Como dice el Conde Romanones, en su libro **Las Responsabilidades del Antiguo Régimen**, la llamada nueva política "logra el triunfo de suprimir esos males, no de la vida, que a tanto no llega, sino de la publicidad, para lo cual basta y sobra con la diligencia y celo del atareado censor".

El Directorio se proponía transformar radicalmente España. La prosa hinchada y petulante de sus manifiestos anunciaba la apertura de una era nueva en la vida española. El viejo régimen y sus hombres, según Primo de Rivera y sus fautores, quedaban definitivamente cancelados. Empezaba con el golpe de estado del 13 de setiembre un fúlgido capítulo de la historia de España. Primo de Rivera asignaba al Directorio una misión providencial.

Los objetivos fundamentales de su dictadura eran los siguientes: pacificación de Marruecos y liquidación, victoriosa naturalmente, de la guerra rifeña; solución integral de los problemas económicos y fiscales de España; reafirmación de la unidad española y extirpación de toda tendencia separatista; licenciamiento y ostracismo del gobierno de los antiguos partidos, de sus hombres y de sus ideas; sofocación de las agitaciones revolucionarias del proletariado; organización de nuevas, sanas e impolutas fuerzas políticas que asumiesen el poder cuando el Directorio considerara cumplida su obra.

Examinemos, sumariamente, los resultados de la política del Directorio en estas diversas cuestiones.

Marruecos no sólo no está pacificado sino que está más conflagrado que nunca. Abd-el-Krim y sus tribus han infligido a las tropas españolas una serie de derrotas. Orgulloso de su victoria, el caudillo rifeño adopta ante España una actitud altanera. Pretende tratarla como a una nación vencida. Amenaza con arrojar totalmente del territorio africano a los españoles. Aparece cada día

más evidente que España ha malgastado, estéril e insensatamente, su heroísmo y su sangre en una empresa absurda. El problema marroquí se plantea hoy en peores términos que ayer.

La continuación de la guerra de Marruecos mantiene el desequilibrio fiscal. El Directorio, como era fácil preverlo, resulta impotente para concebir siquiera un plan de reorganización de la economía española. Más impotente aún resulta, por supuesto, para actuarlo. Le falta capacidad técnica. Le falta autoridad política. La plutocracia española ve en Primo de Rivera un gendarme de sus intereses económicos. No puede consentirle, por consiguiente, ninguna veleidad, ningún experimento que los contraríe o los amenace. El método reaccionario, por otra parte, como se constata presentemente en Italia, crea un clima histórico adverso al propio desarrollo de la economía y la producción capitalistas. Los elementos más inteligentes de la burguesía europea se muestran desencantados del ensayo fascista.

Para suprimir el regionalismo, el Directorio emplea las mismas armas que para suprimir otros sentimientos de la vida española: persigue y reprime su expresión pública. Pero este sistema simplista y marcial es, evidentemente, el menos recomendable para ahogar el separatismo. Los fermentos separatistas, en lugar de debilitarse, tienen que agriarse sordamente. Los catalanistas no son menos catalanistas que antes desde que Primo de Rivera les prohíbe la ostentación de su regionalismo. La política de la mano fuerte ha prestado, sin duda, un pésimo servicio a la causa de la unidad española. No se tardará mucho en comprobarlo.

Los resultados obtenidos, en cuanto concierne a la proscripción de la vieja política y de sus caciques, no pueden haber sido menos coherentes con los supuestos propósitos del Directorio. La dictadura exhumó las más ancianas reliquias de la política española. Algunos personajes de origen carlista y absolutista sintieron legada su hora. Toda la fauna reaccionaria saludó, exultante, al "nuevo régimen". Y, ahora, como vemos, se aprestan otra vez, con la

complacencia de la monarquía, a la reconquista del poder, los mismos grupos y los mismos hombres que Primo de Rivera y sus generales se hacían la ilusión de haber barrido para siempre del gobierno. La vieja política resucita. La cirugía militar parece haberle injertado algunas glándulas jóvenes.

Y, conexamente, ha fracasado la organización de un partido nuevo, heredero del espíritu y de la obra del Directorio. La larvada idea de la Unión Patriótica no ha conseguido prosperar. Los cuadros de la Unión Patriótica están compuestos de elementos arribistas, desorientados, mediocres. No han logrado siquiera atraer a sus rangos a unos cuantos intelectuales más o menos decorativos y brillante. Muerto el Directorio, los febles y precarios cuadros de la Unión Patriótica se dispersarán sin estrépito.

La represión de las ideas revolucionarias, en fin, ha sido análogamente ineficaz. El partido socialista sale más fuerte de la prueba. La magra democracia española, que coquetea intelectualmente con los socialistas desde hace algún tiempo, reconoce ahora en ellos una fuerza decisiva del porvenir. El movimiento comunista ha crecido. Las persecuciones con que el Directorio lo distingue denuncian la preocupación que su desarrollo inspira.

Tal es, en rápido resumen, el balance del año y medio de dictadura del Directorio. De ningún régimen se puede pretender ciertamente que en un corto plazo realice su programa. Pero sí que demuestre al menos su aptitud para actuarlo gradualmente. El Directorio, de otro lado, no ha conseguido formular un programa verdadero. Se ha limitado a enumerar sus objetivos con un vanidoso alarde de su seguridad de alcanzarlos.

El Directorio tiene en España la misma función histórica que el fascismo en Italia. Pero el fenómeno reaccionario exhibe en ambos países estructura y potencia diferentes. En Italia es vigoroso y original; en España es anémico y caricaturesco. El fascismo es un partido, un movimiento, una marejada. El Directorio es un club

de generales. No representa siquiera toda la plana mayor del ejército español. Primo de Rivera no tiene suficiente autoridad sobre sus colegas. El general Cavalcanti, uno de sus colaboradores del golpe de estado de setiembre, complotó, no hace mucho, por reemplazarlo en el poder. El general Berenguer, responsable de sospechosos **flirts** con la "vieja política", acabó recluido en una prisión militar. Y las malandanzas militares de Primo de Rivera en Marruecos deben haber disminuido mucho su prestigio profesional en el ejército.

Esta junta de generales que gobierna todavía España no es sino una anécdota de este "antiguo régimen" y de esa "vieja política" que tanto se complace en detractar. El antiguo régimen, la vieja política, subsisten. Uno de sus hombres representativos, el socarrón Conde de Romanones, nos lo asegura, mientras se dispone a recibir la herencia del Directorio. Se bosqueja la formación de un bloque constitucional y monárquico. El próximo sábado enfocaré este sector de la política española.

ROMANONES Y EL FRENTE CONSTITUCIONAL EN ESPAÑA*

La escena política española se reanima poco a poco. El Conde de Romanones trabaja por unir a los grupos constitucionales en un frente único más o menos unánime. El fin del Directorio parece próximo. El debate político obtiene de la censura un rigor más elástico. El monólogo de la "Gaceta", no acapara ya toda la atención pública. Los políticos del "viejo régimen", después de un largo período de cazarro silencio, pasan a la ofensiva. Se aprestan a distribuirse equitativamente la herencia del Directorio.

El golpe de estado de Primo de Rivera no los sacó de quicio. Los partidos constitucionales no encontraron prudente ni oportuno en ese instante resistir a la dictadura. El Rey amparaba con su auto-

* Publicado en **Varietades**, Lima, 14 de marzo de 1925.

ridad a los generales que la ejercían. Había que esperar, por consiguiente, que el experimento reaccionario y absolutista se cumpliera. Convenía aguardar una hora más propicia para la defensa de la Constitución y del Parlamento. Los partidos constitucionales no sentían, por el momento, ninguna urgente nostalgia de la Libertad. Aceptaban, transitoriamente, su ostracismo.

Pero, a medida que se constataba el fracaso del Directorio, a medida que el humor del Rey daba señales de embarazo y de inquietud, la nostalgia de la Libertad y de la Constitución se enseñoreó en el ánimo de los partidos constitucionales. El espíritu de los políticos del "viejo régimen" se iluminó de improviso. La política del Directorio se revelaba impotente y estólida. Luego, era tiempo de declararla mala. Esta declaración, sin embargo, debía ser formulada con un poco de precaución. Por ejemplo, en una carta privada que la indiscreción del Directorio se encargaría de descubrir y denunciar al público. Don Antonio Maura empleó, con escaso éxito, este medio. El Conde de Romanones pensó entonces que, sin renunciar a ninguna de las reservas aconsejadas por el tacto y la prudencia, era el caso de utilizar contra el Directorio un instrumento público.

En esta atmósfera se incubó su Libro **Las Responsabilidades del Antiguo Régimen**, en el cual el Conde se limita a una ponderada defensa de los estadistas de la Restauración o, mejor dicho, de los estadistas que han gobernado a España de 1875 a 1923. Libro, pues, no de ataque, sino apenas de contra-ataque. A la requisitoria acérrima y destemplada del Directorio contra la vieja política, sus ideas y sus hombres, no responde con una requisitoria contra la Reacción y sus generales. Libro de defensa lo llama en el prólogo el Conde de Romanones. "Nadie espere —advierte— encontrar en este libro ni disonancias ni estridencias; no me he propuesto contestar a unos agravios con otros, ni siquiera llamar capítulo de responsabilidades a quienes deben aceptar buena parte de las que graciosamente arrojan sobre los demás". Acerca del Directorio, el Conde de Romanones se contenta con el augurio de que día llega-

rá en que su Libro admita una segunda parte. "Al examen de la obra y de las responsabilidades de ayer seguirá el examen de la obra y de las responsabilidades de hoy".

En un grueso volumen, el Conde de Romanones hace una magra defensa del "antiguo régimen". Con la estadística en la mano, explica como España, en cincuenta años, ha progresado remarkablemente. La agricultura, la industria, la minería, la banca, se han desarrollado. Los negocios prosperan. (La palabra del Conde de Romanones, pingüe capitalista, es a este respecto digna de todo crédito). La población del reino ha aumentado considerablemente. Y no porque los españoles sean más prolíficos que antes —el aumento depende de una menor mortalidad—sino porque viven en mejores condiciones higiénicas. Es cierto que la prosperidad de España no puede absorber ni alimentar a esta sobre-población; pero tal desequilibrio encuentra en la emigración un remedio automático. España ha perdido en los últimos cincuenta años casi todos los restos de su poder colonial. El Conde de Romanones se ve obligado a constatar. Mas se consuela con la satisfacción de que España, instalada en el consejo de la Sociedad de las Naciones, se encontraba en 1922 menos aislada que en 1875.

En materia de política interna, el Conde tiene motivos para mostrarse menos optimista respecto a los resultados de medio siglo de beata monarquía constitucional. No puede hablar, apoyándose en datos estadísticos y en hechos históricos, de un extraordinario progreso democrático. La democracia no ha echado raíces en España. El **leader** liberal lo reconoce melancólicamente. Un hecho histórico de filiación inequívoca —la dictadura de Primo de Rivera— desvanece toda ilusión sobre la realidad de la democracia española. Malgrado su inagotable optimismo, el Conde de Romanones tiene que conformarse con esta pobre realidad que, desgraciadamente, no puede ser contradicha, o atenuada al menos, por la estadística. Observa con tristeza que "antes se moría por la libertad, por ella se afrontaban persecuciones, mientras que hoy... hoy los nietos de aquellos que murieron o estuvieron dispuestos a

morir por la libertad, niegan esa libertad". La crisis de la libertad —una de las crisis contemporáneas— consterna al Conde. Un viejo y ortodoxo liberal no puede explicársela. Le resulta absolutamente inasequible e impenetrable la idea de que la libertad no es el mito de esta época. O, más bien, de que la libertad tiene ahora otro nombre. La libertad jacobina y monárquica del conde millonario no es, ciertamente, la libertad del Cuarto Estado. Al proletariado socialista no le interesa demasiado la libertad cara al Conde de Romanones. El Conde piensa que "un pueblo que permanece insensible ante la negación de su Estatuto fundamental y de las garantías más esenciales para su derecho y su vida, es un pueblo que no puede ofrecer apoyo alguno al gobierno para emprender una obra de aliento". Pero este es un mero error de perspectiva histórica. Las muchedumbres contemporáneas, insensibles a su Estatuto fundamental, más insensibles todavía al verbo del Conde Romanones, no creen ya que el régimen monárquico-constitucional-parlamentario les asegura las "garantías esenciales para su derecho y su vida". Hacia la reivindicación de otras garantías, que no son las que bastan al Conde de Romanones, se mueven hoy las masas.

El propio conde, por otra parte, se muestra dispuesto a sacrificar prácticamente muchos de los principios de su liberalismo. Propugna actualmente la formación de un frente único constitucional. En este frente único se confundirían y se amalgamarían liberales y conservadores de todos los matices. Confusión y amalgama que ya se ha ensayado y practicado otras veces en España en servicio de las mismas instituciones: monarquía y parlamento. Confusión y amalgama que, en estos tiempos, no constituyen además la conciliación de dos términos antitéticos y contrarios. Los términos liberalismo y conservadorismo han perdido su antiguo sentido histórico. Entre liberales y conservadores no existe hoy ninguna diferencia insuperable. La política de los liberales no se distingue fundamentalmente de la política de los conservadores. Ante la cuestión social, conservadores y liberales tienen casi la misma posición y el mismo gesto. El Conde de Romanones lo

admite en varias páginas de su libro al constatar que la reforma social no ha marchado en España más a prisa bajo los gobiernos liberales que bajo los gobiernos conservadores. Puede agregarse que teóricamente los liberales se encuentran a veces más embarazados que los conservadores para una política de reforma social. Sus ideas individualistas les impiden, frecuentemente, adaptarse a la concepción "intervencionista" del Estado.

El Conde de Romanones da, en cambio, en el blanco cuando dispara el vano y absurdo empeño de los hombres del Directorio de crear, con el título de Unión Patriótica y sobre una caótica base, un partido nuevo. "Intentar substituir —escribe— los antiguos partidos por otros impuestos de arriba a abajo, es contra naturaleza, es una monstruosidad política y social, que empéñese quien se empeñe, no fructificará. Porque los partidos tienen su biología, que no depende de los caprichos de los hombres ni de las arbitrariedades de los gobernantes. Y la primera ley reguladora de esa biología, es que nacen y crecen de abajo arriba".

No es posible, sin embargo, que Romanones se persuada de que los viejos partidos están, más o menos, en el mismo caso. Sus raíces históricas se han envejecido, se han secado. Ha dejado de alimentarlas el "humus" del suelo. El Conde de Romanones no ignora, probablemente, estas cosas; pero necesita, de todos modos, negarlas. Y de ahí que invite a todos los grupos constitucionales a la reconquista del gobierno bajo la bandera de la Constitución y la Monarquía. Puesto que la España nueva no está aún madura, la España vieja reivindica su derecho a la vida y al poder. El panfleto antimonárquico de Blasco Ibáñez conviene a los fines de los políticos y los partidos que se turnaban hasta 1923 en el gobierno de España. El inocuo y literario Republicanismo de Blasco Ibáñez llega a tiempo para probar la irrealidad del peligro Republicano; pero llega a tiempo también para intimar a la Monarquía la vuelta a la Constitución. Los liberales y los demócratas españoles se complacen de esta ocasión de ofrecer al Rey y de comprometerse a no pedirle cuentas por el golpe de Estado de

setiembre. El **Intermezzo** despótico, militar y reaccionario del Directorio será, en su recuerdo, una alegre aventura, una escapada nocturna de un Rey un poco truhán y un poco bohemio.

Acaso por esto, más que por la censura, Romanones y el frente constitucional no manifiestan mucha agresividad contra el Directorio. El Directorio, después de todo, como anoté en otro artículo, no es sino un episodio, una anécdota de la "vieja política". Los cincuenta años de política y administración mediocres, que el Conde Romanones revista en su libro, tienen en el Directorio su fruto más genuino. El golpe de Estado de setiembre ha germinado en la entraña de la "vieja política". Ni el "antiguo régimen" puede renegar al Directorio. Ni el Directorio puede renegar al "antiguo régimen". El frente constitucional tiene, en el fondo, ante los problemas de España, la misma actitud que Primo de Rivera y sus generales. Romanones no propone ninguna solución nueva, ningún remedio radical. El programa del frente constitucional es sólo un programa negativo. Se dirige a una meta asaz modesta: **la restauración de la Restauración**. En esta receta simplista parece condensarse y agotarse todo el ideal, todo el impulso y toda la doctrina de los **leaders** del régimen constitucional.

SUN YAT SEN*

La revolución china ha perdido su más conspicua figura. En los mayores episodios de su historia, ocupó Sun Yat Sen una posición eminente. Sun Yat Sen ha sido el **leader**, el **condottiere**, el animador máximo de una revolución que ha sacudido a cuatrocientos millones de hombres.

Perteneció Sun Yat Sen a esa innumerable falange de estudiantes chinos que, nutridos de ideas democráticas y revolucionarias en las universidades de la civilización occidental, se convirtieron luego en dinámicos y vehementes agitadores de su pueblo.

* Publicado en **Variedades**, Lima, 28 de marzo de 1923.

El sino histórico de la China quiso que esta generación de agitadores, educada en las universidades norteamericanas y europeas, crease en el escéptico y aletargado pueblo chino un estado de ánimo nacionalista y revolucionario en el cual debía formarse una vigorosa voluntad de resistencia al imperialismo norteamericano y europeo. Forzada por la conquista, la China salió de su clausura tradicional, para, luego, reentrar mejor en sí misma. El contacto con el Occidente fue fecundo. La ciencia y la filosofía occidentales no debilitaron ni relajaron el sentimiento nacional chino. Al contrario, lo renovaron y lo reanimaron. La transfusión de ideas nuevas rejuveneció la vieja y narcotizada ánima china.

La China sufría, en ese tiempo, los vejámenes y las expoliaciones de la conquista. Las potencias europeas se habían instalado en su territorio. El Japón se había apresurado a reclamar su parte en el metódico despojo. La revuelta bóxer había costado a la China la pérdida de las últimas garantías de su independencia política y económica. Las finanzas de la nación se hallaban sometidas al control de las potencias extranjeras. La decrepita dinastía manchú, de otro lado, no podía oponer a la colonización de la China casi ninguna resistencia. No podía suscitar ni presidir un renacimiento de la energía nacional. Impotente, inválida, ante ninguna abdicación de la soberanía nacional era ya capaz de retroceder. No la asistían ni la adhesión ni la confianza populares. Exangüe, anémica, extraña al pueblo, vegetaba lánguida y pálidamente. Representaba sólo una feudalidad moribunda, cuyas raíces tradicionales aparecían cada vez más envejecidas y socavadas.

Las ideas nacionalistas y revolucionarias, difundidas por los estudiantes e intelectuales, encontraron, por consiguiente, una atmósfera favorable. Sun Yat Sen y el partido **Kuo-Ming-Tang** promovieron una poderosa corriente Republicana. La China se apresó a adoptar la forma y las instituciones demoliberales de la burguesía europea y americana. No cabía, absolutamente, en la China, la transformación de la monarquía absoluta en una monarquía constitucional. Las bases de la dinastía manchú estaban totalmen-

te minadas. Una nueva dinastía no podía ser improvisada. Sun Yat Sen no proponía, por consiguiente, una utopía. Había que intentar, de hecho, la fundación de una república, que no naciera, por supuesto, sólidamente cimentada, pero que, a través de las peripecias de un lento trabajo de afirmación, encontraría al fin su equilibrio. Los acontecimientos dieron la razón a estas previsiones.

La dinastía manchú se derrumbó, definitivamente, al primer empuje de la revolución. La insurrección estalló en Wu Chang, capital de la provincia de Hu-Pei, el 10 de octubre de 1911. La monarquía no pudo defenderse. Fue proclamada la república. Sun Yat Sen, jefe de la revolución, asumió el poder. Pero Sun Yat Sen se dio cuenta de que su partido no estaba aún maduro para el gobierno. La dinastía había sido fácilmente vencida; pero los latifundistas, los **tuchuns**, los latifundistas del Norte conservaban sus posiciones. Las ideas liberales habían fructificado y prosperado en el Sur donde la población, mucho más densa, se componía principalmente de pequeños burgueses. En el Norte dominaba la gran propiedad. El partido Kum-Ming-Tang no había conseguido desarrollarse ahí.

Sun Yat Sen dejó el gobierno a Yuan Shi Kay que, dueño de un antiguo prestigio de estadista experto, contaba con el apoyo de la clase conservadora y de los jefes militares. El gobierno de Yuan Shi Kay representaba un compromiso. Le tocaba desenvolver una política de conciliación de los intereses capitalistas y feudales con las ideas democráticas y republicanas de la revolución. Pero Yuan Shi Kay era un estadista del antiguo régimen. Un estadista escéptico respecto a los probables resultados del experimento republicano. Además, se apoderó pronto de él la ambición de devenir Emperador. Y en diciembre de 1915 creyó llegada la hora de realizar su proyecto. La restauración resultó precaria. El nuevo imperio no duró sino ochentaitres días. El sentimiento revolucionario, que se mantenía vigilante, volvió a imponerse. Abandonado por sus propios tenientes, Yuan shi Kai tuvo que abdicar

Pero, año medio después, otra tentativa de restauración monárquica puso en peligro la República. Y, vencida entonces, la reacción no ha desarmado hasta ahora. El mandarinismo, el feudalismo, que la revolución no ha podido todavía liquidar, han conspirado incesantemente contra el régimen democrático. Tampoco la revolución ha desmovilizado sus legiones. Sun Yat Sen ha seguido siendo, hasta su muerte, uno de sus animadores.

En 1920, el conflicto entre las provincias del sur, dominadas por el partido **Kuo-Ming-Tang** y las provincias del norte dominadas por el partido **An-Fu** y por el caudillaje **tuchun**, produjo una secesión. Se constituyó en Cantón un gobierno independiente encabezado por Sun Yat Sen. Y este gobierno hizo de Cantón una ciudadela de la agitación nacionalista y revolucionaria. Condenó y rechazó el pacto suscrito en Washington en 1921 por las grandes potencias con el objeto de fijar los límites de su acción en la China. Combatió todos los esfuerzos de la dictadura del Norte por someter la China a un régimen excesivamente centralista, contrario a las aspiraciones de autonomía administrativa de las provincias. Contestó a la organización de un movimiento fascista, financiado por la alta burguesía de Cantón, con la movilización armada del proletariado.

Educado en la escuela de la democracia, Sun Yat Sen supo, sin embargo, en su carrera política, traspasar los límites de la ideología liberal. Los mitos de la democracia (soberanía popular, sufragio universal, Etc.) no se enseñorearon de su inteligencia clara y fuerte de idealista práctico. La política imperialista de las grandes potencias occidentales lo ilustró plenamente respecto a la Calidad de la justicia democrática. La revolución rusa, finalmente, lo iluminó sobre el sentido y el alcance de la crisis contemporánea. Su agudo instinto revolucionario lo orientó hacia Rusia y sus hombres. Sun Yat Sen veía en Rusia la liberadora de los pueblos de Oriente. No pretendió nunca repetir, mecánicamente, en la China los experimentos europeos.

Conformaba, ajustaba su acción revolucionaria a la realidad de su país. Quería que en la China se cumpliera una revolución china así como en Rusia se cumple, desde hace siete años, una revolución rusa. Su conocimiento de la cultura y del pensamiento occidentales no desnacionalizaba, no desarraigaba su alma al mismo tiempo profundamente china y profundamente humana. Doctor de una universidad norteamericana, frente al imperialismo yanqui, frente al orgullo occidental, prefería sentirse solo un **coolí**. Sirvió austera, abnegada y dignamente el ideal de su pueblo, de su generación y de su época. Y a este ideal dio toda su capacidad y toda su vida.

CAILLAUX Y LA ACTUALIDAD POLÍTICA FRANCESA*

Con el retorno de Caillaux ha empezado, en la escena política francesa, el segundo acto del episodio radical-socialista. Desde el reingreso de Caillaux en París, el ministerio de Herriot da la sensación de un ministerio interino. No parece siquiera que gobernase como antes. Parece que gobernase provisoriamente. Herriot no tiene ya el aire de un jefe. Tiene, más bien, el aire de un vicario.

En verdad, esta interinidad de Herriot se manifestaba larvadamente en su gobierno desde la primera hora. El retorno de Caillaux no ha hecho sino evidenciarla y precisarla. La luz del banquete de Magic-City ha revelado el verdadero contorno del ministerio de Herriot; no ha modificado ni alterado su posición ni su sustancia.

A Herriot le ha tocado, en este capítulo de la política francesa, una función transitoria: conducir a la batalla electoral, con un programa apropiado para ganar la mayoría de los sufragios, al bloque radical-socialista; desalojar y reemplazar íntegramente en el gobierno al bloque nacional desafiando todos los riesgos de un golpe de estado de Millerand y de las derechas; amnistiar a

* Publicado en **Variedades**, Lima, 4 de abril de 1925.

Caillaux y a Malvy y liquidar las más molestas y urgentes de las obligaciones adquiridas con la sucesión de Poincaré o contraídas ante el electorado por los candidatos de las izquierdas. En esta función, que su gobierno cumple cada vez con mayor fatiga, Herriot se ha gastado sensiblemente. Y en el bloque de izquierdas, han aparecido, amenazadoras, algunas graves fisuras.

Briand, que representa en la composición del bloque a los elementos menos seguros, ensayó, últimamente contra el ministerio una de las maniobras parlamentarias en las cuales es experto, abandonando a Herriot en el asunto de la supresión de la embajada ante el Vaticano, o sea en un debate en el cual la oposición, con especial ardimiento, lanzó a sus fuerzas al ataque. El redomado parlamentario que vive en perenne acecho del poder, impugnó la supresión de esa embajada a sabiendas de que el gobierno de Herriot no podía ceder en este asunto sin renegar una de las aserciones y una de las promesas más reiteradas de su programa. Bajo su intervención en el debate se disimulaba mal su deseo de torpedear a Herriot.

De otro lado, en el reciente congreso del partido socialista, los fautores del ministerio no obtuvieron fácilmente el acuerdo de la asamblea respecto a las condiciones del mantenimiento de la colaboración socialista. La tesis colaboracionista salió victoriosa del debate y de la votación; pero no sin haber sufrido embates y críticas de los oradores minoritarios que la dejaron bastante mal parada. La mayoría tuvo que aceptar, parcialmente, las reservas de la minoría sobre el porvenir de las relaciones del socialismo con el radicalismo. Los oradores de la minoría pronunciaron una acida requisitoria contra la política de Herriot que no se ajusta estrictamente al programa electoral del **cartel** de izquierdas. El acuerdo de la asamblea, además, fue alcanzado en torno a una fórmula un tanto ambigua.

Para seguir navegando entre estos arrecifes de la política parlamentaria, el bloque radical-socialista siente la necesidad de un

piloto de más autoridad y experiencia que Herriot. La vuelta de Caillaux ha sido, por esto, saludada y festejada, con entusiasta y exultante espíritu, por los políticos de este conglomerado. Caillaux no ha asumido todavía la jefatura del bloque de izquierdas. No se ha reinstalado aún en la jefatura del consejo de ministros. Pero, de hecho, el jefe es ya él, En el banquete de Magic-City, radicales y socialistas de todos los matices, presididos por un honesto y antiguo soldado de la democracia francesa, Ferdinand Buisson, lo han declarado su **leader** y su caudillo. Y en su discurso de ese día, en respuesta a quienes en nombre de la democracia francesa lo desagradiaban de los vejámenes y de los ultrajes del bloque nacional, el hombre del "Rubicón" ha bosquejado las líneas fundamentales de un programa de gobierno. A partir de esa fecha. M. Joseph Caillaux, rehabilitado políticamente después de algunos años de ostracismo, es el candidato de las izquierdas a la presidencia del consejo de ministros.

No es el caso, por supuesto, de juzgar inminente una crisis ministerial. La candidatura de Caillaux a la presidencia del consejo oficial y parlamentariamente no existe todavía. Herriot cuenta todavía con la confianza de la mayoría parlamentaria. Pero, fuera del parlamento, la candidatura de Caillaux hace su camino. No importa que la interinidad de Herriot dure aún algún tiempo. Cualquiera que sea el tiempo que dure, será siempre una interinidad.

Una buena parte de la burguesía francesa quiere un gobierno Republicano y democrático. Pero, sobre todo, quiere que este gobierno sea, además, un gobierno fuerte. ("Un gobierno que gobierne", como, decía en otro tiempo el propio Caillaux). Para encabezar este gobierno. Joseph Caillaux le parece un hombre a propósito. La finanza, la banca, especialmente, tienen en la capacidad de economista de Caillaux una ilimitada confianza. En las mismas filas de las derechas, Caillaux es considerado un estadista de talla excepcional. Un escritor reaccionario ha escrito última-

mente en "La Liberté" estas palabras: "Que se le ame o que se le odie, Caillaux es de todos modos alguien".

¿Cuál es el programa de gobierno de Caillaux? En su discurso de Magic-City, el **leader** radical se ha mostrado mesurado y prudente. Un comentarador penetrante ha definido así ese discurso: "M. Caillaux ha jugado en Magic-City la carta audaz qua el diablo le ofrecía. Ha tentado de hacer entrar un programa conservador dentro de un formulario demagógico". Este juicio precisa muy bien la posición teórica y práctica de Caillaux. El autor de **¿A dónde va Francia? ¿A dónde va Europa?** cree que "hay que reformar y rehacer el Estado"; pero repudia toda reconstrucción que no acepte como base la economía capitalista. Se preocupa, principalmente, de reclamar orden y ahorro en la administración como medio de normalizar la situación económica y financiera de Francia. Evita toda proposición demagógica que pueda enajenarle la confianza del capital financiero. Aunque su ambición vuele muy alto, Caillaux no aparece, en esta época de excepción, como un reformador. Se conforma con el rol asaz modesto de normalizador. Reformar o rehacer el Estado le interesa mucho menos que reordenar o reorganizar la hacienda y la economía francesas.

En su famoso libro **¿A dónde va Francia? ¿A dónde va Europa?**, Caillaux hablaba de "las condiciones de un orden nuevo". Aunque reafirmaba su filiación democrática, reconocía la decadencia de algunas formas, consideradas esenciales, de la democracia. Arribaba a esta conclusión: "Mantener las asambleas parlamentarias no dejándoles sino derechos políticos, nada más que una misión de control superior, confiar a nuevos organismos la dirección completa del Estado económico, hacer en una palabra la síntesis de la democracia de tipo occidental y del soviétismo ruso, tal es el objetivo por alcanzar". Pero Caillaux no formulaba concretamente las condiciones de un orden nuevo. Se contentaba con imaginar abstracta y eclécticamente algunos rasgos de un probable o deseable compromiso entre el capitalismo y la revolución. Y de la fecha en que, exiliado de su país y de la política, escribía

su libro, en esta otra fecha en que, amnistiado y vindicado, se prepara a la reconquista del gobierno, Caillaux no ha avanzado nada en la definición del orden nuevo tan vagamente esbozado en su plan de reconstrucción de Europa y de Francia.

Caillaux tiene, en la actualidad política francesa, el papel de caudillo de la Democracia. Lo vemos rodeado de los más ilustres adherentes a la Liga de los Derechos del Hombre y de los más ortodoxos partidarios de la Tercera República. Sus opiniones nos demuestran, sin embargo, que Caillaux es un demócrata sin excesivas supersticiones democráticas. (Acerca de este aspecto de su personalidad, según sus adversarios de la derecha, el Rubicón y el plan anexo de un golpe de estado, cuyo secreto confió Caillaux a la insegura caja de seguridad de un banco, nos ilustran más completamente).

El proceso, la condena, el destierro, están virtual y formalmente olvidados. Amigos y enemigos saben perfectamente que la "alta traición" de Caillaux no fue sino un "accidente del trabajo". Uno de los varios accidentes del trabajo a que se hallan expuestas la vida y la fortuna de los políticos.

POLÍTICA FRANCESA*

EL SECTOR SOCIALISTA**

En la escena política francesa, el partido socialista tiene un rol primario. Un periodista escribía recientemente en un diario de París: "los radicales-socialistas ejercen el gobierno, pero los socialistas lo inspiran". El acuerdo de las opiniones, sobre este punto, es, por supuesto, absolutamente imposible. Las derechas declaran a Herriot prisionero del partido socialista. La extrema izquierda, en tanto, considera al partido socialista prisionero de Herriot y de su política. Pero ni una ni otra tesis extrema impide ver en el partido socialista francés a un protagonista de la lucha política que, con la dimisión del ministro de finanzas Clementel, ha adquirido una tensión dramática.

Para conocer la personalidad y comprender la posición del partido socialista francés no basta la luz de los últimos acontecimientos. Exploremos, pues, velozmente, su composición, su ideología y su historia.

¿Los socialistas no son, entonces, sino una base parlamentaria del ministerio Herriot? ¿Sólo una base parlamentaria y no una base ideológica? la distinción entre una y otra cosa resultaría una distinción arbitraria y ficticia. Al asimilarse una parte de la materia

* En una serie de cuatro artículos, J.C.M. examinó la política francesa y los sectores operantes en esa época. Los presentamos aquí agrupados tanto porque —con excepción del último, que apareció después del artículo "La elección de Hindenburg"— fueron publicados seguidamente, cuanto para mantener la unidad expositiva. La mayor parte del texto de dos de ellos, los referentes a los sectores socialista y comunista, fueron incorporados por el autor a **La Escena Contemporánea**, como se indica en las notas respectivas. (N. de los E.)

** Publicado en **Variedades**, Lima, 11 de abril de 1925.

Con excepción de los cuatro párrafos que se presentan en esta compilación — los dos primeros y los dos últimos—, el resto del texto se encuentra contenido en "El socialismo en Francia". **La Escena Contemporánea**, págs. 122-127. Vol. 1 de esta serie popular de Obras Completas. (N. de los E.)

socialista, la burguesía radical no puede escapar al riesgo de asimilarse también una parte de la idea socialista. Herriot, si no se apoyase en los socialistas, no se inclinaría fácilmente a buscar la solución de la crisis financiera de Francia en un cupo al capital. Atenuada, deformada, suavizada en cualquier forma, esta medida aparece siempre como una medida de inspiración socialista.

¿Cuál tesis contiene, luego, mayor suma de verdad? ¿La de que el socialismo deviene democrático? ¿O la de que la democracia deviene socialista? He ahí un interesante problema de nuestro tiempo.

LA CRISIS MINISTERIAL*

En la crisis política francesa se constata, sobre todo, un conflicto entre dos métodos diferentes, entre dos concepciones antagónicas, en el campo económico. El contraste de los intereses económicos domina y decide el rumbo de los acontecimientos políticos y parlamentarios. Las **dramatis personae** de la crisis, —Herriot, Poincaré, Briand, Millerand—, se mueven en la superficie versátil de una marea histórica superior a la influencia de sus personalidades y de sus ideas. Ni el bloque nacional ni el **cartel** de izquierdas, no obstante la variedad de los matices que en uno y otro se mezclan, representan una contingente y arbitraria combinación parlamentaria. En su composición más que la afinidad o la simpatía de los grupos se percibe la afinidad o la simpatía de los intereses. La actitud de uno y otro conglomerado, ante los problemas económicos de Francia, se inspira en los intereses de distintas capas sociales. Por esto, sus puntos de vista resultan inconciliables. La base electoral de las derechas se compone de la alta burguesía y de los residuos feudales y aristocráticos. En cambio, el **cartel** de izquierdas se apoya en la pequeña burguesía y en una gruesa parte del proletariado. El enorme pasivo fiscal de Francia debe pesar, particularmente, sobre una u otra capa social. Al blo-

* Publicado en **Variedades**, Lima, 18 de abril de 1925

que nacional y al **cartel** de izquierdas les toca defender a su respectiva clientela. El bloque nacional se opone a que los nuevos tributos, reclamados por el servicio de la deuda francesa, sean pagados por los capitalistas. El **cartel** de izquierdas se resiste, a su vez, a que sean pagados por los pequeños propietarios y la clase trabajadora.

En los primeros años de la post-guerra, el gobierno del bloque nacional adormeció al pueblo francés con la categórica promesa de que la que pagaría los platos rotos de la guerra sería Alemania. La capacidad financiera de Alemania no fue absolutamente calculada. Klotz, ministro de finanzas de Clemenceau, estimó el monto de las reparaciones debidas por Alemania a los aliados en quince mil millones de libras esterlinas. Alemania, según Klotz, debía satisfacer esta indemnización y sus intereses en treinta y cuatro anualidades de mil millones. Francia recibiría quinientos cincuenta millones de libras anualmente.

Poco a poco, esta ilusión, contrastada por la realidad, tuvo que debilitarse. Pero, mientras conservó el poder, el bloque nacional reposaba, casi íntegramente, sobre el miraje de una pingüe indemnización alemana. Sus ministros saboteaban, por eso, todo intento de fijarla en una cifra razonable. El acuerdo de Francia con sus aliados sufría las consecuencias de este sabotaje. Francia se aislaba más cada día en Europa. Alemania no pagaba. Mas nada de esto parecía importarles al bloque nacional obstinado en su rígida fórmula: "Alemania pagará".

Mientras tanto el pasivo fiscal de Francia crecía exorbitantemente. El Estado francés tenía que hacer frente a los gastos de la restauración de las zonas devastadas. Al lado del presupuesto ordinario existía un presupuesto extraordinario. El déficit fiscal se mantenía en cifras fantásticas. En 1919 ascendía a veinticuatro mil millones de francos; en 1920 a diecinueve mil millones; en 1921 a trece mil millones; en 1922 a once mil quinientos millones; en 1923 a ocho mil millones. Para cubrir este déficit, el Esta-

do no podía hacer otra cosa que recurrir a su crédito interno. Las emisiones de empréstitos y de bonos del tesoro se sucedían. Las condiciones de estos empréstitos eran cada vez más onerosas. Había que ofrecer al capital y al ahorro elevados réditos. De otra suerte, resultaba imposible captarlos. Pero a este recurso no se podía apelar ilimitada e indefinidamente. La tesorería del Estado se veía obligada a suscribir obligaciones a corto plazo que muy pronto urgiría atender. Y, por otra parte, la absorción de una parte considerable del ahorro nacional por el déficit del fisco sustraía ese capital a las inversiones industriales y comerciales necesarias a la reconstrucción de la economía del país. El fisco drenaba imprudentemente las reservas públicas. La balanza comercial se presentaba también deficitaria. El desequilibrio amenazaba, en fin, la estabilidad del franco asaz desvalorizado.

En estas condiciones arribó el pueblo francés a las elecciones de mayo de 1924. Poincaré había jugado, sin fortuna, en la aventura del Ruhr, su última carta. A pesar de esta política de extorsión de Alemania, no habían empezado aún a ingresar al tesoro francés los quinientos cincuenta millones anuales de libras esterlinas anunciados para 1921 por la optimista previsión del ministro Klotz. El Ruhr producía una suma bastante más modesta. Alemania, en suma, no pagaba. Y no era, absolutamente, el caso de hablar de debilidad y de indecisión de la política de Francia. El piloto de la política francesa, Poincaré, había demostrado, con la ocupación del Ruhr, su energía guerrera y su temperamento marcial.

La mayoría del electorado, cansada de los fracasos de las derechas, se pronunció a favor del cartel de izquierdas. El programa del **cartel** le prometía: una política exterior que liquidase con un criterio realista y práctico, el problema de las reparaciones; una política económica que, mediante un impuesto extraordinario al capital, obligase a las clases ricas a contribuir en proporción a sus recursos al saneamiento de las finanzas públicas; una política interior, de inspiración Republicana y democrática que asegurase

al país un mínimo satisfactorio de paz social eliminando, en lo posible, las causas de descontento que empujaban a las masas hacia el comunismo.

El **cartel** de izquierdas obtuvo una fuerte mayoría parlamentaria. Pero en la composición de esta mayoría no consiguió una suficiente homogeneidad. Presintiendo el tramonto de la política de las derechas se había aliado oportunamente a las izquierdas una parte de la alta burguesía industrial y financiera. Briand, actor y cómplice en un tiempo de la política del bloque nacional, se había declarado de nuevo hombre de izquierdas desde que la fortuna de las derechas había empezado a declinar. Loucheur, representante máximo de la gran industria, se había trasladado también al **cartel**. El desplazamiento del poder de la derecha a la izquierda no había podido efectuarse sin un congruo desplazamiento de conspicuos y ágiles elementos oportunistas. El bloque de izquierdas no era, electoral ni parlamentariamente, un bloque compacto. Los radicales-socialistas y los socialistas constituían sus bases sustantivas; pero la política parlamentaria de estos núcleos, cuya coalición significaba ya un compromiso y una transacción, tenía además que hacer no pocas concesiones a los grupos más o menos alogenos de Briand y de Loucheur. La composición un tanto heteróclita de la mayoría se reflejó en la formación y en el espíritu del gabinete Herriot. Clementel, el ministro de finanzas, no participaba de la opinión de las izquierdas sobre el tributo extraordinario al capital. En la cámara, el ministerio tenía que tomar en cuenta la oposición de Loucheur al impuesto al capital y la resistencia de Briand al retiro de la embajada en el Vaticano. En el senado, la política de Herriot dependía del sector centrista que pugnaba por imponerle su tutela conservadora.

Herriot, en el gobierno, como he tenido alguna vez ocasión de remarcarlo, daba una sensación de interinidad. No parecía destinado a actuar el programa del **cartel** de izquierdas, sino, más bien, a preparar el terreno a este experimento. En remover del camino del **cartel** la cuestión de las reparaciones, la cuestión de

la amnistía, la cuestión del reconocimiento de los soviets, etc., el ministerio Herriot usó y consumió su fuerza. No era posible que, con las exiguas energías que le quedaron después de cumplir estas fatigas, pretendiese remover también la cuestión financiera. Sobre esta cuestión los intereses en contraste están decididos a librar una obstinada batalla. Los financistas y los industriales, aliados de **cartel**, que aceptarían en materia económica la autoridad de Caillaux, no aceptan, en cambio, la autoridad de Herriot, más expuesto, a su juicio, a la influencia de la "demagogia socialista". Herriot estaba condenado a ser batido en la primera escaramuza grave de la cuestión financiera.

Nadie puede sostener seriamente que Herriot sea responsable de la situación fiscal de Francia. En materia de responsabilidades financieras, Poincaré es, evidentemente, mucho más vulnerable. Herriot ha heredado la crisis actual de sus antecesores. No ha caído por haberla producido, sino por haber intentado resolverla. Su mayoría no se ha mostrado de acuerdo respecto a su aptitud para esta empresa. ¿Por qué Herriot no ha diferido por más tiempo una discusión en la cual tenía que ser forzosamente batido? Todos los incidentes de la caída de Herriot indican que esta discusión no podía ya ser diferida. El partido socialista urgía al ministerio a que empeñase la batalla. El Banco de Francia exigía la legalización del aumento de la moneda fiduciaria. Se estrechaban, en fin, día a día, los plazos de los vencimientos que el tesoro francés debe atender este año. Porque ahora el problema no es el desequilibrio del presupuesto. El déficit del año último no fue sino de dos mil quinientos millones de francos. Los ingresos y los egresos de 1925, por primera vez desde la guerra, se presentaron balanceados. El déficit de este año, según las previsiones del gobierno, será sólo de treintaicuatro millones. La reconstrucción de los territorios liberados está casi terminada. La balanza del comercio exterior ha recobrado su equilibrio. Las exportaciones superan en mil trescientos millones a las importaciones. Ahora el problema son los vencimientos. Las obligaciones a corto plazo contraídas por los antecesores de Herriot comienzan a llamar a las

ventanillas del tesoro. El monto de las obligaciones que se vencen en este año pasa de veintidós mil millones. Una parte de estas obligaciones podrá ser convertida; pero otra parte tendrá que ser saldada en moneda contante. El fisco necesita, de toda suerte, encontrar veintidós mil millones de francos. Y no concluirá aquí el problema. Los acreedores de la guerra y de la post-guerra continuarán por muchos años presentando sus cuentas y sus cupones. La deuda interna de Francia asciende a 277,870 millones de francos-papel. La deuda exterior de guerra, a cuya condonación tanto Estados Unidos como Inglaterra se manifiestan muy poco inclinados, suma 110,000 millones. En cuanto Francia comience el servicio de esta deuda, una nueva carga pesará sobre su tesoro. Francia tiene también deudores. Pero sus acreencias son menores y mucho menos realizables. A Francia le deben sus aliados o ex-aliados quince mil millones de francos; mas una parte de esta suma, prestada a Polonia, Tcheco-Slavia, Rumania, etc. a trueque de servicios políticos, no es fácilmente exigible. La acreencia más gruesa de Francia es la que el plan Dawes le reconoce en Alemania: 103,900 millones de francos-papel.

Estas cifras expresan, mejor que cualquier otra explicación, la gravedad de la situación financiera de Francia. El Estado francés se halla frente a un pasivo imponentemente mayor que su activo. La solución de este equilibrio podría ser dejada al porvenir, si una gran parte del pasivo no estuviese compuesta de obligaciones a plazo corto y perentorio. ¿Dónde encontrar el dinero o el crédito necesarios para afrontar estas obligaciones? El contribuyente francés paga demasiados tributos. Su resistencia está colmada. **Nour prendrons l'argent où il est**, he ahí, expresada en una frase de Renaudel, la formula socialista. "Tomaremos el dinero donde se halle". Bien. Pero el dinero no se decide a dejarse capturar. El dinero, que cuando persigue al socialismo se siente rabiosamente nacionalista, cuando es perseguido por el socialismo deviene en el acto internacionalista. La amenaza del **cartel** de izquierdas ha inducido a muchos capitalistas del más ortodoxo patriotismo a expatriar su capital. En la mayoría de los casos el di-

nero naturalmente no puede emigrar. Tiene que quedarse en el país donde por hábito o por interés o por patriotismo trabaja; pero entonces moviliza todos sus medios para defenderse de las amenazas de la "demagogia socialista". Apenas el **cartel** de izquierdas ha bosquejado seriamente su intención de realizar, muy moderada y atenuadamente, el proyecto de cupo al capital. Loucheur ha insurgido contra su política y ha abierto la primera brecha en su mayoría.

¿Volverá entonces, más o menos pronto, el poder a las derechas? Los fautores de Poincaré y Millerand exultan demasiado temprano. Ni aún la conversión en masa de todos los elementos movedizos y fluctuantes, oportunísticamente plegados al **cartel**, podría dar a las derechas la mayoría indispensable para gobernar. ¿No se romperá, al menos, en estas crisis, la alianza de los socialistas y los radicales-socialistas? Es poco probable que los radicales-socialistas resuelvan suicidarse electoralmente. En una coalición con las derechas acabarían absorbidos y dominados. El abandono de su programa les haría perder, en beneficio de los socialistas, la mayor parte de su clientela electoral. Los dos principales grupos del cartel tienen, por ende, que seguir coaligados. El experimento radical-socialista no ha concluido. Por el momento, ya hemos visto cómo el veto de los socialistas ha cerrado el paso a una combinación ministerial dirigida y presidida por Briand. Al partido socialista francés la colaboración en el **cartel** le ha hecho beber muchos amargos cálices. Pero este cáliz de un ministerio Briand le ha parecido, sin duda, amargo en demasía.

La solución de la crisis no marcará, probablemente, sino un **Intermezzo**, en el episodio radical-socialista. Herriot ha caído antes de que Caillaux pueda sustituirlo. El político del Rubicón no ha tenido aún tiempo de reincorporarse en el parlamento. La interinidad, en suma, recomienza con otro nombre.

EL MINISTERIO PAINLEVÉ*

M. Paul Painlevé da su nombre al segundo acto del episodio radical-socialista. El nombre solamente. La dirección, el rumbo, los darán otros. ¿Quiénes? Exclusiva y continuamente, nadie. Alternativa y contingentemente, Caillaux, Briand, Loucheur, Blum, etc. El socialismo reformista y la plutocracia radicaloide. Painlevé gobierna entre dos ex-presidentes del consejo. Entre Aristide Briand y Joseph Caillaux. Por consiguiente, no gobierna; preside el gobierno. En su gabinete, dos hombres, dos **leaders**, que aspiran al poder, se controlan y se contrapesan. Briand, en el ministerio del exterior, Caillaux en el ministerio de finanzas. El gabinete se apoya, en la cámara, a la derecha en Loucheur y el capital industrial y financiero; a la izquierda en Blum y la S.F.I.O. (Sección Francesa de la Internacional Obrera). En un gabinete, emanado de un compromiso, que se balancea entre estas dos fuerzas, entre estos dos sectores. Painlevé es únicamente el presidente de sus debates y el portavoz de sus deliberaciones. Es el fiel de la balanza. Designio, sin duda, de su destino de matemático.

La caída de Herriot se produjo un poco prematuramente. Ni Briand ni Caillaux podían ir a la presidencia del consejo. A Briand le faltaba el consenso de los socialistas. A Caillaux le tocaba cumplir su última cuarentena. Su rehabilitación política no era todavía completa. Sus amigos no han tenido todavía tiempo de elegirlo senador o diputado. Y el régimen parlamentario quiere que el jefe del gobierno salga del parlamento. No era, pues, absolutamente, el caso de pensar en Caillaux. Briand, en perenne acecho del poder en su escaño, resultaba demasiado maduro para la sucesión; Caillaux, recién tornado a la política, ausente aún de la cámara, resultaba en cambio demasiado verde. La solución Painlevé apareció por esto, como la única solución posible. Painlevé podía formar un ministerio de concentración. Podía compartir el poder con Briand y Caillaux al mismo tiempo.

* Publicado en **Varietades**. Lima, 25 de abril de 1925.

El nuevo ministerio ha heredado del ministerio Herriot, junto con su mayoría, su interinidad. Representa, Además, un compromiso. En la mayoría parlamentaria del **cartel** de izquierdas, la cuestión financiera y la cuestión religiosa había causado una fractura. La izquierda "moderada" se había rebelado contra la política financiera y la política religiosa de Herriot. La mayoría del **cartel** ha sido soldada, durante la crisis, mediante una transacción. De una parte, el gobierno no atacará por el momento al capital; de otra parte, mantendrá un representante en el Vaticano. Caillaux y Briand son la garantía de que el gobierno de Painlevé seguirá, en ambas cuestiones, una línea discreta y prudente. (La línea de gobierno de un geómetra como Painlevé tiene que ser una llama geodésica).

La vitalidad del ministerio es aleatoria; el programa aleatorio también. Nada podrá hacer Painlevé sin el voto de Loucheur y de su grupo industrial y financiero. Nada podrá hacer tampoco sin el voto de los socialistas, obligados a dosificar las concesiones de su política parlamentaria al estado de ánimo de su clientela electoral más o menos permeable a la influencia comunista. La vida del ministerio está a merced de un accidente parlamentario. Su duración depende, en todo caso, de su política financiera. En este terreno, el gobierno de Painlevé no puede intentar una solución radical u, mejor dicho, una solución definitiva. Tiene que contentarse con una acción provisoria. Tiene que contentarse con resolver los problemas más urgentes,

Probablemente por esto. Caillaux no ha expuesto, en la cámara, un verdadero programa. ¿Para qué hablar de medidas lejanas y generales cuando apenas habrá tiempo de actuar algunas medidas inmediatas y particulares? Caillaux no va al ministerio de finanzas a ensayar un plan completo de reorganización de la economía francesa. Va simplemente a tratar algunos negocios y atender algunas necesidades de urgencia. Su función está limitada por las circunstancias. La solución de los problemas de la economía francesa no puede ser de carácter esencialmente técnico. Está,

además, vinculada a la solución general de los problemas de Europa. A la obra de la reconstrucción europea como le gusta llamarla a J. M. Keynes. Desde la cartera de finanzas no se domina, por tanto, la cuestión económica de Francia. Y no es probable una sólida colaboración Caillaux-Briand. En el nuevo ministerio, Caillaux y Briand no son dos estadistas que colaboran, sino, más bien, dos candidatos que se vigilan.

La personalidad de Painlevé se dejará sentir escasamente en el experimento político que lleva su nombre. No se trata, por cierto, de una personalidad insignificante. Painlevé es un hombre de talento y, acaso, hasta un hombre de carácter. Pero no es, absolutamente, un hombre político. Es un eminente hombre de ciencia, que discurre, por distracción, en el campo político.

Como otros hombres de ciencia de su época, se sintió atraído desde su juventud por una política demo-social. Perteneció a esa generación de intelectuales que, en los quietos tiempos prebélicos, coqueteó inocuamente con el socialismo y admiró sinceramente la elocuencia de Jaurés. Entró en la política, sin cálculo alguno seguramente, movido por su ideología filo-socialista, empujado por su fe Republicana. En la cámara se llamó siempre Republicano-socialista. Educado en la escuela de la democracia, Painlevé vela en el socialismo algo así como una consecuencia, como una meta o como un ideal de la república. Enviado a la cámara por el sufragio popular creía en la eficacia perfectible de los métodos y las instituciones Republicanas. El título de republicano-socialista correspondía, realmente, a sus convicciones. No era, como en otros, un mero señuelo electoral. En la guerra, como jefe del gobierno, se comportó conforme a sus sentimientos de patriota y de francés. Pero las derechas le tuvieron en cuenta sus opiniones Republicano-socialistas. Francia atravesaba, además, horas muy difíciles, de gran tensión nerviosa. Painlevé, consiguientemente, no pudo conservar por mucho tiempo el poder. La victoria, explotada reaccionariamente, lo trató hostilmente. Las elecciones de 1919 se hicieron a expensas de las izquierdas. En el

parlamento brotado de esas elecciones Painlevé tuvo un rol opaco. Continuó siendo una figura de la izquierda; pero no fue nunca una figura combativa y beligerante. El triunfo del **cartel** de izquierdas lo volvió a colocar, en mayo del año último, en primer término. El **cartel** presentó su candidatura a la presidencia de la república; pero una maniobra del senado dio la victoria a la candidatura de Doumergue. Painlevé hubo de contentarse con la presidencia de la cámara. En este puesto, era un simpático hierofante del régimen parlamentario. Dirigía los debates de la cámara como habría dirigido los debates de la Academia. Le disgustaban, tal vez, las sesiones tempestuosas en que ululaba la extrema derecha o la extrema izquierda; pero el servicio de la república constituía para él una fuente tan grande de complacencias como el cálculo diferencial absoluto o la geometría del espacio curvo. Sólo el servicio de la república ha podido desplazarlo ahora de la presidencia de la cámara a la presidencia del consejo.

Painlevé es de la estirpe, un poco diezmada, de los idealistas de la república y la democracia y de los sacerdotes de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Procede de la misma austera escuela Republicana de Ferdinand Buisson. Formado en el clima histórico de antes de la guerra, no puede renegar ninguno de los mitos de la democracia. Su recetario político es el mismo de hace veinte años. Tiene, pues, muchas excelencias; pero tiene el grave defecto de no corresponder a la nueva realidad humana. El mundo ha cambiado mucho políticamente en estos veinte años. Preocupado por sus especulaciones científicas, Painlevé no parece haberlo advertido. Para este anti-dogmático no existe ningún dogma salvo el dogma laico de la democracia. La fórmula "orden y progreso", desgarrada por la guerra, se mantiene intacta y pura en el ideario y en el espíritu de Painlevé, como el supremo desiderátum de la Civilización y de la Humanidad. (En la literatura de la democracia estas dos palabras se escriben siempre con mayúscula y se piensan también con mayúscula).

El programa de Painlevé está lleno de rectos propósitos y de hermosas palabras. De la buena fe de este ilustre profesor del Colegio de Francia no es posible dudar mínimamente. Pero si es lícito dudar de que esta buena fe baste para resolver la crisis política, económica y espiritual que turba actualmente la vida y la conciencia de Francia.

EL SECTOR COMUNISTA*

Intermitentemente, las derechas francesas denuncian el "peligro comunista" y conminan al gobierno radical-socialista a sofocarlo. El "peligro comunista" es, según parece, el más eficaz **ritornello** de la política reaccionaria. Las derechas se sirven de él para mantener amedrentada a la burguesía. Y para combatir al gobierno del **cartel** de izquierdas, acusado en la prensa y en la cámara, de flaqueza y de negligencia en la defensa del orden capitalista. La prensa conservadora descubre, cada vez que conviene a su política, un espeluznante complot bolchevique. Los comunistas, a su turno, culpan al gobierno de debilidad ante la movilización y la organización fascistas de las derechas. La democracia, —dicen los comunistas— abdica ante la reacción. Bajo el gobierno de los radicales socialistas, se prepara y se arma la ofensiva fascista.

La confrontación de estas dos tesis secta un inútil ejercicio teórico. Nos conduciría, al lector y a mí, después de una serie de análisis, a la conclusión lapalissiana de que se trata de dos tesis inconciliables, —absolutamente inconciliables como la Revolución y la Reacción— o a la conclusión relativista de que ambas tesis son igualmente válidas y verdaderas, cada una para su sistema o su mando respectivo. Preferible es que, el lector y yo, demos de antemano por adquirido cualquiera de esos resultados. Y

* Publicado en **Variedades**, Lima, 9 de mayo de 1929. Este artículo, con excepción de los dos párrafos recogidos en esta compilación, fue incluido por el autor en **La Escena Contemporánea** con el título "El Partido Comunista Francés", pág. 131-136, Vol. 1 de esta serie de Obras Completas. (N. de los E.)

que, ahorrándonos la fatiga de una interpretación total de la crisis francesa, nos contentemos por ahora con examinar parcialmente uno de los elementos, uno de los factores de esa crisis. Hemos explorado ya, sucesivamente, diversos sectores de la política francesa. Exploremos ahora el sector comunista. Y averigüemos, ante todo, su historia.

LA ELECCIÓN DE HINDENBURG*

¿Por qué ha sido elegido Paul von Hindenburg, presidente del Reich? Los factores de esta elección son menos simples y más variados de lo que parecen. No es posible reducirlos a un factor único: el sentimiento monárquico, conservador e imperialista del pueblo alemán. No; el juicio así formulado resulta demasiado sumario, demasiado exclusivo, demasiado unilateral. La elección de Hindenburg no aparece absolutamente como un resultado lógico de la situación política de Alemania. En la victoria post-bélica del casi octogenario mariscal de los lagos mazurianos, han intervenido elementos complejos y dispares que no se puede condensar en la sencilla fórmula del "resurgimiento del militarismo alemán". Para explicarse el **cómo** y el **porqué** de esta elección, hay que revisar ordenada y sagazmente su proceso.

Hindenburg ha sido elegido en la segunda votación. En la primera votación, efectuada hace más de un mes, el candidato de las derechas fue Jarres. Este candidato no obtuvo la unanimidad de los sufragios de la reacción. Ni el partido fascista ni el partido popular bávaro le dieron su adhesión. Uno y otro exhibieron candidatos propios. Pero esta secesión no impidió al electorado considerar a Jarres, sostenido por los dos grandes partidos conservadores, como el candidato de la monarquía. La candidatura fascista de Ludendorff, a quien Alemania reconoce casi el mismo derecho que Hindenburg a los infructuosos laureles de la empresa bélica, fue, no obstante esta suprema benemerencia, la más negligible e

* Publicado en **Variedades**, Lima, 2 de marzo de 1925.

insignificante de todas las candidaturas. Además, sumados íntegramente, los votos de la reacción arrojaron un total inferior al de los votos de la república. Sobre veintiséis millones y medio de sufragios, doce millones tocaron a la monarquía, trece a la república y uno y medio al comunismo. El "sentimiento monárquico, conservador e imperialista" salió batido de la votación. Los tres partidos de la república —demócrata, católico y socialista— que acudieron separadamente a las elecciones, alcanzaron, en conjunto, la mayoría. Seguros de que el presidente no sería designado en la primera votación, cada uno quiso tener su candidato. Mas los tres estaban de acuerdo, en principio, acerca de la necesidad de un candidato común. ¿Por qué aplazaron este acuerdo? Ninguna cuestión esencial se oponía a la inmediata constitución de un frente único Republicano; pero había siempre que eliminar algunas cuestiones adjetivas. Cada partido quería **menager** los intereses y las aspiraciones de su propia clientela electoral. Al partido socialista, por ejemplo, resuelto a sostener la candidatura de Marx, le convenía satisfacer en alguna forma al proletariado, ofreciéndole la impresión de trabajar hasta el último instante por la candidatura de un socialista.

La candidatura de Hindenburg se ha formado en el **Intermezzo** de las dos votaciones. No ha sido una candidatura espontáneamente emergida, desde la primera hora, de una unánime corriente nacionalista, sino una candidatura laboriosamente gastada en el mismo seno de la experiencia electoral. Antes de probar fortuna con el nombre de Hindenburg, las derechas probaron fortuna con el nombre de Jarres y con el nombre de Ludendorff. Antes de jugar la carta Hindenburg, jugaron la carta Jarres y la carta Ludendorff. Jarres era la carta del partido nacional alemán y del partido popular (nacionalismo moderado y oportunista). Ludendorff era la carta del partido fascista (nacionalismo ultraísta, "racismo" incandescente). La candidatura Hindenburg ha emanado de un compromiso entre todas las tendencias y todos los matices del nacionalismo. Ha madurado al calor eventual de las circunstancias del combate, sugerida y planteada por una oportunista y

sagaz estimación de las fuerzas electorales de la reacción. Se ha alzado sobre un minucioso cálculo de sus posibilidades, sobre un frío cómputo de sus ventajas; no se ha alzado originariamente sobre una impetuosa marejada sentimental. La marejada sentimental ha venido después. Ha sido el éxito de la **mise en scene** de la candidatura. Los empresarios de la cándida e impoluta gloria del viejo mariscal han pescado a río revuelto la presidencia del Imperio.

El Reichstag es el índice y el compendio de las fuerzas numéricas o electorales de los partidos alemanes. Expresa los resultados de una votación de hace pocos meses, más o menos confirmados por los de la votación presidencial de hace un mes. Y en el Reichstag la reacción está en minoría. El ministerio Luther reposa sobre el voto aleatorio del partido católico o sea de un partido del bloque Republicano. El propio escrutinio de la victoria de Hindenburg no asigna a la reacción una verdadera mayoría. Según ese escrutinio, Hindenburg ha obtenido el domingo un poco más de cuarentaiinueve por ciento de los sufragios. No obstante la concurrencia a la votación de una gran masa agnóstica y abstencionista, casi el cincuentaiuno por ciento de los electores se ha pronunciado por la república o por la revolución.

Los factores primarios de la elección de Hindenburg no son, pues, exclusivamente, de orden político. El bloque monárquico debe sus novecientos mil votos de mayoría sobre el bloque republicano a una violenta erección de la vieja sentimentalidad germana que ha movilizado ocasionalmente, detrás de las banderas de Hindenburg y del nacionalismo, a una gran cantidad de gente electoralmente neutra. Los debe al sufragio femenino, cuyo ensayo acredita que las mujeres, en su mayor parte, por su exigua o nula educación política, no son en la lucha contemporánea una fuerza renovadora sino una fuerza reaccionaria. Los debe, en fin, a la política comunista. A Marx le han hecho falta novecientos mil votos. El partido comunista habría podido darle más de un millón novecientos mil votos que, seguros de su minoría, conscientes de su

acto, han sostenido intransigentemente, frente a la monarquía y frente a la República, a su propio candidato el comunista Thaelmann. Ni uno solo de estos votos habría favorecido individualmente a Hindenburg si la lucha hubiese quedado reducida a un duelo entre Hindenburg y Marx. Y, sin embargo, en la lucha tripartita, han decidido colectivamente el triunfo del candidato de la reacción. Los políticos de la república vituperan, acremente, por esta maniobra, a los políticos del comunismo. Y, seguramente, una parte de los mismos simpatizantes de la revolución, se ha negado en estas elecciones a seguir al comunismo. Lo indica la cifra de los votos comunistas. En las elecciones parlamentarias, en las cuales se trataba de enviar al parlamento el mayor número posible de diputados comunistas, el partido de la revolución recogió dos millones setecientos mil sufragios. En estas otras elecciones, en las cuales no se ha tratado de colocar en la presidencia del Reich a un comunista sino de realizar una demostración de fuerza y disciplina electorales, estos sufragios han sumado sólo un millón novecientos mil.

Este es uno de los aspectos de la reciente batalla electoral que, si se quiere desentrañar el sentido histórico de la crisis alemana, resulta indispensable analizar. Un observador superficial de la batalla declarara sin duda, absurda y errónea la posición comunista. Creerá encontrarse ante la más inaudita incoherencia de la revolución. ¿Es concebible —se preguntará— que el comunismo, forzado a votar por la monarquía o la república, haya votado virtualmente por la monarquía? Toda la cuestión no está contenida ni planteada en la pregunta. Pero, de todos modos, bien se puede absolverla afirmativamente. Sí; es concebible, es perfectamente concebible que el voto negativo del comunismo, debilitando a la república, haya dado prácticamente la razón a la monarquía. En Inglaterra podía y debía el diminuto partido comunista inglés votar en las elecciones por los candidatos del **Labour Party**. Le tocaba ahí al comunismo apurar el experimento gubernamental del laborismo. En Alemania, el experimento gubernamental del socialismo se ha cumplido ya. Y **die Kommunistische Partei** es

una falange organizada y poderosa que, en dos oportunidades, ha estado a punto de desencadenar la revolución. En Alemania, sobre todo, el gobierno de la social-democracia mantenía en el ánimo de una gran parte de las masas las beatas ilusiones del sufragio universal. El partido socialista se enervaba en el poder. Esto no le habría importado al partido comunista dentro de un concepto demagógico de concurrencia electoral. Pero la política revolucionaria no puede regirse por esta clase de conceptos. A la política revolucionaria le importaba y le preocupaba el hecho de que el poder socialista enervase, con el partido y su burocracia, al grueso del proletariado. La política comunista, de otro lado, no hace diferencia, entre la monarquía y la república. Una concepción al mismo tiempo realista y mística de la historia la mueve a combatir con la misma energía a la reacción y a la democracia. Y, tal vez, hasta con más vehemencia polémica a ésta que a aquélla. Porque, mientras la reacción, en su empeño romántico de reconstruir el pasado, socava el orden en cuya defensa surge teóricamente, la democracia seduce con el miraje de la revolución y de la reforma a una parte de las muchedumbres y de los hombres que desean crear un orden nuevo. La reacción, atacando y negando los mitos de la democracia, reanima la beligerancia y la combatividad del socialismo y aún del liberalismo, que en el poder se relajan y se desfibran.

No cabe dentro de los límites de mi artículo una prolija exposición de esta compleja teoría, esbozada por mí otras veces. A este artículo no le corresponde ni le preocupa más que fijar las reales proporciones y esclarecer los verdaderos agentes de la victoria de Hindenburg. Que es una victoria de la reacción, claro está; pero victoria incompleta todavía. La reacción ha conquistado la presidencia de la república tudesca; pero no ha conquistado aún el poder. La democracia conserva intactas sus posiciones en el parlamento. Y bien puede acontecer que al reaccionario Hindenburg le toque gobernar con los fautores de la democracia como al socialista Ebert le tocó gobernar con no pocos fautores de la reacción.

Hindenburg, por otra parte, representa asaz atenuada y medio-cremente el espíritu de la reacción. Este octogenario Lohengrin de la vieja Alemania tiene un ánimo menos marcial y agresivo de lo que su oficio y su novela inducen a imaginar. Lloyd George ha exagerado ciertamente cuando lo ha definido como un anciano tranquilo con muy pocas ganas de meterse en tremendas aventuras. Pero, en principio, ha enfocado bien al hombre del día. Hindenburg tiene el aire de un viejo **burggrave** sedentario, protestante, pacífico y un poco reumático. No se sabe, por ejemplo, lo que piense Hindenburg del "racismo" de Ludendorff; pero, si piensa algo, me parece que no debe exceder los límites de lo que puede pensar cualquier inocuo burgués de Hannover. Carece Hindenburg de estilo y de relieves fascistas. Nada denuncia en él al caudillo. Su biografía que, sin el episodio bélico, sería una biografía opaca, es la de un personaje de sencillos contornos. Hindenburg no es un **leader**. No es un conductor. Es un militar obediente, conservador, monarquista, casado. Como a todos los alemanes le gusta la cerveza y el ganso asado. En su casa existe seguramente una efigie de Federico el Grande. Tiene 77 años de edad, temperamento frío y reservado y muchos y muy gloriosos años de servicio en el ejército del Emperador y del Imperio. Ahora, en atención a estos méritos, sus compatriotas lo han elegido Presidente de la República. He ahí todo el hombre y he ahí también todo el episodio.

LA ESCENA HÚNGARA*

Hungría ocupa un puesto muy modesto y muy eventual en las planas del servicio cablegráfico de la prensa americana. Sobre Hungría se sabe y se escribe en general muy poco. En la propia Europa, la nación magiar resulta un tanto olvidada. Nitti es uno de los pocos estadistas europeos que la recuerda y la defiende en sus libros y en sus artículos. Para los demás **leaders** de la política

* Publicado en **Variedades**, Lima, 15 de mayo de 1925.

occidental no existe, con la misma intensidad que para Nitti, un problema húngaro. Parece que, al separarse de Austria, Hungría se ha separado también algo de Occidente.

Sin embargo, Hungría ha sido el escenario de uno de los episodios más dramáticos de la crisis post-bélica. Y el tratado de Triánón aparece desde hace tiempo como uno de los tratados de paz que alimentan en la Europa Central una sorda acumulación de rencores nacionalistas y de pasiones guerreras. Ese tratado mutila el territorio húngaro a favor de Rumanía, de Checo-Eslavia y de Yugo-Eslavia. Según las cifras de un libro de Nitti, *La Decadencia de Europa*, basadas en un prolijo estudio de este tema, Hungría ha perdido el 63 por ciento de su antigua población. Han sido anexados a Rumanía, a Checo-Eslavia y a Yugo-Eslavia, respectivamente, cinco, tres y uno y medio millones de hombres que antes convivían dentro de los confines húngaros. Dentro de la Hungría pre-bélica había minorías no húngaras: pero las amputaciones del territorio húngaro decididas con este pretexto por el tratado de Triánón han sido excesivas. Han resuelto aparentemente la cuestión de las minorías alógenas de Hungría; mas han creado la cuestión de las minorías húngaras de Checo-Eslavia, Yugo-Eslavia y Rumanía. Estas tres naciones, naturalmente, no quieren que se hable siquiera de una revisión del tratado que las beneficia. La posibilidad de que Hungría reivindique algún día sus tierras y sus hombres las mantiene en constante alarma. Y Hungría, a su vez, aguarda la hora de que se le haga justicia. Nitti escribe a este respecto: Hungría es, entre los países vencidos, aquel que tiene el más profundo espíritu nacional: nadie cree que el pueblo húngaro, orgulloso y persistente, no se levante de nuevo; nadie admite que Hungría puede vivir largamente bajo las duras condiciones del tratado de Triánón. Y, desde el cardenal arzobispo de Budapest hasta el último campesino, nadie se ha resignado al destino actual. El problema húngaro, en suma, se presenta como uno de los que más sensiblemente amenazan la paz de Europa. El tratado de Triánón no interesa directamente sólo a Hungría y la Pequeña Entente. Interesa, igualmente, a Italia que tiende a una coopera-

ción con Hungría; pero que es contraria a una eventual restauración de la unión austro-húngara. La historia de la gran guerra enseña, además, que cualquiera de los intrincadísimos conflictos de esta zona de Europa puede ser la chispa de una conflagración europea.

Europa siguió muy atentamente la política húngara durante el experimento comunista de Bela Kun. Hungría era entonces un foco de bolchevismo en el vértice de la Europa central y oriente. El problema húngaro se ofrecía grávido de peligros para el orden de Occidente. Ahogada la revolución comunista, languideció el interés europeo por las cosas húngaras. Los ecos del "terror blanco" lo reanimaron todavía por un período más o menos largo. Pero, durante este tiempo, la atención fue menos unánime. A las clases conservadoras de Europa no les preocupaba absolutamente la truculencia de la reacción húngara. El método marcial del almirante Nicolás Horthy contaba de antemano con su aprobación.

El almirante Horthv ejerce el gobierno de Hungría desde esa época. Su gobierno parece tener en un puño al pueblo magiar. ¿Qué otra cosa puede importar, seriamente, a la clase conservadora de Europa? Existe, es cierto, en Hungría, una crisis financiera que compromete muchos intereses de la finanza internacional. Hungría molesta un poco con el espectáculo de su bancarrota y de su pobreza. Pero para estas cuestiones menores tienen las potencias vencedoras a la Sociedad de las Naciones.

Horthy gobierna Hungría con el título de Regente. Hungría es, teóricamente, una monarquía. El almirante Horthy guarda su puesto al rey. Pero también esto es un poco teórico. Cuando en marzo de 1921 el rey Carlos, coludido con los hombres que gobernaban entonces en Francia, se presentó en Budapest a reclamar el poder. Horthy rehusó entregárselo. Su resistencia dio tiempo, para que las protestas de la Pequeña Entente, de Italia y de Ingla-

terra —que, de otro lado, se habrían encontrado ante un hecho consumado— actuasen eficazmente contra esta tentativa de restauración. La Regencia de Horthy, por consiguiente, es una regencia bastante relativa.

¿A qué categoría, a qué tipo de gobernantes, de la Europa contemporánea pertenece este almirante? Su clasificación no resulta fácil. Horthy no tiene similitud con los otros hombres de gobierno surgidos de la crisis post-bélica. No es un **condottiero** dramático de la reacción como Benito Mussolini. No es un estadista nato como Sebastián Benes. Es un marino y un funcionario del antiguo régimen austro-húngaro a quien la disolución del imperio de los Habsburgo y la caída de la república de Bela Kun, han colocado a la cabeza de un gobierno. El azar de una marca histórica lo ha puesto donde está. Todo su mérito —mérito de viejo marino— consiste en haberse sabido conservar a flote después del temporal. Por algunos rasgos de su personalidad, se emparenta extrañamente a la estirpe de los caudillos hispano-americanos. Por otros rasgos, se aproxima a la especie de los déspotas asiáticos. En todo caso, es un gobernante balcánico más bien que un gobernante occidental.

Un documento instructivo acerca de su psicología es la crónica de la aventura de marzo de 1921 escrita por Carlos de Habsburgo. Esta crónica, —dictada por Carlos a su secretario Karl Werkmann y publicada recientemente en un volumen de notas o memorias del difunto ex-emperador— proyecta una luz muy viva sobre la figura de Horthy y las causas del fracaso de la tentativa de restauración. Carlos cuenta cómo, después de haber atravesado en automóvil la frontera, munido de un pasaporte español, arribó a Steinamanger al palacio del arzobispo, a donde acudieron a rodearlo solícitos el coronel Lehar y otros personajes legitimistas. Confiado en la autoridad y la divinidad de su linaje, el heredero de los Habsburgo, sentía ganada la partida. No podía suponer a su vasallo Horthy capaz de negarse a devolverle el poder. De Steinamanger prosiguió viaje a Budapest en automóvil. Y, de

improvisado y de incógnito, traspuso el umbral del palacio regio. Una gran decepción lo aguardaba. En los semblantes de los pocos presentes notó hostilidad. Horthy lo recibió consternado. La entrevista duró dos horas. Fue una lucha por el poder —escribe Carlos— en la cual él, "desarmado frente a Horthy, tuvo que sucumbir, malgrado sus desesperados esfuerzos, a la infidelísima, traidora, y baja avidez del regente". Horthy comenzó por preguntar a su soberano qué cosa le ofrecía si le dejaba el gobierno. El heredero de la corona apenas podía creer lo que oía. Fingió haber comprendido mal. El Regente precisó categóricamente su pregunta: "¿Qué me da S. M. en cambio?" Este vulgar mercado nauseó al ex-emperador. Le dejó sin embargo ánimo para decir a Horthy que sería "su brazo derecho". Mas el regente no era hombre de contentarse con una metáfora. Exigió una promesa más concreta. Carlos le prometió, sucesiva y acumulativamente, la confirmación del título de Duque que él mismo se había otorgado, el comando supremo del ejército y de la flota y el toisón de oro. Pero todo esto no fue suficiente para inducir a Horthy a retirarse. Se lo vedaba —decía— su juramento a la asamblea nacional. Combatiendo sus aprensiones, Carlos le aseguró que su reposición en el trono no traería ninguna grave molestia internacional. Le reveló que contaba con la palabra de un autorizadísimo personaje francés. El regente quiso conocer el nombre de este personaje. Declaró que este nombre, si realmente era autorizado, podía inducirlo a ceder. A instancias del rey, se comprometió a guardar el secreto y a rendirse ante la decisiva revelación. El monarca pronunció el misterioso nombre. Mas nuevamente Horthy encontró una evasiva. No estaba aún madura la situación —decía— para la vuelta de Carlos a su trono. De incógnito, como había entrado, Carlos salió del palacio y de Budapest. En Steinamanger, lo esperaba ya la noticia de que el gobierno había dado órdenes para obligarlo a abandonar Hungría.

¿Cómo escaló Horthy el poder? La historia es bastante conocida. La victoria aliada no sólo produjo en Austria-Hungría, como en Alemania, el derrumbamiento del régimen. Produjo, además la disgregación del imperio, compuesto de pueblos heterogéneos a los que una prolongada convivencia, bajo el señorío de los Hapsburgo, no había logrado fusionar nacionalmente. Hungría se independizó. El conde Miguel Karolyi asumió el poder con el título de presidente de la república. Su gobierno se apoyaba en los elementos demócratas y socialistas. Karolyi, que procedía de la aristocracia magiar, tenía una interesante historia de revolucionario y de patriota. Pero la política de las potencias vencedoras no le consintió durar en el poder. La revolución húngara se hallaba frente a difíciles problemas. El más grave de todos era el de las nuevas fronteras nacionales. El patriotismo de los húngaros se rebelaba contra las mutilaciones que la Entente había decidido imponerle. En la imposibilidad de suscribir el tratado de paz que sancionaba estas mutilaciones, Karolyi resignó el poder en manos del partido social-democrático. Los **leaders** de este partido pensaron que, atacados de un lado por los reaccionarios y de otro por los comunistas, no tenían ninguna **chance** de mantenerse en el poder. Resolvieron, por tanto, entenderse con los comunistas. El partido comunista húngaro, dirigido por Bela Kun, era muy joven. Era un partido emergido de la revolución. Pero había conquistado un gran ascendiente sobre las masas y había atraído a su flanco a la izquierda de la social-democracia. Los social-democráticos, aconsejados por estas circunstancias, aceptaron el programa de los comunistas y les entregaron la dirección del experimento gubernamental. Nació, de este modo, la república soviética húngara. Bela Kun y sus colaboradores trabajaron empeñosamente, durante los cuatro meses que duró el ensayo, por actuar su programa y construir, sobre los escombros del viejo régimen, el nuevo Estado socialista. La gran propiedad industrial fue nacionalizada. La gran propiedad agraria fue entregada a los campesinos organizados en cooperativas. Mas todo este trabajo estaba condenado al fracaso. El partido comunista, demasiado incipiente, carecía de preparación y de homogeneidad. Al partido social-democrático, que

compartía con él las funciones del gobierno, le faltaban espíritu y educación revolucionarias. La burocracia sindical seguía, desgana y amedrentada, a Bela Kun. Y, sobre todo, la Entente acechaba la hora de estrangular a la revolución. Checo-Eslavia y Rumanía fueron movilizadas contra Hungría. La república húngara se defendió denodadamente; pero al fin resultó vencida. Derrotado por sus enemigos de fuera, el comunismo no pudo continuar resistiendo a sus enemigos de dentro. Los social-democráticos pactaron con los agentes de la Entente. A cambio de la paz, la Entente exigía la sustitución del régimen comunista por un régimen democrático-parlamentario. Sus condiciones fueron aceptadas. Bela Kun dejó el poder a los **leaders** social-democráticos. No pudieron éstos, empero, conservarlo. La ola reaccionaria barrió en cuatro días el endeble y pálido gobierno de la social-democracia. Y colocó en su lugar al gobierno de Horthy. La reacción, monarquista y tradicionalista, necesitaba un regente. Necesitaba también un dictador militar. Ambos oficios podía llenarlos un almirante de la armada de los Hapsburgos. Su gobierno duraría el tiempo necesario para liquidar, con las potencias de la Entente, las responsabilidades y las consecuencias de la guerra y para preparar el camino a la restauración monárquica.

Horthy inauguró un período de "terror blanco". Todos los actores, todos los fautores de la revolución, sufrieron una persecución sañuda, implacable, rabiosa. Una comisión de diputados británicos, encabezada por el coronel Wedgwood, que visitó Hungría en esa época, realizó una sensacional encuesta. El número de detenidos políticos era de doce mil. La delegación constató una serie de asesinatos, de fusilamientos y de masacres. Sus denuncias, rigurosamente documentadas, provocaron en Europa un vasto movimiento de protestas. Este movimiento consiguió evitar la ejecución de cinco miembros del gobierno de Bela Kun condenados a muerte.

El gobierno de Horthy inspira su política en los intereses de la propiedad agraria. Sus actos acusan una tendencia inconsciente a reconstruir en Hungría una economía medioeval. Bajo la regencia de Horthy, el campo domina a la ciudad. La industria, la urbe, languidecen. Hace tres años aproximadamente visité Budapest. Hallé ahí una miseria comparable sólo a la de Viena. El proletariado industrial ganaba una ración de hambre. La pequeña burguesía urbana, pauperizada, se proletarizaba rápidamente. César Falcón y yo, discurriendo por los suburbios de Budapest, descubrimos a un intelectual —autor de dos libros de estética musical— reducido a la condición de portero de una "casa de vecindad". Un periodista nos dijo que había personas que no podían hacer sino tres o cuatro comidas a la semana. Meses después la falencia de Hungría arribó a un grado extremo. El gobierno de Horthy reclamó la asistencia de los aliados. Desde entonces.

Hungría, como Austria, se halla bajo la tutela financiera de la Sociedad de las Naciones. Y bajo la autoridad de los altos comisarios de la banca interaliada.

FRIDTJOF NANSEN, EL CABALLERO ANDANTE DE LA PAZ*

De la Sociedad de las Naciones, de sus debates y de sus fatigas, es lícito pensar y decir mal. Pero no es lícito ignorar la benemerecencia de algunos hombres que en la Sociedad de las Naciones trabajan honrada y noblemente por la Paz. El doctor Fridtjof Nansen es el más eminente de esos hombres. Máximo Gorki constató una vez, en un artículo de desesperada angustia por el destino de Europa, que Nansen y Nitti pertenecían al escaso número de europeos que se esforzaban por servir los intereses morales de la Civilización Occidental. Si la Sociedad de las Naciones no se ornamentasen con algunas figuras de este rango, su crédito mundial, tan quebrantado por el precoz deceso del protocolo de Gine-

* Publicado en **Variedades**, Lima, 30 de mayo de 1925.

bra, sería mucho más exiguo. La colaboración de Nansen tiene para la Sociedad de las Naciones mayor importancia que la colaboración convencional y desganaada de la diplomacia de cualquier Estado.

Nansen es, en nuestra época, uno de los últimos grandes representantes de esa burguesía sólida, liberal, austera, de apariencia un poco fría, un poco seca, un poco impermeable, que Jean Christophe, el héroe de Romain Rolland, entrevé en la ciudad suiza a donde lo arroja su tormentosa suerte. De esa burguesía de los dramas de Ibsen, protestante, nórdica, religiosa, de la que Escandinavia guarda aún la recia estirpe. De esa burguesía algo provinciana en sus sentimientos y en su estilo, según el juicio de Spengler, que no ha perdido su personalidad en el cosmopolitismo de la Urbe moderna. Nansen, sin embargo, no se contenta con ser un buen noruego, un buen escandinavo. Sabe ser un buen europeo.

El pacifismo de Nansen se distingue del pacifismo poltrón y pasivo de la burguesía decadente, generado, sin duda, más por el miedo a la guerra que por el amor a la paz. Nansen no tienen nada de común con la gente que, enervada y arrullada por el bienestar pre-bélico, se sintió voluptuosamente tolstoyana y humanitaria después de haber gustado, como un opio raro y nuevo, en el mórbido lecho de una horizontal, la filosofía del autor de **La Guerra y la Paz** y **La Sonata de Kreutzer**. El pacifismo de Nansen es un pacifismo militante, combatiente, activo.

Este hombre fuerte y severo no ha peleado en la guerra: pero ha explorado el Polo Norte. En plena paz, cuando la mayoría de los europeos quería **vivre aves douceur**, este escandinavo quiso vivir con peligro. No se alistó en los tercios de ninguna de las naciones que expoliaban y asesinaban a los indígenas de Asia o de África. Puso su vida al servicio de una aventura más alta. Se enroló en las legiones lanzadas con la curiosidad científica a la desinteresada conquista de los secretos del planeta. Fridtjof Nansen desafió la muerte durante tres años, entre los témpanos de hielo de la región

ártica, buscando el eje de la Tierra. No llegó al mismo Polo; pero franqueó el paso a sus descubridores. Abrió una ruta nueva hacia el misterio que la ciencia ambicionaba conocer. Sufrió en su carne y en su alma el silencio gélido de la noche polar. Vivió el drama del hombre primitivo. Luchó ciclópeamente con las avalanchas heladas. Se perdió entre los ventisqueros. Plantó su tienda donde nadie antes que él había arribado.

En un libro, **Hacia el Polo**. Nansen ha contado esta aventura de tres años que inscribe definitivamente su nombre en la historia de la civilización occidental. Este diario de viaje, que no ha tenido un empresario yanqui como la novela del mendaz profesor Fernando Ossendovsky, es uno de los relatos, es uno de los documentos más interesantes de nuestra época, de su afán de investigación y de su sed de conocimiento.

Fridtjof Nansen habría podido conformarse con esta aventura, habría podido sentarse a digerir, burocráticamente, su gloria, en la cátedra de una Universidad o en el escaño de una Real Sociedad Geográfica. Pero prefirió seguir siendo un caballero andante. Prefirió conservar su aire y su gesto de explorador y de **pioneer**. Su pacifismo heroico, su humanitarismo beligerante, lo empujaron, por ejemplo, hacia la Cruz Roja.

Le tocó a Nansen, hace tres años, en una de estas caballerescas andanzas de su quijotismo liberal y escandinavo, representar, como se ha dicho de Sadoul, "un instante de la conciencia humana". Nansen vio, oyó y palpó la tragedia del hambre en Rusia. Viajó por las regiones devastadas por la sequía. Asistió a las más consternadoras escenas de agonía y miseria. Y se echó a andar por el mundo civilizado para comunicar a las gentes su propia emoción. Habló en todas las grandes urbes de Occidente contando lo que en Rusia acontecía. Veinte millones de hombres estaban en peligro de morir de hambre. La causa de su miseria era un fenómeno tísico: una sequía. La responsabilidad del peligro no recaía sobre los hombres que gobernaban la nación rusa. Recaía,

más bien, sobre los gobiernos extranjeros que, por odio a estos hombres y a sus ideas, habían impuesto a esa nación el duro castigo de tres o cuatro años de bloqueo.

Para salvar de la muerte a veinte millones de hombres, Nansen pedía a los gobiernos del mundo sólo cinco millones de libras esterlinas. "Apenas la mitad —remarcaba— del precio de uno de los acorazados de guerra". Y, como no se ilusionaba demasiado respecto a la sensibilidad de Europa, Nansen no se dirigía exclusivamente a los sentimientos de caridad y solidaridad humanas. Invocaba el interés económico de Europa. Recordaba que Europa no podía permitir que su más grande granero se transformase en un desierto desnudo. "Se dice y se repite —exclamaba— que a Europa no le es posible hoy pagarse el lujo de salvar a Rusia y yo respondo, con toda mi fuerza, que a Europa no le es posible hoy pagarse el lujo de dejar de salvar a Rusia".

Jugó Nansen así el rol de caudillo de una gran cruzada moderna. No fue su culpa si no lo siguieron los herederos oficiales de las cruzadas del cristianismo. Su palabra sobria, pero elocuente y profética, amenazó en vano a las naciones "civilizadas" con el juicio de la posteridad. "Pensad —decía Nansen a la multitud congregada en París, en la Sala del Trocadero, para escucharlo— pensad en lo que ha costado a los gobiernos producir la guerra que hemos visto y pensad que costaría poco en comparación salvar a millones de vidas humanas. Si nosotros permanecemos con los brazos cruzados ¿qué pensara de nosotros la historia, qué pensarán nuestros hijos, las generaciones futuras? Nos inscribirán en la historia como una generación a la que cinco años de guerra tornaron tan cruel y tan egoísta que pudo asistir, mudo el corazón, a la muerte de millones de sus hermanos". Los gobiernos, insensibles a todas estas razones, no se movieron. Nansen no consiguió para los hambrientos rusos sino el socorro privado. Las sociedades de la "Cruz Roja" y las organizaciones obreras reunieron a prisa algunos millones. Este auxilio fue impotente para salvar a toda la inmensa masa famélica y agonizante.

¿Necesita Fridtjof Nansen otros títulos para tener derecho a la gratitud y al respeto humanos? Pacifista y demócrata sincero, emplea su ancianidad ilustre en la Sociedad de las Naciones que, no obstante su insipiencia y su anemia, aparece a sus ojos azules y normandos de hombre de ciencia y de escandinavo, como un laboratorio donde, penosa pero infatigablemente, se prepara y se ensaya el arduo procedimiento que algún día dará la paz al mundo. Hombre de orden, esquivo a la política, fiel a la burguesía y a sus mitos, no lo mueve ningún sentimiento revolucionario. Lo preocupan los intereses morales de la civilización europea que su concepción idealista de la historia coloca por encima de la lucha contemporánea. Y por eso este hombre que tanto ha combatido, este hombre que ha sabido vivir peligrosamente, trabaja por la paz. Mejor dicho trabaja contra la guerra. Le parece estúpido que los hombres se maten y se hieran unos a los otros por una disputa de raza o de bandera. No sueña, por supuesto, con una humanidad beatamente poltrona. Su vida es un ejemplo de vida beligerante. Y un testimonio magnífico de que el heroísmo de un hombre civilizado no necesita como escenario una sombría trinchera ni como motivo una oscura, en todo caso, mediocre razón de Estado.

LA ESCENA CHECOESLOVACA*

El Estado de Masarick y Benes aparece, ante todo, como una consecuencia política de la gran guerra. O, más precisamente, de la derrota austro-alemana. El nacimiento del Estado checoslovaco ha sido una de las principales fases o etapas de la disolución del Imperio de los Hapsburgos.

La espada aliada cortó los lazos que unían, bajo la corona de los Hapsburgos, a pueblos de diverso origen y distinta raza. Estos pueblos, en su obligada convivencia dentro del Imperio, no habían perdido su sentimiento nacional. Pero tampoco habían sabido, antes de la guerra, afirmarlo eficazmente frente al poder aus-

* Publicado en **Varietades**, Lima, 13 de junio de 1925.

triacos. El pueblo húngaro, el que más enérgicamente había reivindicado siempre su libertad, había conquistado cierto grado de autonomía administrativa. Su antigua inquietud secesionista estaba enervada. El sentimiento nacional de húngaros, bohemios, etc., no tenía un carácter beligerante y combativo sino en una minoría más o menos romántica.

La guerra provocó una viva reacción de este sentimiento. Los sufrimientos y las penurias de una empresa que se prolongaba angustiosamente, con creciente incertidumbre de los austro-alemanes sobre su éxito final, generaron en los sectores alógenos del Imperio de los Habsburgos un difuso y extenso descontento contra la política de la monarquía. La predicación democrática de Wilson, y, sobre todo su doctrina del derecho del libre determinación de las nacionalidades, encontraron, en consecuencia, un terreno favorable a la fructificación de los ideales nacionalistas que se proponían suscitar en el heterogéneo conglomerado austro-húngaro.

Mas, desatado el haz austro-húngaro, resultó prácticamente imposible la libre agrupación de sus elementos según sus afinidades. Las potencias aliadas querían que la nueva organización de la Europa Central no contrariase, absolutamente, ninguno de sus intereses de predominio. Necesitaban que en esa nueva organización ocupasen una posición dominante los pueblos que más eficiente y conspicuamente las habían ayudado contra la monarquía austriaca. Checoslovaquia obtuvo, por tanto, en la conferencia de la paz, un tratamiento de especial favor. Los checoslovacos consiguieron anexarse poblaciones húngaras, alemanas, rutenas.

Esta protección no sólo se explica por el interés de la Entente de colocar al flanco de la vencida Alemania un Estado fuerte. Se explica también por la importante participación de los **leaders** del nacionalismo checoslovaco en el socavamiento del frente austriaco. Masarick, Benes y Stefanick, presintiendo que del resultado de la guerra dependía la independización de su pueblo, habían

dirigido desde el extranjero un movimiento subterráneo de agitación contra la monarquía austríaca, destinado a producir su derrumbamiento apenas se quebrantara la esperanza de alemanes y austro-húngaros en la victoria. Desde París, Masarick había vivido, en los últimos años de la guerra, en constante y secreta comunicación con sus secuaces de Checoslovaquia, fomentando en los regimientos checoslovacos, mediante una sorda propaganda, sentimientos que debían moverlos a la desertión del frente austriaco. Esta agitación nacionalista checoslovaca, con la colaboración poderosa de los gobiernos aliados, había empujado a combatir al lado de la Entente a los soldados checoslovacos hechos prisioneros por sus ejércitos.

Masarick y Benes pertenecen, pues, típicamente, a la categoría de hombres de Estado emergida de la post-guerra. Heteróclita y varicolor categoría de la que forman parte, de un lado, los **leaders** del Estado bolchevique y, de otro lado, Mussolini, Pilsudskv, Horthy, etc. Hasta el día de la victoria aliada, Masarick y Benes no fueron —sobre todo en concepto de la monarquía austríaca— sino dos obcecados agitadores. Dos hombres negligibles en el plano de la política europea. La victoria aliada los convirtió, de golpe, en los conductores de una nación de trece millones de hombres. O sea en personajes bastante más considerables que el ex-emperador Carlos de Hapsburgo y que sus cancilleres.

Más conocido que Banes era Masarick. De su historia y de su figura, mucho más antiguas, se tenía difusa noticia en todos los sectores de la internacional socialista.

Hijo de un cochero de Moravia, Masarick se destacó, desde su batalladora juventud, en el seno de la social-democracia checa. Su inteligencia y su dinamismo le abrieron las puertas de la Universidad de Praga. Su posición frente a la monarquía austríaca le valió varios procesos por delitos contra la seguridad del Estado.

En esos tiempos Masarick escribió un libro de crítica marxista que hizo notorio su nombre en las revistas y periódicos de la social-democracia europea: **Die philosophischen und soziologischen Grundlagen des Marxismus.**

Pero la notoriedad de Masarick no traspasó, en esos arduos tiempos de combate, los confines del mundo social-democrático. En los parlamentos, en las academias y en los grandes rotativos, el nombre del profesor Th. G. Masarick, autor de varios ensayos sobre el marxismo, era completamente desconocido. Le correspondía a la guerra descubrirlo y revelarlo. Y transformarlo en el nombre del presidente de una imprevista República checoslovaca.

Por su rol en la creación de Checoslovaquia le tocó a la social-democracia checoslovaca asumir, en colaboración con los elementos liberales de la burguesía nacional, la responsabilidad no siempre honrosa y no siempre fácil del poder. La asamblea nacional elevó a la presidencia de la nueva república al profesor Masarick. La política y la legislación del Estado checoslovaco se decoraron de principios social-democráticos. El Estado checoslovaco se caracterizó por su necesidad de mostrarse como uno de los Estados europeos más avanzados en materia de legislación social. Bajo la presión de las masas, la política del Estado checoslovaco hizo varias concesiones a las reivindicaciones proletarias. La mayor de todas fue, acaso, la aceptación de la fórmula de los Consejos de Empresa, que significa un paso hacia la participación de los obreros en la administración de las fábricas.

Esta tendencia no ha sido abandonada. El Instituto Checoslovaco de Estudios Sociales, en un reciente opúsculo sobre la política social en Checoslovaquia, dice: "Checoslovaquia rivaliza con los estados más progresistas de Europa en cuanto concierne a la protección de los obreros, los seguros sociales, la asistencia a los

sin trabajo, a los inválidos de guerra, a los niños, a los indigentes, la lucha contra la crisis de los alojamientos, etc. En ciertas materias de política social sus leyes van más allá de las exigencias de las convenciones internacionales. Pero no quiere detenerse en tan buen camino; sabe que el progreso —en los límites compatibles con la prosperidad económica del país— debe ser incesante".

Mas la acción de la social-democracia en Checoslovaquia ha estado paralizada por las mismas razones que en Alemania. La social-democracia checoslovaca, forzada a colaborar con la burguesía, se ha comprometido con sus ideas, sus intereses y sus hombres. La constatación de esta progresiva adaptación del partido socialista checoslovaco al mundo burgués, causó en 1920, como en los otros partidos socialistas de Europa, un cisma en su estado mayor y en su proselitismo. La izquierda de la social-democracia se pronunció por una política revolucionaria, fiel al principio de la lucha de clases. Y su tesis alcanzó el congreso del partido el ochenta por ciento de los votos de los delegados. La escisión dividió a la social-democracia en dos partidos: uno ministerial y otro revolucionario. Este último se adhirió en mayo de 1921 a la Tercera Internacional. Es, presentemente, no obstante las depuraciones que ha sufrido, uno de los más vigorosos partidos comunistas de Europa. Tiene un numeroso grupo parlamentario. Y publica tres diarios.

La más trascendente de las reformas actuadas por el gobierno checoslovaco es la de la propiedad de la tierra. La ley de abril de 1919 establece el derecho del Estado a confiscar la gran propiedad agraria y a repartirla entre los campesinos pobres. Esta ley considera la posibilidad o la conveniencia de crear, en otros casos, cooperativas agrícolas. Según los datos que tengo a la vista del "Annuaire du Travail", hasta el 31 de diciembre de 1921, el Estado había confiscado el 16.3% de la superficie total de las tierras de cultivo. La confiscación reconoce al terrateniente expropiado el derecho a una indemnización calculada conforme al

valor de la tierra entre 1913 y 1915. Le reconoce, además, el derecho de conservar la propiedad hasta de quinientas hectáreas.

Este lado de la política checoslovaca es el que atrae, preferentemente, la atención de los estudiosos de asuntos económicos y políticos. El gobierno de Masarick ha aplicado con parsimonia la ley agraria. La ha aplicado, sobre todo, contra los latifundistas alemanes y húngaros, movido por un sentimiento nacionalista. La mayor parte de la propiedad agraria continúa en manos de los ricos terratenientes. Pero la sola ley representa una conquista revolucionaria que ningún acontecimiento reaccionario podrá ya anular. Esa ley no inaugura en Checoslovaquia un régimen socialista. Más liquida, por lo menos, un rezago del régimen feudal.

EL IMPERIALISMO Y LA CHINA*

Desde hace aproximadamente un mes, el conflicto entre los intereses imperialistas de las grandes potencias y el sentimiento nacionalista y revolucionario de la China asume un carácter violento. El pueblo chino se muestra más soliviantado que nunca contra los diversos imperialismos que chocan en su suelo. Las grandes potencias, a su vez, consideran urgente ahogar esta agitación revolucionaria y nacionalista. Para reducir a la obediencia a la inquieta China de hoy, se proponen emplear, primero, sus armas diplomáticas y financieras; recurrir después a armas más tudentes y coactivas.

El imperialismo capitalista declara responsable de la agitación china a los soviets. Habla, por esto, de convertir la ofensiva contra la China en una nueva ofensiva contra Rusia. El gobierno conservador de Inglaterra amenaza al gobierno de los soviets con la ruptura de las relaciones diplomáticas reanudadas hace poco más de un año. Y moviliza contra los soviets rusos a sus agentes de la Sociedad de las Naciones. Pero la situación internacional de

* Publicado en **Variedades**, Lima, 11 de julio de 1925.

Rusia no es ya la misma de 1918. El imperialismo británico, como cualquier otro imperialismo, es impotente en la actualidad para decretar un segundo bloqueo de Rusia. Los soviets, en siete años, han maniobrado diestramente. Han roto para siempre el cerco diplomático, económico y militar dentro del cual la fobia de Clemenceau soñó aislarlos y asfixiarlos. La Gran Bretaña puede retirar de Moscú a su embajador y despedir de Londres a Rakovsky; pero no puede inducir a las demás potencias capitalistas a seguir su ejemplo. El Japón, por ejemplo, que en 1918 atacaba a Rusia en el Extremo Oriente, conforme a la consigna de la diplomacia aliada, no renunciará ahora, por un interés o una necesidad británica, a las ventajas de su reciente tratado de amistad y de comercio con los soviets. Y, entre las mismas potencias aliadas, no es fácil un entendimiento. Italia no tiene intereses en la China. Le importa, en cambio, comerciar con Rusia. La política internacional de Mussolini es demasiado maquiavélica para no conservar en su juego la carta rusa. Francia misma, más próxima a los puntos de vista de la Gran Bretaña, no parece dispuesta a perder el terreno ganado en lo relativo a la reconciliación franco-rusa por la diplomacia del **bloc** de izquierdas.

El juicio del imperialismo británico sobre la agitación china resulta, por otra parte, demasiado simplista. Decir que la Tercera Internacional mueve todos los hilos de esta agitación es desconocer las raíces históricas de un fenómeno mucho más complejo y hondo. La revolución rusa ha influido poderosamente en el despertar de la China y de todo el Oriente. Pero no en la forma que un criterio exclusivamente policial es capaz de suponer.

Rusia, bajo el zarismo, colaboraba con las otras grandes potencias en la expoliación de la China. La caída del zarismo, ha privado al imperialismo occidental de esta colaboración poderosa. El nuevo régimen ruso, además, ha renunciado a todos los privilegios contrarios a la soberanía china, de que Rusia zarista, como las otras grandes potencias, gozaba en el imperio amarillo.

Estos privilegios, como es notorio, lesionan y excitan profundamente el sentimiento nacional chino. El pueblo chino se siente tratado, en su propio territorio, como un pueblo inferior y bárbaro. Los súbditos de las grandes potencias se encuentran protegidos por un derecho especial de extra-territorialidad. Los tribunales chinos, cualesquiera que sean sus desmanes o sus delitos, no pueden juzgarlos. El Estado chino carece del derecho de elevar su tarifa aduanera. Las aduanas se hallan en manos del capitalismo extranjero. Las obligaciones impuestas a la China por las grandes potencias no le consienten cobrar un impuesto de importación de más del 7 y 1/2 por ciento. Las mercaderías extranjeras invaden casi libremente los mercados chinos. La China no puede proteger su industria. No puede disponer de sus propias finanzas.

El ascendiente de Rusia sobre la China proviene de que los soviets la tratan diferentemente. Los soviets han proclamado, de una manera práctica, el derecho de la China a disponer de sí misma. La China, gracias a la revolución rusa, ha adquirido un aliado. La revolución ha hecho de Rusia el más válido sostén de las reivindicaciones chinas. El pueblo chino lo percibe claramente. Y las diversas facciones o gobiernos chinos, que representan ideas e intereses políticos diferentes, coinciden sin embargo en conceder una importancia sustantiva a sus relaciones con los soviets. El gobierno de Mukden lo mismo que el gobierno de Pekín se encuentran representados en Moscú. En cuanto al partido **Kuo-Ming-Tang**, que domina en la China del Sur, es bien sabido que simpatiza fervorosamente con la revolución rusa. Los comunistas chinos componen el ala izquierda del movimiento **Kuo-Ming-Tang**.

Las raíces de la agitación anti-imperialistas son totalmente chinas. No es esta la primera vez que el pueblo chino lucha por su independencia. Los métodos del imperialismo capitalista son más eficaces para empujarlo a la rebelión que las presuntas maniobras de la Tercera Internacional. El Occidente a este respecto tiene una vasta experiencia. No es posible, sin duda, que haya olvidado la

explosión xenófoba que produjo el movimiento de los boxers El sentimiento chino no ha tenido, de entonces a hoy, ningún motivo para tornarse favorable a las grandes potencias. Por el contrario, su anti-imperialismo ha aumentado. La China, en los años transcurridos después de la expedición punitiva del general Waldersee, ha adquirido una consciencia nueva. En sus capas populares ha prendido la idea de la revolución. Y para ahogar esta idea, el Occidente no puede contar ya con Rusia, como en los tiempos del zarismo. Rusia está ahora al lado del pueblo chino. Pero las reivindicaciones de la China revolucionaria no constituyen, por esto, una invención ni una maniobra de la Tercera Internacional. Los diversos imperialismos deben buscar los orígenes de la agitación china en su propia conducta.

En la conferencia de Washington estos varios imperialismos trataron de entenderse sobre la mejor manera de explotar en comadita la China. El Japón, aprovechando de la guerra, se había asegurado en la China una posición que los Estados Unidos, sobre todo, juzgaban desproporcionada. El imperialismo japonés fue obligado, en Washington, a renunciar a una parte de las concesiones que había arrancado a la China. Pero el tratado de Washington, proclamó el principio de la "puerta abierta". No consiguió delimitar la participación de cada imperialismo en la explotación de la China. En la China se contrastan y se oponen, por consiguiente, imperialismos rivales. El acuerdo permanente entre sus intereses es imposible. Esta es otra de las circunstancias que favorece el movimiento revolucionario y nacionalista chino.

Finalmente, el proletariado europeo, más sensible y más poderoso que en la época de los boxers, se mueve también contra el imperialismo. Se extiende, presentemente, en Europa, con el lema de "¡No toquéis a la China!", una organización destinada a crear una corriente de opinión contraria a todo ataque a la independencia del pueblo chino. La causa de la China, en suma, encuentra en la nueva consciencia moral del mundo, su mejor y más activa defensa.

EL TERROR EN BULGARIA*

Bulgaria es en los Balkanes el principal foco de la Revolución. Esto quiere decir, dentro de la lógica de la historia contemporánea, que, en los Balkanes, Bulgaria es también el principal centro de la Reacción. La lucha es ahí extrema entre estas dos ideas, entre estos dos movimientos. En Bulgaria la política no tiene sectores ni matices intermedios. Las palabras "compromiso", "transacción", "reforma", que conservan todavía en el Occidente una parte de su viejo prestigio, en Bulgaria carecen de sentido actual. Los partidos liberales y democráticos forman la base del régimen reaccionario de Zankov que representa, prácticamente, la antítesis del liberalismo y la democracia. La dictadura de Zankov puede dar lecciones de ferocidad reaccionaria al más truculento y ultraísta fascismo.

La historia de los dos últimos años de política búlgara es la historia de dos años de violencia y de terror. Zankov y su coalición se apoderaron del poder en 1923 mediante un golpe de fuerza. El jefe del gobierno derrocado, Stambulinsky, y muchos de sus partidarios, después de una encarnizada persecución, acabaron asesinados. Zankov y sus aliados inauguraron un régimen marcial. El gobierno de Stambulinsky, **leader** de los campesinos, reposaba sobre una extensa base popular. La Unión Agraria, o sea el partido de Stambulinsky, era la primera de las fuerzas políticas de Bulgaria. (La segunda, por su número y su potencia, era el partido comunista, contra el cual estaba también dirigido el golpe de Zankov). Los partidos que desalojaron del gobierno a la Unión Agraria constituían una minoría. Se apoyaban exclusivamente en la burguesía y en la pequeña burguesía urbanas, que en un país agrícola como Bulgaria, no podían dentro de un régimen constitucional y democrático prevalecer sobre la población campesina. Por consiguiente, para mantenerse en el poder tenían que recurrir a un método desembozadamente dictatorial. Y en las masas, agitadas revolucionariamente por la guerra, la represión y la violen-

* Publicado en Variedades, Lima, 25 de julio de 1925.

cia gubernativas, esta política debía fatalmente alimentar y exasperar un estado de ánimo insurreccional.

El régimen de Zankov encarnaba los intereses del capital industrial, comercial y financiero. Significaba una revancha y una victoria de la burguesía urbana sobre las masas campesinas, movilizadas por las consecuencias políticas y económicas de la guerra contra la tiranía de la ciudad: Estas masas no podían renunciar a sus reivindicaciones. La derrota sufrida no bastaba para obligarlas a desarmar. Momentáneamente se presentaban decapitadas. La reacción había asesinado a su **leader**. Pero el partido comunista, que reclutaba sus adeptos no sólo en el proletariado urbano sino también entre los campesinos pobres, empezaba a darles un nuevo programa y un nuevo rumbo revolucionarios. El proselitismo proletario o semiproletario de la Unión Agraria empujó a esta agrupación al flanco del partido comunista. Se organizó así un vasto movimiento de masas.

En las últimas elecciones, preparadas por Zankov a través de una larga persecución del comunismo y de los campesinos, los dos partidos de masas consiguieron, sin embargo, reafirmar electoralmente su fuerza popular. La Reacción no pudo fabricarse un **Narodno Sobranie** (parlamento) dócil a su política. Los agrarios y los comunistas enviaron al **Sobranie** un numeroso grupo parlamentario.

La lucha recomenzó más agria que nunca en el terreno extraparlamentario. El gobierno sintió la necesidad de una gran ofensiva fascista contra las masas, cada vez más saturadas de ideas revolucionarias. La represión policial no resultaba suficiente. Se organizó, como en Barcelona, una banda terrorista. Varios organizadores comunistas cayeron asesinados. A los actos de terror de un bando respondieron los actos de terror del otro bando. El régimen de Zankov provocó un estado de guerra civil. La legalidad quedó definitivamente suspendida. Llegó un instante en que la reacción aniquiló totalmente al grupo parlamentario comunista.

Los diputados comunistas, que no habían sido asesinados, se encontraban encarcelados o exiliados.

En esta atmósfera de violencia se incubó el atentado de la Catedral de Sofía. Fue este atentado la explosión del rencor y del odio acumulados, en los focos más exaltados y extremistas, por los dos años de persecución sanguinaria. El gobierno de Zankov, por supuesto, no quiso reconocerlo así. Hizo responsables directos del terrible acto terrorista a los partidos agrarios y comunista. Encarceló a varios millares de ciudadanos. Y, sin proceso ninguno, fusiló a los más señalados por su actividad revolucionaria. Las bandas armadas de Zankov cazaban como a fieras en sus escondites a los agitadores comunistas y agrarios. El coronel Weedgwood, diputado británico, que visitó Sofía en los días de la represión, ha denunciado documentada y puntualmente a todas las conciencias honradas del mundo este período de terror fascista. A sus denuncias, que han conmovido profundamente la conciencia europea, el gobierno de Bulgaria no ha podido oponer sino débiles y capciosos desmentidos. Y, después de un proceso sumarísimo, ha hecho ahorcar espectacularmente, como en el más oscuro Medio Evo, en la plaza principal de Sofía, a varios acusados comunistas.

Estos métodos, estas escenas, serían incomprensibles en Europa Occidental. El clima histórico es diferente. Los hombres tienen otra sensibilidad y otra educación. Pero en los Balkanes estos métodos y estas escenas se encuentran casi dentro de la tradición política. El Occidente salió hace tiempo de la Edad Media. Los Balkanes, no. En este turbulento rincón de Europa el espíritu y las costumbres del Oriente han persistido enraizadas en una economía feudal. En el lenguaje de la democracia occidental el término "política balcánica" ha sido equivalente del término "política sudamericana" en la época en que Sud-américa no era conocida sino por su desorden y su caudillismo. La violencia sudamericana no tuvo nunca la misma ferocidad que la violencia balcánica. Mas, en el fondo, tradujo las mismas cosas.

En los Balkanes subsisten rezagos de feudalidad. La revolución, como en Rusia, se propone, en primer lugar, liquidar lo que resta ahí de política y de economía medioevales. Por eso en Bulgaria agrarios y comunistas se confunden en un mismo ejército, mientras la burguesía urbana asume, junto con la defensa de sus propios intereses, la de los intereses de la aristocracia latifundista.

Pero una política terrorista, por truculenta y extremada que sea, no puede resolver los problemas búlgaros. Tiene, por el contrario, que exasperarlos. El terror, en materia económica, no es nunca una solución.

WILLIAM J. BRYAN*

Clasifiquemos a Mr. William Jennings Bryan entre los más ilustres representantes de la democracia y del puritanismo norteamericano. Digamos ante todo que representaba un capítulo concluido, una época tramontada de la historia de los Estados Unidos. Su carrera de orador ha terminado hace pocos días con su deceso repentino. Pero su carrera de político había terminado hace varios años. El período wilsoniano señaló la última esperanza y la póstuma ilusión de la escuela democrática en la cual militaba William J. Bryan. Ya entonces Bryan no pudo personificar la gastada doctrina democrática.

Bryan y su propaganda correspondieron a los tiempos, un poco lejanos, en que el capitalismo y el imperialismo norteamericanos adquirieron, junto con la conciencia de sus fines, el impulso de su actual potencia. El fenómeno capitalista norteamericano tenía su expresión económica en el desarrollo mastodóntico de los **trusts** y tenía su expresión política en el expansionamiento panamericano. Bryan quiso oponerse a que este fenómeno histórico se cumpliera en toda su integridad y en toda su injusticia. Pero Bryan no era un economista. No era casi tampoco un político. Su

* Publicado en **Varietades**, Lima, 31 de julio de 1925.

protesta contra la injusticia social y contra la injusticia internacional carecía de una base realista. Bryan era un idealista, de viejo estilo, extraviado en una inmensa usina materialista. Su resistencia a este materialismo no se apoyaba concretamente. Bryan ignoraba la economía. Condenaba el método de la clase dominante en el nombre de la ética que había heredado de sus ancestrales puritanos y del derecho que había aprendido en las universidades de la nueva Inglaterra.

Waldo Frank, en su libro **Nuestra América**, que recomiendo vivamente a la lectura de la nueva generación, define certeramente este aspecto de la personalidad de Bryan: Escribe Waldo Frank: "William Jenning Bryan, —que la América se empeña en satirizar—, denunció el imperialismo y presintió y deseó una justicia social, una calidad de vida que él no podía nombrar porque no la conocía absolutamente. Bryan era una voz que se perdió, hablando en 1896 como si Karl Marx no hubiera jamás existido, porque no había escuelas para enseñarle cómo dar a su sueño una consistencia y no había cerebros asaz maduros para recibir sus palabras y extraer de ellas la idea. Bryan no consiguió ser presidente; pero si lo hubiera conseguido no por esto habría fracasado menos, pues su palabra iba contra el movimiento de todo un mundo. La guerra española no hizo sino aguzar las ganas del águila americana y Roosevelt subió al poder portado sobre el huracán que Bryan se había esforzado por conjurar".

Este juicio de uno de los más agudos escritores contemporáneos de los Estados Unidos sitúa a Bryan en su verdadero plano. Será superfluo todo sentimental transporte de sus correligionarios anhelantes de hacer de Bryan algo más que un frustrado **leader** de la democracia yanqui. Será también vano todo rencoroso intento de sus adversarios de los **trusts** y de Wall Street por empequeñecer y ridiculizar a este predicador inocuo de mediocres utopías.

El caso Bryan podría ser la más interesante y objetiva de todas las lecciones de la historia contemporánea para los que, a despecho

de la experiencia y de la realidad, suponen todavía en los principios y en las instituciones del régimen demo-liberad-burgués la aptitud y la posibilidad de rejuvenecer y reanimarse. Bryan no pudo ni quiso, ser un revolucionario. En el fondo adaptó siempre sus ideales a su psicología de burgués honesto protestante. Mientras en los Estados Unidos la lucha política se libró únicamente entre republicanos y demócratas. —o sea entre los intereses de los **trusts** y los ideales de la pequeña burguesía—, las masas afluyeron al partido de Bryan. Pero desde que en los Estados Unidos empezó a germinar el socialismo la sugestión de las oraciones democráticas de este pastor un poco demagogo perdió toda su primitiva fuerza. El proletariado norteamericano en gran número empezó a desertar de las filas de la democracia. El partido demócrata, a consecuencia de esta evolución del proletariado, dejó de jugar, con la misma intensidad que antes, el rol de partido enemigo de los **trusts** y de los barones de la industria y la finanza. Bryan cesó automáticamente de ser un conductor. Y a este desplazamiento interno el propio Bryan no pudo ser insensible. Todo su pasado se volatilizó poco a poco en la pesada y prosaica atmósfera del más potente capitalismo del mundo. Bryan pasó a ser un inofensivo ideólogo de la república de los **trusts** y de Pierpont Morgan. Su carrera política había terminado. Nada significaba el hecho de que continuase sonando su nombre en el elenco del partido demócrata.

Pero, liquidado el político, no se sintió también liquidado el puritano proselitista y trashumante. Y Bryan pasó de la propaganda política a la propaganda religiosa. Tramontados sus sueños sobre la política, su espíritu se refugió en las esperanzas de la religión. No le era posible renunciar a sus arraigadas aficiones de propagandista. Y como además su fe era militante y activa, Bryan no podía contentarse con las complacencias de un misticismo solitario o silencioso.

Su última batalla ha sido en defensa del dogma religioso. Este demócrata, este liberal de otros tiempos se había vuelto, con los

años y los desencantos un personaje de impotentes gustos inquisitoriales. Su denodada elocuencia ha estado, hasta el día de su muerte, al servicio de los enemigos de una teoría científica como la de la evolución que en sus largos años de existencia se ha revelado tan íntimamente connaturalizada con el espíritu del liberalismo. Bryan no quería que se enseñase en los Estados Unidos la teoría de la evolución. No hubiese comprendido que evolucionismo y liberalismo son en la historia dos fenómenos consanguíneos.

La culpa no es toda de Bryan. La historia parece querer que, en su decadencia, el liberalismo reniegue cada día una parte de su tradición y una parte de su ideario. Bryan además se presenta, en la historia de los Estados Unidos, como un hombre predestinado para moverse en sentido contrario a todas las avalanchas de su tiempo. Por esto la muerte lo ha sorprendido, contra los ideales imprecisos de su juventud, en el campo de la reacción. Es la suerte, injusta tal vez pero inexorable e histórica, de todos los demócratas de su escuela y de todos los idealistas de su estirpe.

EL IMPERIALISMO Y MARRUECOS*

El Rif libra en estos días una batalla decisiva. España y Francia, rivales durante mucho tiempo en Marruecos, combinan presentemente sus fuerzas para sofocar la revolución de la independencia rifeña. La civilización Occidental se siente amenazada por Abdel-Krim. Es por lo menos, lo que afirma en sus nerviosos artículos uno de los más conspicuos abogados y conductores de la reacción en Europa, Mr. Raimond Poincaré. Y en este lenguaje coinciden casi los hombres de la reacción y los hombres de la democracia. Painlevé, honesto demócrata, piensa que Francia tiene la misión histórica de civilizar Marruecos.

* Publicado en **Variedades**, Lima, 11 de agosto de 1925.

Las democracias occidentales, desde este punto de vista, no han representado un progreso respecto de los antiguos imperios. Europa, después de su revolución burguesa, se ha sentido más o menos liberal en su propia casa. Pero no se ha sentido absolutamente liberal en casa ajena. Los derechos del hombre y del ciudadano, los "inmortales principios" de la revolución y de la democracia, no le han parecido buenos y válidos sino dentro del mundo Occidental. Durante el último siglo, que fue precisamente el del desarrollo de la democracia y de sus órganos característicos—sufragio universal y régimen parlamentario— Europa se repartió el dominio de Asia y de África con la misma falta de escrúpulos con que realizaba sus conquistas la Roma de los Césares. En otras épocas, el imperialismo cumplía sus anexiones y sus invasiones en el nombre del Emperador o de la Iglesia; en nuestra época democrática y capitalista, las cumple en el nombre de la Civilización. El lema ha cambiado. Pero el hecho sustancial sigue siendo el mismo.

La táctica de la conquista también se ha modificado en muchos casos. Inglaterra, por ejemplo, ha usado una praxis flexible. Puesto que a la civilización capitalista no le importa que los indígenas de sus colonias muden de creencias religiosas, deja que los pueblos conquistados conserven su religión y sus ritos. Tolera igualmente que, en lo que no se opone a los derechos del Imperio, guarden sus instituciones y sus gustos políticos. Los ingleses no necesitan en este tiempo como los españoles en el de la conquista de América obligar a los indígenas de sus colonias adoptar sus ideas y su confesión religiosa. El dominio del espíritu los tiene, más o menos, sin cuidado. Lo que les interesa es el dominio de la materia.

Esta ha sido también la política colonial de Francia. Francia ha desembarcado sus soldados en África y en Asia para que sus banqueros y sus comerciantes ensancharan el radio de sus negocios. El aspecto bélico de la empresa era muy secundario. Lyautey, verbigracia, ha sido encomiado en Francia no como un gran gue-

rrero, sino más bien como un buen administrador. La función de Lyautey en Marruecos consistía, mucho más que en aumentar la gloria militar y política de Francia, en asegurarles un sólido mercado a su finanza y a su comercio. Por consiguiente, solía usar con los marroquíes el lenguaje de un general de la Tercera República. Rodeaba al Sultán y a su corte, sabiéndolos perfectamente domesticados, de toda clase de honores inocuos y de cortesías diplomáticas. La apertura de un camino era un objetivo más importante para su administración que el trucidamiento de un rebelde.

España había intentado ensayar análogo sistema. Pero en sus colonizadores persistía el instinto de la inquisición. Los soldados y los funcionarios españoles representaban en Marruecos un capitalismo. Pero preferían comportarse como si representasen exclusivamente a los Reyes de España. Por esto, España no pudo instalarse tranquilamente en Marruecos a la manera de Francia. Ahd-el-Krim, en un reciente reportaje de un periodista italiano, cuenta cómo los rifeños fueron empujados, poco a poco, a la insurrección, por la propia política española. Su padre, Caid de Tafersit —recuerda Abd-el-Krim— comprendió desde que Francia tomó posesión de Marruecos, que el Rif no podía dejar de entrar en la órbita de la civilización europea. "Los cambios comerciales — agrega el jefe rifeño— fueron intensificados, las manifestaciones de simpatía no escasearon, y todo hizo suponer la pacífica venida de los españoles en tierra hospitalaria. Pero los herederos de los "conquistadores" proclamaron de improviso aquel programa de "desmusulmanización" que fue el capítulo principal del programa de Isabel la Católica". Esta política engendró la rebelión. El hijo de un Cid pacífico se convirtió en el general y el caudillo de una gran epopeya guerrera.

Las consecuencias políticas de la guerra reforzaron, sin duda, el movimiento nacionalista del Rif. Provocaron ese extenso fenómeno de resurrección de los pueblos orientales que actualmente socava las raíces de la potencia occidental. El Rif no se sintió más

solo en la lucha por su independencia. La revolución rifeña cesó de ser un hecho aislado para convertirse en un episodio y en un sector de la revolución mundial. Y Francia, que hasta entonces había considerado a Abd-el-Krim únicamente como un enemigo de España, empezó a mirarlo como un adversario del occidente capitalista.

Esta es la génesis del acuerdo Franco-español. Francia y España se entienden, después de haberse querrellado largamente en Marruecos, porque reconocen en Abd-el-Krim un peligro común. Francia, bajo el gobierno del bloque nacional, dirigía su política hacia la posesión del Rif. Pensaba que España, decepcionada por sus malandanzas militares en Marruecos, se resignaría fácilmente a cederle la empresa de someter a Abd-el-Krim. El gobierno del **cartel** de izquierdas rectificó en parte esta política, pero no pudo ni quiso renunciar a sus consecuencias. Francia, bajo el gobierno de Herriot, se aprestó a la campaña contra Abd-el-Krim. Y ahora Francia y España, si no se ponen de acuerdo definitivamente respecto a la última meta de su imperialismo en Marruecos, reconocen por lo menos la necesidad de moverse combinada y mancomunadamente contra los rifeños.

El Rif ha sido, en este caso, el que ha atacado. Pero Abd-el-Krim, como él muy bien lo explica, se ha encontrado en la necesidad de tomar la ofensiva. Derrotado Primo de Rivera, el adversario militar de la independencia del Rif era Lyautey. Abd-el-Krim lo sabía perfectamente. No le quedaba por consiguiente más remedio que lanzar contra Lyautey sus legiones antes de que los preparativos franceses estuviesen más avanzados. Los documentos publicados últimamente en París revelan que, desde el año pasado, Lyautey organizaba la campaña contra el Rif.

Francia y España pretenden imponer al Rif una paz imperialista. Abd-el-Krim y sus legiones se sienten fuertes para combatir hasta el fin. Y, sobre todo, como más arriba observo, no se sienten solos. En la propia Francia una parte de la opinión sostiene el dere-

cho del Rif a decidir de sus destinos. Painlevé y Briand han tenido que declarar en la cámara francesa que Francia no tiene intenciones de conquista. La nueva generación hispano-americana saluda en la empresa de Ahd-el-Krim la repetición de la empresa de San Martín y de Bolívar. Y se da cuenta de que en Marruecos está en juego algo más que la simple independencia rifeña. Abd-el-Krim representa, en esa contienda, la causa humana.

LA ESCENA YUGOESLAVA *

A medida que se complican los tiempos post-bélicos, resulta más y más evidente que la Paz de Wilson, Lloyd George y Clemenceau, no ha resuelto ni aún en teoría el problema de las nacionalidades; pero que lo ha planteado en la práctica.

La Paz no ha sabido crear un sólo Estado nuevo que pueda ser reconocido como una nacionalidad homogénea y orgánica. No sólo porque se ha inspirado en los intereses políticos de las potencias vencedoras, sino también porque es en sí muy difícil demarcar —de suerte que coincidan absolutamente— los confines geográficos, sentimentales y étnicos de una nacionalidad. Y, cuando estos confines han sido aproximadamente encontrados, queda por averiguar si la nacionalidad constituye o no, al mismo tiempo, un organismo económico. El sentimiento nacional de un pueblo es a veces su pasado, en tanto que su realidad económica es en todos los casos su presente. Hungría convivía de mala gana con Austria dentro del imperio austro-húngaro. Disuelto este imperio, Hungría no es más feliz ni más libre que antes. A los húngaros les hacen tanta falta las manufacturas de la industria austriaca o checa como a los austriacos los productos del suelo magiar. Esto aparte de que el yugo extranjero de un emperador austriaco no era en Hungría más duro que el yugo vernáculo de un regente nacionalista.

* Publicado en **Variedades**, Lima, 29 de agosto de 1925.

Yugoeslavia es una de las creaciones de la paz. Como Minerva nació armada de la testa de Júpiter, el Estado yugoeslavo salió listo de la testa, un poco menos mitológica del Presidente Wilson. Antes de la paz no existía sino el Estado servio. Un Estado balcánico con una población de tres millones de servios y una superficie territorial de 48,000 kilómetros cuadrados. Sobre la base de este Estado servio, la Conferencia de la Paz formó el Estado yugoeslavo con doce millones de habitantes y 248,000 kilómetros cuadrados.

Presidió la rápida concepción de este Estado el propósito de fusionar con el pueblo servio a pueblos del mismo origen, incorporados hasta entonces en el disuelto imperio austro-húngaro, que reivindicaban su derecho a disponer de sí mismo. Servios, croatas y eslovenos, aunque hablaban distintos dialectos, eran de la misma raza. Se pensó, por ende, que nada podía convenirles mejor que unirse y soldarse en un solo Estado. Y, por diversas razones, se anexó al nuevo Estado una parte de Hungría y el reino de Montenegro. (Las minorías alógenas componen dentro de la combinación servio-croata-eslovena el 16 por ciento de la población).

Pero en el organismo del nuevo Estado, la hegemonía de servia fue, naturalmente, favorecida. Las potencias aliadas tenían que pagar su deuda de gratitud a la monarquía de los Karageorgevich. La Conferencia de la Paz no se preocupó del sentimiento seguramente anti-dinástico y republicano de la mayoría croata-eslovena. Olvidó, por otra parte, que los croatas y los eslovenos se sentían culturalmente superiores a los servios. La convivencia con Austria los había diferenciado. En el pueblo servio veían un pueblo balcánico, más oriental que occidental.

El idilio tripartito no duró, pues, mucho tiempo. La burguesía servia acaparó para si todo el poder, provocando vivo descontento entre los croatas y los eslovenos. Se produjo una aguda agitación anti-servia. El partido comunista, que trabajaba por dar a las

reivindicaciones populares un sentido revolucionario, encontró gran favor entre las masas. En las elecciones de noviembre de 1920, el comunismo recogió 210,000 votos en el país y ganó 59 asientos en el parlamento.

Pasitch, viejo **leader** de la política servia, reprimió estos fermentos revolucionarios dictatorial y violentamente. El movimiento comunista quedó temporalmente quebrantado. Pero esto no bastaba. Los campesinos croatas reclamaban una reforma agraria que el gobierno no era capaz de actuar. El **leader** del partido campesino, Stephan Raditch, que bajo el gobierno imperial de los Hapsburgos había visto prohibir la circulación de sus libros de sociología y política, pensaba que la libertad y el bienestar de su pueblo no habían ganado gran cosa bajo la monarquía servia de Karageorgevich. Y asumía, empujado por el impulso de las masas, una actitud cada vez más revolucionaria.

Raditch tuvo varios gestos de acercamiento a la revolución social. Visitó la Rusia de los soviets. Se adhirió a la política de la Internacional Campesina. El escándalo fue enorme en la clase conservadora yugoeslava. El gobierno democrático de Davidvich, que durante algún tiempo reemplazó al ministerio reaccionario de Pasitch, desapareció barrido por una nueva ola de la Reacción. Pasitch volvió al poder. Y, a su lado, como ministro del Interior, llamó a Prebicevich, reputado como un feroz enemigo de los croatas.

Mientras tanto, la campaña de Raditch arreciaba. Raditch amenazaba atrevidamente con la revolución. Propugnaba la proclamación de una república campesina croata. La represión de esta campaña, conducida por Pasitch, no ahorró, por tanto, violencias ni intemperancias. Raditch y su estado mayor fueron encarcelados.

La persecución aumentó su prestigio popular. En las elecciones de febrero último, el partido campesino de Raditch, no perdió

sino dos puestos en el parlamento. Raditch y sus tenientes, sin embargo, continuaban en la cárcel. ¿Qué iba a pasar? No se veía la posibilidad de una solución legal de la situación. Condenar a Raditch por complot contra el Estado o traición a la patria, era la meta lógica de la política gubernamental.

Mas, de ambos lados, debe haberse operado un brusco cambio de humor. Los dos encarnizados adversarios, en vez de librar la batalla prevista, han acabado por tenderse la mano. Durante los últimos meses de la prisión de Raditch, se había negociado un entendimiento. En virtud de este acuerdo, Raditch y sus amigos han sido puestos en libertad incondicional. Han cesado automáticamente de ser reos de conspiración contra la seguridad del Estado. Previcevich ha salido del ministerio. El gobierno ha sido reorganizado bajo la presidencia de Pasitch, pero con la participación de cuatro miembros del partido de Raditch.

Los que no se fían de las apariencias de la política balkánica, cuya tradición de perfidias y de engaños es notoria, dudan mucho de la buena fe reciproca de este abrazo. Pero estas presunciones nada agregan ni quitan a la situación en sí. El hecho presente, tangible, positivo, es que Raditch ha capitulado. Su programa resulta sacrificado en el compromiso.

Ahora lo que importa averiguar es si los campesinos croatas capitularán también. El programa de Raditch no estaba hecho de abstracciones de caudillo. Estaba hecho de reivindicaciones concretas de la masa campesina. A los campesinos les tocará, pues, decir la última palabra.

Parece que el sentido de la rendición de Raditch es éste: las varias burguesías yugoeslavas avanzan en el camino de una inteligencia. Los elementos de la nación yugoeslava se sueldan, arriba y abajo. La lucha deja de ser lucha de regionalismo para convertirse netamente en lucha de clases.

LA ESCENA RUMANA*

Los libros del genial vagabundo Panait Istrati nos han revelado a Rumania. Nos han asomado a la llanura áspera por donde, mitad caballeros, mitad bandidos, galopan o vivaquean los haldues. Nos han comunicado con el alma de un pueblo más oriental que europeo, permeado de sentimientos y de aromas asiáticos. Pero la imagen de Rumania que las novelas o los relatos de Istrati nos ofrecen es la imagen de la vieja Rumania. De la vieja Rumania, medioeval, agraria, abrupta, que la crisis bélica ha sacudido, mudado y turbado, profundamente.

Rumania es uno de los países de Europa en los cuales la guerra ha abatido la feudalidad. En Rumania, la guerra ha inaugurado una era liberal burguesa. Para decidir a las masas a la lucha contra Alemania, la burguesía rumana les prometió dos cosas: el reparto de tierras y el sufragio universal. El sufragio universal no les importaba mucho a los campesinos. Pero el reparto de tierras sí. Por la posesión de la tierra, los campesinos rumanos habían insurgido muchas veces.

La victoria aliada planteó, en términos perentorios, la cuestión. La revolución rusa estimuló y robusteció la reivindicación campesina. En el territorio de la Besarabia, asignado por el tratado de paz a Rumania, los campesinos se apoderaron de hecho de las tierras. Sopló en Rumania un viento revolucionario. Y asumió el poder un gabinete, presidido por el general Averescu, apoyado en la masa agraria y en la pequeña burguesía.

Modificaron así la estructura y la organización políticas de Rumania, en los primeros años post-bélicos, la reforma agraria y la reforma constitucional, que en toda la historia de Occidente aparecen como una consecuencia natural de la economía capitalista. La aristocracia rumana que, como todas las aristocracias, tenía en

* Publicado en **Varietades**, Lima, 5 de setiembre de 1925.

la propiedad de la tierra la raíz de su poder, sufrió un golpe mortal con la ley de fraccionamiento de los latifundios. La burguesía urbana, usufructuaria del sufragio universal, la desalojó de sus posiciones tradicionales en la política de Rumania.

Esta transformación política no fue el único fenómeno que acercó a Rumania al Occidente. Otro fenómeno de no menor trascendencia en la occidentalización de Rumania trajo en su seno la paz. Rumania, en virtud del tratado de paz, vio duplicada su población y duplicado su territorio. Los hacedores de la paz le donaron la Besarabia, la Bukovina, la Transilvania, el Banat y otros territorios. Dentro de los nuevos confines de Rumania dejaron encerradas numerosas y homogéneas minorías nacionales. (Dos millones de húngaros. Quinientos mil austriacos. Trescientos mil rutenos. Ciento setenta mil búlgaros. Setenta mil rusos).

Los intereses internacionales de Rumania experimentaron un vasto desplazamiento a consecuencia de estas anexionaciones. Rumania tuvo necesidad de celebrar pactos y acuerdos que la precavieran, sobre todo, contra cualquier reivindicación rusa y húngara. La Entente empleó a Rumania para ahogar la revolución húngara. Y, luego, la mantuvo apercebida para el combate contra Rusia. La solidaridad de intereses internacionales de Checoeslovaquia, Yugoslavia y Rumania anudó entre estas naciones un acuerdo que, posteriormente, aumentó los vínculos de Rumania con el Occidente.

Por otra parte, la anexión de la Bukovina y la anexión de Siebenbürgen incorporaron en Rumania, que hasta la guerra constituyó un país agrícola, regiones industriales que injertaron en la nueva composición del Estado las ideas y los impulsos peculiares al industrialismo. Esto es, los factores y los productos más característicos de la civilización occidental.

La consolidación de la Grande Rumania, como se llama el Estado rumano nacido de la conferencia de la paz, representa otro de los

problemas de la paz. Rumania no ha tenido más fortuna que Yugoslavia ni que Checoslovaquia. No ha logrado todavía asimilarse a las poblaciones alógenas. Los húngaros, los austriacos y los rusos que el tratado de paz ha colocado dentro de Rumania, no conviven de buen grado con los rumanos. Rusia reivindica sus derechos sobre Besarabia. Y reclama un plebiscito que Rumania se niega obstinadamente a afrontar.

El orden interno no es tampoco sólido. Y se encuentra también bajo la influencia del problema de las minorías nacionales. El gobierno de la nueva Rumania necesita, por ejemplo, tomar en cuenta las corrientes de opinión, más o menos impregnadas de socialismo, de las regiones industriales anexadas. Y se ha hallado forzado a legalizar la expropiación de las tierras efectuada en Besarabia por los campesinos al influjo de la revolución rusa. Cualquier resistencia del gobierno rumano a sancionar esta expropiación habría excitado en la población de la Besarabia el sentimiento anti-rumano.

La reforma agraria se ha cumplido menos radicalmente en el resto de Rumania. Pero el latifundismo ha quedado, de todos modos, herido de muerte. El primer lote de tierras repartidas entre los campesinos pobres ha sido de doscientas mil hectáreas. Estas tierras pertenecían al Estado, a la corona y a los grandes propietarios. La indemnización pagada a sus dueños ha sido muy pequeña. Se ha calculado el valor de la propiedad agraria según su rédito en los años de 1914 a 1916. Mas, a consecuencia de la desvalorización de la moneda rumana, el monto de cada indemnización ha experimentado una serie de evaporaciones. El Estado abonó, además, las indemnizaciones en títulos de deuda pública que hace pocos meses eran cotizados al 42 por ciento de su valor nominal.

Los propietarios, de los fundos expropiados han conservado para sí una parte de su propiedad, fluctuante entre cien y quinientas hectáreas. Quinientas hectáreas es en Rumania, como en Checo-

eslovaquia, en virtud de la reforma agraria, el máximo de tierras que un agricultor tiene derecho a poseer.

No gobiernan desde hace años en Rumania los representantes de las masas campesinas. El general Averescu no duró en el poder sino los dos primeros años de la post-guerra. Le faltó energía creadora. Le faltó dirección ideológica. Perdió en poco tiempo la fuerza popular que lo elevó al gobierno en 1918. Los elementos liberales y democráticos, encabezados por Juan y Vintila Bratiano y Take Jonesku, respectivamente, y apoyados en la burguesía industrial y urbana, maniobraron diestramente hasta torpedear en las elecciones al Partido Popular acaudillado por Averescu.

Desde entonces el poder está en manos de los hermanos Bratiano. Un régimen dictatorial y burocrático, que ornamenta su política con frases democráticas y votos parlamentarios, rige los destinos del Estado rumano. Averescu es el **leader** de la oposición campesina pequeño-burguesa. Esta oposición acusa al gobierno liberal de haberse comportado en la cuestión agraria con un criterio de partido. Los terratenientes liberales han sido especialmente indemnizados o amparados contra las expropiaciones. La reforma agraria, después del primer impulso, se ha empantanado.

Pero nada de esto disminuye sustancialmente el interés de la escena rumana. Se ha realizado ahí una de las más extensas transformaciones de la propiedad agraria operadas en la Europa central y oriental. Rumania no ha encontrado aún su equilibrio definitivo. Mas ha dejado de ser para siempre la feudal y vieja Rumania prebélica de los inmensos latifundios y de los barones omnipotentes.

RENE VIVIANI*

El elenco de los abogados elocuentes y de los retores ilustres de la democracia ha sufrido una nueva baja. En julio, perdió a James J. Bruce. Ahora ha perdido a René Viviani. Estos dos hombres eran de análogo cuño y de parecida filiación, dentro de sus disímiles pueblos. Como Bruce. Viviani nació bajo la estrella de la Democracia. Como Bryce, después de un período de audacia ideológica, se convirtió en un quieto funcionario de la burguesía.

A Viviani, político de los tiempos prebélicos, impregnado de su humanitarismo y de su pacifismo abstractos y confusos, le habría gustado seguramente pasar a la historia como un ministro de la paz. Su destino ha preferido consignar su nombre a la posteridad como el de un ministro de la guerra. Viviani, teóricamente, representaba en el poder, en 1914, la mentalidad y la ideología de una democracia pacifista. Pero, prácticamente, obedecía al impulso y a los intereses de una burguesía imperialista.

Procedía, como Millerand y como Briand, de las filas del socialismo. Mas su adhesión al socialismo se explicaba perfectamente en una época en que, de un lado, el sentimiento democrático y el sentimiento socialista se diferenciaban aún muy poco y en que, de otro lado, la lucha contra los elementos conservadores y reaccionarios dominantes entonces en la Tercera República confundía y extraviaba a muchos demócratas en el campo mal demarcado todavía de la política proletaria. Viviani militó, antes de la fusión de las distintas tendencias socialistas francesas, en el grupo de los socialistas "independientes" (del cual formaba también parte Jaurés). Pero desde que, a consecuencia del **affaire** Dreyfuss, las izquierdas burguesas conquistaron el gobierno e inauguraron la etapa radical y frac-masona de la Tercera República, resultó inevitable la reabsorción de éste y otros independientes" por la burguesía y el capitalismo. La primera defección fue la de Millerand; la segunda fue la de Briand; la tercera, la de Viviani. Ni el

* Publicado en **Varietades**, Lima, 12 de septiembre de 1925

sitio de Millerand, ni el de Briand, ni el de Viviani. estaban en el partido de la revolución; estaban en el partido de la democracia y del liberalismo. La burguesía y la pequeña burguesía francesas, amenazadas por la reacción aristocrática, necesitaban los servicios de estos abogados y parlamentarios verbosos para combatir, en el nombre de una democracia más o menos teñida de fil-socialismo y anticlericalismo, el resurgimiento de los residuos del **ancien régime** emboscados en la tradición católica de Francia. En pago de sus servicios, la burguesía francesa estaba dispuesta a hacer de Millerand, de Briand y de Viviani los **premiers** o los presidentes de la Tercera República.

La elevación de estos disidentes del socialismo a los más altos puestos de la política demo-burguesa no se presenta, en la historia de la Tercera República, como una cosa casual. Jorge Sorel, uno de los pensadores que más aguda y hondamente ha estudiado este período drejfussiano de la república francesa, constataba las abdicaciones de la clase burguesa ante el avance socialista, al mismo tiempo que el gradual domesticamiento del socialismo parlamentario por las concesiones y blandezas de la burguesía. El filósofo de las **Reflexiones sobre la Violencia** sentía la necesidad de que ambas clases volviesen a su combatividad y a su beligerancia. Y pensaba que de otro modo no cumplían real e intensamente su misión histórica. Natural y lógico en una burguesía que de esta manera se comportaba fue, sin duda, el entregarse a parlamentarios de origen socialista y aún demagógico. En sus propios rangos, los estadistas y los conductores escaseaban. ¿Qué otra razón puede haber hecho sus jefes, durante un período que comienza con la victoria del drejfussismo y que todavía no acaba, a ex-socialistas como Millerand, Briand, Viviani, y ex-combatientes de la Comuna como Clemenceau?

La figura de Viviani tiene menos relieve que la de sus compañeros de equipo. Viviani pertenecía totalmente a la política prebélica. No era capaz de llegar al reaccionarismo de Millerand. No tenía el empaque necesario para renegar completamente la demo-

cracia como había renegado el socialismo. Dentro del ambiente de la post-guerra le costaba mucho trabajo moverse. Toda su retórica estaba hecha a base de las grandes palabras de la democracia: Paz, Libertad, Parlamento, etc. En las izquierdas burguesas, los **leaders** eran otros. En las derechas, tocadas de locura fascista, su oratoria no servía para nada. Los servicios de Viviani no podían ya ser utilizados sino para alguna misión diplomática en Washington o en Ginebra, en la cual encontrase una aplicación su desocupada elocuencia. O para una enfática respuesta a las inocuas memorias del ex-kaiser de Alemania.

Viviani, premier de Francia en 1914, era por antonomasia el abogado de su país en el proceso de las responsabilidades de la guerra mundial. (La historia había querido que este hombre pacífico, y en el fondo pacifista, sin ímpetus guerreros ni sueños marciales, fuese en Francia el premier de la guerra). Mientras el mundo permaneció bajo la influencia de la predicación y la documentación aliadas, no le costó mucho trabajo a Viviani defender resonante y victoriosamente la causa de la Entente. Pero desde que la divulgación de los documentos secretos de los archivos rusos y la investigación de los hombres de estudio imparciales y honestos proyectaron sobre la cuestión de las responsabilidades una luz nueva, la opinión del mundo, malgrado el eco sonoro de los discursos y los escritos de Viviani, empezó a modificarse radicalmente. Esta debe ser una de las penas que han enfermado y han matado al ex-premier.

No podía Viviani aceptar jamás el descrédito de la tesis que, durante tanto tiempo, había permitido a Francia declararse inocente de toda responsabilidad en el origen de la contienda y considerarse, por ende, defensora y asertora de los fueros del Derecho y de la Justicia internacionales. Por esta tesis y para esta tesis, se había hecho en Francia la unión sagrada. Por esta tesis y para esta tesis, el pueblo francés había combatido heroicamente hasta la victoria.

El viejo orador de la democracia francesa y de la Tercera República debe haber sufrido mucho con la lectura de las memorias de George Louis, embajador de Francia en Rusia antes de la guerra, y del libro de Fabre Luce **La Victoire** y de otros documentos recientes que señalan a Poincaré, presidente de Francia en 1914, entre los responsables de la conflagración. No tanto porque estos documentos hayan socavado su convicción, ni porque le hayan revelado cosas esencialmente nuevas, sino porque, en presencia de su publicidad, tiene que haber sentido la imposibilidad de seguir conmoviendo a la opinión mundial con sus dramáticas protestas de abogado y de testigo respecto de la absoluta inocencia de Francia.

Viviani, seguramente, no ambiciono nunca ser un protagonista de una guerra mundial. Su carne, su gesto y su redingote de parlamentario y de retor no escondían ni disfrazaban a un César embrionario ni a un Napoleón larvado. En el sentimiento o en el pensamiento de este hombre, el heroísmo no tenía sin duda tanta importancia ni tanta categoría como la elocuencia.

Tal vez ambicionó ser un protagonista de la paz mundial en una máxima jornada oratoria del Tribunal de La Haya. Y en los últimos años de su vida no debe haberle quedado siquiera la ilusión de haber sido realmente el actor de una guerra cruenta, pero de la que, al menos, la posteridad pudiese decir, en alguna forma, que fue una guerra pacifista.

LA ESCENA POLACA*

Una de las reivindicaciones del programa wilsoniano que despertaron más universales simpatías, fue la reivindicación del derecho de Polonia a reconstituirse como nación libre. Durante más de un siglo, la historia del asesinato de la república y la nación polacas —consumado en 1792 por tres imperios, Alemania, Austria y

* Publicado en **Varietades**, Lima, 17 de octubre de 1925.

Rusia, que representaban y encarnaban en esa época, a los ojos de toda la Europa liberal, el espíritu y el régimen de la Edad Media— había sido el capítulo doloroso de la edad moderna sobre el cual había llorado sus más exaltadas lágrimas el sentimentalismo de la democracia. Las figuras románticas de los patriotas polacos, emigrados a América y a Europa occidental, interesaban y apasionaban a todos los espíritus liberales. El renacimiento, la reconstrucción de la heroica Polonia revolucionaria constituía uno de los ideales del mundo moderno. Estimulaba esta simpatía la admiración al **élan** revolucionario de los **leaders** y agitadores polacos, prontamente ganados a la ideología socialista. La socialdemocracia alemana contaba entre sus más nobles combatientes a dos polacos: Rosa de Luxemburgo y León Joguisches. Pero a la popularidad polaca le ha tocado, después, una suerte paradójica. Restaurada Polonia por el Tratado de Versalles, su nombre ha dejado casi inmediatamente de representar un lema de la libertad y de la revolución. Polonia se ha convertido en una de las ciudadelas de la política reaccionaria. La causa de este cambio no es de responsabilidad de los polacos.

Depende casi exclusivamente de los intereses y las ambiciones de las potencias vencedoras. El pueblo polaco no tiene, en verdad, la culpa de que en Versalles se haya asignado a Polonia territorios y poblaciones no polacas.

Nitti refleja en un capítulo de su libro **La Decadencia de Europa** el sentimiento de los demócratas occidentales respecto de la Polonia creada en Versalles: "Surgía —escribe— una Polonia, no ya cual Wilson la había proclamado y cual todos la querían, una Polonia con elementos seguramente polacos, sino con vastos sectores de poblaciones alemanas y rusas y en la que los elementos polacos representan apenas poco más de la mitad. Esta nueva Polonia —que con sus tendencias imperiales se prepara a sí misma y a sus poblaciones renacidas un terrible destino, si no repara a tiempo estos errores— tiene una función absurda, la de separar duramente Alemania y Rusia, esto es los dos pueblos más nume-

rosos y más expansivos de Europa continental, y la de ser un agente militar de Francia contra Alemania".

Contra Alemania y contra Rusia, realmente, ha inventado Francia esta Polonia desmesurada y excesiva que encierra dentro de sus artificiales confines densas minorías extranjeras destinadas a representar, en esta Europa post-bélica, el mismo rol de minorías oprimidas e irredentas representado tan heroica y románticamente por los polacos antes de su liberación y su resurgimiento. En 1920, espoleada por su aliada y madrina Francia, turbada por la propia emoción de su victorioso renacimiento, Polonia acometió una empresa guerrera. Atacó a Rusia con el doble objeto de infligir un golpe a los soviets y de ensanchar más aún su territorio. Parece evidente que Pilsuski acariciaba un amplio plan imperialista: la federación de los estados bálticos y algunos estados que forman parte de la unión rusa, bajo la tutela y el dominio de Polonia. Rusia, derrotada, habría quedado así más alejada y separada que nunca de Occidente. Polonia, engrandecida, militarizada, habría pasado a ocupar un puesto entre las grandes potencias.

Estos ambiciosos designios no tuvieron fortuna. Polonia estuvo a punto de sufrir una tremenda derrota. El ejército rojo, después de rechazar a los polacos, avanzó hasta las puertas de Varsovia. Francia hubo de acudir solícitamente en auxilio de su aliada. Una misión militar francesa asumió la dirección de las operaciones. Varsovia fue salvada. Los rusos, que se habían alejado temerariamente de sus bases de aprovisionamiento, fueron expulsados del territorio polaco. Pero Polonia no pudo llevar más allá la aventura. Entre Polonia y Rusia se pactó la paz en condiciones que restablecían el statu-quo anterior al conflicto.

Después, las relaciones polaco-rusas han sufrido varias crisis, pero uno y otro país se han preocupado de mejorarlas. El cable nos ha comunicado hace pocos días que Tchicherin había sido recibido cordialmente en Varsovia. Polonia necesita vivir en paz con Rusia. El rol militar que la política de Francia quiere hacerle

jugar es el que menos conviene a sus intereses económico. "Polonia —ha dicho Trotsky— puede ser, entre Rusia y Alemania, un puente o una barrera. De su elección dependerá la actitud de los soviets a su respecto". El tratado de Versalles, y, más que el tratado, la política del capitalismo occidental y en particular del imperialismo francés, no quieren que Polonia sea, entre Rusia y Alemania, un puente sino una barrera. Pero este propósito, esta exigencia, contrarían y tuercen el natural destino histórico de la nación polaca. Y engendran un peligro para su porvenir. "Quienes han amado la causa de Polonia y han visto resurgir la nación polaca —dice Nitti— ven con angustia que la Polonia actual no puede durar, que debe necesariamente caer cuando Alemania y Rusia restablecidas reivindicquen sus derechos históricos".

Ni la política ni la economía polacas aconsejan ni consienten al gobierno de Polonia proyectos imperialistas y aventuras bélicas. El estado de la hacienda pública polaca revela un profundo desequilibrio económico. En 1919 y 1920 las entradas cubrieron apenas el diez por ciento de los egresos fiscales. En 1922 la situación se presentaba relativamente mejorada. Pero el déficit ascendía siempre más o menos a la mitad del presupuesto. El Estado polaco recurre, para satisfacer sus necesidades, a la emisión fiduciaria o a los empréstitos en el extranjero. Falta de crédito comercial, Polonia no puede obtener sino empréstitos políticos. Y estos empréstitos políticos significan la hipoteca a Francia de su soberanía y su independencia. Polonia se mueve dentro de un círculo sin salida. Su desequilibrio económico proviene en gran parte de los gastos militares y del oficio internacional a que la obligan sus compromisos con el capitalismo extranjero. Y para resolver los problemas de su crisis no tiene otro recurso que los empréstitos destinados a agravar y ratificar más aún esos compromisos.

Polonia es un país en el cual el conflicto entre la ciudad y el campo, entre la industria y la agricultura, reviste por otra parte un carácter agudo. El gobierno de Pildsuski necesita apoyarse en los elementos agrarios. Su base social-democrática es demasiado

exigua para asegurarle el dominio del país y del parlamento. En 1918 el antiguo partido socialista polaco, se escisionó como los demás partidos socialistas europeos. El ala izquierda constituyó un partido comunista. El ala derecha siguió a Pilsudski. En consecuencia, la República polaca no cuenta con un arraigo sólido en la población industrial. El proletariado urbano, en gran parte, manifiesta un humor revolucionario, que el orientamiento reaccionario del régimen se encarga cada vez más de exasperar. El gobierno de Pilsudski inspira su política en los intereses de los grupos agrarios nacionalistas y anti-semitas. Los tributos oprimen sobre todo a las ciudades con el fin de abrumar a los judíos, que en toda Europa se caracterizan como elementos urbanos, al mismo tiempo que de contentar y favorecer los intereses rurales.

La tragedia post-bélica se siente, más hondamente que en las naciones occidentales, en estas nuevas o renovadas naciones de Europa Central. Ahí el desequilibrio, lógicamente, es mucho mayor. Los rumbos de la política interna y externa son menos propios, menos autónomos, menos nacionales. Todas estas naciones han adquirido territorios y poblaciones ajenas a un alto precio: el de su libertad.

POLÍTICA Y ECONOMÍA EN FRANCIA*

El voto del último congreso radical-socialista de Niza revalida, contra las esperanzas y los augurios de la derecha, la alianza entre los dos mayores partidos de izquierda de Francia. La guerra de Marruecos y la política financiera de Caillaux han sometido a una dura prueba, en los últimos meses, la solidez del bloque de izquierdas. El partido socialista conducido por sagaces y dúctiles estrategas, ha tenido que hacer un esfuerzo enorme para no retirar su apoyo al ministerio Painlevé, constreñido a actuar una política opuesta al programa y al espíritu socialistas, así en la cuestión de Marruecos como en los problemas de la hacienda pública. Este

* Publicado en **Varietades**, Lima, 24 de octubre de 1925.

esfuerzo no ha sido, sin embargo bastante para ahorrar al partido socialista el trance de votar en el parlamento contra el gobierno del bloque de izquierdas. Se ha dado así el caso de que Painlevé y sus ministros resulten sostenidos en el parlamento por los votos de los partidos de la derecha, contra los del socialismo y aún contra uno que otro del partido radical-socialista.

Este incidente pareció señalar la liquidación del bloque de izquierdas. Se planteaba una grave cuestión. ¿Cuál era la política del gabinete Painlevé? Por el momento, Painlevé aparecía, inequívocamente, desarrollando, más o menos atenuada, la misma política del bloque nacional. Pero, contra esta política, se había organizado el **cartel** de izquierdas. Contra esta política, sobre todo, había ganado el **cartel** la mayoría de los sufragios en las elecciones de mayo. La conducta de Painlevé, en el poder, significaba prácticamente la quiebra y el desahucio del programa por el cual habían votado el 11 de mayo los electores socialistas y radicales-socialistas.

Para esclarecer esta cuestión, se han reunido, primero, los socialistas en Marsella y, luego, los radicales-socialistas en Niza. El debate fue áspero y ácido en el congreso socialista. Una numerosa minoría se declaró vehementemente adversa al sostenimiento del régimen. León Blum logró agrupar una mayoría como siempre abrumadora en torno de su fórmula ecléctica. Pero, de toda suerte, el voto del congreso, en esta misma fórmula, reclamaba el mantenimiento de las promesas hechas a los electores en las elecciones de mayo.

El partido radical-socialista no ha tenido más remedio que reafirmar también, en su congreso, los principios del **cartel**. De estos principios, los que más interesan a las masas son los relativos a la solución de la crisis financiera. Y entre éstos, particularmente, el del impuesto o del cupo al capital. El bloque de izquierdas queda, de este modo, ratificado y convalidado. Painlevé, disciplinadamente, no puede ni debe hacer otra cosa que la voluntad

de su partido que es también la voluntad del **cartel** o sea la de su mayoría parlamentaria.

Pero la cuestión en sí misma es muy compleja. No la resuelven realmente los votos de los congresos socialista y radical-socialista. La complica, de un lado, la posición de Caillaux tenazmente opuesto al cupo al capital. Caillaux es el financista máximo de su partido. Su designación como ministro de finanzas en un momento en que su amnistía moral no era aún completa, se ha fundado, precisamente, en la razón de su capacidad técnica. Se decía, antes de este nombramiento, que las finanzas francesas necesitaban un Necker. Y el optimismo de los diputados radicales-socialistas se mostraba persuadido de que la Francia actual tenía un Necker y que este Necker no era otro que Caillaux. Por consiguiente, la discrepancia entre el ministro de finanzas y los dos grupos sustantivos del bloque de izquierdas reviste una importancia señalada y única. No se trata de un ministro de finanzas corriente a quien, sin ningún sacrificio, se puede licenciar y reemplazar. Se trata de un ministro de finanzas que, por su pasado y por su presente, como administrador de la hacienda francesa, tiene una extraordinaria autoridad personal. Llamado al ministerio casi como un taumaturgo, Caillaux no puede ser despedido y sustituido fácilmente. Su partido y el **cartel** saben que Caillaux goza de la confianza de la banca y, en general, de la mayor parte de los capitalistas franceses. Los socialistas y los radicales-socialistas no componen, por otra parte, la totalidad del **cartel**. El **cartel** está integrado por los grupos parlamentarios de Briand y de Loucheur. Esta gente es también contraria al impuesto al capital, como a todas las orientaciones demasiado radicales de la izquierda. Y si, numéricamente, este sector del parlamento no tiene mucha significación, los intereses que representa otorgan a su actitud y a su veto una influencia nada negligible. No en balde Briand es uno de los más astutos y sagaces parlamentarios y Loucheur uno de los más poderosos capataces de la industria y la finanza de Francia. Su defección reforzaría considerablemente a las derechas.

Los radicales-socialistas no pueden haber considerado insuficientemente ninguna de estas circunstancias. Para que se hayan decidido, en su asamblea de Niza, por la ratificación del programa de mayo, en el punto más cálidamente propugnado por los socialistas, tienen que haber sentido, de un modo demasiado vivo, que su política, a menos que se resigne a ser la misma del bloque nacional, necesita ser una política apoyada en la fuerza parlamentaria del socialismo. La ruptura y la caída del **cartel**, no perjudicaría a ningún grupo tanto como al radical-socialista. Dentro de una coalición totalmente burguesa, los radicales-socialistas se verían obligados a aceptar un sitio secundario. El jefe del gobierno no sería, por ningún motivo, ninguno de sus hombres. En el más favorable de los casos sería un Briand. Abdicando su programa, renunciando su papel en la política francesa, el partido radical-socialista resultaría prácticamente absorbido por el campo conservador. Los radicales-socialistas han experimentado ya una situación análoga. La "unión sagrada" de la guerra se hizo a sus expensas. Las derechas se beneficiaron de la atmósfera de la guerra y del armisticio. El partido radical-socialista fue impotente para salvar a Caillaux y a Malvy de una condena injusta. Sólo desde que se resolvió a distinguirse y separarse del bloque nacional, declarándolo una necesidad de la guerra, empezó a recuperar sus antiguas posiciones. Su programa no es una consecuencia de su resurgimiento. Su resurgimiento es, más bien, una consecuencia de su programa.

De análisis en análisis, se arriba a los intereses, más que a los sentimientos, que el partido radical-socialista representa. Se arriba, mejor dicho, al estrato, a la capa social que dio en mayo del año pasado sus sufragios a los candidatos radicales. Esa capa social es la pequeña burguesía. El partido radical-socialista recluta sus electores en la pequeña burguesía, en la clase media, en un estrato social, cuyos intereses económicos se diferencian de los intereses de los gruesos industriales, de los ricos latifundistas, etc. Y que, por consiguiente, no aborda ni contempla las cuestiones de la economía francesa desde los mismos puntos de vista. En esta

capa social, el partido radical-socialista y el partido socialista son concurrentes; y, —aunque a primera vista no parezca lógico—, justamente por esta competición, en el parlamento, son aliados. Si el partido radical-socialista abandonara su programa de mayo, una gran parte de sus electores dejaría sus filas para engrosar las del partido socialista.

Así, lo primero que, una vez más, descubren las palabras y las posturas del radicalismo, es la subordinación de la política a la economía. Existe una ideología reformista, existe un programa centrista, porque existe una capa social intermedia, con intereses e impulsos distintos tanto de los de la burguesía conservadora como de los del proletariado revolucionario. El partido radical-socialista es el órgano de esta clase. Y su fuerza depende de la adhesión que las ideas de la reforma y del compromiso, hondamente arraigadas en la pequeña burguesía, encuentran en el partido socialista francés (S.F.D.O.), esto es en una gran parte del proletariado, conducido y dominado por intelectuales pequeño-burgueses.

¿Quiénes pagarán las deudas, quiénes saldarán los déficits acumulados de la hacienda francesa? En esta pregunta se condensa toda la cuestión económica y, por ende, toda la cuestión política de Francia. Los programas de los partidos no traducen sino las diversas respuestas de las clases a esta pregunta. Pero esclarecidos y simplificados así los términos de la cuestión, una nueva interrogación emerge de su examen. ¿Es posible, es practicable, efectivamente, dentro de sus propios lineamientos, una política típicamente centrista? La experiencia del ministerio Painlevé es un resultado negativo. Painlevé y sus ministros, en el gobierno, han acabado por hallarse de acuerdo con las derechas y en desacuerdo consigo mismos o, al menos, con sus electores. Y han ofrecido el espectáculo de un ministerio reformista sostenido, en un momento dado, por una coalición conservadora.

Es posible que los haya satisfecho o consolado la certidumbre de que sus adversarios ofrecían, a su vez, el espectáculo de una coalición conservadora sosteniendo un ministerio reformista.

LA PAZ EN LOCARNO Y LA GUERRA EN LOS BALKANES*

Se explica perfectamente el enfado del Consejo de la Sociedad de las Naciones contra Grecia y Bulgaria, responsables de haber perturbado la paz europea al día siguiente de la suscripción en Locarno de un pacto internacional destinado a asegurarla al menos provisoriamente. Signado el pacto de Locarno, la Sociedad de las Naciones tenía en verdad derecho a sentirse arrullada durante algunos meses por los brindis y los salmos pacifistas de sus retores y de sus diplomáticos. La historia del protocolo de Ginebra, verbigracia, fue así. El protocolo, anunciado al mundo con entonación no menos exultante y jubilosa que el pacto, inspiró larga y pródigamente la oratoria pacifista. El gobierno conservador de Inglaterra declaró muy pronto su deceso, concediéndole cortés e irónicamente un funeral de primera clase. Pero, de toda suerte, el protocolo de Ginebra pareció inaugurar la era de la paz de un modo mucho más solemne que el pacto de Locarno.

En Locarno las potencias se han propuesto arribar a una meta más modesta. El pacto, según su letra y su espíritu, no establece las condiciones de la paz sino, solamente, las de una tregua. Se limita a prevenir, teóricamente, el peligro de una agresión militar. Pero deja intactas y vivas todas las cuestiones que pueden encender la chispa de la guerra. Como estaba previsto, Alemania se ha negado a ratificar en Locarno todas las estipulaciones de la paz de Versailles. Ha proclamado su necesidad y su obligación de reclamar, en debido tiempo, la corrección de sus absurdas fronteras orientales. Alemania, Checoslovaquia y Polonia han convenido en no agredirse marcialmente por ningún motivo. Han acordado

* Publicado en la revista **Varietades**: Lima. 31 de octubre de 1925.

buscar una solución pacífica a los problemas que puedan amenazar sus buenas relaciones. Mas este acuerdo no tiene suficientes fianzas y garantías. Tácita y hasta explícitamente la convivencia internacional reposa desde hace mucho tiempo en el mismo principio, sobre cuyo valor práctico la experiencia de la guerra mundial no consiente ilusionarse demasiado. Lo que importa no es absolutamente el principio que puede seguir triunfando indefinidamente en Locarno, en Ginebra, en La Haya y en todas las aras de la paz. Lo que importe es la posibilidad o la capacidad de Europa para aplicarlo y obedecerlo.

Nadie supone que el pacifismo de las potencias europeas sea una pura y total hipocresía. Europa ha menester de descansar de sus fatigas y de sus dolores bélicos. La civilización capitalista busca un equilibrio. Ni Francia, ni Inglaterra, ni Alemania, piensan en este momento en atacarse. La reorganización de la economía y de la finanza europeas exige un poco de paz y de desarme. El pacifismo de la Sociedad de las Naciones borda sus frases sobre una gruesa malla de intereses. No se trata para los gobiernos europeos de abstractos y lejanos ideales sino de concretas y perentorias necesidades. En la misma dirección se mueven los Estados Unidos, cuyos banqueros pugnan por imponer a toda Europa un plan Dawes. Y, finalmente, con los pacifistas circunstanciales de la banca y de los gobiernos, colaboran entusiastas los pacifistas sinceros de la social-democracia, de quienes se ha apoderado la ilusión de que el camino de Locarno y de Ginebra puede ser, realmente, el camino de la paz. Estos últimos son los que abastecen de sus máximos tribunos y de sus supremos hierofantes —Paul Boncour, Albert Thomas, León Jouhaux, etc.— a las asambleas y a las oficinas de la Sociedad de las Naciones.

Pero no basta que los gobiernos europeos quieran la paz. Es necesario ante todo, averiguar cómo la quieren, cuál es el precio a que, cada uno, está dispuesto a pagarla. Cuánto tiempo coincidirá su pacifismo con su interés. Planteada así la cuestión, se advierte toda su complejidad. Se comprende que existen muchas razones

para creer que el Occidente europeo desea la paz; pero que existen muy pocas razones para creer que pueda realizarla.

Los gobiernos que han suscrito el documento de Locarno no saben todavía si este documento va a ser ratificado por todos los países contratantes. Apenas concluida la conferencia de Locarno, se ha producido una crisis de gobierno en Francia y en Alemania. En Alemania esta crisis es una consecuencia directa del pacto. En Francia, no. Pero en Francia, como en Alemania, se habla de una probable disolución del Parlamento. Las mayorías parlamentarias alemana y francesa no son bastante compactas y sólidas. La defección o el disenso de un grupo puede desquiciarlas. Y, por consiguiente, no es imposible la constitución de un gobierno que considere el problema de la paz con un criterio diferente del de Locarno. En las elecciones inglesas del año último naufragó el protocolo de Ginebra. Su suerte estaba demasiado vinculada a la del **Labour Party**. En otras elecciones, ya no inglesas, pero sí alemanas por ejemplo, el pacto de Locarno corre el riesgo de encallar semejantemente.

Mas, admitiendo que el pacto de seguridad sea unánimemente ratificado, su relatividad como garantía efectiva de la paz no resulta por esto menos evidente. Para que la guerra se encienda de nuevo en Europa no es indispensable que Alemania ataque a Francia ni que Francia ataque a Alemania. La historia de la guerra 1914-1918 aparece a este respecto asaz instructiva. La conflagración empezó en un conflicto entre Austria y Servia que, hasta última hora, se confió en mantener localizado. La seguridad de las fronteras de Francia no es sino una parte del problema de la paz. Cada uno de los estados favorecidos en Versalles aspira a la misma seguridad, Y cada uno de los estados mutilados en 1919 tiene por su parte alguna tierra irredenta que reivindicar. En la Europa Oriental, sobre todo, fermentan enconadamente varios irredentismos. Hay pocas naciones contentas de sus actuales confines. Poco importa, por consiguiente, que se elimine, de Europa Occidental el peligro de una guerra. El peligro subsiste en la Eu-

ropa Oriental. Los pleitos balcánicos son un excelente cultivo de toda clase de morbos bélicos.

El conflicto greco-búlgaro ha venido a recordárselos un poco brusca y descomedidamente a los actores de la conferencia de Locarno. El sometimiento de los dos beligerantes a la voluntad del consejo de la Sociedad de las Naciones no anula la notificación que entraña lo ya acontecido. Inglaterra puede ponerse todo lo adusta que quiera contra los dos pueblos que han perturbado la paz. De los dos, Grecia en particular sabe muy bien a qué atenerse acerca del pacifismo británico. Después de "la última de las guerras" Inglaterra lanzó y armó a Grecia contra Turquía. La empresa le salió mal a Inglaterra y a Grecia. Pero Grecia sigue siendo en el tablero de la política internacional el peón que Inglaterra puede tener necesidad de mover en cualquier momento contra Turquía.

Entre Bulgaria y Turquía existe un agrio motivo de enemistad: la cuestión de Macedonia. El gobierno de Kankof, que se defiende de sus enemigos mediante el terrorismo más sanguinario que es posible concebir, necesita explotar el sentimiento nacionalista para buscar un diversivo a la opinión pública búlgara. El gobierno griego, por su parte, es un gobierno militarista ansioso de una revancha de las armas griegas tan duramente castigadas en el Asia Menor. A través de estos gobiernos, interesados en explotar su enemistad, es imposible que Grecia y Bulgaria lleguen a entenderse. La amenaza, difícilmente sofocada hoy, quedará latente.

El blanco más débil, el lado más oscuro de la paz de Locarno no es éste sin embargo. Es, como ya tuve ocasión de observarlo en un artículo sobre el debate del pacto de seguridad, su carácter de paz anti-rusa. El Occidente capitalista propugna una paz exclusivamente occidental y burguesa; fundamentalmente anti-rusa, anti-oriental, anti-asiática. Su pacto tiene por objeto evitar que por el momento se maten los alemanes y los franceses; pero no el impedir que Francia, España e Inglaterra continúen guerreando en Ma-

rruecos, en Siria, en Mesopotamia. El gobierno francés, a pesar de ser un gobierno radical-socialista, localiza y circunscribe sus anhelos de paz a Europa. En África y en Asia, se siente obligado a masacrar, —en el nombre de la civilización es cierto—, a los rifeños y a los drusos.

EL GABINETE BRIAND*

El proceso de la última crisis ministerial francesa descubre la gravedad y la hondura del mal que sufre el régimen parlamentario en una de las grandes democracias europeas. La mayoría no puede gobernar. Por lo menos, no puede gobernar conforme a su propio programa. Y esto le acontece no sólo por ser una mayoría insuficientemente numerosa sino, sobre todo, por ser una mayoría muy poco compacta y muy poco homogénea.

Y si ésta es la situación de la mayoría, no es el caso, por supuesto, de hacerse ilusiones respecto a la situación de la minoría. El bloque de izquierdas se revela impotente para actuar su política. Pero, después de todo, y a pesar de su crisis, sigue constituyendo la mayoría. El bloque adversario no puede esperar el poder sino de una nueva elección a la cual no iría con más **chance** que a la elección de mayo del año pasado.

Tampoco es el caso de pensar en la formación de una nueva mayoría constituida por el centro y los sectores más moderados de la derecha y la izquierda. Creer en la posibilidad de encontrar así un equilibrio estable equivale a suponer que las dos concentraciones electorales que, con distinto y opuesto programa, se disputaron el poder en mayo son un producto del azar. Los radicales socialistas se unieron en mayo a los socialistas porque no podía ser otra su posición. Para reconquistar su papel en el parlamento y en el poder, necesitaban imperiosamente presentarse a las masas electoras en oposición y contraste con la política del bloque nacional.

* Publicado en **Varietades**, Lima, 5 de diciembre de 1925.

Un gobierno que prescindiera de los socialistas, como fuerza parlamentaria, representaría la liquidación definitiva del bloque de izquierdas. Y las consecuencias de esta liquidación serían funestas para los radicales. El grupo radical-socialista cesaría de ser instantáneamente la base del gobierno. El poder volvería a las derechas, aunque esta situación estuviese más o menos disimulada por la fórmula de un gobierno de concentración nacional, organizado con la participación de los amigos de Painlevé y Herriot.

La crisis del bloque de izquierdas empezó casi al día siguiente de la victoria de mayo. Herriot hizo todo lo posible por gobernar de acuerdo con los socialistas. Su política fue acusada de una excesiva sumisión al partido socialista y, en particular, a su astuto secretario León Blum. El partido socialista se manifestó, sin embargo, en su congreso de Grenoble, más o menos descontento de la política de Herriot en el poder. El gobierno de Painlevé acentuó la disensión. El grupo parlamentario socialista se vio obligado a negar sus votos en el parlamento a algunos actos del gabinete.

Con Briand en la presidencia del consejo esta crisis tiene que entrar en una fase aguda. El partido socialista francés no conserva muchos escrúpulos clasistas. Pero, al menos en sus masas, subsiste todavía la tendencia a tratar y mirar a Briand como un renegado. Briand en la presidencia del consejo indica además un desplazamiento del eje del poder. Por muy grande que sea su destreza parlamentaria, Briand no conseguirá que su política resulte aceptable para el socialismo.

El actual gabinete tiene así toda la traza de una solución provisoria. El pacto de Locarno ha ayudado a Briand a subir a la presidencia del consejo. Pero, firmado el pacto, el gobierno francés se encontrará de nuevo frente a su tremendo problema financiero. Y es justamente este problema el que domina la situación política de Francia. Es este problema el que determina la posición de cada partido. Si los radicales-socialistas abandonan su programa, per-

derán irremediablemente a la mayor parte de su electorado pequeño burgués. Las derechas y el centro pretenden que el peso de las deudas de Francia no caiga sobre las clases ricas. Las clases pobres exigen a sus partidos, por su parte, una defensa eficaz y enérgica. El socialismo propugna la fórmula del impuesto al capital. Los radicales-socialistas se han visto obligados a admitirla y sancionarla también en su último congreso. Más no va a ser ciertamente un ministerio con Briand en la presidencia y Doucheur en la cartera de finanzas el que la aplique.

A los socialistas les habría gustado un ministerio presidido por Herriot. El líder radical-socialista goza de la confianza de los parlamentarios de la S.F.I.O. Pero, precisamente, por culpa de los socialistas no ha vuelto Herriot al poder. Herriot no se contentaba con el apoyo parlamentario de los socialistas. Quería su cooperación dentro del ministerio. Y, a pesar de la prisa de algunos parlamentarios socialistas como Vincent Auriol o Paul Boncour por ocupar un sillón ministerial, el partido socialista no ha considerado aún posible su participación directa en el gobierno. Están todavía muy próximos los votos de castidad del último congreso de la S.F.I.O. Hace sólo cuatro meses León Blum se ratificó en ese congreso en su posición categóricamente adversa a una colaboración de tal género. La fracción colaboracionista se presentó en el congreso engrosada por el voluminoso Renaudel y sus secuaces. Pero, diplomática y sagazmente, Blum salió una vez más victorioso. Supo aplacar, al mismo tiempo, a la derecha y a la Izquierda de su partido. A la derecha con la promesa de que, absteniéndose de una participación prematura, el socialismo acaparará finalmente todo el poder. A la izquierda, con la garantía de que el socialismo no comprometerá su tradición ni su programa en una cooperación demasiado ostensible con plutócratas como Loucheur y políticos como Briand.

La crisis, pues, subsiste. No es una crisis de gobierno. Es una crisis de régimen. No cabe la esperanza de una solución electoral. Las crisis de régimen no se resuelven jamás electoralmente. Las

elecciones no darían ni a las derechas ni a las izquierdas una mayoría todopoderosa. Una mayoría, cualquiera que sea, no puede ser, de otro lado, ganada por un partido sino por una coalición. El partido socialista, completamente incorporado en la democracia, volverla en las elecciones a constituir el núcleo de una coalición de izquierdas. Y esta coalición dispondría siempre de fuerzas suficientes, si no para asumir el gobierno, al menos para impedir que gobierne, verdadera y plenamente, una coalición adversaria. En suma, los términos del problema se invertirían acaso. Pero el problema en sí mismo no se modificaría absolutamente.

PABLO IGLESIAS Y EL SOCIALISMO ESPAÑOL*

La figura de Pablo Iglesias domina la historia del partido socialista español. Iglesias ha ocupado hasta su muerte su puesto de jefe. El partido socialista español es una obra suya. Los intelectuales, los abogados, que enrolados en sus filas en su período de crecimiento, constituyen presentemente su estado mayor, no han sabido renovar su espíritu ni ensanchar su programa. Han adoptado la teoría y la práctica del antiguo patriarcal tipógrafo.

Esto quiere decir, sin duda, que el edificio construido por Iglesias, en su austera y paciente vida, es un edificio sólido. Pero nada más que sólido. Trabajo de buen albañil más bien que de gran arquitecto. Iglesias se preocupó, sobre todo, de dar a su partido un cimiento seguro y prudente. Se propuso hacer un partido; no una revolución.

El mérito de su labor no puede ser contestado. En un país donde el industrialismo, el liberalismo, el capitalismo tenían un desarrollo exiguo, Iglesias consiguió establecer y acreditar una agencia de la Segunda Internacional, con el busto de Karl Marx en la fachada. En torno del busto de Marx, si no de la doctrina, agrupó a los obreros de Madrid, separándolos, poco a poco, de los partidos

* Publicado en **Variedades**, Lima, 19 de diciembre de 1923.

de la burguesía. Organizó un partido socialista, fuerte y compacto, que con su sola existencia afirmó la posibilidad y la necesidad de una revolución y decidió a muchos intelectuales a colocarse al flanco del proletariado.

En esta obra, Iglesias probó sus condiciones de organizador. Era de la estirpe clásica de la Segunda Internacional. Se puede encontrar vidas paralelas a la suya en todas las secciones de la socialdemocracia prebélica. Como Ebert, procedía del taller. Sabía bien que su misión no era de ideólogo sino de propagandista.

Para atraer al socialismo a las masas obreras, redujo las reivindicaciones socialistas casi exclusivamente al mejoramiento de los salarios y a la disminución de las horas de trabajo. Este método le permitió crear una organización obrera: pero le impidió insuflar en esta organización un espíritu revolucionario. La táctica de Pablo Iglesias, por otra parte, parecía consultar sólo las condiciones y las tendencias de los obreros de Madrid. Únicamente en Madrid llegó el socialismo a representar una gran fuerza. El partido socialista español podía haberse llamado en verdad partido socialista madrileño. Iglesias no supo encontrar las palabras de orden precisas para conquistar al proletariado campesino. Y ni aún en el proletariado industrial supo prevalecer realmente. Barcelona se mantuvo siempre fuera de su influencia. El proletariado catalán adoptó los principios del sindicalismo revolucionario francés, más o menos deformados por un poco de espíritu anarquista.

El partido socialista habría podido, sin embargo, asumir una función decisiva en la historia de España cuando la guerra inauguró un nuevo período histórico, si la preparación espiritual y doctrinaria de su categoría dirigente hubiese sido mayor. La guerra aceleró el proceso de anquilosamiento de los viejos partidos españoles. Luego, la revolución rusa sacudió fuertemente los ánimos. Entre los intelectuales se propagó un sentimiento filo-socialista. Pero esta situación sorprendía imprevisto al partido de Pablo Iglesias. Los elementos intelectuales que se habían incorporado en él

no eran capaces de tomar en sus propias manos el timón. En el momento en que se planteó la cuestión de la adhesión de la Tercera Internacional, la gran mayoría del partido se manifestó convencida de la conveniencia de continuar todavía empleando el viejo recetario de Iglesias. La juventud pasó a formar el comunismo.

Iglesias desconfiaba un poco de los intelectuales. Temía sin duda, entre otras cosas, que trastornasen y transformasen su política. Pero, en sus últimos años, la experiencia debe haberle demostrado que los intelectuales socialistas eran bastante inferiores a este temor. La prosa política de Besteiro, Largo Caballero, Fernando de los Ríos, etc., es más literaria y más elegante que la de Pablo Iglesias; pero, en el fondo, no es más nueva. El partido socialista español no ha logrado con estos elementos una clarificación de su ideología.

La situación actual de España parece favorecerlo. Los elementos jóvenes de la pequeña burguesía no pueden ya dejarse seducir por los gastados y ancianos señuelos de las izquierdas burguesas. El partido socialista, libre de las responsabilidades de la vieja política, resulta un campo de concentración en el cual muchos de los que tratan de desentrañar oportunamente el porvenir comienzan ya a poner los ojos. La quiebra del anarco-sindicalismo, que ha perdido a sus conductores más dinámicos e inteligentes, coloca a los obreros ante el dilema de escoger entre la táctica socialista y la táctica comunista.

Pero para moverse con eficacia, en esta situación, el partido socialista necesita más que nunca un rumbo nuevo. Con Iglesias, con Ebert, con Branting, etc., ha tramontado definitivamente una época del socialismo. En estos tiempos en que la burguesía, sintiéndose seriamente amenazada, deroga o suspende sus propios códigos y sus propios principios, no sirve de nada la certidumbre de poder ganar, por ejemplo, en las próximas elecciones, las diputaciones de Madrid.

Pablo Iglesias desaparece en un instante en que a su partido le toca afrontar problemas desconocidos, insólitos. Para debatirlos y resolverlos acertadamente, su experiencia y su consejo no eran ya útiles. El proletariado español debe buscar y encontrar, por sí mismo, otro camino. Puede ser que en alguna de las cárceles de Primo de Rivera esté ya madurando el nuevo guía.

POLÍTICA ESPAÑOLA*

Después de dos años de dictadura militar, conviene echar una ojeada a la política española. Las cosas en España no están siquiera **come prima, meglio de prima**, cual en la comedia de Pirandello. Están, más bien, como antes, peor que antes. ¿Qué ha hecho en dos años el tartarinesco general Primo de Rivera? Cuando en setiembre de 1923 inauguró su gobierno, prometió poner a España como nueva en un trimestre. Más tarde, pidió para cumplir esta promesa el plazo de un año. El primer trimestre apenas si le sirvió para enterarse de que existía don Miguel de Unamuno. Ninguna de las promesas de Primo de Rivera era, por supuesto, digna de ser tomada en cuenta. Pero una de ellas, por ser la única que podía ser cumplida, produjo cierta complacencia en los optimistas a ultranza: la de que el experimento militar sería breve. El gobierno de Primo de Rivera se anunciaba como un gobierno transitorio. Primo de Rivera entre sus inauditas fanfarronadas no tenía la de sentirse con derecho a conservar el poder. Ofrecía resignarlo, lo más pronto posible, en más expertas manos.

Esta es una de las cosas en que la historia del golpe de estado de los generales españoles se diferenciaba netamente de la historia del golpe de estado de los **fasci** italianos. El fascismo, desde que conquistó el poder, declaró su intención de mantenerse en él a todo costo. La marcha sobre Roma, según sus proclamas, abría una era fascista. Mussolini, en el más modesto de los casos, tendría la función y la duración de un Bismark. Los generales "casi-

* Publicado en **Varietades**, Lima, 26 de diciembre de 1925.

neros", como los llama Unamuno, no pudieron, —más por "casineros" que por generales— emplear el mismo lenguaje ni instalarse en el gobierno con el mismo título. Al principio, se creyeron obligados hasta a dar algunas excusas.

Pero, poco a poco, Primo de Rivera ha cambiado de tono y de gesto. Dos años de dictadura interina no han sido bastante, sino para una cosa: para persuadirlo de que la dictadura puede durar un poco más. En dos años, Primo de Rivera, si no ha encontrado ninguna solución para los problemas de España, ha descubierto su propia capacidad. Nadie podrá decir que el pintoresco marqués de la Estrella ha perdido su tiempo en el gobierno.

Hoy Primo de Rivera tiene una idea más absurda que nunca de sí mismo; pero tiene en cambio, una idea más razonable que antes del tiempo. Ya no da plazos de un trimestre ni de un año. Lo que desgraciadamente quiere decir que su ambición ha aumentado. Antes se imaginaba jugar, por sólo un instante, el papel de taumaturgo. Ahora pretende jugar, por toda la vida, el papel de un estadista.

El problema político de España no se ha simplificado ni se ha complicado con este cambio que, en realidad, no es un cambio. Como no lo es tampoco el reemplazo del directorio de generales por el ministerio de la Unión Patriótica. La dictadura sigue siendo en España, una dictadura militar. Basta saber que Primo de Rivera es el jefe y que a su lado está el "siniestro" Martínez Anido, para comprender que la dictadura de hoy es sustancialmente la misma de ayer. La presencia de gente civil en el gobierno no significa nada. Quienes dan el tono al régimen son, igual que antes, y más que antes, Primo de Rivera y Martínez Anido.

La política que quiera o pueda desenvolver este gobierno carece en sí de todo interés histórico. La Unión Patriótica no es un partido ni es un movimiento. Los residuos espirituales y mentales del tradicionalismo de Vázquez de Mella o del conservadurismo de

Maura son absolutamente impotentes para constituir la base programática o doctrinal de un gobierno. Sin el sable de Primo de Rivera, la Unión Patriótica no existiría como facción o fuerza gubernamental.

Mas, independientemente de su voluntad y de su fraseología, esta dictadura tiene en la historia española una función de la cual es imposible no interesarse. Una función, naturalmente, muy distinta y muy contraria a la que Primo de Rivera y sus secuaces pretenden llenar. La dictadura está liquidando el equívoco o la ficción de la democracia en España. Y, por tanto, está liquidando a los viejos partidos. Estos partidos, que tan medrosa y claudicantemente se han comportado ante el Directorio, han perdido para siempre el derecho de invocar sus ancianos principios. Su abdicación es su muerte. El pueblo español tiene que mirar con desprecio un liberalismo y un democratismo que no han sabido denunciar la traición de la monarquía a la Constitución.

Bajo la dictadura de Primo de Rivera, se elabora en España una nueva conciencia pública. Los hombres comienzan a darse cuenta del vacío de algunas imponentes palabras: Democracia, Libertad, Constitución, etc. El catedrático Jiménez de Asúa, en un artículo reciente, publicado en la prensa argentina, proclama la falencia moral de la monarquía española. Preconiza, como única solución posible de la crisis precipitada por el golpe de estado militar, la organización de una república de bases socialistas. Este no habría sido, sin duda, hace algunos años, el lenguaje de los elementos reformistas. Primo de Rivera los obliga ahora a sacrificar toda reserva acerca del régimen.

La historia está deshaciendo las ilusiones sobrevivientes. En España, como en Italia —y salvadas las diferencias y las distancias— la dictadura se consolida, la reacción se burocratiza. La resistencia de los que se le oponen en el nombre de la constitución y de la libertad resulta absolutamente estéril e inepta. Esta realidad puede parecerles a los hombres un poco dura. Pero tiene

que tornados, poco a poco, más realistas. Que es lo que hace falta para ver claro en el fondo de los hechos y de las ideologías. Y para encontrar la fórmula de un realismo idealista o de un idealismo realista de la cual pueda salir un régimen nuevo.